TODOS SOMOS TEÓLOGOS

UNA INTRODUCCIÓN A LA TEOLOGÍA SISTEMÁTICA

R. C. SPROUL

ACERCA DE ESTA OBRA

"¿Quién no quiere que la teología cristiana sea presentada en forma sencilla? R. C. Sproul tiene el don de simplificar las cosas sin restarles su valor. Como un padre que enseña a nadar a su hijo, Sproul nos puede llevar a aguas muy profundas donde no tocamos fondo, pero no nos dejará ahogarnos. Te invito a saltar a esta piscina de conocimiento de Dios. Sea que quieras aprender más de lo que hace que la Biblia sea diferente, de quién es Dios, por qué murió Jesús, cómo trabaja el Espíritu Santo en la vida de una persona, o qué sucederá en el día del juicio, en estas páginas encontrarás respuestas claras de un maestro sabio".

—Joel R. Beeke
Presidente y profesor de Teología Sistemática y Homilética
Puritan Reformed Theological Seminary, Grand Rapids, Michigan

"Cierta vez un joven me dijo que soñó que veía a un ejército de teólogos aproximándose desde el horizonte. Al frente de todos, como su capitán, venía R. C. Sproul. Lea este libro y usted entenderá el sueño. Porque aquí hay teología enraizada en las Escrituras, alimentada por los mejores pensadores cristianos de la historia, y expuesta con la ciar idady sencillez que distinguen a un experto teólogo y comunicado r. ¿Se necesita ser teólogo para leer este libro? Por supuesto que sí. Precisamente por eso el título: usted ya es un teólogo; ¡la cuestión es ver si su teología es buena o no! Así que lea, subraye, aprenda y digiera *Todos somos teólogos.* Para cuando lo termine, ciertamente será teólogo, pero un teólogo más sano y más feliz".

—Sinclair B. Ferguson
Profesor de Teología Sistemática
Redeemer Seminary, Dallas, Texas

"R. C. Sproul es un maestro consumado, especialmente habilidoso para explicar conceptos teológicos difíciles en términos sencillos. En este libro él expone las grandes categorías de la teología sistemática de manera breve, lúcida e imparcial. Se trata de un recurso tremendamente valioso para todos, desde el nuevo creyente hasta el pastor más experimentado. Es muy cierto que todos somos teólogos. El doctor Sproul nos ayuda a que seamos *mejores* teólogos".

—John MacArthur
Pastor de la Iglesia Comunidad de Gracia
Presidente The Master College and Seminary, Sun Valley, California

"R. C. Sproul ha escrito un resumen breve y completo de la teología sistemática que deseo recomendar a mis alumnos de ahora en adelante. Es fiel en lo bíblico, sólidamente reformado, cimentado en dos mil años de tradición cristiana, y muy al día en cuestiones cruciales para la mente de la gente en nuestra cultura secular. Escribe con una claridad muy peculiar y economía de palabras. Como siempre, mantiene la atención del lector. Por mucho tiempo he recomendado a mis estudiantes el *Sumario de doctrina cristiana* de Berkhof como una fuente confiable y breve de teología sistemática reformada. Ese libro todavía sigue siendo útil, pero sospecho que ahora voy a estar recomendando *Todos somos teólogos* de Sproul más que cualquier otro en esta categoría. La Trinidad, la predestinación, la creación, el pecado, la expiación, la justificación, el hablar en lenguas, los ángeles y demonios, el cielo y el infierno: todo esto y muchos otros temas se presentan de manera justa y responsable, y honrando la Palabra de Dios escrita. Este libro va a edificar a quienes se abran a su verdad".

—Douglas F. Kelly
Profesor de Teología Sistemática
Reformed Theological Seminary, Charlotte, Carolina del Norte

R. C. Sproul

TODOS SOMOS TEOLOGOS

UNA INTRODUCCIÓN A

LA TEOLOGÍA SISTEMÁTICA

Editorial Mundo Hispano

Editorial Mundo Hispano
7000 Alabama Street, El Paso, Texas 79904, EE. UU. de A.
www.editorialmundohispano.org

Nuestra pasión: Comunicar el mensaje de Jesucristo y facilitar la formación de discípulos por medios impresos y electrónicos.

Diseño de la cubierta: Sie7e Media

Primera edición: 2015
Clasificación Decimal Dewey: 230
Tema: Vida cristiana
ISBN: 978-0-311-10030-9
EMHNúm. 10030

2 M 3 15

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

A mi familia,
que me ha amado y apoyado
en todos mis años de ministerio

CONTENIDO

Quinta parte: Pneumatología

Sexta parte: Soteriología

Séptima parte: Eclesiología

Octava parte: Escatología

PREFACIO

Para la Editorial Mundo Hispano es un privilegio publicar esta obra reciente del doctor R. C. Sproul. Su prolífico ministerio como educador y escritor le ha llevado a ser reconocido como uno de los grandes expositores de la teología reformada. Sus más de ochenta libros nos aseguran de una experiencia casi inigualable en el arte de la comunicación de su pensamiento.

El título del libro es una invitación seria al lector a que ejerza su capacidad como teólogo. A veces pensamos en la teología como un ejercicio frío de alguien encerrado en una oficina y con una montaña de volúmenes a su alrededor. No dudamos que esa reflexión tenga su parte, ¡y seguramente han sido muchas las horas que nuestro autor ha dedicado a esa tarea de escritorio! Pero la reflexión sobre cada doctrina o enseñanza de la Biblia y su organización en nuestro propio pensamiento es tarea que *todos* los *teólogos* (cada creyente en Cristo) realizamos.

La propuesta, pues, es que usted enriquezca su propia teología leyendo y reflexionando sobre las páginas de esta introducción a la teología sistemática. El doctor Sproul lo guiará por las diferentes áreas de la teología. Luego de la introducción, él ordena esas áreas de la siguiente manera: teología propiamente dicha, antropología y creación, cristología, pneumatología, soteriología, eclesiología y escatología.

El enfoque general del libro es la presentación de la teología reformada. En la exposición doctrinal se sigue el enfoque de los reformadores, muy particularmente de Juan Calvino. El doctor Sproul es un "calvinista de los cinco puntos" (depravación total, elección incondicional, expiación limitada, gracia irresistible y perseverancia de los santos). Algunos de los lectores evangélicos acordarán totalmente con la perspectiva del autor en cuanto a la elección, los sacramentos (bautismo y Cena del Señor) y la interpretación de los mismos. Otros aceptarán algunas de las posiciones

y diferirán en otras. Este libro servirá como una ayuda valiosa para un diálogo constructivo y enriquecedor de aquellos que tienen algunas diferencias en su interpretación de las Escrituras y en la práctica en su vida y en sus iglesias.

Por ello, renovamos la invitación sugerida por el título. Teólogos y teólogas, ¡comiencen su tarea!

Editorial Mundo Hispano

Primera parte

INTRODUCCIÓN

Capítulo 1

¿QUÉ ES LA TEOLOGÍA?

Hace varios años, una escuela cristiana muy conocida me invitó a hablar a su personal administrativo y sus maestros sobre el tema: "¿Qué es una universidad cristiana?". A mi llegada, el decano me guió en un recorrido por el campus. Mientras lo hacíamos, observé este letrero en las puertas de ciertas oficinas: "Departamento de Religión". Cuando llegó mi tiempo de hablar esa noche, mencioné los letreros que había visto y pregunté si el departamento siempre se había llamado así. Un profesor veterano respondió que años atrás se había llamado "Departamento de Teología". Nadie podía decirme el porqué del cambio de nombre del departamento.

"Religión" o "teología": ¿cuál es la diferencia? En el mundo académico, el estudio de la religión tradicionalmente ha estado en el contexto más amplio de la sociología o la antropología, porque la religión tiene que ver con prácticas de adoración que los seres humanos han adoptado en ciertos ambientes particulares. En cambio, teología es el estudio de Dios. Hay una gran diferencia entre estudiar, por un lado, las preocupaciones humanas sobre la religión, y por el otro estudiar la esencia y el carácter mismo de Dios. El estudio de la religión es de orientación meramente natural. El estudio de la teología es sobrenatural, pues trata de lo que está más allá de las cosas de este mundo.

Después de explicar esto en mi conferencia a los maestros, añadí que una universidad realmente cristiana está comprometida con la premisa de que la verdad en última instancia es la verdad de Dios, y

que Dios es el fundamento y la fuente de todas las otras verdades. Todo lo que aprendemos —economía, filosofía, biología, matemáticas— tiene que ser entendido a la luz de la realidad gobernante del carácter de Dios. Por eso en la Edad Media la teología se conocía como "la reina de las ciencias" y la filosofía era "su sirvienta". Hoy la reina ha sido depuesta de su trono y, en muchos casos, mandada al exilio; ahora reina una usurpadora. Hemos reemplazado a la teología con la religión.

DEFINICIÓN DE TEOLOGÍA

En este libro estamos interesados en la teología, específicamente en la teología sistemática que es el estudio ordenado y coherente de las principales doctrinas de la fe cristiana. En este capítulo daremos una introducción breve a la teología sistemática y algunas definiciones básicas.

La palabra *teología* comparte un sufijo, *-ología,* con los nombres de muchas disciplinas y ciencias, como *biología, fisiología* y *antropología.* El sufijo proviene de la palabra griega *logos,* que hallamos en el primer versículo del Evangelio de Juan: "En el principio era la Palabra, y la Palabra era con Dios, y la Palabra era Dios" (Juan 1:1). El término *logos* significa "palabra" o "idea" o, como lo ha traducido un filósofo, "lógica" (la palabra *lógica* también proviene de *logos).* Por eso, cuando estudiamos biología estamos buscando la palabra o lógica de la vida. La antropología es la palabra o la lógica sobre los humanos; *anthropos* es la palabra griega para *hombre.* La parte principal de la palabra *teología* proviene del vocablo griego *theos,* que significa "dios"; de modo que la teología es la palabra o la lógica de Dios mismo.

Teología es un término muy amplio. No solamente se refiere a Dios, sino a todo lo que Dios nos ha revelado en las Sagradas Escrituras. Dentro de la disciplina de la teología está el estudio de Cristo, que llamamos "cristología". También incluye el estudio del Espíritu Santo, que llamamos "pneumatología"; el estudio del pecado, que llamamos "hamartiología"; y el estudio de las cosas futuras, que llamamos "escatología". Estas son subdivisiones de la teología. Los teólogos también hablan de "la teología propiamente dicha", que se refiere específicamente al estudio de Dios mismo.

Muchos se sienten cómodos con la palabra *teología,* pero se inquietan cuando escuchan el calificativo *sistemática.* Esto se debe

a que vivimos en una época de aversión ampliamente difundida hacia cierta clase de sistemas. Respetamos los sistemas inanimados —sistemas de computación, de alarmas, de circuitos eléctricos— porque entendemos su importancia para la sociedad. Sin embargo, cuando se trata de sistemas de pensamiento o de entender la vida y el mundo de una manera coherente, la gente se incomoda. En parte es así porque tiene que ver con una de las filosofías más importantes que han surgido en la historia de la civilización occidental: el existencialismo.

INFLUENCIA DE LA FILOSOFÍA

El existencialismo es una filosofía de la existencia. Presupone que la verdad esencial no es tan importante como la existencia específica; no esencia, sino existencia. Por definición, el existencialismo ateo aborrece un sistema genérico de la realidad. Es un antisistema que se afirma en verdades, pero no en *la verdad,* y en propósitos, pero no en *el propósito.* Los existencialistas no creen que la realidad pueda entenderse de manera ordenada porque ven al mundo como algo caótico y sin significado ni propósito. Uno simplemente se enfrenta a la vida así como viene; no hay un punto de vista rector que le dé sentido al todo porque, en última instancia, la vida no tiene sentido.

El existencialismo ha tenido un tremendo impacto en la cultura occidental junto con sus derivaciones: el relativismo y el pluralismo. El relativista dice: "No hay verdad absoluta sino la absoluta verdad de que absolutamente no hay verdad absoluta. Toda verdad es relativa. Lo que es verdad para uno puede ser falso para otro". No hay que esforzarse para armonizar puntos de vista opuestos (algo que un sistema intenta hacer) porque, de acuerdo a los relativistas, no hay posibilidad de llegar a un entendimiento de la verdad.

Esta filosofía también ha tenido un impacto fuerte sobre la teología, incluso en los seminarios. La teología sistemática rápidamente se está convirtiendo en una disciplina olvidada, no solo por el impacto del pensamiento existencial, del relativismo y el pluralismo, sino también porque algunos malinterpretan la teología sistemática como un intento de forzar a la Biblia dentro de un sistema filosófico. Algunos *han* intentado forzar a la Biblia dentro de un sistema filosófico, como fue el caso de René Descartes y su racionalismo, y de John Locke y su empirismo. Quienes realizan esos intentos no

escuchan la Palabra de Dios ni buscan entenderla en sus propios términos; más bien, buscan que su sistema preconcebido concuerde con las Escrituras.

En la mitología griega se cuenta de un bandido llamado Procrustes, quien atacaba a las personas y les cortaba las piernas para hacerlas caber en las dimensiones de una cama de hierro, en lugar de simplemente hacer más grande la cama. Los intentos de forzar a las Escrituras a que entren en ciertos sistemas preconcebidos de pensamiento son igual de erróneos, y el resultado ha sido recelo a la teología sistemática. Sin embargo, la teología sistemática no intenta que las Escrituras entren a la fuerza dentro de un sistema filosófico, sino que más bien busca las enseñanzas de las Escrituras e intenta entenderlas de una manera ordenada, por temas.

PRESUPOSICIONES DE LA TEOLOGÍA SISTEMÁTICA

La teología sistemática se basa en ciertas presuposiciones. La primera es que Dios se ha revelado a sí mismo no solo en la naturaleza sino también en los escritos de los profetas y los apóstoles, y que la Biblia es la Palabra de Dios. Es teología *por excelencia.* Es el *logos* completo del *theos.*

La segunda presuposición es que cuando Dios se revela a sí mismo, lo hace de acuerdo a su propio carácter y su propia naturaleza. La Biblia nos dice que Dios creó un cosmos ordenado. Dios no es autor de la confusión porque Dios nunca está confundido. Dios piensa claramente y habla de manera inteligible, para ser entendido.

Una tercera presuposición es que la revelación de Dios en la Biblia manifiesta esas cualidades. En la Palabra de Dios hay unidad a pesar de la diversidad de sus autores. La Palabra de Dios se escribió a lo largo de muchos siglos por muchos autores, y abarca una variedad de temas, pero dentro de esa diversidad hay unidad. Toda la información que se encuentra en las Escrituras —las cosas futuras, la expiación, la encarnación, el juicio de Dios, la misericordia de Dios, la ira de Dios— todo tiene su unidad en Dios mismo, de modo que cuando Dios habla y se revela a sí mismo, hay unidad en ese contenido; hay coherencia.

La revelación de Dios también es consistente. Se ha dicho que la consistencia es el duende de las mentes pequeñas, pero si eso fuera verdad tendríamos que decir que Dios tiene mente pequeña, porque

en su ser y en su carácter, Dios es totalmente consistente. Dios es el mismo ayer, hoy y por los siglos (Hebreos 13:8).

Estas presuposiciones guían al teólogo sistemático al realizar su tarea de considerar todo el alcance de las Escrituras e inquirir en cómo todo concuerda. En muchos seminarios, el departamento de teología sistemática está separado del departamento de Nuevo Testamento y del de Antiguo Testamento. Es porque el teólogo sistemático tiene un enfoque diferente a los profesores de Antiguo Testamento y de Nuevo Testamento. Los eruditos en la Biblia se enfocan en cómo Dios se ha revelado en distintos puntos del tiempo, mientras que el teólogo sistemático toma esa información, la junta y muestra cómo concuerda en un todo que tiene sentido. Por cierto, se trata de una tarea tremenda y estoy convencido de que nadie lo ha logrado hacer de manera perfecta.

Al adentrarme en la teología sistemática, no dejo de sorprenderme por la coherencia específica y compleja del alcance de la revelación divina. Los teólogos sistemáticos entienden que cada punto de la teología tiene que ver con todos los demás. Cuando Dios habla, cada detalle que pronuncia tiene impacto sobre todos los otros detalles. Por eso nuestra tarea permanente es ver cómo todas las piezas concuerdan en un todo orgánico, significativo y consistente. Eso es lo que estaremos haciendo en este libro.

Capítulo 2

ALCANCE Y PROPÓSITO DE LA TEOLOGÍA

La teología es una ciencia. Hay muchos que vociferan y no están de acuerdo. Dicen que hay un gran abismo entre la ciencia y la teología. Argumentan que ciencia es aquello que aprendemos por medio de la investigación empírica, mientras que la teología surge de almas inflamadas por las emociones religiosas. Sin embargo, históricamente la teología sistemática se ha entendido como una ciencia.

TEOLOGÍA Y CIENCIA

La palabra *ciencia* proviene del vocablo en latín que significa "conocimiento". El cristianismo afirma que, por medio de la revelación de Dios, podemos tener conocimiento real de Dios. La teología no se podría llamar correctamente ciencia si el conocimiento de Dios fuera imposible. La ciencia de la biología es una búsqueda de conocimiento sobre los seres vivos; la ciencia de la física es un intento de conocer las cosas físicas; y la ciencia de la teología es un intento de conocer coherente y consistentemente a Dios.

Todas las ciencias utilizan paradigmas o modelos que cambian con el tiempo. Un *cambio de paradigma* es un cambio importante en la teoría científica de una disciplina en particular. Si encontraras un libro de texto de física para la escuela secundaria de la década de 1950 verías que algunas de las teorías presentadas allí ya han sido demolidas. Ya nadie las toma en serio porque ha habido cambios importantes en las teorías de la física después de ese tiempo. Pasó

lo mismo cuando la física newtoniana reemplazó teorías físicas más antiguas. Luego llegó Albert Einstein y creó una nueva revolución, y nuevamente tuvimos que ajustar nuestro entendimiento de la física. Un cambio de paradigma ocurre cuando una nueva teoría reemplaza a la anterior.

Lo que casi siempre provoca cambios de paradigma en las ciencias naturales es la presencia de anomalías. Una anomalía es un detalle o un punto menor que no concuerda con una teoría particular; es algo para lo cual la teoría no tiene explicación. Si alguien intenta ajustar diez mil detalles en una gran imagen coherente, como cuando se trabaja en un rompecabezas de diez mil piezas, y logra ajustar todas las piezas excepto una, la mayoría de los científicos van a considerar que ese es un buen paradigma. La estructura armada que puede ajustarse de 9.999 maneras tendrá sentido y explicará prácticamente todos los datos explorados. Sin embargo, si existen demasiadas anomalías —si una cantidad importante de datos no pueden ajustarse en la estructura— la teoría se viene abajo.

Cuando las anomalías son demasiadas o muy pesadas, el científico está obligado a regresar a la mesa de trabajo para desafiar las presuposiciones de generaciones pasadas, y debe construir un modelo nuevo que tendrá sentido para los nuevos descubrimientos o las nuevas piezas de información. Esa es una de las razones por las que vemos cambios constantes y progreso importante en las ciencias.

Cuando se trata de cómo entender la Biblia el acercamiento es diferente. Los eruditos teológicos han estado trabajando con la misma información por dos mil años, y por eso no es muy probable que exista un cambio dramático de paradigma. Por supuesto que sí tenemos nuevas pepitas de entendimiento preciso, como algún detalle de significado de una palabra en griego o en hebreo que las generaciones anteriores de eruditos no tuvieron a su disposición. Pero la mayoría de los cambios hoy en la teología no se deben a nuevos descubrimientos en la arqueología o al estudio de las lenguas antiguas; más bien, casi siempre vienen de nuevas filosofías que aparecen en el mundo secular y de intentos de lograr una síntesis o una integración entre esas filosofías modernas y la religión ancestral revelada en las Escrituras.

Por eso tiendo a ser un teólogo conservador. Dudo que alguna vez llegue a tener alguna idea que no haya sido ya trabajada muchas

veces y con gran detalle por mentes más grandes que la mía. De hecho, cuando se trata de teología, no me interesan las novedades. Si yo fuera un físico, intentaría estar constantemente con las nuevas teorías para satisfacer las pequeñas anomalías, pero con toda conciencia rehusaría hacer eso cuando se trata de la ciencia de la teología.

Tristemente, hay muchos que están muy dispuestos a buscar las novedades. En el mundo académico siempre existe la presión de salir con algo nuevo y creativo. Recuerdo a un hombre que buscaba probar que Jesús de Nazaret nunca existió, sino que era una creación mitológica hecha por miembros de una secta de fertilidad mientras estaban bajo la influencia de hongos alucinógenos. Su tesis ciertamente era muy novedosa, pero era igual de absurda.

Por supuesto que esta fascinación con lo nuevo no es exclusiva de nuestra época. El apóstol Pablo la encontró también entre los filósofos de la colina de Marte en Atenas (Hechos 17:16-34). Sí, queremos progreso en nuestro conocimiento y crecimiento en nuestra comprensión, pero tenemos que tener cuidado de no ser atraídos por la tentación de salir con algo nuevo simplemente porque es una novedad.

LAS FUENTES DE LA TEOLOGÍA SISTEMÁTICA

Para la teología sistemática, la fuente principal es la Biblia. De hecho, la Biblia es la fuente primaria para todas las disciplinas teológicas: teología bíblica, teología histórica y teología sistemática. La tarea de la teología bíblica es considerar los datos de las Escrituras como se van desdoblando en el tiempo, y este trabajo sirve como fuente para el teólogo sistemático. Un erudito bíblico revisa las Escrituras y estudia el desarrollo progresivo de términos, conceptos y temas tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento, para ver cómo fueron utilizados y comprendidos en el transcurso de la historia de la revelación.

Un problema que hay en los seminarios hoy en día es un método de hacer teología bíblica llamado "atomismo", en el cual cada "átomo" de las Escrituras se encuentra solo. Un erudito puede decidir limitarse a estudiar solo la doctrina paulina de la salvación en Gálatas, mientras que otro se concentra exclusivamente en las enseñanzas de Pablo sobre la salvación en Efesios. El resultado es que

cada uno produce visiones diferentes de la salvación —uno desde Gálatas y el otro desde Efesios— pero no examinan cómo las dos visiones pueden armonizar. La presuposición es que Pablo no estaba inspirado por Dios cuando escribió Gálatas y Efesios, y por eso no hay unidad ni coherencia en la Palabra de Dios. Recientemente se ha hecho más común escuchar a teólogos que dicen que encontramos diferencias no solamente entre el Pablo "temprano" y el Pablo "tardío", sino también tantas teologías en la Biblia como hay autores. Está la teología de Pedro, la teología de Juan, la teología de Pablo y la teología de Lucas, y estas no concuerdan entre sí. Esa es una postura negativa hacia la coherencia de las Escrituras, y es el peligro cuando alguien se enfoca solo en un trozo estrecho de la Biblia sin considerar al mismo tiempo todo el marco de referencia de la revelación bíblica.

La segunda disciplina, otra fuente de la teología sistemática, es la teología histórica. La teología histórica observa cómo se ha desarrollado una doctrina en la vida de la iglesia a través de su historia, primordialmente en momentos críticos: cuando surgieron las herejías y la iglesia respondió. Los teólogos en el día de hoy se sienten frustrados cuando surgen algunas controversias supuestamente nuevas en iglesias y seminarios, porque la iglesia ya ha experimentado en el pasado una y otra vez cada una de esas disputas teológicas aparentemente frescas. La iglesia en su historia se ha reunido en concilios para decidir sobre asuntos en discusión, como el caso del Concilio de Nicea (325 d. de J.C.) y el Concilio de Calcedonia (451 d. de J.C). La función de la teología histórica es estudiar esos eventos.

La tercera disciplina es la teología sistemática. Su trabajo es observar la fuente de datos bíblicos; las fuentes de los desarrollos históricos que nos llegan por medio de las controversias y los concilios eclesiásticos, así como sus subsecuentes confesiones y credos; y las ideas de las grandes mentes con que la iglesia ha sido bendecida a lo largo de los siglos. El Nuevo Testamento nos dice que Dios en su gracia ha dado maestros a la iglesia (Efesios 4:11, 12). No todos los maestros son tan astutos como Agustín de Hipona, Martín Lutero, Juan Calvino o Jonathan Edwards. Esos hombres no tienen autoridad apostólica, pero la simple magnitud de su investigación y la profundidad de su entendimiento han enriquecido a la iglesia en todas las épocas. La Iglesia Católica Romana ha llamado a Tomás de

Aquino *doctor angelicus, es* decir, el doctor angelical. Los católicos romanos no creen que Tomás haya sido infalible, pero ningún historiador ni teólogo católico romano ignora sus contribuciones.

La teología sistemática estudia no solo la Biblia y los credos y las confesiones de fe de la iglesia, sino también las ideas de los grandes maestros que Dios nos ha dado en la historia. En la teología sistemática se consideran todos los datos —bíblicos, históricos y sistemáticos— para reunirlos coherentemente.

EL VALOR DE LA TEOLOGÍA

La pregunta verdadera tiene que ver con el valor de todo este estudio. Muchas personas creen que el estudio teológico tiene poco valor. Dicen: "No necesito la teología; solo necesito conocer a Jesús". Pero para cualquier cristiano la teología es inevitable. Es nuestro intento de comprender la verdad que Dios nos ha revelado; es algo que todo cristiano o cristiana hace. De modo que no es una cuestión de ver si vamos a entrar a la teología o no. Es cuestión de ver si nuestra teología es sana o no. Es importante estudiar y aprender porque Dios ha librado todo obstáculo y se ha revelado a su pueblo. Nos dio un libro, un libro que no es para que esté guardado en un estante o disecando flores entre sus páginas, sino que es para ser leído, investigado, digerido, estudiado y principalmente comprendido.

Un texto importante en los escritos del apóstol Pablo se encuentra en su segunda carta a Timoteo: "Toda la Escritura es inspirada por Dios y es útil para la enseñanza, para la reprensión, para la corrección, para la instrucción en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente capacitado para toda buena obra" (2 Timoteo 3:16, 17). Ese pasaje bíblico debería poner fin al argumento de quienes dicen que no necesitamos doctrina o que la doctrina no tiene valor. Hay mucho beneficio en el estudio cuidadoso de la Biblia. La Biblia es inspirada por el Dios todopoderoso, y nos da una riqueza valiosa y preciosa, y esa riqueza es la doctrina.

La Biblia también es valiosa para reprensión. El mundo académico dedica mucha energía a la crítica bíblica, a veces llamada alta crítica, que consiste en el análisis crítico de las Escrituras. Sin embargo, la crítica bíblica en la que debiéramos concentrarnos nos convierte a nosotros en el objeto y no en el sujeto de la crítica. En otras palabras, la Biblia nos critica *a nosotros.* Cuando venimos a la Palabra de Dios,

la Palabra de Dios expone nuestro pecado. La doctrina bíblica del ser humano nos incluye a nosotros, así como la doctrina bíblica del pecado, y estamos reprobados por nuestro pecado cuando llegamos al texto de las Escrituras. Es posible que no escuchemos la crítica de nuestros compañeros, pero seremos sabios si escuchamos la crítica de Dios por medio de las Sagradas Escrituras.

La Biblia también es riqueza para la corrección de falsas maneras de vivir y falsas creencias. Hace algún tiempo, por petición de un amigo, leí un libro recomendado por el *New York Times* acerca de cómo comunicarse con los muertos. Llegué más o menos a la mitad del libro y tuve que dejar de leer. Había tanta basura espiritual en ese libro, tanta falsedad, que cualquiera que tuviera un conocimiento muy simple de la ley de Dios en el Antiguo Testamento podría haber detectado esas mentiras. Esa es la riqueza de corrección de falsas enseñanzas y falsas maneras de vivir que encontramos en las Escrituras.

Finalmente, la Escritura es útil "para la instrucción en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente capacitado para toda buena obra". El propósito de la teología no es estimular nuestro intelecto sino instruirnos en los caminos de Dios, para que podamos crecer hasta la madurez y la plenitud de la obediencia a Dios. Por eso nos ocupamos en la teología.

Capítulo 3

REVELACIÓN GENERAL Y TEOLOGÍA NATURAL

Ya hemos visto que el cristianismo no se basa en la filosofía especulativa; se sostiene o se derrumba como fe revelada. La afirmación fundamental de la fe cristiana es que la verdad que abrazamos como cristianos ha llegado a nosotros desde Dios mismo. No podemos ver a Dios con nuestros ojos, pero podemos conocerlo por medio de la revelación. Dios ha quitado el velo que lo escondía de nosotros. Una *revelación* es mostrar claramente aquello que estaba escondido.

En teología, hacemos distinción entre los tipos de revelación. Una distinción importante es aquella entre la *revelación general* y la *revelación especial.* En este capítulo queremos concentrarnos en la revelación general. La Biblia nos dice que Dios es la fuente de toda verdad. Todo surge de Dios, así como un manantial que aunque parece pequeño puede ser la fuente de un río poderoso. Dios es la fuente, el manantial de toda verdad. En otras palabras, no solo las verdades religiosas sino *toda* verdad dependen del trabajo de revelación de Dios.

El principio que enseñó Agustín de Hipona y después Tomás de Aquino es que nosotros, como criaturas, no podríamos saber nada si no fuera porque Dios nos ha hecho posible el conocimiento. Agustín ilustraba la idea por medio de la vista física. Decía que incluso quienes tenían visión perfecta, si estuvieran en un cuarto lleno de objetos hermosos no podrían ver nada de aquella belleza si el cuarto estuviera inmerso en tinieblas. Aunque pudieran tener el equipo necesario para ver los objetos hermosos del cuarto, a menos que esas cosas estuvieran

en la luz, incluso la visión más aguda sería inadecuada para percibirlos. De la misma manera, decía Agustín, la luz de la revelación divina es necesaria para que conozcamos cualquier verdad. Tomás de Aquino citó a Agustín palabra por palabra diciendo que, en última instancia, toda verdad y todo conocimiento descansa en Dios como la fuente de verdad y como quien hace posible que nosotros podamos conocer algo en absoluto. De modo que cuando los científicos buscan discernir la verdad en sus laboratorios y nos menosprecian porque decimos confiar en la revelación para el contenido de nuestra fe religiosa, simplemente podemos señalar que ellos no podrían aprender nada de un tubo de ensayo si no fuera por la revelación del Creador y por su regalo de la habilidad de aprender por medio del estudio de la naturaleza.

DEVELACIÓN DE DIOS

La develación que Dios hace de sí mismo se denomina "general" con toda propiedad, por dos razones. La primera: esta revelación es general porque se trata de conocimiento que se da a todos los seres humanos. La revelación general de Dios está disponible a todas las personas del mundo. Dios no se revela solamente a individuos específicos; su revelación es manifiesta a todo ser humano. El mundo entero es su interlocutor. La Biblia dice, por ejemplo: "Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos" (Salmo 19:1). Cualquier persona puede ver y caminar en el gran escenario de la naturaleza y contemplar la gloria de Dios por medio de las estrellas, la luna y el sol. Es un gran escenario.

Sin embargo, quienes tienen ceguera física no quedan fuera porque la Biblia también habla de un conocimiento que Dios plantó en el alma humana. Dios le dio al ser humano una conciencia por medio de la cual él se revela internamente a la gente. Dios le ha dado a todo ser humano un sentido de lo correcto y lo incorrecto, así que incluso aquellos que han nacido ciegos tienen un conocimiento interior de Dios (Romanos 1:19, 20).

De modo que, en resumen, el término *general* significa que todos estamos frente al escenario; todo ser humano está expuesto a la revelación de Dios. Millones de personas nunca han visto una Biblia ni oído una predicación de las Escrituras, pero sí han vivido en el teatro de la naturaleza, donde Dios se manifiesta a sí mismo.

La segunda razón para aplicar el término *general* a este tipo de

revelación es por su contenido. Es decir, su contenido no nos da detalles del trabajo de Dios en la historia de la redención, como la expiación o la resurrección de Cristo. No se puede estudiar una puesta de sol y ver que los cielos declaren el plan divino de salvación; se tiene que acudir a la Biblia para ello. Las Sagradas Escrituras tienen información específica que nadie puede adquirir por medio del estudio de la naturaleza.

Es necesario entender la diferencia entre la revelación general y la especial. La revelación general se da a todo ser humano y nos provee un conocimiento general de Dios. Es diferente a la revelación de las Escrituras. La Biblia es revelación especial, y solo quienes tienen acceso a la Biblia o a su contenido pueden recibirla. La revelación especial nos da mucha más información detallada sobre la obra y los planes de Dios.

REVELACIÓN NATURAL

A veces, la revelación general se denomina "revelación natural", un nombre que puede llegar a ser confuso. En lenguaje teológico, *revelación natural* es un sinónimo de *revelación general* porque la revelación general nos viene por medio de la naturaleza.

En la revelación general, no se trata simplemente de que Dios nos ponga en este planeta Tierra y luego espere que nosotros utilicemos el poder de nuestra razón para averiguar quién es Dios basándonos en las cosas que Dios ha colocado aquí. Podemos estudiar con mucho cuidado una pintura y saber quién es el artista al ver el estilo de los trazos del pincel o los pigmentos y tonos utilizados, pero no es así como opera la revelación general. La creación es un medio por el cual Dios se revela activamente. La naturaleza no es independiente de Dios; más bien, Dios se comunica por medio del mundo. Dios se comunica por medio de la gloria y majestad de los cielos, del mundo y de todo lo que ha hecho.

La revelación de Dios que nos llega por medio de la naturaleza es lo que llamamos revelación natural. En pocas palabras, *revelación natural* se refiere a las obras o acciones por las que Dios se revela a través de la naturaleza.

APRENDIZAJE POR MEDIO DE LA NATURALEZA

Existe otra categoría de estudio llamada "teología natural". La

revelación natural (o general) y la teología natural no son lo mismo. La revelación natural es algo que Dios hace, mientras que la teología natural es lo que los seres humanos hacen con la revelación natural.

Durante bastante tiempo los teólogos han debatido sobre si podemos o no llegar al conocimiento verdadero de Dios por medio de la naturaleza, es decir, si la *teología natural* es un esfuerzo fructífero. Algunos se oponen fuertemente a la idea de que el ser humano tenga capacidad de conocer algo sobre Dios si no es salvo. Pablo dice en 1 Corintios 2:14 que el hombre natural no conoce y no puede conocer a Dios, así que parece que el Apóstol está negando la posibilidad de que podamos conocer a Dios por medio de la naturaleza, sin la iluminación del Espíritu Santo. Sin embargo, en Romanos 1, que es el texto clásico sobre teología natural, el Apóstol dice que sí obtenemos conocimiento de Dios por medio de la naturaleza.

Los atomistas dicen que Pablo creía una cosa cuando escribió Romanos y otra diferente cuando escribió 1 Corintios. En otras palabras, dicen que Dios, hablando por medio de Pablo, cambió de opinión. Otros afirman que las diferencias indicadas por 1 Corintios 2 y Romanos 1 son un ejemplo claro de contradicción en la Biblia. Sin embargo, el verbo "conocer" en hebreo y en griego se usa de más de una manera. Hay conocimiento que llamamos "cognitivo", el cual indica una conciencia intelectual de algo, y también hay conocimiento personal e íntimo. Como ilustración, cuando la Biblia dice que un hombre "conoció" a su esposa, el verbo "conocer" se usa para indicar la relación humana más íntima entre un hombre y una mujer. Del mismo modo, Pablo escribe a los corintios acerca de un discernimiento espiritual de las cosas de Dios, diciendo que en nuestra condición caída no tenemos ese discernimiento espiritual. Ahí está escribiendo acerca de un conocimiento que va más allá de la simple cognición intelectual.

En Romanos 1, Pablo escribe: "Pues la ira de Dios se manifiesta desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que con injusticia detienen la verdad" (v. 18). Aquí Pablo está interesado en mostrar por qué es necesario que seamos salvados. Está poniendo al mundo entero frente al tribunal de Dios para demostrar que todos necesitamos el evangelio porque todos hemos sido declarados culpables; no por rechazar a Jesús, de quien muchos nunca han oído, sino por rechazar a Dios el Padre, que se ha revelado claramente a

todo ser humano. Nuestra naturaleza pecaminosa detiene esa verdad por medio de injusticias (también se traduce "reprime", "obstaculiza" y "sofoca"). Pablo dice que Dios está enojado por lo que los seres humanos hacen con su revelación.

Pablo continúa: "Porque lo que de Dios se conoce es evidente entre ellos pues Dios hizo que fuese evidente" (v. 19). La palabra griega que se traduce "evidente" es *faneros-,* en latín es *manifestum,* de donde viene la palabra *manifiesto;* es decir, algo que es claro. La idea es que Dios no ha plantado pistas esotéricas por el mundo de modo que el ser humano necesite de un gurú que explique que Dios existe; más bien, la revelación que Dios da de sí mismo es *manifestum,* es clara. Pablo añade: "Porque lo invisible de él —su eterno poder y deidad— se deja ver desde la creación del mundo..." (v. 20a). Esta puede parecer una declaración contradictoria: ¿Cómo se puede ver lo que es invisible? Pero no hay contradicción. Vemos claramente pero no directamente. No vemos al Dio s invisible; vemos al mundo visible, y ese mundo nos presenta la revelación de Dios. El carácter invisible de Dios se revela por medio de cosas que pueden ser vistas.

El ser humano no tiene excusa para ignorar la revelación de Dios: "Porque lo invisible de él —su eterno poder y deidad— se deja ver desde la creación del mundo, siendo entendido en las cosas creadas de modo que no tienen excusa" (v. 20). Quienes se rehúsan a venir a Dios intentan hallar una excusa diciendo que Dios no ha provisto suficientes pruebas de su existencia, pero Pablo barre con esa excusa aquí en Romanos con una dura realidad: "Porque habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias; más bien, se hicieron vanos en sus razonamientos, y su insensato corazón fue entenebrecido" (v. 21). La Biblia dice claramente que la revelación de Dios en la naturaleza nos da un conocimiento claro y verdadero de su carácter.

REVELACIÓN MEDIATA E INMEDIATA

También debemos distinguir entre revelación general *mediata* e *inmediata.* Estos términos tienen que ver con la función o el uso de algo que está entre dos puntos. Dios es trascendente y nosotros estamos aquí sobre la tierra. Lo que media la revelación de Dios es la naturaleza; en otras palabras, la naturaleza es el medio de la revelación, así como un periódico o la televisión son medios de

comunicación, y se les conoce como "los medios". De la misma manera, el principal medio de la revelación general es la naturaleza.

Revelación general inmediata es el término que se utiliza para describir otra manera en que Dios se nos revela. En Romanos 2:15, Pablo dice que la ley de Dios ha sido escrita en nuestros corazones, algo que Juan Calvino llamó *sensus divinitatis,* o el sentido de lo divino. Se trata de una conciencia de Dios que él ha plantado en el alma humana, y se manifiesta en nuestra conciencia y en nuestro conocimiento de la ley de Dios. No llegamos a ese conocimiento por ningún medio; más bien, viene directamente de Dios a nosotros, y por eso esa revelación se denomina "inmediata".

El eterno poder y deidad de Dios se hacen manifiestos al mundo entero por medio de la revelación general. Nuestra supresión pecaminosa de esa revelación no borra el conocimiento de Dios que él nos ha dado por medio de la naturaleza y que ha puesto en nuestro corazón.

Capítulo 4

REVELACIÓN ESPECIAL

Aunque Dios se revela de algunas maneras a toda la gente en todo lugar por medio de lo que se conoce como revelación general, hay otro tipo de revelación, la revelación especial, que no todos en el mundo han tenido la oportunidad de recibir. La revelación especial nos muestra el plan redentor de Dios. Nos cuenta de la encarnación, la cruz y la resurrección; cosas que no se pueden aprender por medio del estudio de lo natural. Se encuentra primordialmente (aunque no exclusivamente) en las Sagradas Escrituras. La Biblia da testimonio de la forma en que Dios se ha revelado de manera especial:

> Dios, habiendo hablado en otro tiempo muchas veces y de muchas maneras a los padres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo y por medio de quien, asimismo, hizo el universo. Él es el resplandor de su gloria y la expresión exacta de su naturaleza, quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder. Y cuando hubo hecho la purificación de nuestros pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas (Hebreos 1:1-3).

Recibimos información precisa de parte de Dios, y ese hecho sorprendente es el fundamento del entendimiento cristiano del conocimiento.

REVELACIÓN ESPECIAL

La epistemología es la rama de la filosofía que se dedica al estudio del conocimiento. Analiza las maneras en que los seres humanos son capaces de adquirir conocimiento. Hay grandes debates sobre el asunto de si los humanos aprendemos principalmente por la mente (acercamiento *racional* al conocimiento) o por medio de los sentidos de la vista, el oído, el gusto, el tacto y el olfato (acercamiento *empírico).* Incluso en círculos cristianos, continúa el debate al respecto de si lo principal es la razón o los sentidos. Sin embargo, como cristianos, todos debemos estar de acuerdo en que el cristianismo se basa en el conocimiento que nos viene de Dios mismo. Para nuestra determinación de lo que es verdad es de vital importancia mantenernos en esa convicción, porque el conocimiento que viene de Dios es muy superior a cualquier cosa que podamos deducir a partir del análisis de nuestra situación, de la introspección o de la observación del mundo a nuestro derredor.

En tiempos del Antiguo Testamento, en algunas ocasiones Dios habló a la gente directamente. También hubo veces en que Dios se reveló por medio de sueños y señales particulares, como en el caso de Gedeón. Otras veces Dios se reveló por medio de las suertes, por el uso que los sacerdotes hacían del Urim y el Tumim, y también por medio de teofanías. La palabra *teofanía* proviene de las raíces griegas *theos,* que significa "Dios", y *¡añeros,* que significa "manifestación". De modo de una teofanía es simplemente una manifestación visible del Dios invisible.

Tal vez la teofanía más conocida del Antiguo Testamento es la zarza ardiente que Moisés encontró en el desierto madianita. Al ver un arbusto incendiándose pero que no se consumía por las llamas, Moisés se aproximó y Dios le habló desde la zarza, diciendo: "YO SOY EL QUE SOY" (Éxodo 3:14). La zarza era una manifestación visible del Dios invisible. La columna de nube y la columna de fuego que guiaron al pueblo de Israel en la peregrinación por el desierto después del éxodo también eran manifestaciones visibles del Dios invisible.

PROFETAS Y APÓSTOLES

La principal manera en que Dios se comunicó con el pueblo de Israel fue por medio de los profetas, a quienes llamamos "agentes de la revelación". Los profetas eran seres humanos como nosotros. Utilizaban lenguaje humano, pero debido a que recibían información

de parte de Dios sus palabras funcionaban como vasos o conductos de la revelación divina. Por eso comenzaban sus profecías diciendo: "Así dice el Señor". Las palabras de los profetas fueron puestas por escrito y llegaron a ser la Palabra escrita de Dios. Así, el Antiguo Testamento fue producido por personas como nosotros. Pero, a diferencia de nosotros, ellos fueron designados por Dios para ser sus voceros para su pueblo.

Por supuesto, no todos los que en el antiguo Israel decían ser profetas lo eran en verdad; de hecho, la lucha más grande de Israel no fue contra naciones hostiles sino contra falsos profetas en el campo y en la ciudad. Se reconocía a un falso profeta porque enseñaba lo que la gente quería oír, en vez de la verdadera revelación de Dios. A lo largo de su ministerio, Jeremías enfrentó la plaga de los falsos profetas. Cuando Jeremías intentó advertir al pueblo del inminente juicio de Dios, los falsos profetas se opusieron a las profecías de Jeremías e hicieron todo lo que pudieron para sofocar su mensaje.

Había maneras de distinguir entre un profeta verdadero y uno falso. Los israelitas debían aplicar tres pruebas para decidir quién era un vehículo auténtico de la revelación divina. La primera prueba era el llamado divino, lo cual era la razón por la que los profetas mostraban con tanto celo que habían sido llamados por Dios y comisionados para realizar la tarea. En el Antiguo Testamento vemos a varios de los profetas —Amos, Isaías, Jeremías y Ezequiel— que cuentan a sus oyentes las circunstancias específicas en las que fueron llamados y ungidos para profetizar.

En el Nuevo Testamento, la contraparte del profeta era el apóstol. Los profetas y los apóstoles juntos forman el fundamento de la iglesia (Efesios 2:20). La marca principal de un apóstol era que había recibido un llamado directo de parte de Cristo. El término *apóstol* se refiere a uno que es enviado o comisionado con la autoridad de quien hace el envío. Jesús dijo a sus apóstoles: "El que los recibe a ustedes a mí me recibe, y el que me recibe a mí recibe al que me envió" (Mateo 10:40). Como asunto controversial, Pablo, uno de los apóstoles más populares del Nuevo Testamento, no estaba entre los Doce originales. Pablo posiblemente no conoció a Jesús durante el ministerio terrenal de este. Y no fue testigo ocular de la resurrección como lo fueron el resto de los apóstoles. Parecía que Pablo no tenía las credenciales necesarias para ser un apóstol, y por eso el Nuevo

Testamento narra —tanto en el propio testimonio de Pablo como también por medio del testimonio de Lucas— las circunstancias del llamado de Pablo en el camino a Damasco. Además, los otros apóstoles confirmaron la autenticidad del apostolado de Pablo.

La segunda prueba de un verdadero profeta en el Antiguo Testamento era la presencia de milagros. No todos los profetas del Antiguo Testamento realizaron milagros, pero su ministerio al comienzo fue autenticado por un estallido de milagros que comenzó con Moisés y continuó en los días de Elias, y los otros profetas siguieron en esa línea. Distinguir entre falso y verdadero milagro era un asunto crucial porque había imitación de milagros, como los realizados por los magos en la corte del faraón. Esos supuestos milagros solo eran trucos para engañar.

La tercera prueba de un verdadero profeta era el cumplimiento. En otras palabras, ¿se cumplieron las cosas que los profetas anunciaron que sucederían? Los falsos profetas intentaban predecir lo que iba a suceder, pero cuando sus predicciones fallaban, se probaba que sus mensajes eran falsos.

Tanto por parte de los profetas del Antiguo Testamento como de los apóstoles del Nuevo Testamento nos ha llegado un registro escrito de revelación especial. Ha llegado a nosotros por los agentes de Cristo, sus agentes autorizados de la revelación. Jesús no dejó textos escritos de su puño y letra; no fue el autor de ningún libro. Todo lo que sabemos de él está contenido en el registro del Nuevo Testamento que nos ha llegado por medio del trabajo de sus apóstoles. Ellos son sus emisarios, a quienes fue dada su autoridad para hablar en nombre suyo.

LA PALABRA ENCARNADA

El autor de Hebreos señala otra dimensión de la revelación especial, la revelación suprema, que es la Palabra encarnada. Tenemos la Palabra escrita, que nos da la revelación especial, pero también tenemos la Palabra encarnada de Dios, aquel de quien habla la Palabra escrita. Aquel que encarna la Palabra de Dios es Jesús mismo, como declara el autor de Hebreos: "Dios, habiendo hablado en otro tiempo muchas veces y de muchas maneras a los padres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo y por medio de quien, asimismo, hizo el universo" (Hebreos 1:1,2).

INTRODUCCIÓN

Cuando los discípulos se reunieron con Jesús en el aposento alto, Felipe le dijo: "Señor, muéstranos al Padre y nos basta". Jesús le dijo: "Tanto tiempo he estado con ustedes, Felipe, ¿y no me has conocido? El que me ha visto, ha visto al Padre. ¿Cómo pues, dices tú: 'Muéstranos el Padre?" (Juan 14:8-10). El jefe de todos los apóstoles, aquel a quien Dios escogió como su vehículo definitivo de autorrevelación, es Cristo mismo. En Cristo hallamos la plenitud de la revelación del Padre, y es solo por medio de las Escrituras que podemos conocer a Cristo.

Capítulo 5

INSPIRACIÓN Y AUTORIDAD DE LAS ESCRITURAS

El punto central de la Reforma del siglo XVI fue la doctrina de la justificación solo por fe, pero en el fondo había otro tema importante: la autoridad.

Cuando Martín Lutero entró en debate con los líderes de la Iglesia Católica Romana en cuanto a la doctrina de la justificación, se le manipuló para que quedara en la posición de tener que confesar públicamente que sus posturas no concordaban con declaraciones previas hechas por la iglesia y con ciertas afirmaciones que habían sido publicadas por Papas anteriores. Eso provocó una crisis en Lutero; en aquellos días era inaceptable cuestionar la autoridad de la iglesia o del Papa. Sin embargo, Lutero sostuvo su posición y finalmente, en la Dieta de Worms en 1521, dijo:

> A menos que se me convenza por el testimonio de las Escrituras o por la claridad de la razón (porque no confío exclusivamente ni en el Papa ni en concilios, pues ya se sabe que frecuentemente fallan y se contradicen a sí mismos), estoy atado a las Escrituras que he citado y mi conciencia es cautiva de la Palabra de Dios. No puedo retractarme y no me retractaré de nada de lo que he dicho, porque no es seguro ni correcto ir contra la conciencia. No puedo hacer otra cosa, aquí estoy y en este punto permanezco. Que Dios me ayude. Amén[1].

[1]*Luther's Works* **(Obras de Lutero), tomo 32, ed. George W. Forell (Philadelphia: Fortress, 1958), p. 113.**

A partir de ese conflicto surgió uno de los lemas de la Reforma: *sola Scriptura* (solo las Escrituras). Lutero y los otros reformadores decían que finalmente solo una autoridad tiene absoluto derecho a atar nuestras conciencias. Lutero no despreciaba la autoridad menor de la iglesia o la importancia de concilios históricos como los de Nicea y Calcedonia. Su postura era que ni aun los concilios eclesiásticos tienen el mismo nivel de autoridad que la Biblia. Esto concentró la atención en la naturaleza y el fundamento de la autoridad bíblica.

AUTORÍA Y AUTORIDAD

Para la opinión de los reformadores sobre la primacía y autoridad de las Escrituras era fundamental el tema de la autoría de la Biblia. Observemos la cercanía que tienen las dos palabras: *autoridad* y *autoría.* Ambas contienen el vocablo *autor.* Los reformadores decían que, aunque la Biblia fue apareciendo libro por libro y fue escrita por muchos autores humanos, el verdadero autor de la Biblia no era Pablo, Lucas, Jeremías o Moisés, sino Dios mismo. Dios ejerció su autoridad por medio de los escritos de autores humanos que servían como sus voceros para el mundo.

¿Cómo fue posible que autores humanos hayan sido investidos con la autoridad de Dios? Los profetas, como observamos en el capítulo anterior, sostenían que sus mensajes venían de Dios, y por eso es que a lo largo de la historia se han utilizado dos frases en latín para referirse a la naturaleza de las Sagradas Escrituras. Una frase es *verbum Dei,* que significa "la Palabra de Dios", y la otra es *vox Dei,* que significa "la voz de Dios". Los reformadores creían que aunque Dios no escribió personalmente las palabras que aparecen en las páginas de la Biblia, son sus palabras y las leemos como entregadas a nosotros directamente desde el cielo.

En su segunda carta a Timoteo, Pablo escribe: "Toda la Escritura es inspirada por Dios" (2 Timoteo 3:16). La palabra griega que se traduce "Escritura", *graphé,* significa simplemente "escritos". Sin embargo, para el pueblo judío, *graphé* era una referencia específica al Antiguo Testamento. Además, la frase "escrito está" era un término técnico por el que se daba a entender una referencia específica a los escritos bíblicos. Este pasaje de 2 Timoteo es muy importante porque el término *Escritura* es una referencia específica al Antiguo Testamento y, por extensión, incorpora los escritos de los apóstoles en

el Nuevo Testamento, pues los apóstoles eran conscientes de su propia autoridad para entregar la Palabra de Dios en el Nuevo Testamento comunicada a ellos por el Espíritu Santo. (Por ejemplo, el apóstol Pedro incluye los escritos de Pablo con el resto de las Escrituras; ver 2 Pedro 3:16. Pablo es consciente de su propia autoridad para entregar revelación autoritativa; ver 1 Corintios 7:10-16). Pablo hace una pretensión asombrosa cuando dice que todos esos escritos, todos los *graphé,* han sido dados por inspiración divina.

INSPIRADA-RESPIRADA

Considerando la larga historia de la doctrina sobre la inspiración, debemos hacer una distinción entre el significado de 2 Timoteo 3:16 y la forma en que se ha entendido el término *inspiración* a lo largo de la historia de la iglesia.

B. B. Warfield ha señalado que el significado real de 2 Timoteo 3:16 no se refiere tanto a la forma en que Dios comunicó su información (por medio de escritores humanos) sino más bien a la fuente de esa información. Literalmente, Pablo dice aquí que toda Escritura es *theopneustos,* es decir, "respirada por Dios", y se refiere más bien a lo que Dios ha respirado y no tanto hacia dónde o hacia qué ha respirado Dios. La fuerza de las palabras de Pablo es que toda la Escritura ha salido de Dios por su respiración. La exhalación de aire es *expiración,* mientras que la inhalación es *inspiración.* De manera que técnicamente hablando habríamos de traducir esta frase diciendo que toda la Escritura es dada por "expiración de Dios", en lugar de por "inspiración". El punto es que cuando Pablo insiste que toda la Escritura ha sido exhalada por Dios, está diciendo que su origen es Dios. Dios es la fuente de estos escritos.

Cuando hablamos de inspiración como concepto, estamos hablando sobre la obra del Espíritu Santo, que vino a seres humanos en varios momentos y les ungió con su poder, para que fueran inspirados a escribir la verdadera Palabra de Dios. La Biblia claramente dice que la Escritura no vino por iniciativa humana. La doctrina de la inspiración se refiere a la forma en que Dios supervisó la formación de las Sagradas Escrituras.

Algunos han acusado a la ortodoxia cristiana de enseñar una visión mecánica de la inspiración, a veces llamada "teoría del dictado", que consiste en la idea de que los autores de las Escrituras

simplemente tomaron dictado de Dios, como lo haría una secretaria escribiendo una carta palabra por palabra mientras toma dictado. Históricamente, la iglesia se ha distanciado de esta visión simplista de la inspiración, aunque ha habido ocasiones cuando algunos en la iglesia sí lo han creído así. Juan Calvino, por ejemplo, dijo que en cierto sentido los profetas y apóstoles sirvieron como *amanuenses* o secretarios de Dios. En tanto que eran agentes que comunicaban las palabras de Dios, sí fueron sus *amanuenses,* pero eso no explica el modo de la inspiración.

No sabemos cómo supervisó Dios el registro de las Sagradas Escrituras, pero el punto más importante para la iglesia el día de hoy es que lo que tenemos en las Escrituras, aunque refleja las personalidades, los vocabularios y las preocupaciones de los escritores humanos, fue escrito bajo la supervisión de Dios, y los autores no estaban escribiendo bajo su propia potestad. Si hubieran escrito bajo su propia potestad encontraríamos muchos errores.

CADA PALABRA

Además, en su historia la iglesia ha creído que la inspiración de la Biblia fue verbal; en otras palabras, que la inspiración se extiende no simplemente a un bosquejo amplio de la información comunicada por los autores terrenales sino a las palabras mismas de las Escrituras. Esa es una de las razones por las que la iglesia ha sido tan celosa para reconstruir con tanto cuidado como sea posible los manuscritos originales de la Biblia, y ha puesto much ísimo cuidado en el estudio del significado de términos en las variantes antiguas del griego y el hebreo. Cada palabra lleva autoridad divina.

Cuando Jesús y Satanás hablaron en el desierto durante la tentación, ellos debatían con textos de las Escrituras. Jesús habitualmente argumentó contra el diablo o contra los fariseos por la forma en que tergiversaban una sola palabra de las Escrituras. También dijo que ni una jota ni una tilde de la ley pasaría hasta que todo hubiera sido cumplido (Mateo 5:18). Quería decir que no hay palabra superficial en la ley de Dios, o palabras que estén sujetas a negociación. Cada palabra lleva el peso de la autoridad inevitable de su verdadero autor.

En nuestros tiempos, con la avalancha de tantas críticas hacia la Biblia, ha habido intentos para evitar estar bajo el concepto de

inspiración. El erudito alemán Rudolf Bultmann (1884-1976) rechazó totalmente la idea del origen divino de las Escrituras. Los teólogos neoortodoxos están interesados en restaurar a la iglesia la predicación de la Biblia y han promovido una mejor opinión de la Biblia que la que quedó en el liberalismo del siglo XIX, aunque también rechazan la inspiración verbal y la revelación preposicional. Karl Barth (1886-1968) afirmaba que Dios se revela por medio de eventos, no propuestas. Sin embargo, la Biblia no es solamente un registro narrativo de eventos en los que se nos dice lo que sucedió y se deja que nosotros interpretemos su significado. Más bien, la Biblia nos da tanto el registro de lo que sucedió como la interpretación autorizada, apostólica y profética del significado de esos eventos.

Por ejemplo, la muerte de Jesús en la cruz fue tanto registrada como también explicada en los Evangelios y las epístolas. La gente vio la muerte de Jesús de diferentes maneras. Para muchos de sus seguidores provocó una desilusión trágica; para Pondo Pilato y para Caifás fue un asunto de urgencia política. El apóstol Pablo, cuando explica el significado de la cruz, la ubica como un acto cósmico de redención, como una expiación ofrecida para satisfacer la justicia de Dios, una verdad que no es aparente de inmediato por medio de la simple observación del evento.

Algunos teólogos han dicho que la Biblia no es la revelación sino un *zeugnis* o "testigo" de la revelación, y esa opinión aparentemente reduce el nivel de autoridad de la Biblia. Ellos afirman que aunque las Escrituras tienen importancia histórica y dan testimonio de la verdad, no son necesariamente en sí mismas la revelación. La postura cristiana ortodoxa sostiene que la Biblia no solo da testimonio de la verdad sino que *es* la verdad. Es la materialización de la revelación divina. Nos otorga justamente nada menos que la verdadera Palabra de Dios.

Capítulo 6

INFALIBILIDAD E INERRANCIA

Cualquier acercamiento a la doctrina de las Sagradas Escrituras que incluya el tema de la inspiración tiene que tratar los temas de la infalibilidad y la inerrancia. A lo largo de la historia de la iglesia, la postura tradicional ha sido que la Biblia es infalible e inerrante. Sin embargo, con el surgimiento de la denominada alta crítica, particularmente en los siglos XIX y XX, no solo se ha atacado ampliamente la inspiración de las Escrituras, sino que también los conceptos de infalibilidad e inerrancia en particular han sido agudamente criticados.

Algunos críticos dicen que la doctrina de la inerrancia fue creada por los protestantes del siglo XVII, tiempo que se conoce como "la era del escolasticismo protestante", que corresponde en la historia de la filosofía con "la era de la razón". Esos críticos afirman que la inerrancia como construcción racional era extraña a los escritores bíblicos y también a los reformadores magisteriales del siglo XVI. Sin embargo, los reformadores sí declararon que las Escrituras no tienen error, así como lo hicieron los Padres de la iglesia, como Tertuliano, Ireneo y en particular Agustín. Aún más importantes son las afirmaciones de la Biblia misma acerca de su origen divino. Es importante para la iglesia que la Biblia sostenga haber surgido por medio de la inspiración divina.

DEFINICIÓN DETÉRMINOS

Históricamente la iglesia ha afirmado que, de toda la literatura escrita de la historia, solo la Biblia es infalible. La palabra *infalible* puede definirse como "aquello que no puede fallar"; significa que

algo es incapaz de cometer un error. Desde un punto de vista lingüístico, el término *infalible* es más elevado que el término *inerrante.* Como ilustración, un estudiante puede tomar un examen de veinte preguntas y lograr veinte respuestas correctas, lo cual le da un resultado inerrante. Sin embargo, la inerrancia del estudiante en esta área restringida no hace que el estudiante sea infalible, porque en otros exámenes puede tener errores.

Gran parte de la controversia que rodea el tema de la inspiración tiene que ver con cierta confusión entre los términos *inerrancia* e *infalibilidad,* específicamente en la extensión de su aplicación. Para ilustrar el punto, notemos la diferencia en las siguientes afirmaciones:

A. La Biblia es la única regla infalible de fe y práctica.
B. La Biblia es infalible únicamente cuando habla de fe y práctica.

Suenan similares, pero son radicalmente diferentes. En la primera afirmación, el término *única* coloca a las Escrituras en un lugar aparte como la sola fuente infalible que tiene capacidad autoritativa. En otras palabras, la Escritura es la regla de nuestra fe, lo cual tiene que ver con todo lo que creemos, y es la regla de nuestra práctica, lo cual tiene que ver con todo lo que hacemos.

Estas palabras cambian su orientación en la segunda afirmación. Aquí la palabra *únicamente* restringe una porción de la Biblia, diciendo que es infalible solo cuando habla de fe y práctica. Es una postura llamada "inerrancia limitada", y esta manera de ver la Biblia se ha popularizado en nuestros días. Los términos *fe* y *práctica* capturan toda la vida cristiana, pero en esta segunda afirmación, "fe y práctica" están reducidas a una porción de las enseñanzas de las Escrituras, y dejan fuera lo que la Biblia dice sobre la historia, la ciencia y temas culturales. En otras palabras, la Biblia es autoritativa solo cuando habla de fe religiosa; sus enseñanzas sobre cualquier otra cosa se consideran falibles.

LA AUTORIDAD DE CRISTO

En última instancia, la cuestión de la autoridad de la Biblia descansa sobre la autoridad de Cristo. Durante la década de 1970, los Ministerios Ligonier patrocinaron una conferencia sobre el tema

de la autoridad de las Escrituras'. Se reunieron eruditos de todas partes del mundo para discutir la cuestión de la inerrancia y, sin confabularse, cada uno de los eruditos presentes consideró el tema desde un punto de vista cristológico: ¿Cuál era el punto de vista que Jesús tenía de las Escrituras? El deseo de esos eruditos era tener una opinión de la Biblia que reflejara la enseñanza de Jesús mismo.

La única forma de conocer la opinión de Jesús es leyendo la Biblia, y este hecho nos lleva a un argumento circular: Jesús enseñó la inerrancia de la Biblia, pero sabemos eso solo por medio de la Biblia. Sin embargo, se acepta ampliamente, incluso entre los críticos, que las porciones menos discutidas de las Escrituras en cuanto a autenticidad histórica son aquellas que contienen las afirmaciones de Jesús sobre las Escrituras. No hay diferencias serias entre los teólogos acerca de la opinión de Jesús sobre la Biblia. Teólogos y eruditos de todos los trasfondos, liberales y conservadores, todos concuerdan que el Jesús de Nazaret histórico creyó y enseñó ese concepto alto y elevado de las Escrituras que era común en el judaismo del primer siglo; es decir, que la Biblia es nada menos que la Palabra inspirada de Dios. El concepto de Jesús sobre las Escrituras se revela en los Evangelios: "De cierto les digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni siquiera una jota ni una tilde pasará de la ley hasta que todo haya sido cumplido" (Mateo 5:18); "la Escritura no puede ser anulada" (Juan 10:35); y "tu palabra es verdad" (Juan 17:17). Además, frecuentemente Jesús apeló al Antiguo Testamento para cerrar una discusión teológica diciendo simplemente "escrito está".

Hay muy pocos eruditos que ponen en duda la opinión de que Jesús de Nazaret enseñó lo que la iglesia ha estado enseñando por dos mil años. Sin embargo, muchos de esos eruditos se dan vuelta y afirman que Jesús estaba equivocado en su opinión sobre las Escrituras. Nos preguntamos: ¿por qué esa arrogancia de parte de esos teólogos cristianos? Dicen eso argumentando que Jesús estuvo influido por la opinión que prevalecía en la comunidad judía de su tiempo, y que en su naturaleza humana Jesús no sabía que estaba equivocada. Rápidamente señalan a sus detractores que había cosas que el Jesús humano, a pesar de su naturaleza divina, no sabía. Por

'Ver *God's Inerrant Word: An International Symposium on he Trustworthiness of Scripture* **(La palabra inerrante de Dios: simposio internacional sobre la confiabilidad de las Escrituras), ed. John Warwick Montgomery (Calgary, Alberta: Canadian Institute for Law, Theology, and Public Policy, 1974).**

ejemplo, cuando le preguntaron sobre el día y la hora de su regreso, Jesús les dijo a sus discípulos que nadie sabe el día ni la hora excepto el Padre (Mateo 24:36) y, al decir eso, Jesús expresó un límite para su conocimiento. Según los críticos, esto también excusa a Jesús por darnos un concepto falso de las Escrituras.

En respuesta a esa postura, algunos dicen que en tanto que la naturaleza humana de Jesús no tenía el atributo de la omnisciencia, no era necesario que fuera omnisciente para ser nuestro Redentor. La naturaleza divina sí tenía omnisciencia, pero la naturaleza humana no. Sin embargo, el tema más profundo aquí es la impecabilidad de Cristo. Enseñar un error habría sido pecaminoso para alguien que decía enseñar solo lo que había recibido de Dios. Las Escrituras tienen una ética sobre la enseñanza: no muchos deben llegar a ser maestros porque serán juzgados más estrictamente (Santiago 3:1). Mi responsabilidad moral como maestro es no mentir a mis estudiantes. Si mis estudiantes me preguntan algo que no sé, estoy obligado a decirles que no lo sé. Si mi pensamiento sobre un tema es tentativo, debo decirles que no estoy seguro de la respuesta. Esa precaución es necesaria porque un maestro tiene el poder de influir en el pensamiento de sus estudiantes.

Ningún maestro en la historia ha tenido mayor influencia y autoridad que Jesús de Nazaret. Si Jesús enseñó que Moisés escribió sobre él, que Abraham se regocijó al ver su día, que la Palabra no puede ser anulada, y que la Biblia es verdad, pero estaba equivocado, entonces es culpable. Él tenía que haberle puesto un límite a su propia certeza.

Si Jesús estaba equivocado en su enseñanza sobre algo tan crucial como la autoridad de la Biblia, no puedo imaginarme que alguien lo tome en serio sobre cualquier otra cosa que enseñó. Jesús dijo: "Si les hablé de cosas terrenales y no creen, ¿cómo creerán si les hablo de las celestiales?" (Juan 3:12), pero hoy en día hay una generación de teólogos que dicen que aunque Jesús estaba en lo cierto sobre las cosas celestiales, estaba equivocado sobre las terrenales.

Sin embargo, ya que la Biblia nos da suficiente información histórica que es confiable para concluir que Jesús era un profeta, y ya que Jesús mismo nos dice que la fuente de esta información es absolutamente confiable, nos hemos movido en un argumento progresivo y no circular. Nos hemos movido desde un punto de

partida de apertura histórica, hacia la crítica, hacia la confiabilidad histórica, hacia el conocimiento histórico de las enseñanzas de Jesús, a las enseñanzas de Jesús quien nos dice que esta fuente no es solo parcialmente confiable sino absolutamente confiable, porque es nada menos que la Palabra de Dios.

Cuando decimos que la Biblia es la única regla de fe y práctica, es porque creemos que esta regla nos ha sido delegada por el Señor, porque es su regla. Por lo tanto, decimos que la Biblia es inerrante e infalible. De los dos términos que hemos considerado en este capítulo, *inerrancia* e *infalibilidad,* inerrancia es un término de menor alcance; surge de manera natural a partir del concepto de infalibilidad: si algo no puede errar, entonces no cometerá error. Para pasar la prueba de la crítica, la Biblia solo tiene que ser consistente con sus propias afirmaciones. Si definimos el concepto *verdad* del mismo modo que lo define el Nuevo Testamento, entonces no hay razón válida para que se ponga en duda la inerrancia de la Biblia. Si la Palabra de Dios no puede fallar ni errar, entonces es infalible e inerrante.

Capítulo 7

CANON DE LAS ESCRITURAS

La palabra *Biblia* proviene del vocablo griego *biblos,* que significa "libro". Sin embargo, aunque la Biblia es un solo volumen, no es un solo libro sino una colección de sesenta y seis libros. Es una biblioteca de libros. Ya que son tantos los libros que componen las Sagradas Escrituras, ¿cómo sabemos que en esta colección o biblioteca se han incluido los libros correctos? El tema del *canon* es el que se ocupa de esa pregunta.

La palabra *canon* proviene del vocablo griego *kanon,* que significa "vara de medir" o "norma". Al llamar a la Biblia "el canon de las Escrituras" estamos diciendo que sus sesenta y seis libros juntos funcionan como la regla o autoridad suprema para la iglesia. A menudo se ha descrito a la Biblia como *norma normans et sine normativa.* En esta expresión aparece tres veces una forma de la palabra *norma. Norma normans* significa "la norma de las normas", y *sine normativa* significa "sin norma". La Biblia es la norma o el estándar de todos los estándares, y no hay otro estándar que la juzgue.

EXTENSIÓN DEL CANON

En nuestro examen de la naturaleza de las Escrituras hemos considerado los temas de la inspiración, la infalibilidad y la inerrancia. En este capítulo no estamos considerando la naturaleza de la Escritura sino su alcance; es decir: ¿cuál es la extensión del canon de las Escrituras?

Existen muchos malentendidos sobre el canon. Los críticos argumentan que debido al gran número de libros —supuestamente más de dos mil— que podrían haber sido incluidos en la Biblia, parece probable que algunos libros debieron haber sido incluidos y no lo fueron, mientras que otros libros que no debían haber sido incluidos sí están. Sin embargo, la gran mayoría de los libros que se consideraron para ser incluidos en el canon fueron rápida y fácilmente descartados por la iglesia primitiva porque obviamente eran fraudes.

En el siglo II los herejes gnósticos, con pretendida autoridad apostólica, escribieron sus propios libros y los diseminaron ampliamente. Sin embargo, nunca se consideró seriamente a esos libros para incluirlos en el canon, y por eso es engañoso decir que hubo más de dos mil candidatos potenciales. Si consideramos el proceso histórico de selección llevado a cabo por la iglesia, un proceso gobernado por gran precaución e investigación cuidadosa, vemos que solo a tres de los documentos excluidos se les consideró seriamente para ser incluidos en el Nuevo Testamento: La Didaché, el Pastor de Hermas y la primera carta de Clemente de Roma (1 Clemente). Estos documentos se originaron en la última parte del siglo primero o las primeras décadas del siglo segundo, y al leerlos se hace muy evidente que los escritores estaban conscientes de que su trabajo era subapostólico o posapostólico. Por lo tanto, ellos mismos se sometían a la autoridad de los apóstoles y de sus escritos.

Los documentos excluidos son importantes y útiles para la iglesia, y lo han sido a lo largo de la historia de la iglesia, pero nunca hubo una lucha sobre si debían o no ser incluidos en el canon. La mayor parte de la controversia sobre el canon en los primeros siglos no se trataba de lo que había sido excluido, sino de lo que sí había sido incluido. El debate continuó sobre si incluir Hebreos, 2 Pedro, 2 y 3 Juan, Judas y Apocalipsis.

EL CANON ESTABLECIDO

Algunos otros presentan objeciones a la autoridad del canon porque no fue establecido sino hasta el siglo IV, mucho tiempo después de la vida y la muerte de Cristo. Establecer el canon fue un proceso que ocurrió a lo largo de un período de tiempo; sin embargo, eso no significa que la iglesia no tuviera Nuevo Testamento hasta el final del siglo IV. Desde el principio de la iglesia, los libros básicos del

Nuevo Testamento —los que el día de hoy leemos y guardamos— ya estaban en circulación y en uso, y funcionaban como un canon por causa de su autoridad apostólica.

El asunto que provocó la definición del canon fue la aparición de un hereje llamado Marción, quien produjo su propio canon. Bajo la influencia del gnosticismo, Marción creía que el Dios del Antiguo Testamento no era el Señor del universo sino más bien una deidad menor llamada "demiurgo", que tiene mala disposición, y que Cristo vino a revelarnos al verdadero Dios y a librarnos de aquella deidad mal intencionada. Como resultado, Marción sacó todo lo que en el Nuevo Testamento podría ligar a Cristo de manera positiva con Yavé, el Dios del Antiguo Testamento. El Evangelio de Mateo y mucho material de los otros Evangelios fue eliminado, y cualquier referencia que Cristo haya hecho de Dios como su Padre. Marción también eliminó algunos de los escritos de Pablo. Terminó con una versión pequeña, resumida y editada del Nuevo Testamento. Esta herejía hizo que la iglesia definiera una lista formal y autorizada de los libros bíblicos.

LAS MARCAS DE SER CANÓNICO

Para poder determinar la autenticidad del canon, la iglesia aplicó una prueba triple. Algunos se inquietan por el hecho de que existió un proceso de selección, pero nos debe tranquilizar la minuciosidad del proceso.

La primera marca o prueba usada para verificar la autoridad de un libro era su origen apostólico, un criterio que tenía dos dimensiones. Para tener origen apostólico, un documento tenía que haber sido escrito ya sea por un apóstol o bajo la sanción directa e inmediata de un apóstol. El libro de Romanos, por ejemplo, nunca estuvo en duda porque todos admitían que había sido escrito por el apóstol Pablo y, por lo tanto, tenía autoridad apostólica. Del mismo modo, tampoco se cuestionaron los Evangelios de Mateo y de Juan porque fueron escritos por apóstoles de Jesús. El Evangelio de Lucas tampoco estuvo en duda porque Lucas fue un asociado de Pablo y le acompañó en sus viajes misioneros. Del mismo modo, Marcos fue considerado como vocero del apóstol Pedro, así que la autoridad de Pedro está detrás del Evangelio de Marcos. Desde el principio, no hubo duda sobre la autoridad apostólica de los cuatro Evangelios ni sobre el cuerpo básico de los escritos de Pablo.

La segunda marca de aceptación en el canon fue la recepción que tuvieron los textos en la iglesia primitiva La epístola a los Efesios es un ejemplo de este criterio. Se presupone que para esta carta Pablo tenía en mente un grupo de lectores más amplio que solo la iglesia de Éfeso. Fue escrita como una carta circular, diseñada para ser diseminada a todas las iglesias de la región alrededor de Éfeso. Y esto no solo fue así en el caso de la epístola a los Efesios, sino que también sucedió con las otras epístolas de Pablo. También los Evangelios circulaban ampliamente entre las congregaciones del primer siglo. Como asunto de reconocimiento histórico, al considerar qué textos incluir en el canon, la iglesia tomó en cuenta cómo había sido recibido un documento en particular y cómo había sido citado como autoritativo desde el comienzo. En 1 Clemente, que no fue reconocida como parte del canon, Clemente cita la carta de Pablo a los Corintios, mostrando que 1 Corintios había sido recibida y aceptada como autoritativa por las primeras comunidades cristianas. En la Biblia misma, el apóstol Pedro hace mención de las cartas de Pablo como incluyéndolas en la categoría de Escrituras (2 Pedro 3:16).

La tercera marca del canon fue la causa de la mayor controversia. Los libros considerados apostólicos o sancionados por un apóstol, y también recibidos por la iglesia primitiva, constituyen la mayor parte del Nuevo Testamento y fueron aceptados en el canon sin controversia alguna, pero había un segundo nivel de libros sobre los que sí hubo debate. Uno de los asuntos tenía que ver con la compatibilidad de la doctrina y las enseñanzas de esos libros con los ya aceptados, los libros básicos. Este es el tema que provocó algunas de las preguntas sobre el libro de Hebreos. Una porción de ese libro, el capítulo 6, a menudo ha sido interpretado como indicando que los que fueron redimidos por Cristo pueden perder su salvación, enseñanza que parece entrar en conflicto con el resto de la enseñanza bíblica sobre ese tema. Sin embargo, ese capítulo también puede leerse de manera que no contravenga el resto de las Escrituras. Lo que finalmente definió el debate sobre Hebreos fue el argumento de que Pablo era su autor. La iglesia en los primeros siglos creía que Pablo era el autor de Hebreos, y eso hizo que el libro entrara al canon. Irónicamente, hay muy pocos eruditos el día de hoy que crean que Pablo escribió ese texto, pero hay todavía menos que le negarían entrada en el canon.

EL ALCANCE DEL CANON

En el siglo XVI surgió una disputa entre la Iglesia Católica Romana y los protestantes sobre el alcance y la extensión de las Escrituras del Antiguo Testamento, específicamente sobre los Apócrifos, un grupo de libros producidos durante el período intertestamentario. La Iglesia Católica Romana aceptaba los apócrifos (los llamaba deuterocanónicos); las iglesias de la Reforma, en su mayoría, no los aceptaban. La disputa se concentraba en lo que la iglesia del primer siglo y Jesús mismo habían considerado canónico. Toda la evidencia de Palestina indica que el canon judío de Palestina no incluía los apócrifos, mientras que en Alejandría, centro cultural del judaismo helénico, sí se los incluía. Sin embargo, la erudición más reciente sugiere que incluso el canon de Alejandría reconocía los apócrifos solo en un nivel secundario, no al mismo nivel de autoridad bíblica. De modo que la pregunta sigue en pie. ¿Quién estaba en lo correcto: la Iglesia Católica Romana o los protestantes? En otras palabras, ¿por cuál autoridad determinamos lo que es canónico?

Según los protestantes, cada libro que se encuentra en la Biblia es un libro infalible, pero el proceso llevado a cabo por la iglesia para definir cuáles libros incluir no fue infalible. Creemos que la iglesia fue guiada de manera providencial por la misericordia de Dios en el proceso de decidir el canon y, por lo tanto, sí tomó las decisiones correctas. De modo que todos los libros que debieran estar en la Biblia están en la Biblia. Sin embargo, no creemos que la iglesia fuera infalible de manera inherente, ni entonces ni ahora. En contraste, la fórmula católica romana dice que tenemos los libros correctos porque la iglesia es infalible y cualquier cosa que la iglesia decida es una decisión infalible. En el entendimiento católico romano, la formación del canon descansa en la autoridad de la iglesia, mientras que en el entendimiento protestante descansa en la providencia de Dios.

Te recomiendo que sigas estudiando sobre el desarrollo del canon. Permíteme enfatizar, para concluir, que aunque hubo una investigación histórica, creo que la iglesia hizo exactamente lo que Dios quería, y que hoy en día no tenemos razón para no estar plenamente seguros de que los libros correctos fueron incluidos en el canon de las Sagradas Escrituras.

Capítulo 8

LAS ESCRITURAS Y LA AUTORIDAD

Hace unos años me encontré con un viejo amigo. Habíamos estado juntos en la universidad, y durante esos años él y yo nos habíamos reunido por las noches para un tiempo de estudio bíblico y oración. Perdimos contacto el uno del otro después de la graduación así que me dio mucho gusto verlo Durante nuestra conversación me dijo que desde que salió de la universidad su concepto de las Escrituras había cambiado; ya no creía en la inspiración de la Biblia. En lugar de eso, decía él, había llegado a la conclusión de que la autoridad espiritual reside en la iglesia.

DEBATE HISTÓRICO

A fin de cuentas, ¿dónde se encuentra la autoridad última e incuestionable para la iglesia? ¿En las palabras apostólicas de las Sagradas Escrituras o en el cuerpo de maestros que actualmente sirven como sobreveedores del rebaño de Dios? Ese era el asunto que se debatía en el siglo XVI cuando los reformadores determinaron que solo las Escrituras son la revelación última y autorizada de Dios; la iglesia no tiene autoridad al mismo nivel que las Escrituras. Sin embargo, cuando los representantes de la Iglesia Católica Romana se reunieron en el Concilio de Trento a mediados del siglo XVI para responder a la Reforma, la cuarta sesión de ese concilio tomó como su tema la relación entre la autoridad de la iglesia y la autoridad de las Escrituras. En esa sesión la iglesia profesó su confianza en la inspiración y autoridad de la Biblia mientras que al mismo tiempo

afirmó que Dios se revela por medio de la tradición de la iglesia.

Podemos encontrar la verdad de Dios en otros lugares además de la Biblia. Podemos encontrarla en buenos libros de teología, en tanto que *sean* buenos, pero no son la fuente original de esa revelación especial. Sin embargo, la Iglesia Católica Romana sostiene una "teoría de la fuente dual" en la cual hay dos fuentes de revelación especial, una de las cuales es la Biblia y la otra la tradición de la iglesia. Esta teoría tiene el efecto de colocar a la iglesia al mismo nivel con la Biblia misma en términos de autoridad.

La cuarta sesión del Concilio de Trento fue interrumpida abruptamente cuando estalló la guerra en el continente europeo, de modo que algunos de los registros de lo que ocurrió realmente en el concilio no están claros. En el borrador original de la cuarta sesión, el decreto dice que "las verdades... están contenidas en parte *[partim]* en las Escrituras y en parte *[partim]* en las tradiciones no escritas". Pero en un punto decisivo de las deliberaciones del concilio, dos sacerdotes se levantaron para protestar contra la fórmula *"partim... partim"*. Protestaron sobre la base de que esa fórmula destruiría el carácter único y suficiente de las Escrituras. Desde ese momento, todo lo que sabemos es que las palabras "en parte... en parte" se quitaron del texto y en su lugar se colocó la partícula "y" *(et).* ¿Significa esto que el concilio respondió a la protesta y tal vez, a propósito, dejó ambigua la relación entre Escritura y tradición? ¿Se trata de un cambio estilístico que significa que el concilio siguió manteniendo dos fuentes distintas de revelación? Estrictamente a partir de los registros del Concilio de Trento no conocemos la respuesta a esas preguntas, pero sí sabemos la respuesta a partir de subsecuentes decretos y decisiones de la iglesia, más recientemente en la encíclica papal *Humani Generis* (1950), en la cual el papa Pío XII no dejó espacio para la ambigüedad cuando dice que la iglesia abraza dos fuentes distintas de revelación especial.

De modo que la Iglesia Católica Romana apela tanto a la tradición de la iglesia como a la Biblia para fundamentar su doctrina, y eso dificulta mucho el diálogo ecuménico. Cuando una doctrina en particular está bajo investigación, los protestantes quieren establecer su posición estrictamente en la autoridad de la Biblia, mientras que Roma quiere incluir los resultados de concilios eclesiásticos o encíclicas papales. Vemos esto con temas como la Inmaculada

seminario sin haber sido confrontados por el contenido de la Biblia.

¿Sabes lo que hay en la Biblia? Este libro de teología sistemática es ambicioso porque cubre muchos temas, pero mucho más importante que estudiar la teología sistemática es que el pueblo de Dios llegue a conocer el contenido de las Escrituras. Sin embargo, incluso si conocemos el contenido de las Escrituras y nos mantenemos en la sana doctrina, todavía nos falta responder a la pregunta de cómo ser intérpretes responsables de la Biblia. No somos infalibles, y en algún punto podremos distorsionar las Escrituras. Por eso necesitamos aprender algo sobre los principios básicos de la interpretación bíblica[1].

Este capítulo concluye la primera parte de nuestro estudio. Hemos cubierto la revelación y la Biblia, lo cual nos prepara para la segunda parte en donde comenzaremos un estudio del carácter de Dios.

[1] **R. C. Sproul, *Knowing Scripture* (Conociendo las Escrituras), ed. rev. (Downers Grove, 111.: InterVarsity; 2009) provee una guía para laicos de los principios fundamentales de cómo interpretar la Biblia evitando malos entendidos, malas interpretaciones o distorsiones de la Palabra de Dios.**

Segunda parte

TEOLOGÍA PROPIAMENTE DICHA

Capítulo 9

CONOCIMIENTO DE DIOS

Dios ha revelado su existencia claramente a todas las criaturas de la tierra; toda la gente sabe que Dios existe, sea que lo reconozcan o no. Sin embargo, necesitamos movernos más allá de saber que Dios existe y llegar a un entendimiento más profundo que quién es él —su carácter y naturaleza— porque ningún aspecto de la teología define todo lo demás de manera tan completa como nuestro entendimiento de Dios. De hecho, solamente al entender el carácter de Dios podemos entender todas las otras doctrinas de manera apropiada.

DIOS INCOMPRENSIBLE

Históricamente, el primer objetivo de la teología sistemática ha sido el estudio de la incomprensibilidad de Dios. A primera vista, esa meta parece contradictoria; ¿cómo se puede estudiar algo que es incomprensible? Sin embargo, esta búsqueda tiene sentido cuando entendemos que los teólogos utilizan el término *incomprensible* de manera más estrecha y más precisa que en el lenguaje cotidiano. Teológicamente hablando, *incomprensible* no significa que no podemos saber nada de Dios sino que nuestro conocimiento de él siempre será limitado. Podemos tener un conocimiento de Dios aprehensivo y significativo, pero jamás podremos tener (ni siquiera en el cielo) un conocimiento exhaustivo de Dios; no podemos comprender plenamente todo lo que Dios es.

Juan Calvino articuló una de las razones para explicar esto por medio de la frase *finitum non capax infinitum,* que significa "lo finito

no puede comprender lo infinito". La frase se puede interpretar de dos maneras distintas porque la palabra *capeo:* se puede traducir "contener" o "comprender". No hay forma de que un vaso de cien mililitros pueda contener una cantidad infinita de agua porque solo tiene un volumen finito; lo finito no puede contener lo infinito. Pero cuando la frase de Calvino se traduce con el otro significado de *capax,* "comprender", indica que Dios no puede ser comprendido en su totalidad. Nuestras mentes son finitas y no tienen la capacidad para comprender todo lo que Dios es. Sus caminos no son nuestros caminos. Sus pensamientos no son nuestros pensamientos. Dios sobrepasa nuestra habilidad de comprender su plenitud.

DIOS REVELADO

Ya que lo finito no puede comprender lo infinito, ¿cómo podemos nosotros, como seres humanos finitos, aprender algo sobre Dios, o tener algún conocimiento significativo de quién es Dios? Calvino decía que Dios en su gracia y misericordia condesciende a balbucear para nuestro beneficio. En otras palabras, Dios se dirige a nosotros en nuestros términos y en nuestro propio idioma, igual que un papá o mamá habla con su bebé. Lo llamamos "lenguaje de bebé"; sin embargo, sí comunica algo significativo e inteligible. .

Antropomorfismo

Encontramos esta idea en el lenguaje antropomórfico de la Biblia. *Antropomórfico* proviene del vocablo griego *anthropos,* que significa "hombre", "humanidad", "humano", y *morfología,* que se utiliza para el estudio de las formas. Por lo tanto, podemos ver fácilmente que *antropomórfico* significa "en forma humana". Cuando leemos en las Escrituras que los cielos son el trono de Dios y la tierra es el estrado de sus pies (Isaías 66:1), nos imaginamos una deidad de tamaño masivo sentada en el cielo y estirando sus pies sobre la tierra, pero no pensamos que eso es lo que Dios hace en realidad. De la misma manera, leemos que Dios es dueño del ganado de los montes (Salmo 50:10), pero no interpretamos eso pensando que Dios es un gran estanciero que se aparece de vez en cuando para tirotearse con el diablo. Al contrario, esa imagen nos comunica que Dios es poderoso y autosuficiente, así como un estanciero que posee gran cantidad de ganado.

Las Escrituras nos dicen que Dios no es un hombre. Dios es espíritu (Juan 4:24) y, por lo tanto, su existencia no es física; pero a menudo se describe a Dios con atributos físicos. Se mencionan sus ojos, su cabeza, su brazo fuerte, sus pies y su boca. La Biblia nos dice que Dios tiene no solamente atributos físicos, sino también emocionales. Hay lugares en que leemos que Dios se arrepiente, pero en otro sitio leemos que Dios no cambia de opinión. Eso es porque en algunas ocasiones se describe a Dios en términos humanos porque esa es la única manera en que el ser humano sabe hablar de Dios.

Debemos tener cuidado en entender lo que comunica el lenguaje antropomórfico de la Biblia. Por una parte, la Biblia afirma lo que comunican esas formas sobre Dios; por la otra, de manera más didáctica, nos advierte que Dios no es un hombre. Pero eso no significa que un lenguaje teológico abstracto y técnico es superior a un lenguaje antropomórfico, y no significa que es mejor decir "Dios es omnipotente" que decir "porque míos son... los millares del ganado en mis montes". La única forma de entender la palabra *omni* o *todo* es por nuestra habilidad humana de entender lo que significa la palabra *todo.* Del mismo modo, no podemos concebir el poder de la misma manera que Dios lo concibe. Dios tiene una comprensión infinita del poder, mientras que nosotros tenemos una comprensión finita.

Por todas estas razones, Dios no nos habla en su lenguaje; nos habla en el nuestro, y debido a que Dios nos habla en el único lenguaje que podemos entender, entonces nosotros podemos comprenderlo. En otras palabras, *todo* lenguaje bíblico es antropomórfico, y *todo* lenguaje sobre Dios es antropomórfico, porque el único lenguaje que tenemos a nuestro alcance es lenguaje antropomórfico, y esto es así porque somos seres humanos.

Dios descrito

Debido a estos límites que nos impone el inmenso abismo entre el Dios infinito y los seres humanos finitos, la iglesia ha tenido que ser muy cuidadosa sobre la manera en que intenta describir a Dios.

Una de las formas más comunes de describir a Dios se conoce como la *via negationis. Via* es camino o sendero. *Negationis* significa simplemente negación. Es una manera primordial para hablar de Dios. En otras palabras, describimos a Dios diciendo lo que Dios no es. Por ejemplo, hemos dicho que Dios es infinito, lo cual significa "no finito".

Del mismo modo, los seres humanos cambian con el tiempo. Sufren mutaciones, así que son "mutables". Pero Dios no cambia, así que Dios es inmutable, lo cual significa "no mutable". Ambos términos, *infinito* e *inmutable,* describen a Dios diciendo lo que Dios no es.

Hay otras dos formas en que los teólogos sistemáticos hablan de Dios. Una se llama la *via eminentiae,* "el camino de la eminencia", en el cual tomamos referencias o conceptos humanos conocidos y los elevamos hasta el grado máximo, como los términos *omnipotencia* y *omnisciencia.* Aquí, la palabra para poder *(potentia)* y la palabra para conocimiento *(scientia)* son elevadas al grado sumo, *omni,* y aplicadas a Dios. Dios es todo-poderoso y todo-conocimiento, mientras que nosotros solo somos parcialmente poderosos y parcialmente sabios.

La tercera forma es la *via affirmationis,* el camino de la afirmación. Se trata de decir afirmaciones específicas del carácter de Dios, como "Dios es uno", "Dios es santo", "Dios es soberano". Atribuimos positivamente ciertas características a Dios y afirmamos que son verdad en él.

TRES FORMAS DE LENGUAJE

Al considerar la incomprensibilidad de Dios, es importante notar tres formas distintas del lenguaje hum ano que la iglesia ha delineado: unívoco, equívoco y analógico.

El lenguaje unívoco se refiere al uso de un término descriptivo que, cuando se aplica a dos cosas diferentes, tiene el mismo significado. Por ejemplo, se dice de un perro que es "bueno" y también se puede decir de un gato lo mismo, que es "bueno". En ambos casos significa que son obedientes.

El lenguaje equívoco se refiere al uso de un término que cambia radicalmente su significado cuando se usa para dos cosas diferentes. Si vas a escuchar una lectura de poesía dramática pero te desilusionara la presentación, podrías decir: "Esa narración estuvo muy pobre". Seguramente no estarás hablando de la condición económica baja del artista; lo que estás diciendo es que algo faltó en esa presentación. No había pasión ni interés. Así como a una persona pobre le faltan las cosas necesarias para la vida, algo estaba faltando en aquella lectura dramática. Estás empleando un uso metafórico de la palabra *pobre,* y al hacerlo te estás alejando del significado de la palabra cuando se aplica a una persona.

En medio del lenguaje unívoco y el lenguaje equívoco está el lenguaje analógico. Una analogía es una representación basada en la proporción. El significado cambia en proporción directa a la diferencia de las cosas que se describen. Un hombre y un perro pueden ambos ser buenos, pero su bondad no es exactamente la misma. Cuando decimos que Dios es bueno, queremos decir que su bondad es parecida o similar a la nuestra, no idéntica pero lo suficientemente parecida como para que podamos hablar significativamente sobre ella entre nosotros.

El principio fundamental es que aunque no conozcamos a Dios comprensiva y exhaustivamente, sí tenemos formas lógicas de hablar acerca de él. Dios se ha dirigido a nosotros usando nuestros términos, y debido a que Dios nos ha hecho a su imagen, hay una analogía que nos abre una avenida de comunicación con él.

Capítulo 10

UNO EN ESENCIA

Cuando consideramos las culturas de la antigüedad, no podemos evitar observar un sistema muy desarrollado de politeísmo. Pensamos, por ejemplo, en los griegos con su panteón de deidades, y en los romanos que tenían dioses y diosas que se correspondían con los de los griegos y cubrían todas las esferas de acción e interés humanos. En medio de ese mundo del Mediterráneo, una cultura —la judía— se distinguió por su compromiso único y desarrollado con el monoteísmo.

Algunos eruditos críticos argumentan que la religión judía reflejada en el Antiguo Testamento no era realmente monoteísta sino una mezcla muy sutil de formas de politeísmo. Estos críticos dicen que las Escrituras como las conocemos hoy fueron el producto de editores posteriores que escribieron perspectivas más modernas de monoteísmo en el registro bíblico de los relatos patriarcales. A pesar de esas teorías críticas, desde la primera página de la Biblia encontramos una declaración sin ambigüedad: no hay límites para el reino y la autoridad del Señor Dios. Él es el Dios del cielo y la tierra, aquel que crea y gobierna todas las cosas.

UNIDAD Y UNICIDAD

En la comunidad de Israel del Antiguo Testamento se puso un gran énfasis en la unicidad de Dios. Por ejemplo, pensamos en el *Shema* del libro de Deuteronomio. El *Shema* se recitaba en la liturgia israelita y tenía profundas raíces en la conciencia del pueblo: "Escucha, Israel:

el SEÑOR nuestro Dios, el SEÑOR uno es. Y amarás al SEÑOR tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas" (Deuteronomio 6:4,5). Esas palabras también abarcan el Gran Mandamiento (Mateo 22:37). Después de la declaración del *Shema,* el texto añade:

> Estas palabras que yo te mando estarán en tu corazón. Las repetirás a tus hijos y hablarás de ellas sentado en casa o andando por el camino, cuando te acuestes y cuando te levantes. Las atarás a tu mano como señal, y estarán como señal entre tus ojos. Las escribirás en los postes de tu casa y en las puertas de tus ciudades (Deuteronomio 6:6-9).

Este anuncio de la naturaleza de Dios —su unidad y unicidad-era tan central para la vida religiosa del pueblo que este punto debía darse como instrucción a los niños diariamente. La gente debía ponerlo en su brazo, en su frente, en los marcos de las puertas; en otras palabras, debían pensar y hablar de eso todo el tiempo. Los padres israelitas debían asegurarse de que sus hijos entendieran la unicidad de Dios para que esta verdad pudiera permear la comunidad en cada generación. El politeísmo de las religiones falsas de las naciones vecinas podía ser muy seductivo, como lo revela el Antiguo Testamento. La mayor amenaza contra Israel era la corrupción que acompañaba el culto a dioses falsos. Israel necesitaba recordar que no había otro Dios más que su Dios.

La unicidad de Dios también se muestra en el primero de los Diez Mandamientos: "No tendrás otros dioses delante de mí" (Éxodo 20:3). El mandamiento no significa que el pueblo de Dios puede tener otros dioses siempre y cuando Yavé ocupe el primer lugar. "Delante de mí" significa "en mi presencia", y la presencia de Yavé se extiende por toda la creación. De modo que cuando Dios dijo: "No tendrás otros dioses delante de mí" estaba diciendo que no hay otros dioses porque solo Dios reina como la única divinidad.

LA TRINIDAD

El Antiguo Testamento enfatiza el monoteísmo y nosotros confesamos nuestra fe en un Dios trino. La doctrina de la Trinidad,

una de las más misteriosas de la fe cristiana, ha causado grandes controversias a lo largo de la historia de la iglesia. Algunas de las controversias surgen de un malentendido de la Trinidad como si fueran tres dioses distintos: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Esa idea se conoce como "triteísmo" y es una forma de politeísmo.

¿Cómo puede la iglesia cristiana afirmar la Trinidad, que Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo? La doctrina de la Trinidad está establecida en el Nuevo Testamento. El Nuevo Testamento habla de Dios en términos del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Ningún texto expresa este concepto más claramente que el prólogo del Evangelio de Juan, el cual prepara el escenario para la confesión de fe de la iglesia en la Trinidad:

> En el principio era la Palabra, y la Palabra era con Dios, y la Palabra era Dios. Ella era en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por medio de ella, y sin ella no fue hecho nada de lo que ha sido hecho. En ella estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz resplandece en las tinieblas y las tinieblas no la vencieron (Juan 1:1-5).

Traducimos el vocablo griego *logos* como "palabra", de manera que la versión original dice literalmente: "En el principio era el *logos,* y el *logos* era con Dios, y el *logos* era Dios". Juan hace una distinción entre Dios y el *logos.* La Palabra y Dios están juntos pero son distintos: "la Palabra era con Dios".

La partícula *con* puede parecer insignificante, pero en griego hay al menos tres términos que pueden traducirse *con.* Está la palabra *sun,* que ha llegado hasta nosotros como el prefijo *sin-*. Lo encontramos en palabras como *sincronizar,* que significa "que ocurra al mismo tiempo"; sincronizamos nuestros relojes para reunimos al mismo tiempo. La palabra griega *meta* también se traduce *con.* En el término *metafísica, meta* se usa en el sentido de estar al lado de algo. Una tercera palabra para *con* usada por los griegos es *pros,* que forma la base de otra palabra griega, *prosopon,* que significa "rostro". Este uso de *con* denota una relación cara a cara; es decir, la relación más cercana entre dos. Este es el término que Juan utiliza cuando escribe: "En el principio era la Palabra, y la Palabra era *con* Dios". Al usar *pros,* Juan está indicando que el *logos* estaba en una relación lo más cercana posible con Dios.

Así que vemos que el *logos* estaba con Dios desde el principio en una relación íntima, pero la cláusula siguiente parece confusa: "y la Palabra *[logos]* era Dios". Aquí Juan utiliza una forma común del verbo "ser", utilizado en su sentido copulativo. Esto significa que lo que se afirma en el predicado se encuentra en el sujeto, de modo que ambos son reversibles: "La Palabra era Dios y Dios era la Palabra". Esto claramente le adscribe divinidad a la Palabra. La Palabra se diferencia de Dios, pero la Palabra también se identifica con Dios.

La iglesia desarrolló la doctrina de la Trinidad no solamente a partir de este texto del Nuevo Testamento sino también a partir de muchos otros. De todos los términos descriptivos que se usan para referirse a Jesús en el Nuevo Testamento, el que dominó el pensamiento de los teólogos durante los primeros tres siglos de historia fue *logos,* porque provee una visión exaltada de la naturaleza de Cristo.

Juan también nos presenta la respuesta de Tomás en el aposento alto. Tomás era escéptico acerca de los reportes que había recibido de las mujeres y de sus amigos sobre la resurrección de Cristo. Él dijo: "Si yo no veo en sus manos la marca de los clavos, y si no meto mi dedo en la marca de los clavos y si no meto mi mano en su costado, no creeré jamás" (Juan 20:25). Cuando Cristo apareció y mostró sus manos heridas a Tomás y lo invitó a poner su mano en su costado herido, Tomás exclamó: "¡Señor mío y Dios mío!" (v. 28).

Los escritores del Nuevo Testamento, particularmente los de origen judío, tenían una conciencia muy aguda no solo del primer mandamiento del Antiguo Testamento sino también del segundo: la advertencia contra hacerse imágenes. La prohibición contra toda forma de idolatría —adoración de las criaturas en vez del Creador- está profundamente enraizada en el Antiguo Testamento. Debido a eso, los escritores del Nuevo Testamento estaban advertidos de que Cristo podía ser adorado solo si es Dios. El hecho de que Jesús aceptara la adoración de Tomás es muy importante.

Cuando Jesús sanó en el día sábado y perdonó pecados, algunos de los escribas discutían diciendo: "¿Por qué habla este así? ¡Blasfema! ¿Quién puede perdonar pecados sino uno solo, Dios?" (Marcos 2:7). Todo judío entendía que el Señor del Sabbat era Dios, aquel que había instituido el Sabbat, de modo que cuando Jesús explicó que había sanado a un hombre "para que sepan que el Hijo del Hombre tiene

autoridad para perdonar pecados en la tierra", estaba declarando su divinidad (v. 10). Muchos reaccionaron con furia porque Jesús estaba adjudicándose una autoridad que pertenece solo a Dios.

Cuando Juan escribe: "Ella era en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por medio de ella, y sin ella no fue hecho nada de lo que ha sido hecho", el *logos* es identificado como Creador. Juan también dice: "En ella estaba la vida"; afirmando así que la vida está en el *logos,* que el *logos* es la fuente de vida, claramente Juan está atribuyendo divinidad a aquel llamado "la Palabra".

De manera similar, el Nuevo Testamento le atribuye deidad al Espíritu Santo. Esto se hace a menudo cuando se aplican al Espíritu atributos que pertenecen solo a Dios, como santidad (Mateo 12:32), eternidad (Hebreos 9:14), omnipotencia (Romanos 15:18, 19) y omnisciencia (Juan 14:26). La divinidad del Espíritu Santo también se demuestra cuando se le coloca al mismo nivel con el Padre y el Hijo, como en la fórmula bautismal de Mateo 28:18-20, o la bendición de Pablo en 2 Corintios 13:14.

Capítulo 11

TRES EN PERSONA

Hace algún tiempo, un profesor de filosofía me comentó su opinión sobre la doctrina de la Trinidad. Según él, esa doctrina es una contradicción y la gente inteligente no acepta contradicciones. Estoy de acuerdo en que la gente inteligente no debe aceptar contradicciones. Pero me sorprendió que clasificara a la doctrina de la Trinidad como una contradicción porque, como filósofo, él había sido entrenado en la disciplina de la lógica. Por lo tanto, sabía la diferencia entre una contradicción y una paradoja.

UNA PARADOJA

La fórmula de la Trinidad es paradójica, pero de ningún modo es contradictoria. La ley de no contradicción dice que algo no puede ser lo que es y no ser lo que es al mismo tiempo y en la misma relación. Por ejemplo, puedo ser un padre y un hijo al mismo tiempo, pero no en la misma relación. La formulación histórica es que Dios es uno en esencia y tres en persona; él es uno de una manera y tres de otra manera. Para violar la ley de no contradicción se tendría que decir que Dios es uno en esencia y al mismo tiempo tres en esencia, o que Dios es uno en persona y al mismo tiempo tres en persona. Por lo tanto, cuando consideramos las categorías formales de pensamiento racional, vemos objetivamente que la fórmula de la Trinidad no es contradictoria.

La iglesia luchó profundamente con este tema en los primeros cuatro siglos para ser fiel a la enseñanza clara de las Escrituras: que Dios es uno y también que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son

todos divinos. Resolver esa aparente contradicción fue una gran hazaña. A primera vista, parece como si la comunidad cristiana estuviera confesando fe en tres dioses, lo cual violaría el principio de monoteísmo, tan profundamente enraizado en el Antiguo Testamento.

Sin embargo, como ya mencionamos, el concepto de la Trinidad es paradójico pero no contradictorio. La palabra *paradoja* se basa en un prefijo y una raíz del griego. El prefijo *para* significa "al lado de". Cuando nos referimos a ministerios paraeclesiásticos, a los paramédicos, o los paralegales, tenemos en mente organizaciones y gente que trabaja al lado de otros. De la misma manera, una parábola era algo que Jesús daba al lado de su enseñanza para ilustrar un punto. La raíz de la palabra *paradoja* viene del griego *dokeo,* que significa "parecer" o "aparentar". De modo que la palabra *paradoja* se refiere a algo que, cuando se coloca al lado de algo más, parece ser contradictorio hasta que un examen más de cerca revela que no es así.

La fórmula cristiana de la Trinidad —Dios es uno en esencia en tres personas— puede parecer contradictoria porque estamos acostumbrados a ver a un ser como una persona. No podemos concebir cómo un ser puede estar contenido en tres personas y aun así ser solo un ser. En ese sentido, la doctrina de la Trinidad es misteriosa; perturba la mente cuando pensamos en un ser que es absolutamente uno en su esencia, pero tres en persona.

ESENCIA Y PERSONA

Cuando mi esposa y yo vivíamos en Holanda, aprendimos que la gente limpia sus casas con una *stofzuiger,* una aspiradora que literalmente significa "succionador de cosas". Pudieron haber usado un término más sofisticado, más metafísico, pero la palabra *cosas* explica mucho.

¿Qué es la cosa que distingue a un ser humano de un antílope, a un antílope de una uva o a una uva de Dios? Es la esencia de la cosa, su *ousios,* palabra griega que significa "ser" o "sustancia". La cosa de la deidad, la esencia —la *ousios*— es lo que Dios es en sí. Cuando la iglesia declaró que Dios es una esencia estaba diciendo que Dios no está una parte en un lugar y otra parte en otro lugar. Dios es un solo ser.

Parte del problema que tenemos para explicar cómo Dios es uno en ser pero tres en persona es que esta fórmula deriva del latín *persona,* del cual derivamos la palabra "persona" en nuestro

idioma. Su función principal en el latín era como término legal o como término utilizado en las artes dramáticas. Se acostumbraba que actores de mucha experiencia representaran más de un papel en una obra, y los actores distinguían sus personajes usando máscaras, cuya palabra en latín era *persona.* Por eso, cuando Tertuliano dijo que Dios es un ser en tres *personae,* estaba diciendo que Dios existe simultáneamente como tres roles o personalidades: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Sin embargo, la idea de "persona" en esa fórmula no corresponde exactamente con nuestro concepto de personalidad, en el cual una persona significa un ser diferente.

SUBSISTENCIA Y EXISTENCIA

Para distinguir entre las personas de la Trinidad se han utilizado otros términos. Uno es *subsistencia.* Esta palabra nos parece familiar porque casi siempre se usa para describir a quienes viven por debajo de niveles económicos básicos. Una subsistencia en la Divinidad es una diferencia real pero no esencial en el sentido de ser una diferencia en el ser. Cada persona en la Trinidad subsiste o existe bajo la presencia de la deidad. La subsistencia es una diferencia dentro del alcance del ser, no un ser o una esencia separada. Todas las personas en la Divinidad tienen todos los atributos de la deidad.

Otro término importante para entender la distinción entre las personas de la Trinidad es *existencia.* El término *existir* se deriva etimológicamente del latín *existere,* compuesto por *ex* ("fuera de") y *stere* ("estar"). Desde un punto de vista filosófico, remontándonos más allá de Platón, el concepto de *existencia* se refiere al ser puro que no depende de nada para su capacidad de ser. Es eterno. Tiene el poder de ser dentro de sí. De ningún modo es criatura. La existencia creada no se caracteriza por *ser,* sino por *llegar a ser,* porque la principal característica de toda criatura es que cambia. Lo que seas hoy mañana cambiará un poco, y el día de hoy eres diferente a lo que fuiste ayer.

Dios no existe del mismo modo que existen los seres humanos, porque eso haría de Dios una criatura, dándole existencia derivada o dependiente. Más bien decimos que Dios *es.* Dios es, no está llegando a ser ni cambiando. Dios es el mismo eternamente, así que decimos que Dios es un ser. Los teólogos no hablan de la Trinidad como tres *existencias* sino como tres *subsistencias;* es decir, dentro del único

y no derivado ser de Dios —en una dimensión menor— hemos de distinguir entre estas subsistencias que la Biblia llama Padre, Hijo y Espíritu Santo. No hay tres existencias o seres sino más bien tres subsistencias dentro de ese único ser eterno.

Es necesario que distingamos entre las tres personas porque la Biblia hace la distinción. Es una distinción real pero no esencial, y al decir que "no esencial" no quiero decir que no es importante. Quiero decir que aunque hay diferencias reales dentro de la Divinidad, no las hay dentro de la esencia misma de la deidad. Un ser, tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Capítulo 12

ATRIBUTOS INCOMUNICABLES

uando voy al banco a cambiar un cheque, el cajero me pide alguna forma de identificación. Normalmente abro mi billetera y le muestro mi licencia de conducir. Un lado de la licencia dice mi color de ojos y de cabello, y mi edad. Estas características definen parte de mis atributos humanos.

En el estudio de la doctrina de Dios, una preocupación primordial es desarrollar el entendimiento de los atributos de Dios. Observamos características específicas de Dios, como su santidad, su inmutabilidad y su infinitud, para así lograr un entendimiento coherente sobre quién es él.

UNA DISTINCIÓN

Para comenzar, debemos hacer la distinción entre los atributos *comunicables* de Dios y sus atributos *incomunicables.* Un atributo comunicable es el que puede ser transferido de una persona a otra. Por ejemplo, el Centro para el Control y Prevención de Enfermedades en Atlanta, Estados Unidos de América, estudia las enfermedades contagiosas. Esas enfermedades también se conocen como comunicables porque fácilmente se transmiten de una persona a otra. De la misma manera, los atributos comunicables de Dios son aquellos que pueden ser transferidos a sus criaturas.

En cambio, un atributo incomunicable es aquel que no puede ser transferido. Por lo tanto, los atributos incomunicables de Dios no pueden ser atributos de los seres humanos. Incluso Dios no

puede comunicar ciertas características de su ser a las criaturas que ha hecho. Algunas veces se les pregunta a los teólogos si es posible que Dios cree a otro dios, y la respuesta es no. Si Dios fuera a crear a otro dios, el resultado sería una criatura, la cual, por definición, carecería de los atributos necesarios que describen a Dios, como su independencia, eternidad e inmutabilidad.

Al examinar la distinción entre atributos comunicables e incomunicables de Dios es importante notar que Dios es un ser simple; en otras palabras, Dios no está compuesto de partes. Nosotros tenemos partes corporales distintivas: dedos, intestinos, pulmones, etc. Dios es un ser sencillo en el sentido de que no es complejo. En lenguaje teológico, Dios *es* sus atributos.

La sencillez de Dios también significa que sus atributos se definen mutuamente. Decimos, por ejemplo, que Dios es santo, justo, inmutable y omnipotente, pero su omnipotencia siempre es una omnipotencia santa, justa e inmutable. Todos los rasgos de carácter que podemos identificar en Dios también definen su omnipotencia. Por lo mismo, la eternidad de Dios es una eternidad omnipotente y su santidad es una santidad omnipotente. Dios no es una porción santidad, otra porción omnipotencia y otra porción inmutabilidad. Dios es completamente santo, completamente omnipotente y completamente inmutable.

La distinción entre los atributos comunicables e incomunicables es importante porque nos ayuda a entender claramente la diferencia entre Dios y cualquier criatura. Ningún ser creado puede llegar a poseer un atributo incomunicable del Dios todopoderoso.

ASEIDAD

La principal diferencia entre Dios y todos los otros seres está en el hecho de que las criaturas son derivadas, condicionadas y dependientes. Sin embargo, Dios no es dependiente. Dios tiene el poder de ser en sí; no lo obtiene de nadie más. Este atributo se conoce como la *aseidad* de Dios, proveniente del latín *a sei,* que significa "de uno mismo".

La Biblia nos dice que en Dios "vivimos, y nos movemos y somos" (Hechos 17:28), pero en ningún lugar se nos dice que Dios obtenga su ser del ser humano. Dios nunca nos ha necesitado para sobrevivir o para ser, pero nosotros no podemos sobrevivir ni un instante sin

el poder de su ser sosteniendo nuestro ser. Dios nos creó, lo cual significa que desde nuestro primer aliento dependemos de él para nuestra propia existencia. Lo que Dios crea también lo sostiene y preserva, así que somos dependientes de él para continuar existiendo tanto como lo fuimos para comenzar a existir. Esta es la diferencia suprema entre Dios y nosotros; Dios no tiene esa dependencia de nada ni de nadie fuera de sí mismo.

John Stuart Mili presentó en un ensayo la refutación del argumento cosmológico clásico para probar la existencia de Dios. Este argumento sostiene que todo efecto debe tener una causa, y la causa última es Dios mismo. Mili decía que si todo tiene que tener una causa, entonces Dios tenía que tener una causa, así que al llevar ese argumento hasta el final, no podemos detenernos con Dios sino que debemos preguntarnos quién originó a Dios. Bertrand Russell había estado convencido del argumento cosmológico hasta que leyó el ensayo de Mili. El argumento que presentó Mili fue como una revelación para Russell, y este lo usó en su libro *Why I Am Not a Christian* (Por qué no soy cristiano)[1].

Sin embargo, Mili estaba equivocado. Su idea se basaba en un entendimiento falso de la ley de causalidad. Esta ley afirma que todo *efecto* debe tener una causa, no que todo lo que *es* debe tener una causa. Lo único que requiere una causa es un efecto, y un efecto requiere una causa por definición porque eso es lo que es un efecto, algo causado por otra cosa. Pero, ¿requiere Dios una causa? No, porque Dios tiene su ser en y de sí mismo; Dios es eterno y autoexistente.

Un muchacho muy inquisitivo dio un paseo por el bosque con su amigo y preguntó:
—¿De dónde salió ese árbol?
Su amigo respondió:
—Dios hizo ese árbol.
— ¡Ah, bueno! ¿Y de dónde salieron esas flores?
—Dios hizo esas flores.
—Bien. ¿Y de dónde saliste tú?

[1] **Bertrand Russell,** *Why I Am Not a Christian and Other Essays on Religión and Related Subjects* **(Por qué no soy cristiano y otros ensayos sobre religión y temas relacionados), 39a ed. (New York: Touchstone; 1967).**

— Dios me hizo.
—Muy bien. ¿Y de dónde salió Dios?
El amigo dijo:
—Dios se hizo a sí mismo.

El amigo estaba tratando de ser profundo, pero estaba profundamente equivocado, porque incluso Dios no puede hacerse a sí mismo. Para que Dios se haya hecho a sí mismo habría tenido que ser antes de ser, lo cual es imposible. Dios no es autoc reado; Dios es autoexistente.

La aseidad de Dios es lo que define la supremacía del Ser Supremo. Los seres humanos somos frágiles. Unos pocos días sin agua o unos pocos minutos sin oxígeno, y morimos. Del mismo modo, la vida humana es susceptible a toda clase de enfermedades que pueden destruirla. Pero Dios *no puede* morir. Dios no depende de nada para ser. Dios tiene el poder de ser en sí mismo, lo cual es algo que carecemos los humanos. Deseamos tener ese poder para seguir viviendo por siempre, pero no lo tenemos. Somos seres dependientes. Dios, y solo Dios, posee aseidad.

La razón nos demanda insistentemente un ser que posea aseidad; sin ella, nada podría existir en este mundo. Nunca pudo haber habido un tiempo cuando nada existió, porque si llegó a existir ese tiempo, nada podría existir ahora. Quienes quitan a Dios de su idea del origen del universo están pensando eri términos de autocreación, lo cual es algo sin sentido, porque ninguna cosa puede crearse a sí misma. El hecho de que haya algo ahora significa que siempre ha existido el ser.

Una hoja del pasto proclama la aseidad de Dios. La aseidad no está en el pasto mismo. Aseidad es un atributo incomunicable. Dios no puede impartir su eternidad a una criatura, porque todo lo que tiene comienzo en el tiempo es por definición no eterno. Se nos puede dar vida eterna hacia el futuro, pero no de manera retroactiva. No somos criaturas eternas.

La eternidad como tal es un atributo incomunicable. La inmutabilidad de Dios está ligada con su aseidad porque Dios eternamente es lo que él es y quien Dios es. Su ser es incapaz de mutación o cambio. Nosotros, como criaturas, somos mutables y finitos. Dios no pudo haber creado otro ser infinito porque solo puede haber un ser infinito.

DIGNO DE ALABANZA

Los atributos incomunicables de Dios señalan la forma en la que Dios es diferente a nosotros y la manera en la que él nos trasciende. Sus atributos incomunicables revelan por qué le debemos la gloria, el honor y la alabanza. Nosotros les damos premios y reconocimientos a personas que han sido excelentes por un momento y de quienes luego no volvemos a saber más. Pero aquel que tiene el poder de ser en sí eternamente, de quien todos somos absolutamente dependientes y al que debemos nuestra gratitud eterna por cada bocanada de aire que tomamos, Dios, no recibe de sus criaturas el honor y la gloria que merece recibir tan ricamente. Aquel que es supremo merece la obediencia y la adoración de todas las criaturas que ha hecho.

Capítulo 13

ATRIBUTOS COMUNICABLES

Los atributos incomunicables de E>ios, aquellos que no se comparten con las criaturas, son su infinitud, eternidad, omnipresencia y omnisciencia. Pero hay otros atributos que pueden reflejarse en los seres creados, como aclara el apóstol Pablo: "Por tanto, sean imitadores de Dios como hijos amados, y anden en amor, como Cristo también nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros como ofrenda y sacrificio en olor fragante a Dios" (Efesios 5:1, 2).

Pablo le pide al creyente que imite a Dios. Podemos imitar a Dios solo si hay ciertas cosas de Dios que somos capaces de reflejar. Este texto en Efesios asume que Dios posee ciertos atributos que son comunicables; es decir, atributos que somos capaces de poseer y manifestar.

SANTIDAD

Las Escrituras dicen que Dios es santo. El término *santo,* de la manera en que se utiliza en la Biblia para describir a Dios, se refiere tanto a su naturaleza como a su carácter. En primer lugar, la santidad de Dios se refiere a su grandeza y a su trascendencia, al hecho de que Dios está por encima y más allá de todo lo que hay en el universo. En ese sentido, la santidad de Dios es incomunicable. Solo Dios en su ser puede trascender todas las cosas creadas. En segundo lugar, la palabra *santo,* aplicada a Dios, se refiere a su pureza, a su absoluta excelencia moral y ética. Esto es lo que Dios tiene en mente cuando manda que sus criaturas tengan santidad: . .y serán santos, porque yo soy santo" (Levítico 11:44; ver 1 Pedro 1:16).

Al ser injertados en Cristo somos renovados interiormente por el Espíritu Santo. La tercera persona de la Trinidad se llama "Santo" porque su tarea principal en la obra trinitaria de redención es aplicar el trabajo de Cristo a nuestra vida. El Espíritu es quien nos regenera y trabaja para nuestra santificación. El Espíritu Santo trabaja en nosotros y a través de nosotros para formarnos a la imagen de Cristo, para que podamos cumplir el mandato de santidad que Dios nos ha dado.

En nuestra naturaleza caída, no somos santos; sin embargo, por el ministerio del Espíritu Santo, estamos siendo santificados y anticipamos nuestra glorificación, cuando seremos plenamente santificados y purificados de todo pecado. En ese sentido, somos imitadores de Dios. Pero incluso en nuestro estado glorificado seguiremos siendo criaturas; no vamos a ser seres divinos.

AMOR

Cuando Pablo habla de nuestra responsabilidad de ser imitadores de Dios menciona que somos llamados a manifestar amor (Efesios 5:2). La Biblia nos dice que Dios es amor (1 Juan 4:8, 16). El amor de Dios describe su carácter; es uno de sus atributos morales y, por lo tanto, es una cualidad que no pertenece solo a Dios sino que es comunicada a sus criaturas. Dios es amor, y el amor es de Dios, y todo aquel que ama en el sentido de *agape* del que habla la Biblia es nacido de Dios. Su amor es un atributo que puede ser imitado, y somos llamados precisamente a eso.

BONDAD

La bondad de Dios es otro atributo moral que somos llamados a emular, aunque la Biblia nos da una descripción muy sombría de nuestra habilidad para ello. Un joven rico le preguntó a Jesús: "Maestro bueno, ¿qué haré para obtener la vida eterna? Pero Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas 'bueno'? Ninguno es bueno, sino solo uno, Dios" (Marcos 10:17, 18). Jesús no estaba negando su propia divinidad, sino simplemente afirmando la total bondad de Dios. En otro lugar, el apóstol Pablo, citando al salmista, dice: "No hay justo ni aun uno" (Romanos 3:10). En nuestra condición caída, no imitamos ni reflejamos este aspecto del carácter de Dios. Pero se nos llama a vivir una vida de buenas obras. Por eso, con la ayuda del

Espíritu Santo, podemos crecer en bondad y reflejar este aspecto de la naturaleza de Dios.

JUSTICIA Y RECTITUD

Hay otros atributos comunicables de Dios que debemos imitar. Uno es justicia. Cuando se habla de justicia en categorías bíblicas, nunca es un concepto abstracto que exista por encima o más allá de Dios, y al cual Dios mismo tenga que someterse. Más bien, en la Biblia el concepto de justicia está ligado con la idea de rectitud, y se basa en el carácter interno de Dios. El hecho de que Dios es justo significa que Dios siempre actúa de acuerdo con la rectitud.

Los teólogos hacen la distinción entre la rectitud, o justicia interna de Dios y su rectitud, o justicia externa. Cuando Dios actúa, siempre hace lo que es correcto. En otras palabras, Dios siempre hace aquello conforme con la justicia. En la Biblia, la justicia se distingue de la misericordia y la gracia. Yo solía decir a mis estudiantes que nunca le pidieran a Dios justicia, porque se las iba a dar. Si Dios nos tratara de acuerdo a su justicia, todos pereceríamos. Es por eso que cuando estamos delante de Dios más bien pedimos que nos trate de acuerdo con su misericordia y su gracia.

La justicia define la rectitud de Dios; él nunca castiga a la gente más severamente que lo que sus crímenes merecen, y nunca deja de recompensar a quienes se les debe recompensa. Dios siempre opera con justicia; nunca comete injusticias.

Hay dos categorías universales: justicia y no justicia. Todo lo que esté fuera del círculo de justicia está en la categoría de no justicia, pero hay diferentes tipos de no justicia. La misericordia de Dios está fuera del círculo de justicia y es un tipo de no justicia. También en esta categoría está la injusticia. La injusticia es mala; un acto de injusticia viola los principios de la rectitud. Si Dios fuera a cometer algo incorrecto estaría actuando injustamente. Abraham conocía esa imposibilidad cuando le dijo a Dios: "El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?" (Génesis 18:25). Puesto que Dios es un juez justo, todos sus juicios están de acuerdo con la rectitud, de modo que nunca actúa de forma injusta. Dios nunca comete una injusticia.

Pero la gente se confunde cuando considera esto junto con la misericordia y la gracia de Dios, porque la gracia no es justicia. Gracia y misericordia están fuera de esta categoría de justicia, pero no

están dentro de la categoría de injusticia. No hay nada malo en que Dios sea misericordioso; no hay nada malo en su gracia. De hecho, en cierto sentido tenemos que extender este asunto. Aunque la justicia y la misericordia no parezcan la misma cosa, la justicia está ligada a la rectitud, y la rectitud incluye a veces la misericordia y la gracia. La razón por la que hacemos la distinción entre justicia y gracia es porque la justicia es necesaria para la rectitud, pero la misericordia y la gracia son acciones libres de Dios. Dios nunca está obligado a ser misericordioso. En el momento en que pensamos que Dios nos debe dar su gracia o su misericordia, ya no estamos pensando en gracia ni en misericordia. Nuestra mente tiende a resbalar en este punto y confundimos misericordia y gracia con justicia. La justicia sí puede ser un deber, pero la misericordia y la gracia son siempre voluntarias.

Dios siempre hace lo correcto, tanto en su rectitud o justicia externa como en su rectitud o justicia interna. Sus acciones —su conducta externa— siempre corresponden con su carácter interno. Jesús lo expresó de manera muy simple cuando les dijo a sus discípulos que un árbol corrupto no puede producir frutos buenos; el fruto malo viene de un árbol malo, y el fruto bueno viene de un árbol bueno (Mateo 7:17, 18). Dios siempre actúa de acuerdo con su carácter, y su carácter siempre es correcto. Por tanto, todo lo que Dios hace es correcto. Hay una distinción entre su rectitud interna y externa, entre lo que Dios es y lo que Dios hace, aunque ambos están conectados.

Lo mismo es cierto con nosotros. No somos pecadores porque pecamos; pecamos porque somos pecadores. Hay algo defectuoso en nuestro carácter interno. Cuando el Espíritu Santo nos cambia interiormente, ese cambio se manifiesta en un cambio externo de conducta. Somos llamados a conformar externamente la rectitud de Dios porque como criaturas hemos sido hechos a imagen de Dios, con capacidad para la rectitud. Hemos sido hechos con la capacidad de hacer lo que es correcto y de actuar de manera justa. El profeta Miqueas escribió: "¿Qué requiere de ti el SEÑOR? Solamente hacer justicia, amar misericordia y caminar humildemente con tu Dios" (Miqueas 6:8). La justicia y la rectitud de Dios son atributos comunicables que somos llamados a imitar.

SABIDURÍA

Quiero referirme a uno más de los atributos comunicables de Dios:

la sabiduría. Dios no solo es sabio sino que es todo-sabio. Y se nos manda actuar de acuerdo a la sabiduría. En el Antiguo Testamento, entre los libros históricos y los proféticos, se encuentran los libros denominados sapienciales, que incluyen a Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés y Cantares.

El libro de Proverbios nos dice que el temor del Señor es el principio de la sabiduría (Proverbios 9:10). Para el judío, la esencia de la sabiduría bíblica se encuentra en una vida piadosa, no en una mente muy inteligente. De hecho, el Antiguo Testamento hace una distinción entre conocimiento y sabiduría. Se nos dice que hay que adquirir conocimiento, pero sobre todo que hay que tener sabiduría. El propósito de ganar conocimiento es hacernos sabios en el sentido de saber cómo vivir agradando a Dios. Dios mismo nunca toma decisiones imprudentes ni se comporta de manera imprudente. No hay imprudencia en su carácter ni en sus acciones. Por el contrario, nosotros estamos llenos de necedad. Pero la sabiduría es un atributo comunicable, y Dios es la fuente y el manantial de toda sabiduría. Si nos falta sabiduría, debemos orar pidiendo que Dios, en su sabiduría, ilumine nuestro pensamiento (Santiago 1:5). Él nos da su Palabra para hacernos sabios.

Capítulo 14

LA VOLUNTAD DE DIOS

Hace algunos años, Ministerios Ligonier auspiciaba un programa de radio breve de preguntas y respuestas que se llamaba "Pregunte a R. C" La pregunta más frecuente era: "¿Cómo puedo conocer la voluntad de Dios para mi vida?". Quienes son sinceros en su vida cristiana y quieren vivir en obediencia a Dios desean saber lo que Dios quiere que hagan.

Cuando batallamos con el asunto de la voluntad de Dios para nuestra vida lo mejor es comenzar con estas palabras de la Biblia: "Las cosas secretas pertenecen al SEÑOR nuestro Dios, pero las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos, para siempre, a fin de que cumplamos todas las palabras de esta ley" (Deuteronomio 29:29). La ubicación de este versículo es importante. El libro de Deuteronomio es el segundo libro de la ley; su título significa "segunda ley". Contiene una recapitulación de toda la ley que Moisés entregó de parte de Dios al pueblo. Cerca de la conclusión de este relato de la entrega de la ley, encontramos este texto que hace una diferencia entre la voluntad escondida de Dios y su voluntad revelada.

COSAS SECRETASY COSAS REVELADAS

Los reformadores, en particular Martín Lutero, hablaban de la diferencia entre el *Deus absconditus* (Dios escondido) y el *Deus revelatus* (Dios revelado). Hay límites para nuestro conocimiento de Dios; como ya lo hemos mencionado, no tenemos un conocimiento completo de él. Dios no nos ha revelado todo lo que pudiéramos

conocer sobre su persona o sus intenciones para el mundo; hay mucho que no está revelado. Esto escondido de Dios es lo que se llama *Deus absconditus,* lo que Dios ha escondido de nosotros. Al mismo tiempo, no se nos ha dejado totalmente en la oscuridad para que estemos intentando lograr un entendimiento de Dios. No es como si Dios hubiera huido o nos hubiera dejado incapaces de conocer nada sobre su ser. Al contrario, también está lo que Lutero denominó el *Deus revelatus,* la parte de Dios que ha revelado. Es el principio que se revela en Deuteronomio 29:29. "Las cosas secretas" se refiere a lo que llamamos "la voluntad escondida" de Dios.

Un aspecto de la voluntad de Dios es su voluntad decretada, que se refiere al hecho de que Dios hace suceder todo lo que desea en su soberanía. A veces se la llama la voluntad absoluta de Dios, la voluntad soberana de Dios o la voluntad eficaz de Dios. Cuando Dios decreta soberanamente que algo suceda, ciertamente va a suceder. Otra forma de referirse a esto es el "predeterminado consejo" de Dios (Hechos 2:23). Un ejemplo de esto es la crucifixión. Cuando Dios decretó que Cristo habría de morir en la cruz en Jerusalén en un momento particular de la historia, tenía que pasar en ese momento y en ese lugar. Sucedió por el determinado consejo o la voluntad de Dios. Fue algo irresistible; *tenía* que suceder. Del mismo modo, cuando Dios llamó al mundo a la existencia, el mundo llegó a existir.

También está la voluntad preceptiva de Dios. Mientras que a la voluntad decretada no se le puede oponer resistencia, a la voluntad preceptiva de Dios sí se le puede resistir y de hecho todo el tiempo lo hacemos. La voluntad preceptiva de Dios se refiere a su ley, a sus mandamientos. Por ejemplo, el primer mandamiento: "No tendrás otros dioses delante de mí" (Éxodo 20:3) es parte de la voluntad preceptiva de Dios.

Cuando las personas me preguntan cómo pueden conocer la voluntad de Dios para su vida, les pregunto de cuál voluntad están hablando: la escondida, la decretada o la preceptiva. Si están hablando de la voluntad escondida de Dios, deben entender que está escondida. La gran mayoría de la gente que se hace esta pregunta está luchando con una decisión que tiene que tomar en una situación particular. Cuando se me pregunta sobre la voluntad de Dios en esos casos, respondo que no puedo leer la mente de Dios. Sin embargo, puedo leer la Palabra de Dios, que me da su voluntad revelada, y

el aprenderla y conformarme a esa voluntad será suficiente trabajo para toda mi vida. Puedo ayudar a la gente que tiene preguntas, pero no puedo ayudarle a conocer la voluntad escondida de Dios. Juan Calvino decía que cuando Dios "cierra su santa boca, también detengamos nuestro camino, para no ir más allá"[1]. Traducido a lenguaje moderno diríamos: "La voluntad escondida de Dios no es asunto nuestro". Por eso está escondida.

Es bueno desear saber lo que Dios quiere que hagas. Dios tiene un plan secreto para tu vida pero no es asunto tuyo en lo absoluto. Sin embargo, Dios puede guiarte y dirigir tus sendas. Así que no hay nada malo en buscar la iluminación del Espíritu Santo, o la dirección de Dios en nuestra vida, y eso es lo que usualmente preocupa a la gente cuando pregunta sobre la voluntad de Dios. Pero tenemos un deseo inicuo en querer conocer el futuro. Queremos saber cómo acabará un asunto antes de comenzarlo, y en realidad eso no es asunto nuestro. Es asunto de Dios, y por eso sus advertencias son tan severas en la Biblia para no intentar conocer el futuro por medio de medios ilícitos como son las tablas ouija, los adivinadores y las cartas de tarot. Esas cosas están prohibidas para los cristianos.

VIVIR LA VOLUNTAD DE DIOS

¿Qué dice la Biblia sobre cómo nos dirige Dios? Dice que si reconocemos a Dios en todos nuestros caminos, Dios enderezará nuestras sendas (Proverbios 3:5, 6). Se nos exhorta a aprender la voluntad de Dios para nuestra vida y lo hacemos cuando enfocamos nuestra atención no en la voluntad decretada de Dios sino en la voluntad preceptiva. Si quieres conocer la voluntad de Dios para tu vida, la Biblia te dice: "Porque esta es la voluntad de Dios, su santificación" (1 Tesalonicenses 4:3). Así que cuando la gente se pregunta si aceptar un empleo en tal o cual ciudad, si casarse con Luisa o Sandra, debería estudiar muy de cerca la voluntad preceptiva de Dios. Debe estudiar la ley de Dios para aprender los principios por los cuales ha de vivir su vida cada día.

El salmista escribe: "Bienaventurado el hombre que no anda según el consejo de los impíos ni se detiene en el camino de los pecadores ni

[1] **Juan Calvino,** *Commentary on he Epistle of Paul he Aposte to he Romans* **(Comentario sobre la epístola del apóstol Pablo a los Romanos), trad. y ed. John Owen (repr., Grand Rapids: Baker, 2003), p. 354.**

se sienta en la silla de los burladores. Más bien, en la ley del SEÑOR está su delicia, y en ella medita de día y de noche" (Salmo 1:1,2). El deleite de la persona piadosa está en la voluntad preceptiva de Dios y alguien que esté enfocado ahí será como "un árbol plantado junto a corrientes de aguas que da su fruto a su tiempo" (v. 3). En cambio, los impíos no son así, sino que "son como el tamo que arrebata el viento" (v. 4).

Si quieres saber cuál empleo aceptar, tienes que dominar los principios. Cuando los conoces, descubres que es la voluntad de Dios que hagas un análisis sobrio de tus dones y talentos. Luego debes considerar si un empleo en particular va de acuerdo a tus capacidades; si no es así, no debes aceptarlo. En ese caso, la voluntad de Dios es que busques otro empleo. La voluntad de Dios también es que conjugues tu vocación —tu llamado— con una oportunidad de empleo, y eso requiere mucho más trabajo que solo usar una tabla espiritista de adivinación. Significa que hay que aplicar la ley de Dios a todas las diferentes áreas de la vida.

Cuando se trata de decidir con quién casarte, debes considerar todo lo que la Biblia dice con respecto a la bendición de Dios sobre el matrimonio. Habiendo hecho eso, puedes descubrir que hay varios candidatos que cumplen los requisitos bíblicos. Entonces, ¿con quién te casarás? La respuesta es fácil: con quien *quieras* casarte. En tanto que esa persona que eliges esté dentro de los parámetros de la voluntad preceptiva de Dios, tienes toda la libertad para actuar de acuerdo a lo que tú prefieres, y no debes angustiarte con preguntas sobre si estás fuera de la voluntad escondida o decretada de Dios. En primer lugar, no puedes estar fuera de la voluntad decretada de Dios. En segundo lugar, la única forma de conocer la voluntad escondida de Dios para hoy es esperar hasta mañana, y mañana será muy claro para ti porque podrás mirar hacia el pasado y conocer que lo que haya ocurrido corresponde a los procesos de la voluntad escondida de Dios. En otras palabras, solo conocemos la voluntad escondida de Dios después de los eventos. Casi siempre queremos conocer la voluntad de Dios para el futuro, mientras que el énfasis en la Biblia es la voluntad de Dios para nosotros en el presente, y eso tiene que ver con sus mandamientos.

Las "cosas secretas" pertenecen a Dios, no a nosotros. Esas "cosas secretas" no son asunto nuestro porque no son nuestra propiedad; son de Dios. Sin embargo, Dios ha tomado algunos de los planes secretos

de su mente y les ha quitado el secreto, y esas cosas *sí* nos pertenecen. Dios ha quitado el velo. Eso es lo que llamamos revelación. Una revelación es mostrar lo que alguna vez estuvo escondido.

El conocimiento que es nuestro por la revelación en realidad le pertenece a Dios, pero Dios nos lo ha compartido. Es lo que dice Deuteronomio 29:29. Las cosas secretas pertenecen a Dios, pero lo que ha revelado nos pertenece a nosotros, y no solo a nosotros sino también a nuestros hijos. A Dios le ha agradado revelarnos ciertas cosas, y tenemos la inefable bendición de compartir esas cosas con nuestros hijos y con los demás. La prioridad de transmitir ese conocimiento a nuestros hijos es uno de los principales énfasis en Deuteronomio. La voluntad revelada de Dios se nos da por medio de su voluntad preceptiva, y esta revelación nos ha sido dada para que podamos obedecer.

Como ya lo mencionamos, mucha gente me pregunta cómo puede conocer la voluntad de Dios para su vida, pero casi nadie pregunta cómo puede conocer la ley de Dios. La gente no hace esa pregunta porque sabe cómo entender la ley de Dios; la encuentra en la Biblia. Puede estudiar la ley de Dios para conocerla. La pregunta más difícil es cómo podemos *practicar* la ley de Dios. Algunos se preocupan de eso, pero no muchos. La mayoría de la gente que busca la voluntad de Dios está tratando de conocer el futuro, y eso está cerrado. Si quieres conocer la voluntad de Dios en cuanto a lo que Dios autoriza, lo que a Dios le agrada y por lo que Dios te bendecirá, la respuesta se encuentra en la voluntad preceptiva de Dios, la ley, y eso está claro.

Uno de los principales valores de la ley del Antiguo Testamento para los cristianos del Nuevo Testamento es que nos revela el carácter de Dios y lo que le agrada. Podemos estudiar la ley del Antiguo Testamento cuando intentamos averiguar lo que agrada a Dios, y aunque hay mandamientos que no aparecen en el Nuevo Testamento, la revelación del carácter de Dios está ahí, y ahí tenemos una lámpara para nuestros pies y una lumbrera para nuestro camino (Salmo 119:105). Si estamos buscando nuestro camino y solo palpamos en la oscuridad intentado conocer la voluntad de Dios para nuestra vida, necesitamos una lámpara que nos muestre hacia dónde vamos, una luz que nos muestre la senda para nuestros pies. Esa luz se encuentra en la voluntad preceptiva de Dios. La voluntad de Dios es que obedezcamos cada palabra que sale de su boca.

Capítulo 15

PROVIDENCIA

La mayoría de los creyentes están familiarizados con las palabras de Pablo en Romanos: "Y sabemos que Dios hace que todas las cosas ayuden para bien a los que lo aman; esto es, a los que son llamados conforme a su propósito" (Romanos 8:28). Aquí lo que sobresale es la fuerte convicción que expresa el Apóstol. Él no dice: "Espero que todo salga bien al final" o "creo que las cosas van a salir de acuerdo con la voluntad de Dios". Más bien, dice: "Y *sabemos* que Dios hace que todas las cosas ayuden para bien a los que lo aman; esto es, a los que son llamados conforme a su propósito". Escribe con tal seguridad apostólica sobre algo tan básico para la vida cristiana que podemos sacar de este versículo gran confianza y consuelo.

Sin embargo, me temo que hoy en día la fuerza de la convicción que Pablo expresa está ausente de nuestras iglesias y comunidades cristianas. Ha ocurrido un gran cambio en nuestro entendimiento de la forma en que nuestra vida se relaciona con el gobierno soberano de Dios.

En cierta ocasión vi en la televisión una miniserie sobre la Guerra Civil norteamericana. Uno de los momentos más emocionantes de esa serie ocurrió cuando el narrador leyó cartas enviadas por los soldados de ambos lados del conflicto. Esos soldados escribían esas cartas a sus seres queridos, y mencionaban sus preocupaciones y sus temores, pero frecuentemente mencionaban su confianza en un Dios bueno y benevolente. Siglos atrás, en los inicios de la migración europea a este continente, fundaron una ciudad en la colonia de

Rhode Island y la llamaron Providence (Providencia). Eso no podría suceder en nuestra cultura en el día de hoy. La idea de la providencia divina prácticamente ha desaparecido de nuestra cultura, y eso es algo trágico.

DIOS POR NOSOTROS

Una forma mediante la cual el pensamiento secular ha penetrado a las comunidades cristianas es a través de una visión del mundo que asegura que todo sucede de acuerdo a causas naturales fijadas, y Dios, si en verdad existe, está muy lejos, arriba y más allá de todo. Él es solo un espectador en el cielo mirándonos desde allá, tal vez animándonos a seguir adelante, pero sin ejercer ningún control inmediato sobre lo que pasa en la tierra. Sin embargo, históricamente hablando, los cristianos han tenido un sentido muy agudo de que este es el mundo de nuestro Padre y que todos los asuntos de los seres humanos y de las naciones, en última instancia, están en sus manos. Eso es lo que Pablo está expresando en Romanos 8:28, un conocimiento cierto de la divina providencia. "Y sabemos que Dios hace que todas las cosas ayuden para bien a los que lo aman; esto es, a los que son llamados conforme a su propósito".

Inmediatamente después, Pablo avanza en una secuencia: "Sabemos que a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo a fin de que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó" (w. 29, 30). Luego Pablo concluye: "¿Qué, pues, diremos frente a estas cosas?" (v. 31a). En otras palabras, ¿cuál será nuestra respuesta a la soberanía de Dios y al hecho de que él está trabajando un propósito divino en este mundo y en nuestra vida? El mundo repudia esa verdad, pero Pablo responde de esta forma:

> Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no eximió ni a su propio Hijo sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará gratuitamente también con él todas las cosas? ¿Quién acusará a los escogidos de Dios? El que justifica es Dios. ¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, es el que también resucitó; quien, además, está

> a la diestra de Dios, y quien también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligros, o espada?... Más bien, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó (w. 31b-37).

Uno de los dichos más antiguos de la iglesia primitiva resume la esencia de la relación entre Dios y su pueblo: *Deuspro nobis.* Significa: "Dios por nosotros". De eso se trata la doctrina de la providencia. Es el ser Dios por su pueblo. Pablo pregunta: "¿Qué, pues, diremos frente a estas cosas?". Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? ¿Y quién nos separará del amor de Cristo? ¿Acaso será la angustia, el peligro, la espada, la persecución, el sufrimiento, la enfermedad o la hostilidad humana? Pablo está diciendo que no importa lo que tengamos que soportar en este mundo como cristianos, nada tiene el poder de romper la relación que tenemos con una providencia amante y soberana.

He escrito mucho sobre la doctrina de la providencia, pero no puedo abarcarlo todo en un capítulo[1]. Aquí solo tenemos espacio para hacer una introducción breve. La palabra *providencia* se compone de un prefijo y una raíz. La raíz proviene del latín *videre,* que origina la palabra española *vídeo.* Julio César dijo: *Veni, vidi, vici:* "Vine, vi, y vencí". La palabra *vidi* viene del verbo *videre,* que significa "ver". Por eso usamos la palabra vídeo para referirnos a producciones de la televisión. El vocablo en latín *provideo,* de donde viene la palabra *providencia,* significa "mirar de antemano, visión por adelantado". Sin embargo, los teólogos hacen una distinción entre el conocimiento previo de Dios y la providencia de Dios. Aunque la palabra *providencia* significa etimológicamente lo mismo que *conocimiento previo,* el concepto cubre mucho más terreno que la idea de presciencia o conocimiento previo. De hecho, la palabra más cercana que tenemos para expresar el significado de *providencia* es *provisión.*

Consideremos lo que dice la Biblia sobre la responsabilidad de quien sea cabeza de familia: "Porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que

[1] **Para más detalles de la doctrina de la providencia, ver R. C. Sproul,** *The Invisible Hand: Do Al Things Realy Work for Good?* **(La mano invisible: ¿realmente todo ayuda a bien?) (Phillipsburg, N.J.: P&R, 2003).**

un incrédulo" (1 Timoteo 5:8, RVR-1960). Se le da responsabilidad a la cabeza de familia de ser quien provea y haga provisión; es decir, esa persona tiene que saber de antemano lo que la familia va a necesitar en cuanto a lo básico de la vida, y luego satisfacer esas necesidades. Cuando Jesús dijo: "No se afanen por su vida, qué han de comer o qué han de beber; ni por su cuerpo, qué han de vestir" (Mateo 6:25), no estaba diciendo que debemos ser descuidados y desobligados en la vida. Estaba hablando de la ansiedad. No debemos tener miedo; debemos poner nuestra confianza en el Dios que cubrirá nuestras necesidades. Al mismo tiempo, Dios nos da responsabilidades como jefes de familia para que seamos providentes, es decir, que consideremos las necesidades de mañana, y que aseguremos que habrá comida y vestido para la familia.

La primera vez que encontramos la palabra *providencia* en el Antiguo Testamento es en el relato del sacrificio de Isaac que Abraham presentó sobre el altar. Dios llamó a Abraham, y le pidió que llevara a su hijo Isaac, a quien amaba, y lo ofreciera como sacrificio en una montaña. Como era de esperarse, Abraham estaba angustiado por una gran lucha interna ante este pedido de Dios. Mientras se preparaba para obedecer al mandato, Isaac le preguntó: "He aquí el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?" (Génesis 22:7). Abraham respondió: "Dios mismo proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío" (v. 8). Abraham usó aquí las palabras *Jehovah jireh,* "Dios proveerá". Esta es la primera vez que la Biblia habla de la providencia de Dios, y se refiere a cómo Dios provee para nuestras necesidades. Por supuesto, este pasaje mira hacia el futuro, hacia la provisión final que Dios ha hecho en virtud de su soberanía divina, el Cordero supremo que fue sacrificado a nuestro favor.

PROVIDENCIA Y ASEIDAD

La doctrina de la providencia cubre varias áreas. Primero, cubre el sostenimiento de la creación. Cuando leemos los relatos de la creación en Génesis, la palabra hebrea que se traduce "crear" es *bara,* que significa más que el mero acto de hacer algo y luego desaparecer de la escena. Significa que lo que Dios crea y trae a la existencia, luego lo sostiene y preserva. Por lo tanto, no solo dependemos de Dios para nuestro origen, sino que también dependemos de él para nuestra existencia continua de momento a momento.

Ya mencionamos en un capítulo anterior que el principal atributo incomunicable de Dios es su aseidad, su autoexistencia. Solo Dios tiene el poder de ser en sí mismo. La teología sistemática entra en juego cuando consideramos la aseidad de Dios lado a lado con su poder creativo. El hecho de que Dios sustenta todo lo que crea nos revela la relación entre la doctrina de la providencia y la doctrina de la aseidad. En Dios vivimos y nos movemos y somos (Hechos 17:28). Dependemos de Dios, que nos sustenta y nos preserva.

Nuestra cultura ha sido influida fuertemente por la opinión pagana de que la naturaleza opera de acuerdo a leyes fijadas independientemente, como si el universo fuera una máquina impersonal que de alguna manera se ensambló por casualidad. Está la ley de la gravedad, las leyes de la termodinámica y otros poderes que mantienen todo en operación; hay una infraestructura en el universo que hace que este continúe. Sin embargo, la visión bíblica es que no podría haber universo en primer lugar si no fuera por el acto divino de creación. Y cuando Dios creó el universo no abandonó la acción dejando que operara por sí sola. Lo que llamamos "las leyes de la naturaleza" simplemente reflejan la forma normal en que Dios sustenta o gobierna el mundo natural. Tal vez el concepto más malvado que ha capturado la mente de la gente hoy en día es la creencia de que el universo opera por azar. Este es el punto más bajo de la necedad.

En otro lugar he escrito más extensamente sobre la imposibilidad científica de asignarle poderes al azar y la casualidad, porque el *azar* es simplemente una palabra que describe posibilidades matemáticas[2]. El azar no es una cosa. No tiene poder. No puede hacer nada y, por lo tanto, no puede influir a nada, pero algunos han tomado la palabra *azar,* que no tiene poder, y la han usado diabólicamente como un reemplazo del concepto de Dios. Pero, como aclara la Biblia, la verdad es que nada sucede por azar y que todas las cosas están bajo el gobierno soberano de Dios, lo cual es muy reconfortante para el creyente que lo entiende.

Me preocupa el mañana, y eso es un pecado. Me preocupa mi salud, y eso también es un pecado. Se supone que no debemos preocuparnos, pero es natural preocuparse sobre cosas dolorosas

[2] **R. C. Sproul,** *Not a Chance: The Myth of Chance in Modern Science and Cosmology* **(Ni por casualidad: el mito del azar en la ciencia y cosmología modernas) (Grand Rapids, Mich.: Baker, 1999).**

y sobre la pérdida de lo que valoramos. No queremos perder a nuestros seres queridos, nuestra salud, nuestra seguridad, ni nuestras posesiones, pero incluso si eso pasara, Dios está haciendo que todas las cosas ayuden para nuestro bien. Incluso nuestras enfermedades y nuestras pérdidas en este mundo están bajo la providencia de Dios, y es una providencia buena.

Nos parece difícil creerlo porque somos cortos de vista. Sentimos el dolor y la pérdida ahora, y no distinguimos dónde termina lo que empieza, como lo hace Dios. Pero Dios nos dice que los sufrimientos que tenemos que pasar en este mundo no son comparables con la gloria que ha preparado para su pueblo (Romanos 8:18). El conocer la providencia de Dios nos trae consuelo en nuestro sufrimiento. Dios está en control no solamente del universo y de sus operaciones, sino también de la historia. La Biblia nos dice que Dios levanta reinos y los hace caer, y nuestra estación individual de paso por la vida, en último análisis, también tiene que ver con lo que Dios en su providencia ha ordenado para nosotros. Nuestra vida está en sus manos, nuestra vocación está en sus manos, como lo están también nuestra prosperidad o nuestra pobreza. Dios gobierna todas estas cosas en su sabiduría y bondad.

CONCURRENCIA

Tal vez el aspecto más difícil de la providencia es la doctrina de la concurrencia, que en cierto sentido es el hecho de que todo lo que pasa, *incluso nuestro pecado,* es la voluntad de Dios. Al decir esto podríamos convertir a Dios en el autor del mal y lo culparíamos por nuestra maldad. Dios no es el autor del pecado, pero incluso mi pecado cae bajo la autoridad soberana de Dios.

Vemos un ejemplo de esta doctrina en la historia del patriarca José relatada en Génesis. Cuando era joven fue ultrajado por sus hermanos celosos que lo vendieron a una caravana de mercaderes que iban a Egipto. José fue comprado en el mercado de esclavos y luego falsamente acusado de atacar a la esposa de su amo, lo cual hizo que cayera en prisión por muchos años. Luego lo liberaron, y por sus grandes habilidades y por la mano de Dios sobre él fue elevado hasta la posición de primer ministro sobre todo Egipto.

Luego vino una gran hambre. Allá en Canaán los hermanos de José, hijos de Jacob, estaban pasando hambre. De modo que

Jacob envió a sus hijos a Egipto para tratar de comprar comida. Los hermanos encontraron a José, pero este escondió su verdadera identidad durante un tiempo. Finalmente la verdad salió a la luz, y los hermanos se dieron cuenta de que el primer ministro de Egipto, de quien necesitaban ayuda, era el hermano a quien habían hecho tanto mal años atrás. Se llenaron de espanto por la posibilidad de que José pudiera vengarse de ellos, pero en lugar de vengarse, José les dijo:

> Yo soy José su hermano, el que vendieron para Egipto. Ahora pues, no se entristezcan ni les pese el haberme vendido acá, porque para preservación de vida me ha enviado Dios delante de ustedes. Ya han transcurrido dos años de hambre en medio de la tierra, y todavía quedan cinco años en que no habrá ni siembra ni siega. Pero Dios me ha enviado delante de ustedes para preservarles posteridad en la tierra, y para darles vida mediante una gran liberación. Así que no me enviaron ustedes acá, sino Dios, que me ha puesto como protector del faraón, como señor de toda su casa y como gobernador de toda la tierra de Egipto (Génesis 45:4-8).

Después de la muerte de Jacob, José reaseguró a sus hermanos, una vez más subrayando la intención divina que subyacía a sus acciones malvadas:

> No teman. ¿Estoy yo acaso en el lugar de Dios? Ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios lo encaminó para bien, para hacer lo que vemos hoy: mantener con vida a un pueblo numeroso (50:19, 20).

Este es el gran misterio de la providencia, una concurrencia. En el misterio de la providencia divina, Dios obra su voluntad incluso por medio de nuestras decisiones intencionales. Cuando José dijo: "Ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios lo encaminó para bien", estaba diciendo que aunque sus hermanos habían tenido malas intenciones, la buena providencia de Dios prevaleció por encima de todo; y Dios estaba trabajando para que su maldad se tornara

en bendición para todo el pueblo. También vemos lo mismo en el Nuevo Testamento con Judas. Él traicionó a Jesús por su maldad, pero Dios estaba usando el pecado de Judas para realizar nuestra salvación.

Ese es el gran consuelo de la doctrina de la providencia, que Dios prevalece por sobre todas las cosas y trabaja para que todo ayude al bien de su pueblo (Romanos 8:28); y Dios es la eterna fuente de nuestro consuelo.

Tercera parte

ANTROPOLOGIA Y CREACIÓN

Capítulo 16

CREATIO EX NI HILO

(CREACIÓN A PARTIR DE LA NADA)

La doctrina de la creación es el tema central que separa al cristianismo y a otras religiones de todas las formas de secularismo y ateísmo. Los proponentes del secularismo y el ateísmo han apuntado sus armas hacia la doctrina judeocristiana de la creación, porque si logran derribar el concepto de creación divina la visión del mundo cristiano colapsará. El concepto de que el mundo no emergió por medio de un accidente cósmico es primordial para la fe judeocristiana; el mundo surgió por la obra directa y sobrenatural de un Creador.

EN EL PRINCIPIO

Las primeras palabras de las Sagradas Escrituras expresan la aseveración sobre la cual se establece todo lo demás: "En el principio creó Dios los cielos y la tierra" (Génesis 1:1). Aquí se están afirmando tres puntos fundamentales: 1) Hubo un principio; 2) hay un Dios; y 3) hay una creación. Uno pensaría que si el primer punto se establece firmemente, los otros dos seguirían por necesidad lógica. En otras palabras, si en realidad hubo un principio del universo, entonces debe haber algo o alguien responsable de ese principio; y si hubo un principio, debe haber algún tipo de creación.

En general, aunque no todos los que adoptan el secularismo reconocen que el universo tuvo un comienzo en el tiempo. Los proponentes de la teoría llamada Big Bang (gran explosión) dicen que hace entre quince y dieciocho mil millones de años el universo

comenzó como resultado de una explosión gigantesca. Sin embargo, si el universo comenzó así, ¿a partir de qué se originó la explosión? ¿De la nada? Sin Dios, esa explicación es absurda. Es irónico que la mayoría de los secularistas admita que el universo tuvo un comienzo pero rechace la idea de creación y la existencia de Dios.

Prácticamente todos están de acuerdo en que existe algo llamado universo. Algunos podrían argumentar que el universo o la realidad externa —incluyendo nuestra conciencia— no es nada más que una ilusión, pero solo los defensores más recalcitrantes del solipsismo* tratan de argumentar que nada existe. Uno debe existir para poder argumentar que nada existe. Dada la verdad de que algo existe y que existe un universo, los filósofos y teólogos se han preguntado en toda la historia: "¿Por qué hay algo en lugar de nada?". Tal vez esta sea la pregunta filosófica más antigua. Quienes han buscado contestarla se han dado cuenta de que solo hay tres opciones para explicar la realidad tal como la encontramos en nuestra vida.

EX NIHILO NIHIL FIT (Nada surge de la nada)

La primera opción es que el universo es autoexistente y eterno. Ya hemos notado que la gran mayoría de los secularistas cree que el universo sí tuvo un comienzo y no es eterno. La segunda opción es que el mundo material es autoexistente y eterno, y hay quienes en otras épocas y también hoy en día han sostenido este punto. Estas opciones tienen un importante elemento en común: ambas dicen que algo es autoexistente y eterno.

La tercera opción es que el universo se creó a sí mismo. Quienes sostienen esta opción creen que el universo llegó a existir de pronto y dramáticamente por su propio poder, aunque quienes defienden esta postura no usan el lenguaje de autocreación porque entienden que este concepto es lógicamente absurdo. Para que algo sea su propia creación, debe ser su propio creador, lo cual significa que debió existir desde antes, lo cual significa que habría tenido que ser y no ser al mismo tiempo y en la misma relación. Eso viola la ley más fundamental de la razón, la ley de no contradicción. Por lo tanto, el concepto de autocreación es manifiestamente absurdo, contradictorio e irracional. Sostener esa opinión es mala teología e

*** Nota del editor: Solipsismo es la "forma radical de subjetivismo según la cual solo existe o solo puede ser conocido el propio yo" (Real Academia Española).**

igualmente mala filosofía y mala ciencia, porque tanto la filosofía como la ciencia descansan sobre las sólidas leyes de la razón.

Uno de los aspectos principales de la Ilustración del siglo XVIII fue la presuposición de que la "hipótesis de Dios" se había convertido en innecesaria para la explicación del universo externo. Hasta ese momento de la historia, la iglesia había tenido el respeto de los filósofos. Durante la Edad Media, los filósofos no habían sido capaces de negar la necesidad racional de una primera causa eterna, pero para el tiempo de la Ilustración la ciencia había avanzado tanto que se podía utilizar una racionalización alternativa para explicar la presencia del universo sin apelar a una primera causa eterna, trascendente, autoexistente, o a Dios.

Esa teoría fue la generación espontánea, la idea de que el mundo apareció solo. Sin embargo, no hay diferencia entre esta teoría y el lenguaje contradictorio de la autocreación. De modo que cuando la generación espontánea se redujo al absurdo en el mundo científico, surgieron nuevos conceptos alternativos. Un ensayo escrito por un físico ganador del premio Nobel reconocía que en tanto la generación espontánea es una imposibilidad filosófica, no es así con la generación espontánea gradual. Él teorizaba que si se daba suficiente tiempo, la nada lograría de alguna manera tener el poder de traer algo a la existencia.

El término que casi siempre se utiliza para sustituir *autocreación* es *creación por chance,* y aquí aparece otra falacia lógica, la de la equivocación. La falacia de la equivocación ocurre cuando, a veces muy sutilmente, las palabras clave de un argumento cambian su significado. Esto ocurrió con la palabra *chance.* El término *chance* es útil en las investigaciones científicas porque describe posibilidades matemáticas. Si hay cincuenta mil moscas en un cuarto cerrado, se pueden usar las probabilidades estadísticas para mostrar la posibilidad de que un cierto número de moscas estén en un cierto espacio, un decímetro cuadrado en un cierto tiempo. De modo que en el esfuerzo por predecir algo de manera científica es legítimo e importante utilizar ecuaciones complejas de cocientes de posibilidad.

Sin embargo, una cosa es utilizar el término *chance* para describir una posibilidad matemática y otra cosa muy diferente es cambiar su utilización del término para referirse a algo que tiene poder creativo real. Para que la chance tenga cualquier efecto sobre algo en el

mundo, tendría que ser una cosa que tenga poder, pero la chance no es una cosa. Chance es simplemente un concepto intelectual que describe posibilidades matemáticas. Ya que no tiene ser, no tiene poder. Por lo tanto, decir que el universo llegó a existir por chance —que la chance ejerció algún tipo de poder para traer al universo a la existencia— simplemente nos regresa a la idea de la autocreación, porque la chance es nada.

Si podemos eliminar este concepto totalmente, y la razón nos demanda que lo hagamos, entonces nos queda una de las otras dos opciones: que el universo es autoexistente y eterno, o que el mundo material es autoexistente y eterno. Ambas opciones, como ya lo mencionamos, concuerdan en que si algo existe hoy, entonces algo debe ser autoexistente en algún lugar. Si no fuera así, nada podría existir en el tiempo presente. Una ley absoluta de la ciencia es *ex nihilo nihilfut,* que significa: "nada surge de la nada". Si todo lo que tenemos es la nada, entonces eso es todo lo que llegaremos a tener, porque la nada no puede producir algo. Si alguna vez hubo un tiempo en el que solo hubo la nada absoluta, entonces podemos estar totalmente ciertos hoy, en este mismo momento, de que todavía habría solamente absolutamente nada. Algo tiene que ser autoexistente; algo debe tener el poder de ser en sí para que pueda existir todo lo demás.

Las dos opciones presentan muchos problemas. Como ya lo hemos notado, casi todos concuerdan en que el universo no ha existido eternamente, así que la primera opción no es viable. Del mismo modo, ya que virtualmente todo lo que examinamos en el mundo material manifiesta contingencia y mutación, los filósofos son reacios en afirmar que este aspecto del universo es autoexistente y eterno, porque lo que es autoexistente y eterno no se presta a la mutación o el cambio. Entonces aparece el argumento de que en algún lugar en las profundidades del universo hay un centro pulsante escondido, una fuente de poder que es autoexistente y eterna, y todo lo demás en el universo le debe su origen a eso. En este punto, los materialistas argumentan que no hay necesidad de un Dios trascendente para explicar el universo material, porque el centro de la existencia, pulsante y eterno, se puede encontrar dentro del universo y no allá afuera en el gran más allá.

EX NIHILO (De la nada)

En este punto se comete un error lingüístico. Cuando la Biblia habla

de Dios como trascendente, no está describiendo la ubicación de Dios. No está diciendo que Dios está "allá arriba" o "allá afuera" de todo. Cuando decimos que Dios está por encima y más allá del universo, decimos que Dios está encima y más allá del universo en términos de su ser. Dios es ontológicamente trascendente. Si algo tiene el poder de ser en sí y es autoexistente, debe distinguirse de cualquier cosa que es derivada y dependiente. Así que si hay algo autoexistente en el centro del universo, trasciende a todo lo demás por su naturaleza. No nos interesa el lugar o la ubicación donde Dios reside. Estamos más bien concentrados en su naturaleza, en su ser eterno y en la dependencia que todo lo demás en el universo manifiesta con respecto a Dios.

La visión clásica del cristianismo con respecto a la creación es que Dios creó al mundo *ex nihilo,* "de la nada", lo cual parece contradecir la ley absoluta de *ex nihilo nihilfut,* "nada surge de la nada". La gente ataca la idea de la creación *ex nihilo* precisamente en ese punto. Sin embargo, cuando la teología cristiana dice que Dios creó al mundo *ex nihilo,* eso no es lo mismo que decir que hubo un momento cuando no había nada y luego, de esa nada, algo surgió. La postura cristiana es: "En el principio, Dios..." Dios no es la nada. Dios es algo. Dios es autoexistente y eterno en su ser, y solo Dios tiene la habilidad de crear cosas a partir de la nada. Dios puede llamar a existir a mundos enteros. Este es el poder de la creatividad en su sentido absoluto, y solo Dios lo tiene. Solo Dios tiene la habilidad de crear la materia, no de simplemente reformarla a partir de material preexistente.

Un artista puede tomar un bloque de mármol y formar una hermosa estatua, o tomar un lienzo en blanco y transformarlo por medio del uso de pigmentos en un hermoso diseño, pero así no es como Dios creó el universo. Dios llamó al mundo a existir, y su creación fue absoluta en el sentido de que Dios no hizo un simple reacomodo de cosas que ya existían. Las Escrituras nos dan solo una descripción brevísima de cómo lo hizo. Encontramos el "imperativo divino", la "autorización divina", por medio de la cual Dios creó por el poder y la autoridad de su mandato. Dios dijo: "Sea..." y fue. "Que haya..." y hubo. Ese es el imperativo divino. Nada puede resistirse al mandato de Dios, quien trajo al mundo y al universo entero a la existencia.

Capítulo 17

ÁNGELES Y DEMONIOS

En cierta ocasión les pregunté a mis estudiantes universitarios si creían en el diablo. Solo unos pocos respondieron que sí. Sin embargo, cuando les pregunté si creían en Dios, casi todos dijeron que sí. Me sorprendí por la respuesta, y entonces les pregunté: "¿Aceptarían ustedes una definición de Dios como un ser sobrenatural que tiene la capacidad de influenciar a la gente para el bien?". Dijeron que sí.

Luego les pregunté: "¿Aceptarían una definición del diablo como un ser sobrenatural que tiene la capacidad de influenciar a la gente para el mal?". A pesar de una definición tan similar, solo los mismos pocos respondieron afirmativamente.

¿Qué tiene Satanás que lo hace ser tan increíble, que la gente no cree en su existencia, incluso viendo la presencia tan evidente del mal en el mundo? Sondeando esa cuestión con los estudiantes, comencé a darme cuenta de que ellos consideraban a Satanás como algo parecido a los duendes, las brujas y cosas que salen en las noches. Un estudiante comentó: "Yo no creo en una criatura ridicula con cuernos, patas con pezuñas y cola que anda rondando en un traje rojo haciendo que la gente haga cosas malas".

Esa imagen de Satanás se originó en la Edad Media, cuando la iglesia era muy consciente de la realidad del diablo. La gente en ese tiempo se preocupaba mucho por hallar formas de resistir a los malos impulsos de Satanás. Los teólogos enseñaban que Satanás había sido un ángel bueno antes de su caída, y que debido a que su pecado particular había sido el orgullo, la gente podía resistir sus

ataques burlándose de él. Como resultado, se inventaron imágenes ridiculas de Satanás para lastimar su orgullo y para que así se alejara de ellos. Nadie en ese tiempo creía en realidad que Satanás llevaba un trinchete y tuviera cuernos y pezuñas, pero las siguientes generaciones llegaron a pensar que la gente de la Edad Media en realidad creía en esa criatura.

Si nuestra teología tiene bases bíblicas, y si tenemos confianza en que la Biblia no es un simple libro de cuentos y mitologías sino que representa la sobria verdad revelada de Dios, entonces tenemos que tomar en serio lo que las Escrituras dicen sobre ángeles y demonios.

LOS ÁNGELESY CRISTO

En el Nuevo Testamento la palabra *angelos,* "ángel", aparece con más frecuencia que "pecado", e incluso más que la palabra *agape,* que significa "amor". De modo que si la Biblia dedica tanta atención a los ángeles nos corresponde entonces tomarlos en serio.

El interés por la naturaleza y función de los ángeles llegó a ser asunto de gran urgencia en la iglesia primitiva debido a una herejía que decía que Jesús era un ángel. Algunos afirmaban que Jesús era un ser sobrenatural, más que humano pero menos que Dios. El autor de Hebreos confronta esa falsa doctrina:

> Dios, habiendo hablado en otro tiempo muchas veces y de muchas maneras a los padres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo y por medio de quien, asimismo, hizo el universo.
> Él es el resplandor de su gloria y la expresión exacta de su naturaleza, quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder. Y cuando hubo hecho la purificación de nuestros pecados, se sentó a la diestra de la majestad en las alturas.
> Fue hecho tanto superior a los ángeles, así como el nombre que ha heredado es más excelente que el de ellos. Porque, ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás:
> *Hijo mío eres tú;*
> *yo te he engendrado hoy;*
> y otra vez:
> *Yo seré para él, Padre;*
> *y él será para mí, Hijo*?

Otra vez, al introducir al Primogénito en el mundo, dice:
Adórenle todos los ángeles de Dios (Hebreos 1:1-6).

El autor de este texto dice que Dios manda incluso a los ángeles a que den su adoración a Cristo. También añade otro gran contraste:

¿Y a cuál de sus ángeles ha dicho jamás:
Siéntate a mi diestra,
hasta que ponga a tus enemigos
por estrado de tus pies?
¿Acaso no son todos espíritus servidores, enviados para ministrar a favor de los que han de heredar la salvación? (w. 13,14).

LA FUNCIÓN DE LOS ÁNGELES

Tenemos aquí una pista sobre la naturaleza y la vocación de los ángeles. Son seres creados y son espíritus servidores. No tienen cuerpos materiales, o al menos su sustancia es más etérea que la carne humana. Cuando la Biblia usa el término "espíritu" no significa necesariamente aquello que es totalmente inmaterial. Ese vocablo se utiliza para cosas como el humo o el viento, que tienen partículas físicas pero les falta consistencia y densidad, y por eso se les llama "espíritu". Sin embargo, los ángeles son criaturas. Tanto ángeles como demonios, ambos son seres creados. No son iguales a Dios.

La primera tarea de los ángeles es servir. La Biblia nos muestra varias formas en las que los ángeles funcionan como ministros. En primer lugar, algunos ángeles son creados específicamente con el propósito de ministrar en la presencia inmediata de Dios. Encontramos un ejemplo de esto en la profecía de Isaías:

En el año que murió el rey Uzías, vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime; y el borde de sus vestiduras llenaba el templo. Por encima de él había serafines. Cada uno tenía seis alas; con dos cubrían sus rostros, con dos cubrían sus pies y con dos volaban. El uno proclamaba al otro diciendo: ¡Santo, santo, santo es el SEÑOR de los Ejércitos! ¡Toda la tierra está llena de su gloria! (Isaías 6:1-3).

Una de las fundones de los ángeles es formar parte de la corte celestial. Las huestes celestiales incluyen ángeles y arcángeles, lo cual indica una jerarquía, un orden de autoridad dentro del mundo angelical. Los serafines ministran en la presencia inmediata de Dios y así son capaces de contemplar diariamente a Dios.

Otra función del ministerio de los ángeles es servir como mensajeros. De hecho, la palabra griega *angelos* significa "mensajero". El ángel Gabriel fue enviado para anunciar el nacimiento de Juan el Bautista, y luego a María para anunciar el nacimiento de Jesús. Afuera del poblado de Belén en los campos de pastoreo, los ángeles anunciaron: "¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz entre los hombres de buena voluntad!" (Lucas 2:14).

Además, los ángeles sirvieron a Jesús después que él resistió cuarenta días en el desierto las tentaciones de Satanás. Una de las tentaciones era saltar desde el pináculo del templo porque se le había prometido a Jesús que los ángeles vendrían a sostenerlo (Mateo 4:6). Satanás desafió a Jesús en cuanto al cuidado angelical que se le había prometido, pero Jesús no respondió a esa tentación. Inmediatamente después que Jesús desbarató la tentación de Satanás, se nos dice que aparecieron ángeles para servirle (v. 11).

Cuando Jesús fue arrestado dijo que tenía autoridad para llamar a legiones de ángeles que podían venir a rescatarlo (Mateo 26:53), lo cual recuerda lo que pasó con Elíseo en Dotán, cuando ejércitos de ángeles vinieron a rescatarle. Esos ángeles en Dotán eran invisibles al ojo humano y por eso Elíseo pidió a Dios en cuanto a su ayudante: "Te ruego, oh SEÑOR, que abras sus ojos para que vea" (2 Reyes 6:17).

Generalmente los ángeles son invisibles, pero pueden hacerse visibles, como sucedió en varias ocasiones durante el ministerio terrenal del Señor Jesús. La resurrección del Señor Jesús tuvo como heraldos a ángeles en la tumba vacía, y su ascensión a los cielos también. Además, se nos dice que cuando Cristo regrese a la tierra, vendrá con sus ángeles en gloria (Marcos 8:38). De modo que encontramos ángeles por toda la Biblia sirviendo a los santos de Dios, pero en particular a Jesús.

En otro lugar se nos dice: "No se olviden de la hospitalidad porque por esta algunos hospedaron ángeles sin saberlo" (Hebreos 13:2). En el Antiguo Testamento los ángeles a veces aparecían en forma de seres humanos y no eran reconocidos inmediatamente

como visitantes angelicales o como mensajeros de Dios. Los ángeles continúan sirviendo hasta el día de hoy a los santos en momentos de gran riesgo.

SATANÁS Y LOS DEMONIOS

También debemos considerar la esfera de los ángeles caídos. Así como el ser humano fue creado originalmente bueno y santo, los ángeles también fueron creados buenos, pero una porción de la esfera angelical cayó con Lucifer. De este modo Lucifer llegó a ser el arcángel supremo de esos ángeles caídos.

Es de importancia crítica que como cristianos entendamos que Satanás no es Dios. No somos dualistas que creen en dos poderes opuestos en igualdad de poder, uno bueno y el otro malo, uno en la luz y el otro en la oscuridad. Satanás es una criatura. Él no tiene el poder de Dios. No puede hacer cosas que solo Dios puede hacer, pero sí es más poderoso y astuto que los seres humanos. Es más fuerte que nosotros, pero muchísimo más débil que Dios, por lo cual una persona en quien habita el Espíritu Santo no debe tener miedo a ser poseído por un demonio: "...el que está en ustedes es mayor que el que está en el mundo" (1 Juan 4:4).

Se nos advierte contra el poder tramposo de Satanás porque no somos distintos de Pedro, que en su arrogancia pensó que podía resistir cualquier tentación y negó al Señor Jesús. Jesús conoce la realidad, y por eso le dijo a Pedro: "...Satanás me ha pedido para zarandearte como a trigo" (Lucas 22:31). Pedro llevaba las de perder frente a Satanás. Al mismo tiempo, la Biblia nos dice que si resistimos a Satanás, él huirá de nosotros (Santiago 4:7).

La Biblia utiliza diferentes imágenes para Satanás. Se nos dice que "como león rugiente, anda alrededor buscando a quién devorar" (1 Pedro 5:8). En mi mente tengo dos imágenes. La primera es un león fiero y terrorífico, y la segunda es ese mismo león huyendo por el camino con su cola entre las patas después de haber sido resistido por alguien lleno del Espíritu Santo. De nuevo, no debemos atribuirle mucho poder a Satanás, como si fuera Dios mismo. La Biblia también nos dice que él es el tentador, el engañador y el acusador. Él se deleita en engañar a la gente para que peque, así como intentó hacer que Cristo cayera con las tentaciones en el desierto. Tal vez más frecuente que el hecho de que Satanás tiente a la gente es que los acuse de

pecado. Su objetivo es llevarnos a la desesperación en vez de al arrepentimiento. Satanás nos acusa de pecado y, al mismo tiempo, esconde el remedio. Él quiere que nos destruyamos completamente a nosotros mismos, mientras que Cristo nos llama al perdón y a la redención.

Cierro este capítulo con una advertencia. Según el Nuevo Testamento, el carácter de Satanás es metamórfico. Tiene la habilidad de aparecer bajo los auspicios de la bondad. Debemos deshacernos de esa imagen mental de una figura diabólicamente ridicula, porque Satanás tiene la habilidad de aparecer como ángel de luz (2 Corintios 11:14). Él intentará engañarnos viniendo a nosotros no como algo feo sino como algo puro y piadoso, tal vez, incluso citando las Escrituras para hacernos ir contra la Palabra de Dios.

Capítulo 18

LA CREACIÓN DEL SER HUMANO

En la cultura occidental hemos visto un cambio radical en la manera de entender el origen de los seres humanos. Han avanzado varias teorías científicas, desde la microevolución hasta la macroevolución y muchos puntos intermedios, y esto ha socavado significativamente la confianza humana sobre la dignidad de nuestros orígenes. Frecuentemente escuchamos que se nos describe como "accidentes cósmicos" que emergieron fortuitamente de una sopa primordial, y llegamos por el azar hasta alcanzar nuestra actual etapa evolucionaría. Se ha dicho que los seres humanos somos gérmenes crecidos, atrapados entre el engranaje de una gran maquinaria cósmica que está destinada a su aniquilación. El filósofo existencialista Jean Paul Sartre definió al ser humano como una "pasión inútil", y su comentario final sobre el significado de la humanidad fue una palabra: "Náusea".

Se nos ha bombardeado con este tipo de opiniones pesimistas sobre la naturaleza, el origen, y el significado de los seres humanos. Irónicamente, al mismo tiempo hemos visto un renacer de formas ingenuas de humanismo que celebran la dignidad de los seres humanos. La causa humanista alrededor del mundo alza su voz para defender los derechos humanos. Su visión ingenua de la dignidad del ser humano descansa sobre capital prestado de la perspectiva judeocristiana, que afirma la dignidad de la especie humana establecida por el acto divino de creación. La santidad de la vida humana no es algo inherente o intrínseco; más bien se deriva

del valor que le imparte Dios, según leemos en la narración de la creación en Génesis.

1MAGO DEI (Imagen de Dios)

El texto de la creación está estructurado en una secuencia de seis días en los cuales Dios formó los diversos elementos del universo. Al concluir el período dice:

> Entonces dijo Dios: "Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza, y tenga dominio sobre los peces del mar, las aves del cielo, el ganado, y en toda la tierra, y sobre todo animal que se desplaza sobre la tierra". Creó, pues, Dios al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó; hombre y mujer los creó. Dios los bendijo y les dijo: "Sean fecundos y multipliqúense. Llenen la tierra; sojúzguenla y tengan domino sobre los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se desplazan sobre la tierra" (Génesis 1:26-28).

Nuestro mundo hoy le da más valor a los huevos de tortuga que al embrión humano. Tratamos con mayor dignidad a las ballenas que a la humanidad, y eso es ir al revés en el orden de la creación. Dios creó a su imagen solo a la humanidad. En un sentido, Dios creó al hombre y la mujer como sus virreyes, como sus delegados gobernantes sobre toda la creación. Ese es el estatus que Dios le otorgó a la humanidad. Eso es lo que quiere decir el concepto de *imago Dei,* la imagen de Dios.

¿En qué consiste esta dimensión distintiva del ser humano que le hace tan diferente a todos los otros miembros del reino animal? En la historia se han hecho muchos intentos de ubicar las características distintivas de la imagen de Dios. Leemos en Génesis 1:26: "Entonces dijo Dios: 'Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza..." Se utilizan aquí dos palabras importantes: *imagen* y *semejanza.* La Iglesia Católica Romana ha dicho que la Biblia está describiendo aquí dos características específicas del ser humano, de modo que hay distinción entre imagen y semejanza. La imagen, según esta idea, se refiere a ciertos aspectos que tenemos en común con Dios, como la racionalidad y la voluntad. La semejanza

corresponde a una rectitud original que fue añadida a la naturaleza humana en el momento de su creación.

La interpretación protestante de Génesis 1:26 difiere significativamente. Los intérpretes protestantes dicen que las dos palabras son una *endíadis.* Se trata de una estructura gramatical en la que dos palabras se refieren a la misma cosa. Encontramos otro ejemplo de esta estructura en Romanos 1, donde se nos dice que la ira de Dios se manifiesta "contra toda impiedad e injusticia de los hombres..." (Romanos 1:18). Puede interpretarse que la ira de Dios se dirige a dos cosas distintas —impiedad e injusticia— o a una sola cosa que se describe por cualquiera de los dos términos. El consenso entre los autores protestantes es que tanto Romanos 1:18 como Génesis 1:26 contienen una endíadis. En el mismo sentido en que hemos sido creados a imagen de Dios, hemos sido creados en su semejanza.

DIFERENTES PERO SIMILARES

Entonces, ¿qué significa ser hechos a imagen de Dios? La teología medieval introdujo la idea de *analogía entis,* la analogía del ser, que fue atacada agudamente por los teólogos neoortodoxos en el siglo XX, en particular por Karl Barth. Aunque la Biblia claramente afirma que hay un gran abismo entre la naturaleza divina y la de cualquier criatura, de alguna manera somos parecidos a Dios. Ciertamente no somos Dios; somos criaturas, y Dios tiene el poder de ser en sí mismo. Sin embargo, hoy en día se ha hecho popular referirse a Dios como el "totalmente otro". Esta expresión se usa para llamar la atención a la majestad y trascendencia de Dios, y para crear una barrera contra la confusión de Dios con cualquier cosa en el mundo creado. Sin embargo, si esa expresión se toma de manera literal, pudiera llegar a tener consecuencias fatales para el cristianismo. Si Dios fuera completa, total y enteramente diferente a nosotros, no tendría punto de contacto con nosotros; no habría avenida de comunicación. Para el pensamiento cristiano es crucial que haya alguna similitud entre Dios y el ser humano que haga posible que Dios nos hable. Aun si Dios nos habla con palabras humanas, lo que dice tiene significado para nosotros porque compartimos alguna similitud.

A lo largo de la historia ha habido intentos de ubicar exactamente esa similitud. La idea más popular es que la imagen de Dios se encuentra en nuestra racionalidad, nuestra voluntad y nuestros

afectos. Se dice que somos racionales de una forma similar a Dios; en otras palabras, Dios tiene una mente y nosotros también. Por siglos la gente asumía que los animales actúan solamente por instinto, no por decisiones conscientes. Sin embargo, se han observado respuestas animales de diferentes formas, y parece ser que los animales sí pueden decidir no solo guiados por instintos. Entonces, en general, la idea de la racionalidad limitada a los seres humanos y los instintos limitados a los animales ha cambiado. Ahora se dice que lo que hace a los humanos distintos es nuestra capacidad avanzada de razonamiento. Dios tiene conocimiento y hace razonamientos complejos, y nosotros tenemos una mente y un poder de contemplación que es único en el mundo animal.

Además, tenemos la facultad de elegir. Somos criaturas volitivas. Para ser criaturas morales, debemos tener una mente y una voluntad, del mismo modo que Dios. No llevamos a juicio a un ratón por inmoralidad, ni hablamos de un sentido ético muy desarrollado en los perros, pero sí ponemos responsabilidad a los seres humanos por las decisiones que toman. Los seres humanos son agentes morales. Son criaturas volitivas. Dios les dio a los humanos el mandato de ser santos así como Dios es santo, y a reflejar algo de su rectitud. Eso sería imposible si no fuésemos seres racionales, criaturas morales, y si no tuviéramos algún sentido de afecto o sentimiento. Históricamente, entonces, la iglesia ha visto que estas características se encuentran tanto en Dios como en los seres humanos y conforman la esencia de la imagen de Dios en la humanidad.

Barth cuestionó esa idea sobre la base de que nuestra creación como portadores de la imagen de Dios es como "varón y mujer". En Génesis se usa la palabra *hombre* en sentido genérico; incorpora tanto al varón como a la mujer, de modo todos los seres humanos tienen la imagen de Dios. El argumento de Barth es que "varón y mujer" no es una analogía del ser sino una analogía de la relación. Así como Dios tiene relaciones interpersonales consigo mismo en la divinidad, nuestro distintivo especial es nuestra capacidad de tener relaciones interpersonales. Ciertamente es verdad que somos capaces de tener relaciones interpersonales, pero así lo hacen también los animales. Pero si ese es el único punto de la analogía seríamos incapaces de tener una relación con Dios ya que no habría manera de comunicarnos con él.

De todas las criaturas del mundo, a los seres humanos se les ha dado una responsabilidad especial y única, y con esa responsabilidad viene una habilidad que le corresponde. Parte del carácter único de la raza humana es la misión que hemos recibido de Dios: ser sus representantes para el resto de la creación, reflejar el carácter mismo de Dios. Esto se hace evidente cuando volvemos a Génesis desde la figura de Cristo en el Nuevo Testamento, el segundo Adán, en quien vemos el cumplimiento perfecto de lo que significa ser hecho a imagen de Dios. El autor del texto de Hebreos nos dice que Cristo es "el resplandor de su gloria y la expresión exacta de su naturaleza" (Hebreos 1:3). En la obediencia perfecta de Cristo vemos el cumplimiento del mandato humano de reflejar la santidad y la rectitud de Dios. Estoy convencido de que la imagen de Dios consiste en una habilidad especial y única para reflejar como un espejo el carácter de Dios para que el resto del mundo pueda ver a los seres humanos y decir: "Eso nos da una idea de cómo es Dios".

Desafortunadamente, cuando el mundo nos mira, no se ve mucho de la forma de ser de Dios y, por esa razón, "toda la creación gime a una, y a una sufre dolores de parto hasta ahora" esperando la redención de Dios (Romanos 8:22). La imagen de Dios en el ser humano ha quedado tan manchada por la caída que todavía queda la pregunta: ¿Fue totalmente borrada del ser humano la imagen de Dios por la caída, de modo que ya no llevamos su imagen en nosotros? La fe cristiana ortodoxa insiste en que aunque la imagen de Dios ha sido afectada, no ha sido destruida. Aun los más pecadores de los seres humanos están hechos a imagen de Dios, y ese es un hecho que nos lleva a la necesidad de distinguir entre la imagen de Dios en el sentido estrecho o formal y la imagen de Dios en el sentido más amplio o material. Aunque somos caídos, podemos pensar. Nuestra mente ha sido infectada por el pecado, pero todavía tenemos una mente, todavía podemos razonar. Razonamos engañosamente, pero tenemos esa habilidad. Tenemos voluntad, y tenemos la capacidad de tomar decisiones[1]. Del mismo modo, tenemos afectos. Por lo tanto, la imagen de Dios se mantiene en los seres humanos a pesar del pecado.

[1] Para estudiar con más detalle cómo reflejamos la imagen de Dios en nuestra condición caída, ver la guía de estudio de R. C. Sproul *A ShatteredImage: Facing Our Human Condition* **(Imagen quebrada: confrontemos nuestra condición humana) (Sanford, Fl.: Ligonier Ministries; 1992).**

Capítulo 19

LA NATURALEZA DEL PECADO

Al terminar cada etapa de su obra de creación Dios contemplaba su trabajo y declaraba que era bueno. Pero el día de hoy contemplamos nuestro mundo y no lo vemos tan bueno. El mundo existe en una condición caída, y lo observamos como seres humanos caídos. Hay muchas cosas que están desesperadamente mal en nuestro mundo, y muchos de los problemas que encontramos son resultado directo de la caída de la humanidad.

ALIENACIÓN

La convulsión cósmica causada como resultado del pecado humano se puede resumir en el concepto *alienación* o *alejamiento.* Ambas palabras son importantes para la comprensión bíblica de la salvación, porque la salvación se articula en las Escrituras en términos de *reconciliación.* La reconciliación es necesaria solo cuando existe alienación o alejamiento. Los primeros capítulos del Antiguo Testamento describen las raíces de esta alienación.

Primero, se nos muestra que hay alejamiento entre el ser humano y la naturaleza después de la caída. El pecado no es un problema solamente humano; provocó una convulsión en todo el cosmos: "Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una sufre dolores de parto hasta ahora. Y no solo la creación sino también nosotros, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos dentro de nosotros mismos aguardando la adopción como hijos, la redención

de nuestro cuerpo" (Romanos 8:22, 23). Dios les dio a Adán y a Eva el dominio sobre la creación, así que cuando cayeron, su corrupción afectó a todo lo que se encontraba dentro de las fronteras de su dominio. Cuando Dios puso su maldición sobre Adán y Eva después de la caída, esa maldición afectó también a la tierra; el mundo llegó a ser resistente al trabajo de las manos de una humanidad caída.

Segundo, hay alienación entre el ser humano y Dios. Como resultado de la caída, estamos por naturaleza en estado de enemistad con Dios. Oímos a gente dice que Dios ama a todos incondicionalmente, pero ese pensamiento ignora la realidad de este alejamiento. De hecho, la Biblia se dedica a revelarnos los pasos que Dios ha tomado para curar este problema. La meta de la salvación es lograr la reconciliación de las partes alienadas. Si no se reconcilian, quedarán separadas.

Tercero, hay alienación en los seres humanos entre sí. Hay muchísima violencia entre los seres humanos, no solo a nivel individual de relaciones quebrantadas sino también a gran escala entre naciones que se alzan en guerra contra otras naciones. Cuando pecamos no solo desobedecemos y deshonramos a Dios; también nos violamos unos a otros nos por medio del asesinato, el robo, el adulterio, la calumnia, el odio y la envidia. Toda la gama de pecados describe la forma en que lastimamos a otros seres humanos y ellos nos devuelven la injuria.

Finalmente, vemos la alienación del ser humano para consigo mismo. La gente hoy en día se enfoca mucho en asuntos de autoestima y dignidad humana, tanto que las escuelas prohíben medidas de castigo y corrección en casos de mala conducta para evitar lastimar los egos tan frágiles de los niños. Esto ha llegado al extremo. Detrás del movimiento social a favor de la autoestima hay una convicción de que el ser humano tiene un problema con este asunto. La razón es el pecado. Después de la caída, nos convertimos en seres alienados no solamente con respecto a Dios y a otros seres humanos, sino también alienados de nosotros mismos. No es raro escuchar el comentario: "Me odio a mí mismo". En el fondo de esa actitud está el hecho de que no podemos negar completamente la maldad que reside en nuestra humanidad.

Karl Marx consideró que uno de los mayores problemas de la raza humana es la alienación del trabajo. Aunque Marx estaba equivocado en muchas cosas, aquí tenía razón. Toda vocación y

profesión está acompañada de un grado de dolor y lucha de algún tipo. Podemos trazar las raíces de esta situación hasta el jardín del Edén, donde la maldición de Dios cayó sobre el trabajo del ser humano. Sabemos que el trabajo en sí mismo no era una maldición, porque el ser humano fue puesto en el huerto para que lo trabajara antes de la caída. Además, Dios trabaja y encuentra placer, satisfacción y bendición en su trabajo, y ese era el propósito original del trabajo para nosotros. Pero por causa de la caída, el pecado se hace presente en los centros de trabajo.

¿QUÉ ES EL PECADO?

Pablo escribió en Romanos: " . .porque todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios" (Romanos 3:23). El vocablo griego que se traduce "pecado" es *hamartia.* El significado de esta palabra proviene de la práctica de la arquería, específicamente cuando un arquero fallaba al blanco. Sin embargo, el significado bíblico va más al fondo, porque "fallar al blanco" implica simplemente un error menor. La verdad es que la medida de rectitud, el blanco al que apuntamos, es la ley de Dios, y ni siquiera nos acercamos en nuestros intentos. La definición de pecado es nuestra evidente falta al intentar cumplir la medida de rectitud de Dios.

El Catecismo Breve de Westminster tiene esta definición de pecado: "El pecado es la falta de conformidad con la ley de Dios o la transgresión de ella" (Pregunta 14). Hay falta de conformidad por un lado y transgresión por el otro. La palabra *falta* es una expresión negativa, mientras que *transgresión* es un término activo o positivo. Cuando estudié en Holanda, noté que la sociedad de ese país está gobernada por un gran número de leyes que definen cada aspecto de la vida. Recuerdo una expresión frecuente: "Tú has sobrepasado la ley". Esa es precisamente la naturaleza de la transgresión. Es cruzar una línea o sobrepasar un límite que está definido por la ley. Ese es el sentido positivo de una transgresión. En contraste, la falta de conformidad pone atención a una deficiencia o fallo, no hacer lo que la ley requiere.

De manera similar, los teólogos distinguen entre pecados de comisión y pecados de omisión. Somos culpables de un pecado de comisión cuando hacemos algo que no nos está permitido, y

cometemos un pecado de omisión cuando dejamos de hacer algo que es nuestra responsabilidad hacer. En ese aspecto, el pecado tiene dos dimensiones: negativa y positiva. Esas dimensiones pueden ligarse a especulaciones teológicas y filosóficas a lo largo de la historia acerca de la naturaleza misma del mal. Se ha dicho que el origen del mal es el talón de Aquiles de la tradición judeocristiana porque provoca preguntas difíciles: ¿Cómo es posible que un Dios que es justo y bueno haya creado un mundo que ahora está perdido? ¿Provocó Dios el pecado? A partir de ahí, muchos se preguntan si no habrá algo mal en Dios mismo, ya que obviamente hay algo malo en el mundo que él ha hecho.

PRIVATIO Y NEGATIO (Privación y negación)

Los filósofos y teólogos han usado dos palabras en latín para definir la naturaleza del mal: *privatio,* de donde viene nuestra palabra *privación,* y *negatio,* de donde viene la palabra *negación.* Por medio de estos términos, el pecado se define principalmente en categorías negativas.

Una privación es la falta de algo. En nuestra presente condición caída, estamos privados de santidad y rectitud. Nacemos en una condición corrupta sin la justicia original que tenían Adán y Eva.

Del mismo modo, el mal es una negación del bien. La Biblia habla del mal y del pecado usando términos como *impiedad* e *injusticia,* de modo que el pecado se define teniendo como fondo la norma positiva por la que se lo mide. No podemos entender la impiedad hasta que podamos entender la piedad. No podemos entender la injusticia hasta que tengamos claro lo que es la justicia. El término *anticristo* no tiene sentido si primero no entendemos el significado del término *Cristo.* Así que en este sentido, para su definición, el mal depende de la existencia previa del bien. El mal es como una sanguijuela, un parásito que depende de su anfitrión para vivir. Por eso no podemos hablar del problema del mal sin afirmar primero la existencia del bien.

Nunca debemos concluir que el pecado es una ilusión. El pecado es real. El pecado es misterioso, pero hay una realidad del mal en la que todos participamos. No es algo que simplemente viene a nosotros como un intruso desde afuera. Es algo con lo que estamos relacionados en forma profunda, íntima y personal en el alma y en el corazón.

Capítulo 20

EL PECADO ORIGINAL

Cuando los teólogos hablan de la caída de la raza humana y de la naturaleza y origen del pecado, inmediatamente tienen que contemplar el tema de la extensión del pecado y su impacto sobre nosotros como seres humanos. Esto nos lleva a la doctrina del pecado original.

Un malentendido común del concepto de pecado original es que se piensa que se refiere al primer pecado cometido por Adán y Eva. Pero la idea del pecado original no se refiere al primer pecado sino a sus consecuencias. El pecado original describe nuestra condición caída y pecaminosa, en la cual ocurre de hecho el pecado. La Biblia no nos dice que somos pecadores porque pecamos. Más bien, afirma que pecamos por nuestra naturaleza pecaminosa. Tenemos una naturaleza caída y corrupta, de la cual fluyen los pecados que cometemos. Entonces, el pecado original describe la condición caída de la raza humana.

Las Escrituras son claras al decir que hay algo inherentemente malo en nuestro carácter y la experiencia cotidiana lo atestigua. En su tratado sobre el pecado original Jonathan Edwards sostenía que incluso si la Biblia no dijera que hay un problema con nuestra disposición moral, tendíamos que afirmarlo basados en la observación racional. No podemos ignorar la presencia del mal impregnándolo todo en el mundo. La universalidad del pecado está pidiendo a gritos una explicación. Incluso entre los paganos hay un reconocimiento tácito de que nadie es perfecto.

Si fuéramos buenos por naturaleza o incluso moralmente neutrales, sería de esperarse que un cierto porcentaje de gente mantuviera su bondad natural o su neutralidad y que pudiera vivir sin sucumbir al pecado. Algunos dicen que podríamos mantener la bondad o la neutralidad si no fuera por el clima pecaminoso en el que vivimos, pero el hecho de que la sociedad esté formada de seres humanos niega ese argumento. Somos caídos, y por tanto la sociedad también lo es. Hemos hallado al enemigo y somos nosotros. Las Escrituras enseñan que el pecado original en sí mismo es el juicio de un Dios justo sobre criaturas que Dios hizo para que fueran buenas. Como castigo del pecado de Adán y Eva, Dios los entregó, junto con toda su descendencia, a sus inclinaciones malvadas.

INHABILIDAD MORAL

Cuando Agustín analizó el pecado de los seres humanos, observó que cuando Dios creó a Adán y a Eva, los hizo *posse peccare,* que simplemente significa que tenían la posibilidad de pecar. *Peccare* significa "pecar". Llamamos "impecable" a algo puro; a un pecado insignificante a veces lo llamamos "pecadillo". Esas dos palabras provienen del latín *peccare.* Agustín decía que Adán y Eva no fueron creados como pecadores, pero que tenían la posibilidad de pecar. Sabemos que eso es verdad porque, de hecho, *pecaron.* No hicieron algo imposible; hicieron lo que obviamente tenían la habilidad o la posibilidad de hacer. Pero Agustín decía, además, que Adán y Eva fueron creados *posse non peccare,* lo cual significa que tenían también la habilidad de *no* pecar. Dios les dio el mandamiento de no comer el fruto del árbol prohibido, y ellos tenían la habilidad moral para obedecer a Dios. Así que tenían tanto la capacidad de pecar como la capacidad de no pecar.

Agustín explicó que, en la caída, la raza humana perdió *posse non peccare,* y nuestra posición cambió a *non posse non peccare,* que significa que ya no tenemos la capacidad de no pecar. En otras palabras, el poder del pecado está tan profundamente enraizado en el corazón y el alma del ser humano que para nosotros es imposible no pecar. Somos tan pecadores por naturaleza que nunca encontraremos a alguien que no peque. La única persona que logró una vida sin pecado fue el Señor Jesús. Nuestra inhabilidad para no pecar se llama "la inhabilidad moral del ser humano".

Esto no significa que no podemos hacer nada para guardar la forma externa del cumplimiento de los mandamientos de Dios. Accidentalmente podemos obedecer la ley. Como ilustración, imagina a un hombre que disfruta conducir su auto a 90 km por hora. Su auto tiene buen desempeño a esa velocidad, y él se siente seguro y cómodo, aunque otros en la autopista lo sobrepasan a 100 ó 110 km por hora. Un día un policía de tránsito lo detiene para felicitarlo por ser un conductor que promueve la seguridad. Ese hombre recibe un premio por su obediencia al reglamento. El policía sigue su camino y el hombre vuelve a la autopista. Luego llega a una zona escolar donde el límite de velocidad es de 30 km por hora, pero él sigue conduciendo a 90 km por hora porque esa es la velocidad que le gusta. Su deseo nunca ha sido obedecer el reglamento. El hecho de que obedeció en la autopista fue simplemente una circunstancia fortuita. Es lo que los teólogos llaman "virtud cívica".

A veces obedecemos la ley de Dios porque sirve a nuestros intereses personales. Es posible que no robemos porque hemos llegado a la conclusión de que el crimen no paga. Tal vez practiquemos acciones nobles para recibir el aplauso de la gente, porque estamos buscando votos en una campaña electoral o por otra motivación, pero el ser humano caído no tiene la motivación de obedecer la ley por el simple amor a Dios. Jesús dijo: "*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma* y con toda tu mente. Este es el grande y el primer mandamiento. Y el segundo es semejante a él: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo"* (Mateo 22:37-39). Martín Lutero dijo que la gran transgresión es la violación del gran mandamiento, pero en realidad nosotros no pensamos en esos términos. Nadie ama a Dios de manera perfecta, con todo su corazón, toda su alma y toda su mente.

También por eso cometemos errores teológicos. Atribuimos nuestras malas interpretaciones a la Biblia misma, diciendo que es muy difícil de entender o que es ambigua. Pero Dios no es autor de confusión. Dios de hecho se ha revelado claramente, pero nosotros llegamos al texto con sesgos que interfieren con la luz de la Palabra de Dios. Hay muchas cosas que la Biblia enseña que simplemente no queremos oír, y por eso encontramos maneras de distorsionar la Biblia para escapar del juicio con el que se confronta a nuestra conciencia.

A veces, al tratar de interpretar las Escrituras, cometemos un error al que llamamos "inocente". Puede ser cuando usamos una traducción deficiente o cuando no hemos dominado bien la estructura gramatical griega o hebrea. Pero si amáramos a Dios con todo el corazón, el alma y la mente, ¿no sería distinto nuestro dominio de la Palabra? Pasamos demasiado tiempo llenando nuestra mente de cosas que no son el conocimiento de su Palabra. Somos haraganes; no somos diligentes en nuestra búsqueda de la verdad de Dios. Esas cosas contribuyen a las distorsiones que creamos.

EL ESTÁNDAR DE DIOS

El Señor Jesús dijo: "Ninguno es bueno, sino solo uno, Dios" (Marcos 10:18), y Pablo dijo: "No *hay justo, ni aun uno"* (Romanos 3:10). Estas afirmaciones parecen extremas porque podemos observar y detectar a personas que hacen cosas buenas. Como ya mencionamos, los teólogos denominan a esas buenas acciones "virtudes cívicas". Las madres se sacrifican por sus hijos y la gente devuelve las billeteras de extraños sin quedarse con el dinero que hay adentro. Pero para que un acto sea verdaderamente bueno, para cumplir realmente la marca de la medida de Dios, debe corresponder externamente con lo que la ley requiere y también debe ser motivado por el amor a Dios. Aun la gente redimida ofrece a Dios obediencia imperfecta, y esa condición se agrava entre quienes están alejados y alienados de Dios.

Cuando los teólogos hablan de inhabilidad moral o de pecado original, se trata de este estado de *non posse non peccare.* No somos moralmente capaces de hacer el bien que Dios requiere. Cuando Jesús describió la condición humana, dijo: "...nadie puede venir a mí a menos que le haya sido concedido por el Padre" (Juan 6:65). El Señor Jesús comienza con una negativa universal que describe la capacidad humana. Él no estaba diciendo que a nadie *se le permite* venir a él; estaba diciendo que nadie *puede* o es capaz de venir a él a menos que Dios haga algo. Justo antes de esto, Jesús había dicho: "El Espíritu es el que da vida; la carne no aprovecha para nada" (v. 63). En el Nuevo Testamento, la palabra *carne* generalmente se refiere a nuestra condición caída, a nuestra esclavitud al pecado. Otra frase que la Biblia usa es "bajo pecado". No estamos sobre el pecado, sino que el pecado está sobre nosotros. La Biblia nos dice que el deseo de nuestro corazón es solo continuamente el mal (Génesis 6:5).

Por eso, para abrazar a Cristo, para ir a Dios y actuar como él quiere, se requiere que de alguna manera seamos liberados de la prisión del pecado original. Esto se puede lograr por medio de la obra soberana y sobrenatural del Espíritu Santo. Por eso Jesús dijo que para que una persona vea el reino de Dios, cuanto más para que entre en él, debe nacer de nuevo (Juan 3:3). Lo que es nacido de la carne, carne es, y en nuestra carne no podemos hacer nada. Por causa de nuestra condición caída, estamos en una posición moralmente impotente.

Este concepto de la inhabilidad moral del ser humano se conoce como la visión agustiniana, y a lo largo de la historia cristiana no todos han estado de acuerdo con el mismo. Muchos en la iglesia hoy en día sostienen que aunque somos caídos, nos queda una pequeña porción de rectitud en el alma y por eso podemos dar pasos hacia nuestra reconciliación con Dios y buscarlo. En contraste, la visión agustiniana dice que somos tan corruptos que estamos muertos; no solo enfermos, sino *muertos.* Estamos en tal esclavitud al pecado que no podemos hacer nada aparte de la gracia del rescate de Dios. Dios es quien toma la iniciativa de nuestra redención.

La tradición agustiniana, que yo comparto, dice que la caída se extiende a toda la persona: mente, corazón y cuerpo. Nuestro cuerpo nos falla, nuestra visión se va apagando, nuestro cabello se torna canoso y nuestra fuerza se disipa. Nos enfermamos y luego morimos. La Biblia dice que todo esto es resultado de la influencia del pecado sobre nuestro cuerpo, pero el poder del pecado también afecta nuestro corazón, nuestra voluntad y nuestra mente. Podemos pensar, pero nuestro pensamiento está distorsionado; cometemos errores lógicos y permitimos que las preferencias personales nublen nuestro juicio. Tenemos voluntad, no hemos perdido la habilidad de tomar decisiones, porque todavía somos criaturas hechas a la imagen de Dios. En la caída, perdimos la imagen de Dios en el sentido estrecho. Perdimos la habilidad de ser perfectamente rectos. Pero todavía estamos en la imagen de Dios en el sentido más amplio; en otras palabras, todavía somos humanos. A pesar de ser tan corruptos, nuestra humanidad no ha sido borrada por la caída.

Sin embargo, el poder de nuestra humanidad fue afectado radicalmente por la caída, y esto es lo que nos coloca en el estado que Pablo describe en Romanos: *"No hay justo, ni aun uno; no hay*

quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se apartaron, a una fueron hechos inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno" (Romanos 3:10-12).

Cuando algunas iglesias diseñan programas para alcanzar a personas que están "buscando la verdad" no sé a quiénes tienen en mente, porque la Biblia dice que nadie en su estado natural busca a Dios. Si yo dijera esto públicamente en la arena secular hoy en día se reirían y burlarían de mí, pero es la evaluación de Dios al juzgarnos de acuerdo a su medida de bondad y de rectitud.

Capítulo 21

TRANSMISIÓN DEL PECADO

Si el pecado es algo tan básico para nuestra naturaleza, de tal forma que no podemos hacer otra cosa sino pecar, ¿cómo puede juzgarnos Dios por pecar? Es una pregunta legítima y obvia a la luz de la doctrina del pecado original, así que debemos considerar cómo nuestra naturaleza pecaminosa fue transferida a partir de Adán a toda su descendencia. La Biblia expresa claramente la conexión:

> Por esta razón, así como el pecado entró en el mundo por medio de un solo hombre, y la muerte por medio del pecado, así también la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron. Antes de la ley, el pecado estaba en el mundo pero, como no había ley, el pecado no era tenido en cuenta. No obstante, la muerte reinó desde Adán hasta Moisés, aun sobre los que no pecaron con una ofensa semejante a la de Adán, quien es figura del que había de venir. Pero el don no es como la ofensa. Porque si por la ofensa de aquel uno murieron muchos, cuánto más abundaron para muchos la gracia de Dios y la dádiva por la gracia de un solo hombre: Jesucristo. Ni tampoco es la dádiva como el pecado de aquel uno porque el juicio, a la verdad, surgió de una sola ofensa para condenación, pero la gracia surgió de muchas ofensas para justificación. Porque si por la ofensa de uno reinó la muerte por aquel uno, cuánto más reinarán en vida los que reciben la abundancia de su gracia y la dádiva de la justicia

> mediante aquel uno: Jesucristo. Así que, como la ofensa de uno alcanzó a todos los hombres para la condenación, así también la justicia realizada por uno alcanzó a todos los hombres para la justificación de vida (Romanos 5:12-18).

El apóstol Pablo establece aquí un contraste entre el segundo Adán, Cristo, y el primer Adán, pero también está mostrando que había entre ellos una relación paralela. A través de la justicia de un hombre —Cristo— somos redimidos, así como a través de la injusticia de otro hombre —Adán— nos hundimos en la ruina y la muerte. No nos incomoda la transferencia vicaria de justicia de Cristo a nosotros; es la transferencia de injusticia desde Adán hasta nosotros lo que nos ha causado tantos problemas. Hay distintas teorías sobre cómo ocurre esta transferencia.

¿UN MITO?

Entre los teólogos liberales el relato de Adán y Eva es solo un mito. Ellos dicen que no hubo un Adán y una caída históricos. Génesis 3 es meramente una parábola que señala que todo ser humano nace bueno y justo pero luego experimenta la tentación y la caída a nivel personal e individual. En otras palabras, cada individuo replica en su vida lo que la Biblia señala que hicieron en forma de parábola Adán y Eva.

Hay varios problemas con esta postura. En primer lugar, es una negación de lo que enseñan las Escrituras. Además, Pablo está argumentando en Romanos 5 que la ley ha estado en el mundo desde el principio, antes de Moisés, y la prueba de ello es el hecho de que el pecado ha estado en el mundo. El pecado reinó desde Adán hasta Moisés. Pablo afirma que sin conexión con la ley no puede haber pecado, y si no hay pecado no puede haber castigo justo por el pecado. La muerte reinó desde Adán hasta Moisés. Antes del monte Sinaí, la gente moría, incluyendo a los bebés. Si Adán y Eva no fueron personas reales sino personajes de un mito, como afirman los teólogos liberales, se tendría que explicar la mortalidad infantil. ¿Por qué habrían de morir los bebés? La explicación que ellos dan es que no hay una conexión entre el pecado y la muerte. Pero este argumento choca de frente con la enseñanza de las Escrituras.

REALISMO

Todavía existe un debate muy serio entre los que toman con seriedad la revelación bíblica y afirman que hubo una caída histórica en cuanto a cómo ocurrió la transmisión del pecado original. Las dos posturas más comunes acerca de la transferencia de la culpa de Adán a otros seres humanos son la escuela del realismo y la del federalismo.

La escuela del realismo tiene una versión menos sofisticada y otra versión más sofisticada, más filosófica. Los realistas argumentan que Dios puede con justicia castigar a pecadores nacidos con naturaleza pecadora solo si esa naturaleza misma es un castigo justo por algo que hicimos. En otras palabras, Adán pecó y Dios lo entregó a una naturaleza pecaminosa como parte del castigo por su pecado. Cuando Dios entrega así a la gente a que hagan aquello que quieren hacer, eso es un castigo justo. Pero una cosa es entregar a *Adán* a su naturaleza pecadora como resultado de su pecado y otra muy diferente es entregar a la *descendencia de Adán* a la naturaleza pecadora por lo que hizo Adán.

Leemos en Ezequiel el refrán popular que decía: "¿Por qué usan ustedes este refrán acerca de la tierra de Israel: 'Los padres comieron las uvas agrias, y los dientes de los hijos sufren la dentera'?" (Ezequiel 18:2), y la respuesta del mensaje de Ezequiel es que Dios no castiga a una persona por el pecado que cometió otra. Si ese principio es verdad, ¿cómo se aplica a la naturaleza caída que heredamos? Los realistas dicen que Dios sería justo al darnos una naturaleza caída solo si nosotros realmente estuvimos ahí y caímos en el jardín con Adán. La posición realista en cierto sentido enseña que sí realmente *estuvimos* ahí, y por eso se le conoce como "realismo". Sin embargo, para que eso sea verdad, nuestra alma —que estaba unida a nuestro cuerpo (se supone que en el momento de nuestra concepción en el vientre)— debía haber estado presente en el jardín, para que hayamos participado de la caída de Adán y Eva.

El argumento bíblico que se usa para apoyar esta idea se toma del encuentro de Abraham con Melquisedec, que se registra en el Antiguo Testamento (Génesis 14; Salmo 110) y se menciona en Hebreos (cap. 7). El Nuevo Testamento proclama al Señor Jesús no solamente como nuestro Salvador, sino también como nuestro Rey y Sacerdote. Para que Jesús fuera Rey tenía que venir de la tribu de Judá, porque el reino davídico estaba prometido a un descendiente de esa tribu.

El Nuevo Testamento, que establece el linaje de Jesús, muestra que Jesús sí descendía de la tribu de Judá, así que tiene el requisito para ser rey de Israel. Sin embargo, ya que Jesús era de la tribu de Judá, no podía también haber sido de la tribu de Leví. El sacerdocio levítico o aarónico (llamado así por Aarón, el primer sumo sacerdote) en el antiguo pacto estaba restringido solo a los miembros de la tribu de Leví. De modo que cuando el Nuevo Testamento declara que Jesús es nuestro gran Sumo Sacerdote, nos enfrentamos al problema de su ascendencia sanguínea.

El autor de Hebreos responde por medio de varias citas del Antiguo Testamento, particularmente de los salmos mesiánicos, en los que Dios declaró que iba a levantar un rey y un sacerdote para siempre. Hebreos argumenta que hay otro sacerdocio mencionado en el Antiguo Testamento además del sacerdocio levítico, y se encuentra en la referencia críptica al ministerio de la figura misteriosa de Melquisedec, cuyo nombre significa "rey de justicia" (Hebreos 7:2). El autor de Hebreos también dice que Melquisedec no tuvo madre ni padre (v. 3). Esto puede simplemente significar que no hay registro genealógico de sus orígenes, o como han dicho algunos comentaristas, podría significar que no tenía ascendencia humana normal sino que tal vez era una aparición preencarnada de Cristo. Esta es una teoría muy popular.

En el encuentro entre Melquisedec y Abraham ocurrieron dos cosas. Abraham pagó un diezmo a Melquisedec y Melquisedec bendijo a Abraham. Guardando la forma y el estilo judíos, el autor de Hebreos dice que el mayor da la bendición al menor (v. 7). Ya que Abraham pagó un diezmo a Melquisedec, y Melquisedec bendijo a Abraham, está claro que Melquisedec era superior a Abraham. Por extensión, la posición de Abraham en el linaje hebreo lo hacía ser superior a su hijo Isaac, e Isaac era superior a su hijo Jacob, y Jacob, superior a sus hijos, que incluían a Leví. Así que si Abraham era mayor que Leví, y si Melquisedec era mayor que Abraham, entonces obviamente Melquisedec era mayor que Leví. Por lo tanto, si Jesús es un sacerdote según el orden de Melquisedec, su sacerdocio no es inferior al levítico sino superior. Así es como argumenta el autor de Hebreos:

> Pero aquel, cuya genealogía no es contada entre ellos, recibió los diezmos de Abraham y bendijo al que tenía las promesas.

> Indiscutiblemente, el que es menor es bendecido por el mayor. Aquí hombres que mueren reciben los diezmos, mientras que allí los recibe aquel acerca de quien se ha dado testimonio de que vive. Y por decirlo así, en la persona de Abraham también Leví, el que recibe los diezmos, dio el diezmo. Porque él todavía estaba en el cuerpo de su padre cuando Melquisedec le salió al encuentro (Hebreos 7:6-10).

Una vertiente de los realistas interpreta este texto como que Leví estaba realmente ahí cuando Abraham pagó el diezmo, y eso prueba la preexistencia del alma humana. Este salto es demasiado arriesgado. Aún el texto ofrece una salvedad: "Por decirlo así". Desde un punto de vista genético podemos decir de una manera general que nuestros bisnietos ya están presentes en nuestro cuerpo, pero no queremos decir que esos niños realmente estén presentes en nosotros.

La versión más sofisticada del realismo no depende de una preexistencia literal. Es el tipo filosófico del realismo, como lo encontramos en Platón, Agustín y Jonathan Edwards. Sostiene que en la mente de Dios sí preexistimos porque Dios desde toda la eternidad ha tenido una idea perfecta de cada uno de nosotros. Dios nos ha conocido desde la eternidad pasada, y las ideas de Dios son ideas reales que incorporan la realidad plena de todo lo que somos. Esa enseñanza conlleva ciertas presuposiciones filosóficas, pero es una opción que muchos han aceptado a lo largo de la historia de la iglesia, y a mí me parece fascinante.

FEDERALISMO

Otra postura es el federalismo, que enfatiza el carácter representativo de Adán. En el jardín del Edén Adán operó como nuestro sustituto, como la cabeza federal de la raza humana, así como los diputados en una república federal representan al pueblo. Del mismo modo, el Señor Jesús entró en solidaridad corporal con el pueblo de Dios. Él nos representó. Por medio de su obra en la cruz es nuestro sustituto vicario, estuvo en nuestro lugar, y Dios nos considera justos porque nuestra culpa fue transferida a Cristo y la justicia de Cristo fue transferida a nosotros.

De acuerdo con esta postura, nuestra salvación descansa sobre la validez de algún tipo de representación. Si no aceptamos este

principio de representación ante Dios perdemos nuestra salvación, porque la única forma en que podemos ser salvos es por medio del trabajo representativo de otro.

Adán, cuyo nombre significa "humanidad", estaba actuando como la cabeza federal de la raza humana, representándose a sí mismo y a toda su descendencia. De modo que cuando cayó todos sus representados cayeron con él. Se nos puede pedir cuentas de lo que hizo porque él nos representaba. Esta idea casi siempre hace que la gente presente la queja de que no eligieron a Adán como su representante.

En el tiempo de la Revolución Americana, los colonialistas exigían tener representantes en el parlamento inglés. Decían: "¡No a los impuestos sin representación!". Exigían el derecho a elegir a sus propios representantes, lo cual es un derecho sagrado en los Estados Unidos de América y en cualquier sistema democrático. Queremos el derecho y la garantía de ser bien representados. No queremos que alguien más designe a nuestros representantes.

Pero en el caso de Adán, Dios seleccionó a nuestro representante, y ese fue el único caso en toda la historia humana, además de la cruz, en que hemos sido perfectamente representados. Esto es así porque la elección de Dios fue justa, realizada por un ser perfectamente santo, y fue hecha sobre la base de su conocimiento perfecto. Dios nos conocía de antemano y conocía a nuestro representante. Por lo tanto, no podemos decirle a Dios que Adán fue un mal representante. Esa es nuestra presuposición básica cuando tratamos de escapar de la transferencia de culpa. Pensamos que nosotros habríamos actuado de manera diferente a Adán si hubiéramos estado en aquel jardín. Sin embargo, Adán nos representó perfectamente porque fue el representante elegido por Dios.

Se nos puede pedir cuentas por los hechos de alguien más si esa persona cometió esos actos en nuestro nombre. Si contrato a un asesino a sueldo para que mate a alguien y me aseguro de que lo haga mientras estoy fuera de la ciudad, seré culpable de asesinato en primer grado aunque no haya apretado el gatillo. Sin embargo, esa analogía no sirve porque nosotros no seleccionamos a Adán. El punto es que Adán fue seleccionado perfectamente por un Dios justo y omnisciente, y Adán realizó su trabajo por nosotros, de acuerdo al juicio de Dios. Por eso el pecado de un ser humano trajo nuestra ruina, y nuestra única esperanza de escapar está en la justicia de otro representante.

Capítulo 22

LOS PACTOS

Un tema destacado en el libro de Hebreos es la superioridad de Cristo, particularmente en su rol como nuestro gran Sumo Sacerdote. Cuando el autor habla de la grandeza de Jesús en este aspecto, hace un contraste entre el pacto que Dios hizo con su pueblo por medio de Moisés y el nuevo pacto que fue mediado por medio de su Hijo, Jesucristo:

> Porque todo sumo sacerdote es puesto para ofrecer ofrendas y sacrificios; de ahí que era necesario que él también tuviera algo que ofrecer. Si estuviese sobre la tierra ni siquiera sería sacerdote, porque ya hay sacerdotes que presentan ofrendas según la ley. Ellos sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales, como se le había advertido a Moisés cuando estaba por construir el tabernáculo, diciendo: *Mira, harás todas las cosas conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte.* Pero ahora Jesús ha alcanzado un ministerio sacerdotal tanto más excelente por cuanto él es mediador de un pacto superior, que ha sido establecido sobre promesas superiores (Hebreos 8:3-6).

El autor continúa explicando cómo el nuevo pacto es mejor que el antiguo y hace obsoleto al antiguo pacto. En Hebreos se muestra que el nuevo pacto es mejor no solo porque tenemos un mejor mediador que Moisés sino también porque tenemos una mejor promesa. Esto

es importante porque nos revela algo sobre la naturaleza misma de los pactos.

La estructura básica o el marco de referencia para desarrollar el plan de redención en la Biblia se expresa a través del pacto. Básicamente, un pacto es un acuerdo entre dos o más partes basado principalmente en la palabra o promesa. Hay varios pactos en la historia bíblica. Está el pacto que Dios hizo con Adán y Eva, el pacto adánico. Está el pacto que Dios hizo con Noé, el pacto noéico; Dios puso su arco iris en el cielo como señal de ese pacto. Después, Dios entró en pacto con Abraham —al pacto abrahámico— que fue renovado con sus descendientes Isaac y Jacob. Cuando pensamos en el antiguo pacto, tenemos en mente el pacto que Dios hizo con Israel por medio de Moisés en el monte Sinaí, el pacto mosaico o sinaítico.

Realizamos promesas y pactos prácticamente en todas las áreas de la vida. Cuando comenzamos a trabajar, tanto el empleador como el empleado hacen ciertas promesas. Además, la estructura del matrimonio está basada en el concepto de pacto. En el matrimonio dos personas se hacen promesas y son selladas con los votos sagrados en presencia de Dios. Incluso nuestros gobiernos nacionales están basados en el concepto de pacto, o acuerdo, entre quienes gobiernan y quienes son gobernados. En todo pacto hay promesas. En el mundo antiguo, los pactos tenían estipulaciones y leyes además de promesas; es decir que se hacían promesas a condición de que se cumplieran ciertas estipulaciones.

El concepto de pacto es de vital importancia para nuestra comprensión del cristianismo bíblico. En última instancia, nuestra vida cristiana descansa sobre la fe y la confianza en una promesa: la promesa de Dios de redimirnos por medio de la persona y la obra del Señor Jesús. De un modo muy real, en términos de pacto, Dios nos ha dado su Palabra. En su Evangelio, Juan introduce a Cristo como la encarnación de la Palabra. Dios no simplemente habló su palabra de promesa; esa promesa se hizo carne en la Palabra que es Cristo. Por esa razón es imposible exagerar la importancia de la estructura de los pactos.

ESTRUCTURA DE LOS PACTOS

Los teólogos hablan en términos generales de tres pactos principales en la Biblia: pacto de redención, pacto de obras y pacto de gracia.

Hoy en día se habla poco en la iglesia sobre el pacto de redención, aunque para mí es uno de los aspectos más emocionantes de la teología sistemática. Dios no hizo el pacto de redención con los seres humanos; más bien, lo hizo consigo mismo. Es un acuerdo de pacto que fue realizado en la eternidad entre las tres personas de la deidad. En el drama de la redención, vemos la actividad del Padre, el Hijo y el Espíritu, y la creación misma fue una obra trinitaria. Dios el Padre llamó al universo a existir, pero cuando puso orden en la oscuridad fue porque el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas trayendo a todo ser a la existencia (Génesis 1:2). El Nuevo Testamento está repleto de referencias a Cristo como el agente, la Palabra, por medio de la cual el Padre creó todas las cosas. Por ejemplo: "Todas las cosas fueron hechas por medio de ella, y sin ella no fue hecho nada de lo que ha sido hecho" (Juan 1:3). La creación involucró al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Los teólogos hacen una distinción funcional entre los miembros de la deidad. El Padre *inició* el plan de salvación; esto significa que el Padre está detrás de los decretos eternos de elección y envió al Hijo al mundo a completar nuestra redención. El Hijo *realizó* nuestra redención. Finalmente, la redención *se aplica* a nuestra vida por el Espíritu Santo. ¿Cómo la obra de Cristo nos hace ser pueblo redimido? El Espíritu nos regenera; es decir, nos vivifica, impartiéndonos vida espiritual y estimulando la fe en nuestro corazón. El Espíritu también nos santifica y también nos glorificará en el cielo. Esta es la obra de redención, e involucra a las tres personas de la Trinidad trabajando en acuerdo.

Hace años surgió una controversia entre algunos teólogos alemanes que presuponía una lucha entre el Padre y el Hijo. Supuestamente, en su ministerio terrenal, Cristo persuadió al Padre de contener su ira hacia la raza humana. Por supuesto, eso era una desviación seria de la comprensión bíblica de cómo sucede la redención. El pacto de redención indica que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo han estado, están y estarán en completo acuerdo sobre la salvación humana. El Hijo no vino a este mundo a regañadientes. Más bien, el Hijo cumplió con gozo el plan del Padre y se encarnó. En el huerto de Getsemaní la noche antes de su expiación, oraba y derramaba gotas de sangre en su agonía. Decía: "Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad sino la tuya"

(Lucas 22:42). En efecto estaba diciendo, en otras palabras: "Preferiría cualquier otra manera, pero estoy de acuerdo contigo, Padre, en lo que sea tu voluntad".

PACTO DE OBRASY PACTO DE GRACIA

La principal diferencia entre el pacto de obras y el pacto de gracia es que el primero tiene que ver con la relación entre Dios y Adán y Eva antes de la caída, mientras que el segundo tiene que ver con la relación entre Dios y los descendientes de Adán después de la caída. El pacto de obras se refiere al estado probatorio en el que Adán y Eva fueron creados. Dios les dio ciertos mandatos junto con la promesa de vivir por siempre, simbolizada por el árbol de la vida en el huerto del Edén. El mandamiento estipulaba que no debían comer del árbol del conocimiento del bien y del mal. En el pacto de obras, el destino de la humanidad se decidía sobre la base del desempeño, específicamente, sobre la base de la obediencia de Adán y Eva. Si se mantenían obedientes entrarían en un estado eterno de bendición. Sin embargo, si fallaban y no cumplían lo estipulado morirían junto con sus descendientes. Adán y Eva fallaron miserablemente la prueba. Violaron el pacto y, como resultado, el mundo quedó sumido en la ruina.

Tenemos la tendencia a pensar en la redención como la recuperación del paraíso que perdieron Adán y Eva, pero ese es un malentendido. La redención no es meramente la restauración del lugar que tenían Adán y Eva antes de la caída, sino la promoción al estado que ellos habrían alcanzado si hubieran sido obedientes a los términos del pacto.

Otro malentendido proviene de la forma en que identificamos los dos pactos. Dado que el primero se llama "pacto de obras" y el otro se llama "pacto de gracia", tendemos a pensar que en el primero no había gracia. Pero para que Dios entre en pacto con una criatura ya hay gracia. El darnos su promesa bajo la condición que sea, ya es en sí un acto de gracia. Dios no está obligado a prometer nada a sus criaturas.

Después que el pacto de obras fue quebrantado, Dios proveyó una nueva oportunidad para redimir al ser humano. Perdonó a Adán y Eva y los redimió a pesar de su condición caída, y lo hizo fundamentado en una nueva promesa: la promesa de redención en

la obra de Cristo. Las Escrituras nos dicen que somos salvos por gracia, y la gracia viene por medio de la persona y la obra de Cristo. Cristo nos salvó cuando se convirtió en nuestro campeón. Llegó a ser nuestro sustituto. Esa es la razón por la que el Nuevo Testamento se refiere a él como "el segundo Adán". Vino al mundo y se colocó bajo las estipulaciones del pacto original de obras. Como el nuevo Adán regresó a la situación original de Adán y Eva, dramatizada en el desierto cuando Jesús experimentó las tentaciones de Satanás.

Durante su vida terrenal Jesús fue expuesto a la tentación y por eso los teólogos enfatizan que somos salvos no solo por la muerte de Cristo sino también por la vida de Cristo. En su vida de obediencia perfecta Cristo cumplió todos los términos del pacto original de obras para que, en última instancia, fuésemos salvos por obras. Esa verdad no niega la justificación solo por la fe; más bien la valida. La justificación es solo por la fe en Cristo porque solo Cristo cumplió el pacto de obras. Sí, somos salvos por obras pero no por *nuestras* obras. Somos salvos por las obras de Cristo. De nuevo decimos, el pacto de gracia no nulifica el pacto de obras; al contrario, cumple los términos del pacto de obras.

Algunos piensan que el Antiguo Testamento se dedica a la justicia y la ira de Dios, mientras que el Nuevo Testamento lo hace con su misericordia, gracia y amor. Pero el ejemplo más claro en la Biblia sobre la ira y la justicia de Dios no se encuentra en el Antiguo Testamento sino en el Nuevo Testamento. Se encuentra en la cruz. Ahí la ira de Dios se vertió sobre Cristo, y la justicia de Dios quedó satisfecha plena y completamente con ese acto. Pero ese acto también es el ejemplo más claro en la Biblia de la gracia de Dios, porque su ira fue recibida por otro. Fue recibida por nuestro sustituto, alguien que se sometió a los términos del primer pacto y cumplió todas las obligaciones para todos los que ponen su confianza en él. El pacto de obras y el pacto de gracia cumplen juntos las promesas de Dios desde toda la eternidad.

Cuarta parte

CRISTOLOGÍA

Capítulo 23

EL CRISTO DE LA BIBLIA

Esta sección de la teología sistemática, la cristología, tal vez sea la más intimidante, pero es una de las secciones más ricas de nuestro estudio. Aquí nos enfocamos en la persona y la obra de Cristo mismo. Es importante que nuestra fe se llame "cristianismo", porque nuestra atención está enfocada correctamente en aquel que nos ha redimido. Cualquier estudio de la persona de Cristo solo puede ser introductorio, porque el retrato de Jesús en la Biblia es tan profundo que desafía la habilidad humana para entenderlo completamente.

> Vi en la mano derecha del que estaba sentado sobre el trono, un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. También vi a un ángel poderoso que proclamaba a gran voz: "¿Quién es digno de abrir el libro y de desatar sus sellos?". Pero ninguno, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro; ni siquiera mirarlo (Apocalipsis 5:1-3).

En la visión que Juan tiene del cielo, el veredicto está a punto de ser pronunciado y una gran voz dice: "¿Quién es digno de abrir el libro...?". Juan se llena de expectativa porque quiere ver quién dará un paso al frente, quién ha sido declarado digno:

> Y yo lloraba mucho, porque ninguno fue hallado digno de abrir el libro; ni siquiera de mirarlo. Y uno de los ancianos

> me dijo: "No llores. He aquí el León de la tribu de Judá, la Raíz de David, ha vencido para abrir el libro y sus siete sellos".
> Y en medio del trono y de los cuatro seres vivientes y de los ancianos vi un Cordero de pie, como inmolado. Tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete Espíritus de Dios enviados a toda la tierra. Él fue y tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono (w. 4-7).

Luego los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos se postran ante al Cordero y cantan sus alabanzas. Luego se oye la alabanza de los ángeles:

> "Digno es el Cordero, que fue inmolado, de recibir el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza" (v. 12).

Podemos observar los cambios de estado de ánimo de Juan a lo largo de esta secuencia. Está emocionado porque alguien va a venir y abrir el libro. Luego cae en una depresión porque nadie es hallado digno. Luego un anciano le dice que no llore más porque alguien ha sido hallado digno: el León de Judá. Él está esperando que aparezca una bestia poderosa y masiva, rugiendo con fuerza para venir a abrir el libro, pero en vez de eso lo que ve es un Cordero que ha sido inmolado. Esta imagen es un gran ejemplo del contraste profundo entre la humillación y la exaltación de Cristo, entre sus sufrimientos y sus triunfos. También nos da una pista sobre la complejidad de su carácter y dignidad.

JESÚS EN LOS EVANGELIOS

¿Por qué le pareció bien a Dios darle al mundo cuatro Evangelios? ¿Por qué no solamente una biografía definitiva de Jesús? Le agradó a Dios por sus propias razones darnos cuatro retratos biográficos del Señor Jesús, todos mirando su persona y su obra desde perspectivas ligeramente diferentes. En el Evangelio de Mateo se nos presenta una perspectiva judía. El énfasis está en cómo Jesús cumple un gran número de profecías del Antiguo Testamento. Mateo muestra claramente que Jesús es el Mesías que había sido prometido siglos atrás.

El Evangelio de Marcos es breve y casi abrupto en su estilo. Marcos sigue la vida de Jesús mostrando una gran llamarada de milagros por todo el territorio de Palestina. También está el retrato mostrado por Lucas, el médico, que era parte de la comunidad gentil y compañero del apóstol Pablo en sus viajes misioneros a todas las naciones. Lucas muestra que Jesús no vino solamente a salvar al pueblo judío sino también a hombres y mujeres de toda tribu, lengua y nación. Lucas nos revela mucho sobre las enseñanzas de Jesús en sus parábolas; la sabiduría de Jesús se expresa en el Evangelio de Lucas. Dos terceras partes del Evangelio de Juan se dedican a la última semana de la vida de Jesús en la tierra. Juan provee un retrato altamente teológico de Cristo pues demuestra que Jesús es la encarnación de la verdad, la luz del mundo y aquel en quien hay vida abundante.

En los relatos de los Evangelios vemos también cómo respondió a Cristo gente muy diversa. Vemos la respuesta de los pastores que vinieron de los campos cerca de Belén después del anuncio del recién nacido Jesús (Lucas 2:8-20). Vemos la respuesta del anciano Simeón, quien llegó al templo cuando Jesús estaba siendo presentado para su dedicación. En esa ocasión, Simeón dijo: "Ahora, Soberano Señor, despide a tu siervo en paz conforme a tu palabra; porque mis ojos han visto tu salvación que has preparado en presencia de todos los pueblos" (w. 29-31). Vemos a Jesús como un jovencito sorprendiendo a los doctores en el templo (w. 41-52). Juan el Bautista nos hace la introducción a su ministerio público; lo observa llegar al río Jordán y canta el *Agnus Dei:* "¡He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo!" (Juan 1:29). Vemos a Jesús a través de los ojos de Nicodemo, que viene de noche a conversar con él: "Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro porque nadie puede hacer estas señales que tú haces a menos que Dios esté con él" (Juan 3:2). Vemos a Jesús el rabino, no solamente sorprendiendo a los otros rabinos cuando era jovencito sino también como adulto sobrepasando en sabiduría a los grandes maestros de su tiempo. Vemos a Jesús hablando con una mujer despreciada junto al antiguo pozo de Jacob en Sicar de Samaría, y ella le dice: "Señor, veo que tú eres profeta" (Juan 4:19). Al progresar esa conversación, Jesús hace que la mujer se confronte consigo misma, y ella se da cuenta de que está hablando con el prometido y esperado Mesías. Lo vemos en el pretorio de Pilato, donde este anunció: "No hallo ningún delito en este hombre"

(Lucas 23:4). Después oímos a Pilato hablando a la multitud con palabras que han sido inmortalizadas en la historia cristiana: "¡He aquí el hombre!" (Juan 19:5). Vemos un retrato de Jesús hecho por el centurión al pie de la cruz, quien después de presenciar la crucifixión dice: "¡Verdaderamente este era Hijo de Dios!" (Mateo 27:54). Lo vemos en el dudoso Tomás, quien cuando mira al Cristo resucitado exclama: "¡Señor mío y Dios mío!" (Juan 20:28).

En pocas palabras, encontramos el retrato de alguien que no tiene paralelo en la historia humana. El registro de Jesús que vemos en los Evangelios es el de un hombre absolutamente puro, un hombre sin pecado, un hombre que podía decir a sus acusadores: "¿Quién de ustedes me halla culpable de pecado?" (Juan 8:46). Este retrato de Jesús es impresionante.

También tenemos el testimonio de Jesús sobre su identidad: "Porque yo no hablé por mí mismo; sino que el Padre que me envió, él me ha dado mandamiento de qué he de decir y de qué he de hablar" (Juan 12:49). Jesús, en su intento de mantener por un tiempo en secreto su verdadera identidad por motivo de las ideas equivocadas sobre quién debía ser el Mesías, a pesar de eso hizo algunas declaraciones fuertes y extravagantes, como las afirmaciones "Yo soy" en el Evangelio de Juan: "Yo soy el pan de vida. Sus padres comieron el maná en el desierto y murieron. Este es el pan que desciende del cielo para que el que coma de él no muera" (6:48-50). Algunos se escandalizaron tanto por esas palabras que ya no siguieron con él.

"Yo soy la vid, ustedes las ramas. El que permanece en mí y yo en él, este lleva mucho fruto. Pero separados de mí nada pueden hacer" (15:5). También dijo: "Yo soy la puerta" (10:9), contrastándose a sí mismo con los falsos profetas de su tiempo, que eran pastores asalariados más preocupados por su paga que por el cuidado de las ovejas. Jesús dijo: "Yo soy el buen pastor y conozco mis ovejas, y las mías me conocen" (v. 14). También dijo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (14:6).

Este comentario suyo es aún más dramático: "Abraham, el padre de ustedes, se regocijó de ver mi día. Él lo vio y se gozó... De cierto, de cierto les digo que antes que Abraham existiera, Yo Soy" (Juan 8:56, 58). No dijo: "Antes que Abraham existiera, yo existía". Dijo "Yo Soy". Estas declaraciones "Yo Soy" vienen de dos palabras griegas: *ego* ("yo") y *eimi* ("soy"). En griego, cualquiera de estas dos palabras

sería suficiente por sí sola para decir "yo soy", pero Jesús no estaba simplemente diciendo: *"Ego* el camino, la verdad y la vida", o *"Eimi* la puerta". Más bien utilizó ambas *—Ego eimi—* lo cual enfatizaba el punto que quería expresar. La comunidad cristiana del primer siglo no ignoró la importancia de estas declaraciones. Los judíos de habla griega escribían el nombre sagrado de Dios como "Yavé", que se traduce: "YO SOY EL QUE SOY". Entonces cuando Jesús utilizó ese lenguaje aplicándolo a sí mismo, se estaba identificando claramente con el nombre sagrado de Dios.

Jesús se aplicaba nada menos que la autoridad de Dios cuando usaba el título "Hijo del Hombre", refiriéndose a aquel que viene a la presencia del Anciano de Días, ascendiendo con las nubes del cielo (Daniel 7:13). Usando esa fraseología, Jesús dijo: "Así que el Hijo del Hombre es Señor aun del sábado" (Marcos 2:28). Dios instituyó el Sabbat y lo regula, así que para que Cristo haya dicho que él era Señor del Sabbat era porque se estaba identificando con la divinidad. En otra ocasión sanó a un hombre para que las autoridades "sepan que el Hijo del Hombre tiene autoridad para perdonar pecados en la tierra" (Mateo 9:6; ver Marcos 2:10; Lucas 5:24). Una vez más los enemigos de Jesús estaban furiosos porque Jesús estaba "haciéndose igual a Dios" (Juan 5:18).

TESTIMONIO APOSTÓLICO SOBRE JESÚS

Más allá de lo que encontramos en los retratos de los Evangelios, tenemos el testimonio apostólico. El apóstol Pablo nos muestra el ministerio de Cristo como Salvador. Él explica la expiación y cómo Cristo es nuestro mediador que completó por nosotros la redención. El retrato de Cristo también se complementa en las cartas de Pedro y Juan, y en la epístola a los Hebreos donde Cristo se muestra como "el resplandor de su gloria y la expresión exacta de su naturaleza" (Hebreos 1:3), así como también superior a los ángeles, a Moisés y al sacerdocio aarónico del Antiguo Testamento. Desde Mateo hasta el Apocalipsis el tema central del Nuevo Testamento es Cristo.

JESÚS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Encontramos que Jesús también es el tema central del Antiguo Testamento. El tabernáculo, que se describe con gran detalle, es

altamente simbólico del Señor Jesús. En su persona y en su obra, Jesús es el tabernáculo del Antiguo Testamento. Todos los detalles del sistema de sacrificios del Antiguo Testamento encuentran su cumplimiento en el ministerio de Jesús, y los libros de los profetas están llenos de referencias a aquel que vendría. Para aprender de Jesús no solamente acudimos al Nuevo Testamento; también se proclama por todo el Antiguo Testamento. Desde Génesis hasta Apocalipsis encontramos la historia de Jesús, el Cristo.

Vemos en este magnífico retrato de Jesús al hombre perfecto, pero no solamente eso; vemos a aquel que de hecho es Dios con nosotros, Dios encarnado. Es por este rico y profundo retrato de Jesús que la iglesia, al precisar sus formulaciones teológicas en los primeros siglos, tenía que enfrentarse con la dificultad de ser fiel a la humanidad de Jesús y también a la divinidad de Cristo. La dificultad se puso en evidencia en el Concilio de Nicea y en el subsecuente Concilio de Calcedonia.

Capítulo 24

UNA PERSONA, DOS NATURALEZAS

ivimos en un tiempo en el que la persona de Cristo es objeto de gran controversia entre los teólogos. Sin embargo, esto no es un problema nuevo. En el siglo IV, la controversia arriana precipitó el Concilio de Nicea (325 d. de J.C.). Otra controversia provocó el concilio ecuménico de Calcedonia (451 d. de J.C.). El siglo XIX fue testigo de la llegada del liberalismo, y en el siglo XX apareció el grupo llamado Seminario Jesús. Ambos movimientos buscaban definir a Cristo sin consideración de la integridad bíblica. En repetidas ocasiones a lo largo de su historia la iglesia ha tenido que definir su comprensión de la persona de Cristo.

DOS HEREJÍAS

El siglo V fue testigo de un asalto a la ortodoxia cristiana por dos frentes. Primero estaba la herejía monofisita, iniciada por un hombre llamado Eutico. El nombre de esta posición viene del prefijo *mono,* que significa "uno", y de la palabra/ysis, que significa "naturaleza". Los monofisitas creían que Cristo tenía solo una naturaleza; negaban que él fuera una persona con dos naturalezas: divina y humana. Incluso antes de Eutico, algunos habían argumentado que Cristo tenía solo una naturaleza. De esos, algunos decían que Cristo era meramente humano, sin divinidad. Otros, como los docéticos, decían que él era completamente divino, sin humanidad. Eutico formuló la idea de que Cristo tenía una naturaleza *teantrópica.* El término viene de la

palabra griega *theos,* que significa "dios", y la palabra *anthropos,* que significa "hombre". Eutico decía que la naturaleza de Cristo no era ni verdaderamente divina ni verdaderamente humana; más bien, era una mezcla de la divina y la humana.

La otra herejía del siglo V fue el nestorianismo. Nestorio decía que ya que Cristo tiene dos naturalezas distintas, una divina y la otra humana, por lo tanto debió tener dos personalidades. Si hay dos naturalezas, debe haber dos personas.

De modo que la doctrina de Cristo fue atacada por ambos lados, un lado negando la naturaleza dual de Cristo reduciéndola a una mezcla confusa de lo divino y lo humano, y la otra afirmando dos naturalezas pero negando su unidad.

EL CONCILIO DE CALCEDONIA

Estas herejías gemelas propiciaron el Concilio de Calcedonia, y de ese concilio surgió la formulación clásica de la naturaleza dual de Cristo; es decir, que Cristo es una persona con dos naturalezas: *vera homo vera Deus.* La palabra *vera* viene del latín *vertías,* que significa "verdad". La idea es que Cristo es "verdaderamente humano y verdaderamente Dios". Cristo tiene una naturaleza humana verdadera *y* una naturaleza divina verdadera. Estas dos naturalezas están perfectamente unidas en una persona.

Junto con esa afirmación, el Concilio de Calcedonia emitió cuatro negaciones[1]. Como ya mencionamos, a lo largo de su historia la iglesia ha procurado describir ciertos conceptos por medio de negaciones. Por ejemplo, en ciertas formas podemos definir a Dios por lo que él no es. Dios es infinito, lo cual significa que *no es* finito. Es inmutable, que significa que *no es* mutable. Del mismo modo, los redactores del Credo de Calcedonia emitieron cuatro negaciones, confesando que Cristo es verdaderamente hombre y verdaderamente Dios, y que estas dos naturalezas están perfectamente unidas *sin* mezcla, confusión, separación o división.

La primera de estas negaciones, dirigida a la herejía monofisita, declara que las dos naturalezas, la divina y la humana, no están entremezcladas como para formar una naturaleza humana deificada o una naturaleza divina humanizada. La naturaleza humana es

[1] El Credo de Calcedonia se incluye en el apéndice.

siempre humana, sujeta a las limitaciones normales de la humanidad, y la naturaleza divina es siempre divina. Por ejemplo, la mente divina no perdió su omnisciencia en la encamación; la mente divina lo sabía todo, aunque la mente humana no.

SUI GENERIS

La iglesia ha tenido que lidiar con las implicaciones de esa idea al considerar algunas de las palabras del Señor Jesús. En cierta ocasión, los discípulos le preguntaron a Jesús: "¿Cuándo sucederán estas cosas? ¿Y qué señal habrá de tu venida y del fin del mundo?". Jesús respondió: "Pero acerca del aquel día y aquella hora, nadie sabe; ni siquiera los ángeles de los cielos, ni aun el Hijo, sino solo el Padre" (Mateo 24:3, 36). En otras palabras, Jesús les dijo a sus discípulos que no sabía cuándo vendría el fin de la era presente. ¿Era eso una indicación de la naturaleza humana o de la naturaleza divina?

Cuando observamos la vida de Jesús como se presenta en las páginas de la Biblia, ciertas acciones son fáciles de asignar a su naturaleza humana. Cuando Jesús sudó en el huerto de Getsemaní la noche antes de su crucifixión, ¿era una manifestación divina? ¿Esperaríamos que Dios sudara? No. Dios no suda. Del mismo modo, Dios no tiene hambre, ni sangra, ni clama. Lo más importante, la naturaleza divina no murió en la cruz. Si la naturaleza divina hubiera muerto en la cruz, el universo habría dejado de existir. Todos esos eventos manifiestan la humanidad de Jesús.

Del mismo modo, cuando Jesús dijo que no sabía la fecha para el fin del mundo, obviamente era una declaración de su humanidad. Algunos argumentan que si Dios lo sabe todo, y si en Cristo hay una unión perfecta de las naturalezas divina y humana, ¿cómo pudo haber algo que Jesús no supiera? Eso es como preguntar cómo es que Jesús, siendo divino, pudo experimentar hambre, lo cual afirma la Biblia claramente. El punto es la importancia de distinguir entre la naturaleza divina y humana para que no las confundamos o las mezclemos de tal forma que una de ellas oscurezca la realidad de la otra.

El hecho de que Jesús no sabía el día ni la hora del fin del mundo no indica una separación entre su naturaleza humana y divina. No hay separación, pero sí hay distinción. Su mente humana siempre estaba en unidad con su mente divina, y en el Nuevo Testamento

frecuentemente vemos a Jesús mostrando conocimiento sobrenatural. Él revela cosas que ningún ser humano podía saber. ¿De dónde sacó esa información? La obtuvo de Aquel que es omnisciente. Pero una cosa es que la naturaleza divina comunique información a la naturaleza humana; otra cosa muy distinta es que la naturaleza divina englobe a la naturaleza humana y deifique la mente humana de Cristo. La mente humana tenía acceso a la mente divina, pero no eran iguales, así que había ciertas cosas que Jesús no sabía, como él mismo lo expresó.

Esto tenía perplejo incluso al brillante teólogo del siglo XIII, Tomás de Aquino, que formuló lo que él denominó "la teoría de la acomodación". Aquino decía que Jesús tenía que saber el día y la hora porque es Dios encarnado. Debido a la unión perfecta de sus dos naturalezas, ¿cómo era posible que la mente divina supiera algo que la mente humana no sabía? Aquino decía que esto no puede ser, así que Jesús debió haber sabido la respuesta, pero escogió no decirla a los discípulos porque esa respuesta era demasiado misteriosa o teológicamente difícil para que ellos pudieran entenderla. Sin embargo, con todo respeto para Tomás, si Jesús les dijo a sus discípulos que no sabía y en verdad sí lo sabía, estaba mintiendo, e incluso una mentira lo habría descalificado para ser nuestro Salvador. Humanamente hablando, tenemos que tomar en serio lo que Jesús dijo sobre los límites de su conocimiento.

De modo que las primeras dos negaciones del Credo de Calcedonia, *sin mezcla* y *sin confusión,* fueron diseñadas para enfrentar la herejía monofisita. Las otras dos, *sin separación* y *sin división,* se formularon para confrontar la herejía nestoriana, afirmando que la presencia de dos naturalezas en Jesús no significaba que no fuera una persona.

Las cuatro negaciones establecen para nosotros los límites en los cuales procuramos entender el misterio de la encarnación. Enfatizo *misterio* porque incluso con las formulaciones que la iglesia ha provisto, nadie ha penetrado las profundidades de cómo Cristo puede ser verdaderamente Dios y verdaderamente hombre. Tenemos a uno que es *sui generis.* Está en una clasificación especial y única. Solo una persona en toda la historia humana ha sido Dios encarnado, y el misterio de la encarnación está más allá de nuestra plena comprensión.

HUMANOY DIVINO

El valor de Calcedonia es doble. Primero, está la afirmación que todo cristiano debe hacer: Cristo es verdaderamente humano y verdaderamente divino. Segundo, cuando la iglesia trata de explicar la naturaleza de su unidad, recurre a negaciones y así establece fronteras que no debemos osar traspasar. Lo único que hay al otro lado de esas fronteras es algún tipo de herejía. Uno de mis profesores del seminario les dijo a sus estudiantes: "Si están tratando de pensar concretamente sobre la unión de la naturaleza humana y la divina y van más allá de las categorías negativas establecidas por Calcedonia, deben escoger su herejía". El Credo de Calcedonia nos restringe para que, sin importar cómo concebimos las dos naturalezas, no pensemos en ellas como una mezcolanza amalgamada o como una separación brusca y total entre las dos. Están unidas pero son distintas.

Lamentablemente una frase importante del credo ha sido casi históricamente olvidada: "Cada naturaleza retiene sus propios atributos". Cristo no dejó a un lado ninguno de sus atributos divinos. La naturaleza divina de Cristo es eterna, infinita, inmutable, omnisciente, y omnipotente. La naturaleza humana también retiene los atributos de la humanidad; es finita y limitada por el tiempo y el espacio. La fórmula de Calcedonia nos provee algo de dirección para continuar nuestro estudio de la persona de Cristo.

Capítulo 25

LOS NOMBRES DE CRISTO

n elemento fascinante de la Biblia es la importancia que se le da a los nombres y títulos. Los nombres y títulos de Dios el Padre son muchos, y todos revelan algo de su carácter. Así pasa también con el Señor Jesús.

Recuerdo la predicación de un profesor en el culto de apertura de un seminario. Los asistentes estaban esperando un discurso académico pero él sorprendió a todos simplemente recitando los nombres y títulos de Jesús que se encuentran en las Escrituras: "Señor", "Hijo de Dios", "Hijo del Hombre", "Hijo de David", "Emanuel", "Palabra", y así sucesivamente. Necesitó cuarenta y cinco minutos para acabar con todos los nombres y títulos. Cada uno de ellos nos revela algo sobre el carácter o la obra de Cristo. En este capítulo quiero examinar tres de los títulos más prominentes que se han aplicado a Jesús en el Nuevo Testamento.

CRISTO

Lo conocemos como Jesucristo, pero ese no es realmente su nombre. Su nombre es Jesús, Jesús Bar-José, o Jesús de Nazaret. "Cristo" es un título. Se aplica a Jesús más frecuentemente que cualquier otro título en las Escrituras. A veces la Biblia revierte el orden y habla de "Cristo Jesús". La palabra *Cristo* proviene del vocablo griego *christos,* que es la traducción de la palabra *Messiah* del Antiguo Testamento, y significa "uno que es ungido".

Cuando Jesús dio su primer sermón registrado en la sinagoga, leyó del libro del profeta Isaías: *"£/ Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado para proclamar libertad a los cautivos y vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos y para proclamar el año agradable del Señor"* (Lucas 4:28, 29). Después de leer ese texto, Jesús dijo a los presentes: "Hoy se ha cumplido esta Escritura en los oídos de ustedes" (v. 21). Él se estaba identificando a sí mismo con las palabras de Isaías acerca del Mesías.

El concepto de Mesías es extremadamente complejo, pero hay varias líneas entrelazadas en la revelación progresiva de la Biblia respecto de la función, el carácter y la naturaleza de este Mesías que vendría y liberaría a su pueblo, Israel. En un sentido, para ser el Mesías Jesús tenía que ser el Pastor, el Rey, el Cordero y el Siervo Sufriente; todo esto según la profecía de Isaías. Las distintas líneas se juntan de una manera maravillosa. De hecho, una de las evidencias extraordinarias de la inspiración divina de la Biblia es la forma en que todas las líneas de expectativas mesiánicas expresadas en el Antiguo Testamento convergen y se cumplen en una persona de manera dramática. En la visión de Juan en Apocalipsis 5, él estaba esperando ver a un León (v. 5), pero lo que vio fue un Cordero (v. 6). Jesús cumplió ambas expectativas. Él es el León de Judá, el nuevo Rey de Israel, y él es también el Cordero que fue sacrificado por su pueblo.

SEÑOR

El segundo título más utilizado para Jesús en el Nuevo Testamento es "Señor". Este título formó el credo más antiguo de la comunidad cristiana: *Iesous ho kyrios,* "Jesús es el Señor". Esta confesión estaba en el centro del conflicto que la iglesia primitiva experimentó con las autoridades romanas. Los ciudadanos romanos tenían que recitar públicamente las palabras *Caesar kyrios:* "César es señor". Los primeros cristianos estaban profundamente comprometidos al mandato que habían recibido de Cristo y de los apóstoles de ser obedientes a los magistrados civiles; eran cuidadosos en el pago de sus impuestos y obedecían las leyes del estado. Pero una cosa que no hacían era darle al César el honor que acompañaba al título *señor.*

El término *señor* no siempre se usa de una manera majestuosa en el Nuevo Testamento. De hecho, hay tres significados distintos para la palabra griega *kyrios.*

En primer lugar, la palabra *kyrios* funcionaba como una simple manera de cortesía para dirigirse a alguien, así como se usa comúnmente en nuestro idioma. Cuando leemos el Nuevo Testamento y observamos que hay gente que encuentra a Jesús por primera vez y se dirige a él como "Señor", no debemos concluir inmediatamente que tenían un entendimiento profundo de la plena medida de majestad de Cristo. Simplemente estarían dirigiéndose a Jesús de manera amable. Por supuesto, la palabra *señor* puede llegar a tener un significado mucho más exaltado y en algunos países llega a indicar títulos de nobleza.

La segunda forma en que se usa el término *kyrios* en el Nuevo Testamento es con referencia específica a un propietario de esclavos, un individuo muy rico que podía comprar siervos. El siervo o esclavo era un *doulos,* y uno no podía ser un *doulos* a menos que él o ella perteneciera a un *kyrios,* un señor. Así, el término *señor* se usaba para referirse a uno que poseía esclavos. El apóstol Pablo frecuentemente usaba el título de esta manera, a menudo para describirse a sí mismo como un *doulos* de Jesucristo, y dirigía a los creyentes a pensar de sí mismos así: "...han sido comprados por precio" (1 Corintios 6:20; ver 7:23). Cuando confesamos que Jesús es el Señor, entendemos que Cristo nos compró por la expiación y, por lo tanto, le pertenecemos. Somos su posesión.

La tercera y más elevada manera en que se usa el término *kyrios* en el Nuevo Testamento es el uso imperial. Es aquel que el César procuraba aplicarse a sí mismo y que los cristianos se negaban a darle. Por supuesto, hay quien puede verbalizar el título de forma falsa, fingiendo el uso imperial, por lo cual Jesús dijo: *"Este pueblo me honra de labios, pero su corazón está lejos de mi'* (Mateo 15:8). Sin embargo, el Nuevo Testamento nos dice: "Tampoco nadie puede decir 'Jesús es el Señor' sino por el Espíritu Santo" (1 Corintios 12:3). Esto puede parecer que contradice lo que Jesús dijo al final del Sermón del monte:

> No todo el que me dice "Señor, Señor" entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que

> está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: "¡Señor, Señor! ¿No profetizamos en tu nombre? ¿En tu nombre no echamos demonios? ¿Y en tu nombre no hicimos muchas obras poderosas?". Entonces yo les declararé: "Nunca les he conocido. ¡Apártense de mí, obradores de maldad!"
> (Mateo 7:21-23).

¿Por qué dicen entonces las Escrituras que nadie puede llamar a Jesús "Señor" sino por el Espíritu Santo? Algunos dicen que esa declaración es elíptica; en otras palabras, lo que está omitido y debe insertarse es que nadie puede llamar *sinceramente* a Jesús "Señor" a menos que haya recibido la capacidad de hacerlo por el Espíritu Santo. Otros creen que puede hacer referencia a la persecución que algunos experimentaban por declarar públicamente su fe en el señorío de Cristo.

En cualquier caso, la importancia real del título "Señor" se encuentra en lo que traduce del Antiguo Testamento. Así como Cristo tiene muchos títulos en el Nuevo Testamento, Dios tiene muchos títulos en el Antiguo Testamento. Su nombre en el Antiguo Testamento es *Yavé,* que se traduce como "SEÑOR" y así está indicado en las Escrituras, con letras mayúsculas. Cuando vemos la palabra "Señor" sin esas letras mayúsculas es porque está traduciendo otra palabra hebrea, *Adonai,* que era el título más alto utilizado por el pueblo hebreo para referirse a Dios en el Antiguo Testamento. El término *Adonai* tiene que ver con la soberanía absoluta de Dios sobre toda su creación. Un ejemplo de estos dos términos se puede encontrar en el Salmo 8: "Oh SEÑOR [*Yavé],* Señor *[Adonai]* nuestro, ¡cuán glorioso es tu nombre en toda la tierra, que has desplegado tu gloria sobre los cielos!" (Salmo 8:1 BA). En el Nuevo Testamento, leemos el himno que Pablo cita:

> Haya en ustedes esta manera de pensar que hubo también en Cristo Jesús:
> Existiendo en forma de Dios,
> él no consideró el ser igual a Dios
> como algo a que aferrarse;
> sino que se despojó a sí mismo,
> tomando forma de siervo,

haciéndose semejante a los hombres;
y, hallándose en condición de hombre,
se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte,
¡y muerte de cruz!
Por lo cual, también Dios
lo exaltó hasta lo sumo
y le otorgó el nombre
que es sobre todo nombre;
para que en el nombre de Jesús
se doble toda rodilla
de los que están en los cielos,
en la tierra y debajo de la tierra;
y toda lengua confiese
para gloria de Dios Padre
que Jesucristo es Señor (Filipenses 2:5-11).

El nombre sobre todo nombre es de hecho el título que Dios da a Jesús, el título que está sobre todo título: *Señor.* Él es Señor, *Kyrios;* él es *Adonai* para la gloria de Dios el Padre[1].

HIJO DEL HOMBRE

El tercer título más utilizado para Jesús en el Nuevo Testamento es "Hijo del Hombre". Aunque ocupa el tercer sitio en cuanto a frecuencia de uso en el Nuevo Testamento en general, es por mucho el nombre que Jesús utilizó más para referirse a sí mismo. Eso es importante. De las más de 80 veces que aparece en el Nuevo Testamento, solo tres no son usadas por Jesús mismo. Este hecho refúta a los críticos que dicen que buena parte de la imagen que el Nuevo Testamento tiene de Jesús fue manufacturada por sus acompañantes. Si los acompañantes de Jesús hubieran hecho eso, entonces le habrían dado a Jesús sus propias designaciones favoritas en vez de la favorita de Jesús. Al llamarse a sí mismo "Hijo del Hombre" tan frecuentemente, Jesús estaba diciendo: "Así es como me identifico a mí mismo".

Algunos ven en esta designación una expresión de la humildad de Jesús, pero eso no es exacto. En la visión de Daniel de las salas

[1] Para leer con más detalle los títulos que el Nuevo Testamento asigna a Jesús, ver R. C. Sproul, *The Majesty of Christ* (La majestad de Cristo), serie de enseñanzas en audio (Sanford, Fl: Ligonier Ministries; 1985, 1991).

internas de la corte celestial, Dios aparece en el trono de juicio como el Anciano de Días, y recibe en su presencia a uno que es como "un Hijo del Hombre", que viene a Dios sobre las nubes de gloria y que recibe la autoridad de juzgar al mundo (Daniel 7:13, 14). En el uso que el Nuevo Testamento le da a este título, el Hijo del Hombre es una persona celestial que desciende a la tierra y representa nada menos que la autoridad de Dios. Viene a traer juicio al mundo porque encarna la visitación divina, el día del Señor. Por lo tanto, es un título exaltado que se da en el Nuevo Testamento exclusivamente a Jesús. Cuando leas las Escrituras y encuentres este título, observa su contexto y comenzarás a ver que es un título de majestad y una designación exaltada para Jesús.

Todos los nombres y títulos que se le dan a Jesús en el Nuevo Testamento tienen importancia. Cada uno nos revela algo sobre quién es Jesús y qué ha hecho.

Capítulo 26

LOS ESTADOS DE CRISTO

A través de la Biblia, Cristo aparece en varios estados. Es decir, en varios papeles que desempeña en distintos tiempos. Observamos que los estados de Cristo no comienzan con su nacimiento en Belén; más bien debemos comenzar con su estado preencarnado. Juan escribe:

> En el principio era la Palabra, y la Palabra era con Dios, y la Palabra era Dios...
>
> Y la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros, y contemplamos su gloria, como la gloria del unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad (Juan 1:1,14).

La afirmación que se hace aquí es que este Cristo, quien ha aparecido en el plano de la historia en el tiempo y el espacio, existía antes de su concepción y nacimiento, y que su naturaleza divina es eterna con el Padre. Tenemos en Jesús no simplemente el nacimiento de un bebé sino la encarnación de Dios, la segunda persona de la Trinidad.

En muchas ocasiones, durante su ministerio terrenal, Jesús hizo referencia a su estado previo. Por ejemplo:

> De cierto, de cierto les digo que antes que Abraham existiera, Yo Soy (Juan 8:58).

> Ahora pues, Padre, glorifícame tú en tu misma presencia con la gloria que yo tenía en tu presencia antes que existiera el mundo (Juan 17:5).

Cristo no estaba encarnado antes de su nacimiento en Belén. Por eso muchos se preguntan si se encuentra a Cristo en el Antiguo Testamento. Algunos lo ven en el "Jefe del Ejército del SEÑOR", a quien Josué encontró durante su campaña militar (Josué 5:13-15) o en la misteriosa figura de Melquisedec, a quien Abraham pagó los diezmos y de quien recibió una bendición (Génesis 14:18-20); especulan que esas figuras misteriosas en realidad eran Cristo como si estuviera disfrazado. Sin embargo, aun si así fuese, no se trata de encarnaciones anteriores. Quienes creen que esas figuras del Antiguo Testamento son Cristo preencarnado llaman "cristofanías" a esas apariciones. Una "teofanía" es una manifestación visible del Dios invisible; una cristofanía, por lo tanto, es una manifestación de la segunda persona de la Trinidad antes de su nacimiento.

JESÚS ENCARNADO

Nos vamos del estado preencarnado de Jesús al estado de su vida sobre la tierra. El Credo de los Apóstoles subraya la manifestación terrenal de Cristo:

> Creo en Jesucristo su único Hijo Nuestro Señor,
> que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo.
> Nació de Santa María Virgen,
> padeció bajo el poder de Poncio Pilato,
> fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos,
> al tercer día resucitó de entre los muertos,
> subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios Padre, todopoderoso.
> Desde allí va a venir a juzgar a vivos y muertos.

El Credo de los Apóstoles hace referencia al nacimiento de Jesús, a su muerte, resurrección, ascensión, exaltación y regreso. Se describen diferentes aspectos o estados de la existencia de Jesús durante su vida durante y después de la encarnación.

Los teólogos típicamente hablan de la vida de Jesús como un progreso desde la humillación hacia la exaltación. Nació de una mujer campesina, con el manto de su humanidad escondiendo su divinidad y, por lo tanto, entrando en su humillación. A lo largo de su vida hubo una profundización progresiva de su humillación al ir acercándose a la cruz.

La gente lo rechazó, y fue ridiculizado, azotado, golpeado y finalmente crucificado. Después que la humillación alcanzó su punto más profundo, hubo una explosión de exaltación en la que Dios lo vindicó con la resurrección y lo rodeó de gloria en su ascensión.

Concuerdo con este marco general, pero es importante notar que, en medio de su humillación, se presentó la gloria en momentos clave de su vida terrenal[1]. Por ejemplo, a pesar de las circunstancias humildes de su nacimiento, ese evento no sucedió sin tener manifestaciones de gloria. Justo afuera de la aldea de Belén, en los campos, la gloria de Dios brilló, y sucedió el espectáculo más grande de luz y sonido que el mundo haya conocido hasta el momento: la aparición de un coro de ángeles (Lucas 2:8-14). También en la visita de los magos hubo un elemento de gloria en relación con el bebé de Belén. Una estrella brilló justo sobre su casa y los magos dejaron tesoros magníficos para él (Mateo 2:1-11).

El bautismo de Jesús también fue un acto de humillación. Voluntariamente se sometió a un rito de purificación que Dios había ordenado para los pecadores, pero Jesús no era pecador. Se humilló a sí mismo para hacerse uno con su pueblo y asumió la obligación de su pueblo de obedecer cada aspecto de la ley. Al mismo tiempo, en su bautismo, los cielos se abrieron y el Espíritu Santo descendió como una paloma sobre él (Mateo 3:16).

Luego, hacia el final de su ministerio terrenal, después que les había hablado a sus discípulos acerca de la tortura y ejecución que le esperaba en Jerusalén, se nos dice:

> Y fue transfigurado delante de ellos. Su cara resplandeció como el sol, y sus vestiduras se hicieron blancas como la luz. Y he aquí les aparecieron Moisés y Elias, hablando con él. Entonces intervino Pedro y dijo a Jesús:

[1] Para leer más sobre los momentos clave durante la vida de Cristo, ver R. C. Sproul, *TheGloryof*Chif (La gloria de Cristo) (Phillipsburg, N.J.: P&R; 2003).

—Señor, bueno es que nosotros estemos aquí. Si quieres, yo levantaré aquí tres enramadas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elias.
Mientras él aún hablaba, de pronto una nube brillante les hizo sombra, y he aquí salió una voz de la nube diciendo: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia. A él oigan".
Al oír esto, los discípulos se postraron sobre sus rostros y temieron en gran manera. Entonces Jesús se acercó, los tocó y les dijo:
—Levántense y no teman.
Y cuando ellos alzaron los ojos, no vieron a nadie sino a Jesús mismo, solo (Mateo 17:2-8).

Más tarde, Juan escribió en el prólogo de su Evangelio: "y contemplamos su gloria..." (Juan 1:14). Pedro también hizo referencia a la transfiguración en sus escritos: "...porque fuimos testigos oculares de su majestad. Porque al recibir de parte de Dios Padre honra y gloria, desde la grandiosa gloria le fue dirigida una voz: 'Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia. Y nosotros oímos esta voz dirigida desde el cielo cuando estábamos con él en el monte santo" (2 Pedro 1:16-18). En medio de esa progresión desde la humillación hasta la exaltación, hubo una intervención repentina, una intrusión abreviada, en la cual la gloria de Cristo escondida, velada y cubierta se dejó ver por los ojos de sus amigos cercanos Pedro, Jacobo y Juan. Ellos nunca lo olvidaron.

Normalmente pensamos que en la cruz, donde Jesús alcanzó las profundidades de su humillación, no hay nada de gloria evidente. La idea más común es que el fin de su humillación, la línea entre humillación y exaltación ocurrió en la resurrección, pero no creo que esa idea sea correcta. Por ejemplo, si vemos la profecía de Isaías 53 del Siervo Sufriente de Israel, observamos que dice: "Porque él fue cortado de la tierra de los vivientes, y por la transgresión de mi pueblo fue herido. Se dispuso con los impíos su sepultura, y con los ricos estuvo en su muerte. Aunque nunca hizo violencia, ni hubo engaño en su boca" (w. 8, 9).

Normalmente, los romanos arrojaban los cuerpos de las víctimas de crucifixión al basural en las afueras de Jerusalén. El nombre de

ese basural era Gehena, que luego se convirtió en una metáfora para el infierno mismo. La basura de la ciudad se llevaba diariamente a Gehena, donde se quemaba en un fuego que ardía perpetuamente. Esa imagen se usa para describir el infierno, donde las llamas nunca se extinguen. Sin embargo, José de Arimatea presentó una petición especial a Pilato para darle a Jesús un entierro apropiado de acuerdo a las costumbres del Antiguo Testamento. Así se cumplió la Palabra de Dios. En vez de ser arrojado al basural, el cuerpo de Jesús fue ungido con aceites caros y especies aromáticas, y sepultado en la tumba de un hombre rico, cumpliendo así la profecía de Isaías 53. Por lo tanto, su exaltación no comenzó en la resurrección, sino en el momento de su muerte. El manto de humillación fue quitado cuando su cuerpo fue tratado con sumo cuidado.

Luego llegó la mayor muestra de gloria cuando Dios hizo temblar toda la tierra y sacó a su Hijo de entre los muertos para indicar que estaba completamente satisfecho con la obra de su Hijo. En su estado resucitado, Jesús salió de la tumba con el mismo cuerpo que había sido puesto en la tumba, pero ese cuerpo estaba transformado. Estaba glorificado. El Cristo resucitado estaba en un estado glorificado, presagio y anuncio del nuevo cuerpo físico que tendremos en la resurrección final, como explica Pablo:

> Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción; se resucita en incorrupción. Se siembra en deshonra; se resucita con gloria. Se siembra en debilidad; se resucita con poder. Se siembra cuerpo natural; se resucita cuerpo espiritual. Hay cuerpo natural; también hay cuerpo espiritual. Así también está escrito: *el* primer *hombre* Adán *llegó a ser un alma viviente;* y el postrer Adán, espíritu vivificante (1 Corintios 15:42-45).

Así estaremos para siempre con el Señor en el cielo.

REY DE REYES

La meta final del ministerio terrenal de Jesús no era la cruz ni siquiera la resurrección. La meta última es su regreso final y la consumación de su reino. La meta penúltima, que ya ha ocurrido, fue su ascensión.

Este es uno de los conceptos más malinterpretados de toda la Biblia. Tendemos a pensar que la ascensión es solamente que Jesús se fue de la tierra al cielo. Sí ascendió en el sentido de subir, pero la ascensión tiene algo único. En cuanto a la ascensión del Señor Jesús, Pablo escribió: "Pero esto de que subió, ¿qué quiere decir, a menos que hubiera descendido también a las partes más bajas de la tierra? El que descendió es el mismo que también ascendió por encima de todos los cielos para llenarlo todo" (Efesios 4:9, 10). La ascensión fue la elevación de Jesús a su coronación. El Hijo del Hombre fue recibido en el cielo y coronado como Rey de reyes y Señor de señores, y hoy mismo él reina desde el puesto político más alto del universo. Cristo tiene la posición de autoridad cósmica hoy mismo gracias a la ascensión. Por eso el Credo de los Apóstoles dice: "...subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios Padre, todopoderoso. Desde allí va a venir a juzgar a vivos y muertos".

También tenemos que añadir que ascendió no solo para sentarse a la diestra del Padre en poder sino también para entrar al santuario celestial, donde funciona como nuestro gran Sumo Sacerdote para siempre. En el Antiguo Testamento el sumo sacerdote podía entrar al lugar santísimo solo una vez al año y, cuando moría, otro tomaba su lugar como sumo sacerdote y continuaba esa tarea. Pero nuestro Sumo Sacerdote nunca muere, y él está perpetuamente intercediendo por su pueblo en el lugar santísimo del cielo. Está a la diestra de Dios, reinando como nuestro rey y ministrando como nuestro sacerdote. Se nos dice:

> Porque David no subió a los cielos, pero él mismo dice:
> *"El Señor dijo a mi Señor:*
> *'Siéntate a mi diestra,*
> *hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies'".*
> Sepa, pues, con certidumbre toda la casa de Israel, que a este mismo Jesús a quien ustedes crucificaron, Dios le ha hecho Señor y Cristo (Hechos 2:34-36).

Y el autor de Hebreos dice:

> Así también Cristo no se glorificó a sí mismo para ser hecho sumo sacerdote sino que lo glorificó el que le dijo:

"Hijo mío eres tú;
yo te he engendrado hoy".
Como también dice en otro lugar:
"Tú eres sacerdote para siempre
según el orden de Melquisedec" (Hebreos 5:5, 6).

Desde ese lugar de exaltación él volverá en gloria para consumar su reino.

Capítulo 27

LOS OFICIOS DE CRISTO

Así como Moisés fue el mediador del antiguo pacto, Cristo es el mediador del nuevo pacto. Un mediador es un intermediario, un mensajero entre dos partes, alguien que está entre contendientes, a veces mediando una disputa.

Desde un punto de vista teológico, hay un mediador entre Dios y los seres humanos (1 Timoteo 2:5). Sin embargo, en el Antiguo Testamento había tres tipos de mediadores. Cada tipo era seleccionado por Dios para una tarea específica y capacitado para realizarla por medio de la unción del Espíritu Santo. Estos oficios mediadores eran profeta, sacerdote y rey.

Cuando consideramos los oficios de Cristo en el drama de la redención, vemos que él tiene un *munus triplex,* un oficio triple, pues él cumple los tres oficios del Antiguo Testamento en una persona. Cristo es nuestro Profeta, nuestro Sacerdote y nuestro Rey.

JESÚS NUESTRO PROFETA

En el Antiguo Testamento, el profeta principalmente era un vocero, un agente de revelación por medio del cual Dios, en vez de hablar directamente desde el cielo a la congregación de Israel, ponía sus palabras en boca de los hombres. Al estar el profeta frente a la gente, Dios estaba detrás, lugar y postura que indicaba que el profeta estaba hablando de parte de Dios. Los mensajes de los profetas a menudo comenzaban con la frase: "Así dice el Señor...".

En el Antiguo Testamento vemos una lucha enorme entre los verdaderos profetas de Dios y los profetas falsos. Mucha gente seguía a los falsos profetas; eran mucho más populares. Los profetas verdaderos casi siempre eran odiados. Jeremías y otros más resistieron muchas aflicciones porque la gente no quería oír la verdadera Palabra de Dios. Cuando Jeremías se quejó a Dios por la popularidad de esos falsos profetas, Dios le dijo; "El profeta que tenga un sueño, que cuente el sueño; pero el que tenga mi palabra, que hable mi palabra con fidelidad. ¿Qué tiene que ver la paja con el trigo?, dice el SEÑOR" (Jeremías 23:28). Dios estaba diciendo, en otras palabras: "Jeremías, deja de preocuparte por lo que hagan los falsos profetas. Tu tarea es ser mi vocero, y estás llamado a ser fiel al hablar todo lo que te ordene que digas". Así que por medio de los profetas, Dios daba su Palabra.

En el Nuevo Testamento vemos que Cristo es el Profeta por excelencia. Tenemos la tendencia a enfatizar los oficios de Cristo como sacerdote y rey, y no prestamos mucha atención a su papel como profeta. En aquellas personas con quienes Jesús habló se nota un entendimiento progresivo sobre Jesús. La mujer en el pozo le dijo: "Señor, veo que tú eres profeta" (Juan 4:19). Ya era todo un reconocimiento, pero ella todavía no había alcanzado la cima de su confesión, que sucedió cuando lo reconoció como el Mesías (v. 29). Jesús no solamente proclama la Palabra de Dios; él *es* la Palabra de Dios (Juan 1:1). El autor de Hebreos escribe: "Dios, habiendo hablado en otro tiempo muchas veces y de muchas maneras a los padres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo y por medio de quien, asimismo, hizo el universo" (1:1,2). En otro lugar, Jesús dijo: "Porque yo no hablé por mí mismo; sino que el Padre que me envió, él me ha dado mandamiento de qué he de decir y de qué he de hablar" (Juan 12:49). Jesús es el Profeta fiel del Nuevo Testamento.

Jesús no solamente es el sujeto de la profecía; él es también el objeto principal de la profecía. Él no solamente enseñó acerca del futuro o declaró la Palabra de Dios; él *es* la Palabra de Dios, y es el punto central de toda la enseñanza profética del Antiguo Testamento.

JESÚS NUESTRO SACERDOTE

A diferencia de los profetas, que estaban frente a la gente cuando hablaban en nombre de Dios, los sacerdotes en el Antiguo Testamento

se ponían de frente a Dios y tenían al pueblo a sus espaldas. Como el profeta, el sacerdote también era un vocero, pero él hablaba *por* el pueblo más bien que *al* pueblo. Él hacía intercesión y oraba por el pueblo. Además, el sacerdote ofrecía sacrificios a Dios a nombre del pueblo. Los sacrificios principales los ofrecía el sumo sacerdote el día de la Expiación. Pero antes de que el sumo sacerdote pudiera hacer sacrificios por el pueblo tenía que presentar sacrificios por su propio pecado. Su sacrificio, como el del pueblo, tenía que repetirse cada año.

Jesús es nuestro Sacerdote. El texto del Antiguo Testamento citado con más frecuencia en el Nuevo Testamento es el Salmo 110. Contiene una declaración extraordinaria sobre el carácter del Mesías:

> El SEÑOR dijo a mi Señor:
> "Siéntate a mi diestra
> hasta que ponga a tus enemigos
> como estrado de tus pies".
> El SEÑOR enviará desde Sion el cetro de tu poder;
> domina en medio de tus enemigos.
> En el día de tu poder
> tu pueblo se te ofrecerá voluntariamente
> en la hermosura de la santidad.
> Desde el nacimiento de la aurora
> tú tienes el rocío de la juventud.
> El SEÑOR juró y no se retractará:
> "Tú eres sacerdote para siempre,
> según el orden de Melquisedec" (w. 1-4).

En el Nuevo Testamento, el autor de Hebreos presta mucha atención al sacerdocio perfecto de Cristo. Una evidencia clave de la naturaleza superior del sacerdocio de Jesús es el hecho de que él no tuvo que hacer ningún sacrificio por su pecado antes de entrar al templo. El sacrificio que él ofreció fue de una sola vez, y no fue un sacrificio animal. Cristo se ofreció a sí mismo, "porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados" (Hebreos 10:4). Él es un sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec, y continúa su trabajo de mediador hasta este momento; no por medio de la ofrenda de sacrificios que satisfagan la justicia de

Dios, sino intercediendo por su pueblo en el lugar santísimo celestial dentro del templo del cielo. Así como Cristo es tanto el sujeto como el objeto de la profecía, también es el sujeto y el objeto del sacerdocio. Él es el Sacerdote perfecto e intermediario perfecto, ahora y por siempre.

CRISTO NUESTRO REY

El tercer oficio de Cristo también está indicado en el Salmo 110: "El SEÑOR dijo a mi Señor: 'Siéntate a mi diestra...'" (v. 1). Esta es una referencia al oficio de rey. Muchos batallan para reconciliar el oficio de rey con el de mediador, pero si vamos a las raíces del Antiguo Testamento, lo veremos. El rey de Israel no era autónomo; no debía pretender que tenía autoridad absoluta en sí mismo. Él recibía su oficio de parte de Dios. Su llamado era el de ser un "virrey", y así debía manifestar la justicia y el gobierno de Dios mismo. El rey era un mediador porque estaba bajo la ley de Dios, pero ayudaba a establecer y a mantener la ley de Dios en el pueblo. Tristemente, la historia de los reyes en el Antiguo Testamento está llena de corrupción y del fracaso de esos monarcas que no cumplieron con su responsabilidad.

Encontramos el mismo principio en el Nuevo Testamento con respecto a los magistrados civiles. Existen dos esferas de operación, la iglesia y el estado, que tienen deberes diferentes. Pero la Biblia no enseña la separación del estado con respecto a Dios, porque los gobiernos son puestos por Dios. Se les ordena a los gobernantes que establezcan la justicia y la rectitud, y Dios les pide cuentas del ejercicio de su autoridad.

Hace algunos años, me invitaron a hablar en el desayuno del día de asunción del mando del gobernador de Florida. En esa ocasión le recordé solemnemente al gobernador que su puesto era un servicio a Dios, y que ya que solo Dios puede ponerlo como gobernador, Dios le pediría cuentas por su forma de gobernar. Eso se aplica a cualquier gobernante en cualquier nación y bajo cualquier situación. Sin embargo, Dios ve un mundo gobernado por reyes corruptos que se desvían de la justicia y la rectitud.

En el Antiguo Testamento, el modelo más cercano a un rey ideal —David— también era corrupto. Pero David introdujo la era de oro de la monarquía en Israel y, después de su muerte, el pueblo quiso ver

la restauración del reino davídico. Dios dijo por medio del profeta Amos: "En aquel día levantaré la cabaña caída de David y cerraré sus brechas. Reconstruiré sus ruinas y lo edificaré como en el tiempo pasado..." (Amos 9:11).

En el corazón de la esperanza mesiánica del Antiguo Testamento estaba el deseo del pueblo de tener un rey como David una vez más. En el Salmo 110, Dios prometió que su Hijo sería ese Rey y que reinaría por siempre y siempre. Así que cuando vino Cristo, fue anunciado como el recién nacido rey. De hecho, fue crucificado por sus pretensiones de ser rey. Le dijo a Pilato: "Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que no fuera entregado a los judíos. Ahora, pues, mi reino no es de aquí" (Juan 18:36). Dios llevó a Cristo a su coronación y lo instaló a su diestra como el gobernante de todo el universo, como el Pastor-Rey cuyo reino durará eternamente.

La única diferencia entre el reino hoy y el reino que conoceremos en el futuro es su visibilidad. Jesús ya es Rey hoy mismo. Él tiene el puesto político más alto de todo el universo porque fue instalado en esa posición por Dios, y eso está en el centro del Credo de los Apóstoles: "[Él] padeció bajo el poder de Pondo Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado,... al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios Padre, todopoderoso". Estar al lado derecho de Dios es estar en la posición de autoridad, por eso gobierna no solo a la iglesia sino al mundo entero. Por eso la iglesia proclama: "¡Aleluya!". Nuestro Mesías no solo es nuestro Profeta y nuestro Sacerdote sino que también es nuestro Rey.

Capítulo 28

¿POR QUÉ MURIÓ CRISTO?

En este capítulo y los dos siguientes vamos a concentrar nuestra atención en la expiación, aunque tres capítulos breves no pueden hacer justicia a la importancia de esta gloriosa doctrina[1].

A principios de la Edad Media, Anselmo de Canterbury escribió tres monografías que lo hicieron famoso. Dos estaban en el área de la apologética —el *Monologion* y el *Proslogion*— pero su obra más famosa, *Cur Deus Homo* (¿Por qué el Dios-Hombre?), es la que sondea el misterio de la expiación. Él buscó en el Nuevo Testamento para ver por qué era necesario que Cristo se hiciera hombre y lo que realmente ocurrió en el drama de la expiación. Anselmo estaba preocupado por este tema y su importancia. Su enseñanza ha tenido una influencia enorme sobre la comprensión cristiana de la cruz de Cristo.

El Nuevo Testamento usa una variedad de metáforas para explicar la expiación y ofrece varios puntos importantes sujetos a consideración. La expiación es como un tapiz con varios hilos entretejidos, y vamos a considerar algunos de ellos.

ENTENDIENDO LA EXPIACIÓN

En algunos contextos, el Nuevo Testamento habla de la cruz de Cristo

[1] **Para un tratamiento más profundo de la expiación ver R. C. Sproul, *The Cross of Christ* (La cruz de Cristo) enseñanza por audio (Sanford, FL: Ligonier Ministries, s.f.)**

como un acto de redención. En su sentido más básico, la redención tiene que ver con un tipo de compra, una transacción comercial en la cual se compra algo de alguien. Cristo mismo hace referencia a la redención de su pueblo como algo muy costoso; es decir, su propia sangre. En la cruz al final de su sufrimiento, él gritó: "¡Consumado es!" (Juan 19:30), y la palabra que se traduce "consumado" era un término comercial. Se usaba cuando alguien hacía el último pago de una serie de abonos o cuotas, como cuando se pone el sello "Pagado" en la última factura.

Estrechamente relacionadas con este tema hay varios tipos de teorías de rescate. Una de las más conocidas es que Cristo pagó un rescate a Satanás para liberar a su pueblo de la cautividad del diablo. Así como alguien hoy en día puede sentirse inclinado a pagar un rescate a un secuestrador, se dice que Cristo pagó el rescate al príncipe de este mundo, que había secuestrado al pueblo. Sin embargo, creo que esta teoría da más poder y autoridad a Satanás de los que en realidad tiene. Otros hablan de que Cristo pagó al Padre un rescate para completar una deuda con Dios. Creo que este es el concepto correcto.

Conectada muy de cerca con el aspecto de transacción comercial está la idea que proviene del Antiguo Testamento sobre la dote de la novia. El libro de Éxodo explica las reglas para quienes se casan y para los siervos por contrato. Para que un hombre obtuviera la aprobación para casarse tenía que pagar al padre de la novia una dote, principalmente para mostrar al padre que tenía los recursos para proveer lo necesario a la novia y a la descendencia que resultara de esa unión. Del mismo modo, cuando alguien se vendía a sí mismo como esclavo para pagar una deuda y ya traía esposa e hijos cuando comenzó su contrato, en el momento de su liberación podía llevarse a su esposa e hijos con él. Sin embargo, si entraba soltero a la condición de esclavo, y se casaba con otra esclava y tenían hijos durante su esclavitud, no podía llevarse a la esposa e hijos en el momento de su liberación. La ley no tenía la intención de ser cruel sino de asegurar que fuera pagado el precio de la novia.

El significado teológico es que Cristo tiene una novia —la iglesia— y el Nuevo Testamento, en su enseñanza sobre la expiación, afirma que Cristo ha pagado la dote por su novia. Pagó el precio de la novia. Del mismo modo, él pagó el precio para redimir a esclavos. El

apóstol Pablo dice: "¿O no saben que su cuerpo es templo del Espíritu Santo, que mora en ustedes, el cual tienen de Dios, y que no son de ustedes? Pues han sido comprados por precio" (1 Corintios 6:19,20). El concepto de compra es central para la comprensión bíblica de la expiación.

Otra explicación que se ha dado, particularmente entre teólogos luteranos en el siglo XX, se conoce como *Christus victor*. La cruz fue una victoria cósmica en la cual Cristo liberó a los cautivos dándole un golpe mortal a las fuerzas del mal en una lucha titánica entre el mal y el bien. En este sentido, fue el cumplimiento de la antigua sentencia que Dios había pronunciado sobre la serpiente en el Edén: "Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y su descendencia; esta te herirá en la cabeza, y tú la herirás en el talón" (Génesis 3:15).

En este concepto, Cristo experimentó dolor y heridas mientras obtenía esta victoria, aunque su dolor no fue comparable al que él le causó al príncipe del mal.

Hay muchas hebras diferentes cuando se estudia la expiación; algunas personas cometen el error de concentrarse exclusivamente en una de ellas tratando de encontrar en ella todo el significado de la expiación. Debemos ver que todas las hebras son aspectos de una compleja obra de redención.

También han surgido teorías no ortodoxas de la expiación. Una de las más conocidas es la teoría gubernamental que sugiere que Cristo en la cruz no pagó el precio total del pecado de la humanidad sino que su muerte fue un sustituto importante para el castigo a los humanos. El sufrimiento de Cristo permitió a Dios extender su perdón aunque todavía puede mostrar su descontento con el pecado y mantener la justicia divina.

TEORÍA DE LA SATISFACCIÓN

La explicación de la expiación que ha capturado más atención desde las enseñanzas de Anselmo es la teoría de la satisfacción. Esta teoría se remonta a la elaboración que hizo Anselmo de la necesidad de una expiación. El principio fundamental de la teoría de la satisfacción es la justicia de Dios.

Hace algún tiempo conversé con un hombre que me dijo que él cree en Dios pero no en el Dios cristiano porque es ridículo creer

en un Dios que exija sacrificio de sangre para la reconciliación con los seres humanos. Él preguntaba: "¿Qué clase de Dios puede ser tan vengativo como para exigir algo así?". Yo le respondí: "Un Dios justo". El hombre no podía comprender eso. Pensaba que un Dios verdaderamente justo perdonaría de manera unilateral a la gente por su pecado y no les impondría ningún requisito.

Mucha gente prefiere pensar estrictamente en términos del amor de Dios, la gracia o la misericordia, y no le gusta la idea de que Dios sea un Dios de justicia. Sin embargo, si observamos el concepto bíblico de justicia, vemos que la justicia está relacionada muy de cerca con la rectitud y la bondad. La justicia y la rectitud se distinguen en la Biblia pero nunca se separan. La justicia es un elemento necesario para que exista la verdadera rectitud y, por extensión, es un elemento necesario para la bondad. Mi conversación con el escéptico se centraba en realidad en el punto de si Dios es bueno. A él no le gustaba la fe cristiana porque según él el cristianismo tiene un Dios malo. En su opinión, un Dios bueno no impondría castigo por el pecado. Pero en realidad es al contrario. La expiación ilustra dramáticamente la bondad de Dios.

Cuando Dios anunció que iba a juzgar a Sodoma y a Gomorra, Abraham intercedió por la gente. Abraham estaba preocupado pensando que Dios, en su ira, dañaría a inocentes junto con malvados. Abraham preguntó algo que solo puede responderse con un sí: "El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?" (Génesis 18:25). La lógica de Abraham daba justo en el blanco. Él entendía que el Juez supremo de todos los asuntos humanos solo hace lo correcto. Podemos descansar en la confianza de saber que el Juez del cielo y la tierra está en lo correcto siempre y en todo lugar. Es omnisciente en sus juicios y perfecto en su evaluación. Tiene todas las circunstancias mitigantes en mente cuando toma una decisión. Además de su conocimiento perfecto, este Juez es bueno. Un juez que nunca castiga el mal no es bueno porque no es justo.

Cuando Pablo exploró el misterio de la cruz, dijo que Dios es tanto justo como también quien justifica (Romanos 3:26). Podemos entender el significado de esto haciendo una distinción entre tipos de endeudamiento. Cuando pecamos contra Dios, incurrimos en una deuda moral. La ley de Dios impone una obligación, y se nos llama a cumplir esa obligación, que es la perfección. Si pecamos aunque

sea solo una vez, nos convertimos en deudores que no pueden pagar su deuda.

Es útil distinguir entre deuda pecuniaria y deuda moral. Una deuda pecuniaria es aquella en la que se debe una suma de dinero en una transacción. Imaginemos a un niño entrando a una tienda de helados. Él ordena un cono de helado y cuando la muchacha se lo da, le dice que le debe dos dólares. El niño luce abatido, busca en sus bolsillos y saca solamente un dólar. Luego dice: "Mi mamá me dio solo un dólar". ¿Qué harías si estuvieras observando esta escena? Muy probablemente llevarías la mano a tu bolsillo, sacarías un dólar, se lo darías a la muchacha y le dirías: "Aquí tienes, yo pago por la otra mitad del cono". El niño te mira y dice: "Muchas gracias", luego se va. ¿Pero tiene que aceptar el pago la señorita de la tienda? La respuesta es sí, porque la deuda es de tipo financiero. En tanto que se ponga dinero en el mostrador para pagar la deuda del niño, es un asunto legal y la señorita de la tienda tiene que aceptar el pago.

El resultado sería diferente si cambiamos la historia un poquito. Imaginemos a ese niño entrando otra vez a la tienda, pero en lugar de ordenar un cono de helado espera hasta que la señorita va a la parte de atrás del negocio y, en ese momento, el niño corre al otro lado del mostrador, pone helado en un cono y trata de salir de la tienda sin pagar. Tú observas cómo el dueño de la tienda captura al niño y llama a la policía. Te sientes mal por el niño, así que te diriges al policía y dices: "Un momento, oficial. Olvidémonos de esto. Yo pago por el cono del niño". Entonces le das al dueño sus dos dólares. El policía mira al dueño y pregunta: "¿Quiere presentar una acusación?" El policía entiende que el dueño no está obligado a aceptar tu pago por el helado porque, en este caso, hubo algo más que solo una transacción financiera. Se ha quebrantado una ley. Se ha incurrido en una deuda moral. Por lo tanto, el dueño es libre de aceptar o rechazar tu pago.

Podemos ver la expiación a la luz de la segunda ilustración. No fue idea de un extraño que el precio fuera pagado por un sustituto; más bien fue idea del dueño. Fue Dios el Padre quien envió a su Hijo al mundo para pagar el precio de nuestra culpa moral. Como si el Padre dijera al Hijo: "Aceptaré tu pago a nombre de esta humanidad culpable que no puede pagar su deuda".

Dios no negocia su justicia. Dios no sacrifica su rectitud ni descarta su integridad. En esencia, Dios dijo, en otras palabras: "Voy a asegurarme de que el pecado sea castigado". Esa es la justicia de la cruz. La misericordia de la cruz se muestra en que Dios aceptó el pago de un sustituto. Las palabras de Pablo se comprenden ahora: Dios es al mismo tiempo justo y quien justifica a los impíos.

Capítulo 29

EXPIACIÓN SUSTITUTIVA

Estudié en un seminario más bien liberal. En mi clase de homilética, que es donde se enseña a predicar, el profesor era más bien un instructor de voz y no un teólogo, así que al evaluar el sermón de cada alumno sus comentarios tenían que ver con la organización y la manera de presentar el sermón pero no hacía críticas al contenido teológico. Sin embargo, un día un estudiante dio un mensaje que a mí me pareció muy inspirador sobre la idea de satisfacción sustitutiva y, cuando terminó, el profesor de homilética estaba fuera de sí en su enojo. Le dijo al estudiante: "¿Cómo te atreves a predicar, en este tiempo, la teoría de satisfacción sustitutiva de la expiación?". Levanté la mano y pregunté: "Disculpe, pero, ¿qué tiene de especial este tiempo para que la doctrina bíblica clásica de la expiación de pronto ya sea obsoleta?".

Este es un ejemplo de la gran resistencia que abunda contra la visión clásica de la expiación. Muchos creen que es simplemente barbárico y precientífico afirmar que un sustituto tenía que derramar su sangre para satisfacer las demandas de la justica de Dios. Sin embargo, la idea de sustitución está tan enraizada en el concepto bíblico de redención que si la eliminamos de nuestra teología y cristología sería equivalente a descartar las Escrituras por completo.

En cierta ocasión Karl Barth dijo que, en su opinión, la palabra más importante del griego del Nuevo Testamento es *huper,* que significa "en lugar de". Entre los títulos que se dan a Jesús en el Nuevo Testamento está "el postrer Adán" o "el segundo Adán", que significa

que Cristo llegó a ser nuestro representante de una manera análoga a Adán, que fue nuestro primer representante. En la caída de un hombre, Adán, entró al mundo la ruina y la muerte. Y por medio de la obediencia de otro hombre vinieron la redención y la vida eterna. Jesús fue el Adán triunfante, que logró hacer *en lugar de* su pueblo lo que el primer Adán no pudo hacer.

QUITAR EL PECADO

En el Antiguo Testamento vemos el concepto de expiación en Israel llevado a cabo por medio de un complejo sistema de sacrificios. En el día de la Expiación, una vez al año, estaban involucrados varios animales, como lo detalla Levítico 16. Después que un sumo sacerdote sacrificaba un toro para expiar sus propios pecados, se traían dos chivos y se echaban suertes sobre ellos. El procedimiento con uno de los chivos nos da el concepto de *chivo expiatorio;* el sumo sacerdote ponía sus manos sobre la cabeza del chivo, simbolizando así la transferencia o imputación de los pecados del pueblo al chivo. Luego el chivo era liberado al desierto, fuera de la presencia de la bendición de Dios; llevaba los pecados del pueblo y los alejaba hacia el desierto. Pero eso era solo una parte de la expiación; la otra parte era el sacrificio del segundo chivo. La sangre del segundo chivo o macho cabrío se rociaba sobre el propiciatorio, la tapa del arca del pacto. El propiciatorio era llamado "cubierta de la expiación" porque la sangre rociada ahí indicaba el medio por el cual eran expiados los pecados del pueblo, y el pueblo era reconciliado con Dios.

En el Nuevo Testamento se nos recuerda que esos animales sustitutos que se usaban el día de la Expiación eran solo sombras de una realidad que vendría después. El autor de Hebreos dice:

> Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros y no la forma misma de estas realidades, nunca puede, por medio de los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente de año en año, hacer perfectos a los que se acercan. De otra manera, ¿no habrían dejado de ser ofrecidos? Porque los que ofrecen este culto, una vez purificados, ya no tendrían más conciencia de pecado. Sin embargo, cada año se hace memoria de los pecados con estos sacrificios, porque la

sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar
los pecados (10:1-4).

El valor de esos sacrificios expiatorios en el Antiguo Testamento estaba en la manera en que dramatizaban la expiación auténtica que habría de venir. En otras palabras, la gente era justificada por creer en la promesa de Dios, por ver esos ritos como sombras de una realidad futura. Recibirían la expiación real solo por medio de Cristo. En la ceremonia del Antiguo Testamento el concepto de sustitución era central.

Mi amigo John Guest, un evangelista anglicano, predicó en una ocasión acerca de la cruz de Cristo y formuló esta pregunta: "Si al venir Jesús a este mundo solo hubiera rascado la punta de su dedo en un clavo para que se derramara solo un par de gotas de su sangre, ¿habría sido suficiente para redimirnos? Si somos salvos por la sangre de Cristo, ¿no sería eso suficiente?". Guest estaba subrayando el punto de que no es la sangre de Cristo en sí lo que nos salva. Para los israelitas, el derramamiento de sangre significaba la dádiva de la vida, porque originalmente el castigo del pecado fue la muerte. Lo que se requería como pago de la transgresión contra Dios era la vida del transgresor. En el sistema de sacrificios del Antiguo Testamento, Dios le estaba diciendo al pueblo de Israel: "Ustedes han cometido ofensas capitales contra mí y la ley requiere que ustedes mueran, pero en lugar de la muerte de ustedes aceptaré la muerte de un sustituto, simbolizada por la muerte de animales".

EXPIACIÓNY PROPICIACIÓN

La Biblia habla de dos aspectos distintos de esta acción sustitutiva: *expiación* y *propiciación.* La expiación, con el prefijo *ex,* que significa "a partir de" o "fuera de", es la remoción de culpas. Esa es la dimensión horizontal. Este aspecto se ilustra en el drama del chivo expiatorio. El pecado del pueblo era transferido al chivo, y luego este llevaba los pecados al desierto lejos de la presencia de Dios. El salmista utilizó el lenguaje de expiación: "Tan lejos como está el oriente del occidente así hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones" (Salmo 103:12).

Por supuesto que, en la realidad, nuestros pecados no son transferidos a un chivo sino a Cristo quien, como Cordero de Dios, tomó nuestra culpa sobre sí mismo. Él se hizo portador del pecado

y así cumplió las profecías relacionadas con el Siervo del SEÑOR, que se encuentran en Isaías 53: "Pero él fue herido por nuestras transgresiones, molido por nuestros pecados. El castigo que nos trajo paz fue sobre él, y por sus heridas fuimos nosotros sanados" (v. 5).

La propiciación involucra la dimensión vertical. En el acto de propiciación, la justa ira de Dios queda apaciguada y se satisface su justicia. La obligación moral que debemos por nuestros pecados ha sido pagada a Dios, quien así queda satisfecho. Está plenamente satisfecho con el precio que ha sido pagado por nuestro sustituto. Si no tenemos sustituto, entonces no puede haber expiación ni propiciación porque no somos capaces de satisfacer las demandas de la justicia de Dios. Si fuéramos capaces no habría necesidad de la expiación, pero ya que no podemos pagar nuestra deuda moral tenemos la necesidad absoluta de un sustituto.

Frecuentemente me encuentro en conversaciones con escépticos que preguntan sobre las verdades del cristianismo. Si contesto una pregunta a su satisfacción siempre están listos para lanzar una más. Finalmente, detengo ese ciclo interminable y les pregunto: "¿Qué hace usted con su culpa?". Generalmente esta pregunta detiene la conversación porque no tienen respuesta aparte de alguna forma de negación. Es trágico escuchar que la gente diga que no tiene culpa. Todos somos culpables delante de Dios. Necesitamos tanto la dimensión vertical como la horizontal, y en ambas se involucra a un sustituto.

ESTRUCTURA DE PACTO

La explicación bíblica de la expiación se encuentra en su estructura de pacto. Las estipulaciones del pacto que Dios estableció —sus mandamientos— debían ser obedecidas. Los pactos tenían sanciones duales: recompensas por guardar la ley y castigos por violarla. El lenguaje que se usa en las Escrituras para expresar esas sanciones duales es bendición y maldición. Por ejemplo, en Deuteronomio, Dios dijo al pueblo:

> Bendito serás en la ciudad, y bendito en el campo.
> Benditos serán el fruto de tu vientre, el fruto de tu tierra y el fruto de tu ganado, la cría de tus vacas y el aumento de tus ovejas.
> Benditas serán tu canasta y tu artesa de amasar.
> Bendito serás al entrar, y bendito al salir (28:3-6).

En contraste:

> Pero si no escuchas la voz del SEÑOR tu Dios a fin de procurar poner por obra todos sus mandamientos y sus estatutos que yo te mando hoy, todas estas maldiciones vendrán sobre ti y te alcanzarán:
> Maldito serás en la ciudad, y maldito en el campo.
> Malditas serán tu canasta y tu artesa de amasar.
> Malditos serán el fruto de tu vientre y el fruto de tu tierra, la cría de tus vacas y el aumento de tus ovejas.
> Maldito serás al entrar y maldito al salir (28:15-19).

El motivo de maldición es central para el concepto de pacto. Leemos en el Antiguo Testamento que los israelitas quebrantaron el pacto tanto comunitariamente como individualmente. Todos nosotros quebrantamos el pacto, lo cual significa que todos estamos bajo maldición. El mundo está maldito; nuestro trabajo está maldito; la serpiente está maldita; el hombre está maldito; la mujer está maldita. Todos estamos bajo la maldición de Dios. La maldición del pacto no era una especie de brujería o vudú. Ser maldito de Dios es estar excluido de su presencia y bendición.

En contraste, ser bendito de Dios en el Antiguo Testamento era estar cerca de Dios, tener la luz de su rostro. Cristo cumplió esto de manera sustitutiva, y eso lo enseña dramáticamente el apóstol Pablo: "Y la Escritura, habiendo previsto que por la fe Dios había de justificar a los gentiles, anunció de antemano el evangelio a Abraham, diciendo: *'En ti serán benditas todas las naciones(Gálatas* 3:8). Ese es el evangelio, la promesa de bendición divina:

> Desde luego, los que se basan en la fe son benditos junto con Abraham, el hombre de fe.
> Porque todos los que se basan en las obras de la ley están bajo maldición, pues está escrito: *Maldito todo aquel que no permanece en todas las cosas escritas en el libro de la Ley para cumplirlas.* Desde luego, es evidente que por la ley nadie es justificado delante de Dios, porque *el justo vivirá por la fe.* Ahora bien, la ley no se basa en la fe; al contrario, *el que hace* estas cosas, vivirá *por ellas.* Cristo nos redimió

de la maldición de la ley al hacerse maldición por nosotros (porque está escrito: *Maldito todo el que es colgado en un madero)* (w. 9-13).

Este es el meollo del asunto: Cristo nos ha redimido de la maldición de la ley convirtiéndose en maldición por nosotros, *en lugar de* nosotros.

Cuando Pablo sondea las profundidades de la expiación, llega al concepto de maldición. El precio del pecado es experimentar la maldición de Dios. Cristo se convirtió en maldición. Fue entregado a manos de los gentiles. Es significativo que no fuera matado por su propio pueblo sino por los gentiles, que eran considerados "gente impura" que vivía "fuera del campamento". Jesús murió afuera de la ciudad de Jerusalén (Gólgota estaba fuera de los límites de la ciudad). Tenía que ser llevado afuera del campamento, contado entre los gentiles y considerado impuro; y Dios sumió al mundo en tinieblas mientras Cristo estaba siendo crucificado indicando así que la luz del rostro de Dios se había retirado. Cristo gritó desde la cruz: *"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado*?" (Mateo 27:46). Tenía que ser desamparado porque el castigo por el pecado es el abandono de Dios. Jesús fue cortado de la tierra de los vivientes *en lugar de* nosotros, para que nosotros no fuéramos cortados.

Capítulo 30

EL ALCANCE DE LA EXPIACIÓN

En la teología reformada hay un punto de discusión entre quienes enseñan que la expiación es limitada y quienes no concuerdan con este punto. Se trata del alcance de la expiación. En otras palabras, ¿por quién murió Cristo?

Hay mucha confusión sobre lo que significa la "expiación limitada". Históricamente, la teología reformada no ha usado ese término. Más bien, preferían hablar de "expiación definida", para distinguirla de "expiación indefinida", porque el tema no es el valor de la expiación. El sacrificio que Cristo ofreció al Padre fue perfecto. Él no podía hacer más de lo que hizo para efectuar la redención de la humanidad.

A veces se resume la doctrina de la expiación con la frase: "Suficiente para todos y eficiente para algunos", lo cual quiere decir que su eficacia está limitada a un cierto grupo de personas pero fue suficiente para cubrir los pecados de todo el mundo. Hay muy poco desacuerdo en el hecho de que la expiación no se aplica eficazmente a toda la gente, así que esta frase simplemente define la diferencia entre el universalismo y el particularismo. Tiene que ver con la suficiencia de la muerte de Cristo y no específicamente con la intención de Dios en la expiación.

El universalismo es la teoría que dice que Jesús murió eficazmente por los pecados de toda la gente, así que todos en el universo son salvos. Los universalistas dicen que toda la gente es salva por medio

de la eficacia de la expiación de Cristo. En círculos evangélicos el universalismo es un punto de vista extremadamente minoritario. Alguien que diga que es universalista no puede también decir que es evangélico porque los evangélicos creen en la realidad del infierno para quienes no se arrepienten.

El particularismo dice que solo algunos son salvos. Hay mucho acuerdo entre los evangélicos en este punto, la creencia en que el efecto de la cruz se aplica solo a algunos. Esto no significa que hay un límite en el valor o mérito de la expiación de Jesucristo. Su valor meritorio es suficiente para cubrir los pecados de toda la gente, y cualquier persona que ponga su confianza en Jesús el Cristo recibirá la totalidad de los beneficios de esa expiación.

También es importante entender que el evangelio debe ser predicado universalmente. Aquí también hay controversia, porque aunque el evangelio se ofrece universalmente a cualquier persona que escuche la predicación, no se ofrece sin condiciones. Se ofrece a cualquier persona que se arrepiente y cree. Obviamente el mérito de la expiación de Cristo se entrega a todo aquel que se arrepiente de sus pecados y cree. Así que el tema no es la *suficiencia* de la cruz; es su *diseño.*

EL DISEÑO DE LA EXPIACIÓN

Para considerar el diseño de la expiación, debemos primero identificar al diseñador. En primer lugar, ¿quién diseñó la expiación? Desde la eternidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo estaban en perfecto acuerdo sobre la creación y la redención. Dios es el diseñador. Dios es quien envió a Cristo al mundo. ¿Lo hizo solo con la esperanza de que la gente pudiera aprovechar la oportunidad? Algunos dicen que sí. Algunos dicen que Dios no sabe lo que la gente va a hacer porque su conocimiento está limitado por las decisiones de los seres humanos. Pero ese pensamiento niega las Escrituras que nos dicen: "Pues desde el principio Jesús sabía quiénes eran los que no creían y quién le había de entregar" (Juan 6:64). También dijo Jesús: "Todo lo que el Padre me da vendrá a mí; y al que a mí viene jamás lo echaré fuera" (Juan 6:37). Cristo estaba muy consciente, al prepararse para realizar la obra de redención, de que estaba haciéndola por aquellos que el Padre le había dado, de modo que no iba a ser un ejercicio de inutilidad.

El problema con un concepto hipotético de la redención es que Cristo podía morir en teoría por *todos* pero en la realidad por *nadie;* es decir, si nadie aceptara la oferta del evangelio. Entonces, sería posible en teoría que la cruz fuera inútil.

Aquí es donde estamos forzados a pensar sobre la cruz en términos de nuestra comprensión del carácter de Dios. Si Dios diseñó la expiación, si la cruz fue el plan de Dios para la redención, entonces eso es lo que debemos esperar que ocurra. La eficacia de la cruz se cumple en la medida exacta en que Dios la diseñó originalmente.

Hay muchos que creen que la salvación depende en última instancia del ser humano. Sin embargo, nadie está perdido fuera de la providencia de Dios. En el diseño y plan de redención nada depende de nosotros para su eficacia. Depende solo de Dios. Este es el punto. A fin de cuentas, la salvación no es del ser humano sino del Señor.

LA DOCTRINA DE LA ELECCIÓN

Los teólogos reformados dicen que uno debe creer para recibir los beneficios de la cruz, pero incluso esa fe es un don de Dios. Cristo cumple el diseño eterno de la salvación para que se salve toda persona por la que él murió. Jesús murió solo por los elegidos, no murió por todos. Muchos se oponen a esta idea, diciendo que la Biblia enseña que Cristo murió por los pecados de todo el mundo (1 Juan 2:2). Sí, Cristo murió por gente de todas *partes* del mundo, y así es como la Biblia habla del "mundo". En otras palabras, desde un punto de vista bíblico, Jesús no murió solo por judíos. Murió por judíos y gentiles de todo tipo. Murió por gente de toda tribu, lengua y nación. Murió por todos los elegidos, y eso incluye a gente de todas partes del mundo. Sin embargo, no murió por los no elegidos. No murió por Satanás. No murió por quienes, en el decreto eterno de Dios, no son los objetos especiales del favor de su elección.

Este punto es básico en la teología reformada, junto con la doctrina de la depravación total del ser humano (que significa que después de la caída el ser humano no puede evitar el pecado) y la elección incondicional (que significa que Dios ha elegido soberanamente desde la eternidad a quienes salvará solamente por su buena voluntad). Si creemos que la elección es incondicional y que está basada en la misericordia y la gracia soberana desde la eternidad, entonces también debemos ver el propósito de la cruz. El

valor de la cruz se extiende umversalmente, pero el *diseño* y *propósito* de Dios para la cruz se aplica solo a aquellos de esta humanidad caída que han de ser salvos satisfaciendo las demandas de la justicia de Dios. Dios determinó aplicar la obra de su Hijo para el beneficio de aquellos a quienes había escogido desde la fundación del mundo.

La cruz siempre ha sido parte del plan eterno de redención de Dios, y su diseño está dirigido a los elegidos. Es reconfortante saber que Cristo no murió en vano, y que la redención que logró ciertamente será aplicada a quienes Dios se propuso salvar.

Quinta parte

PNEUMATOLOGÍA

Capítulo 31

EL ESPÍRITU SANTO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

El evento más significativo de mi vida fue mi conversión. En ese tiempo yo estaba comprometido para casarme, e intenté explicarle a mi prometida con lujo de detalles las circunstancias de mi conversión a Cristo y lo que eso significaba para nuestra relación. Nos comunicábamos principalmente por carta y teléfono porque estábamos en universidades diferentes, y prolongamos esta conversación por muchos meses. Yo sentía que no estábamos llegando a ningún sitio. Finalmente, ella vino a visitarme y decidí llevarla a una reunión de oración. Ese día pasé toda la mañana de rodillas orando por ella y por esa ocasión y, para mi gran deleite, ella se convirtió a Cristo en esa reunión, y seguimos con nuestros planes de casarnos. El día de su conversión, ella me dijo: "Ahora sé quién es el Espíritu Santo". Me pareció una respuesta fascinante a su despertar en Cristo, y durante años he reflexionado mucho en ella. Es importante que dijo: "Ahora sé *quién* es el Espíritu Santo" y no: "Ahora sé *qué* es el Espíritu Santo".

Un error muy común en la percepción que el mundo tiene del cristianismo es que el Espíritu Santo es algún tipo de fuerza impersonal o simplemente un poder activo de Dios pero no una persona verdadera, un miembro de la divina Trinidad. Pero Jesús y los apóstoles se refirieron al Espíritu Santo como "él". La Escritura nos muestra que el Espíritu Santo tiene voluntad, conocimiento y afectos, todos los atributos que constituyen a una persona.

Un punto principal de confusión sobre el Espíritu Santo tiene que ver con las diferencias entre su actividad en el Antiguo Testamento y su obra en el Nuevo Testamento y en la vida de los creyentes hoy en día. La actividad del Espíritu Santo se remonta hasta la creación: "En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba sin orden y vacía. Había tinieblas sobre la faz del océano" (Génesis 1:1, 2a). Se describe al mundo como oscuro, vacío y sin forma. Cari Sagan, en su libro *Cosmos,* declara dogmáticamente que el universo es cosmos, no caos. Es la diferencia entre el orden y la confusión[1]. En categorías bíblicas, es la diferencia entre oscuridad y luz, entre universo vacío de significancia y un universo lleno de los frutos del Creador. En los primeros versículos del libro de Génesis encontramos una proclamación dramática del cosmos, aunque el mundo estaba sin forma y la oscuridad cubría la faz del abismo.

Sin embargo, en la segunda parte del versículo 2, encontramos al Espíritu Santo por vez primera: "y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas". *Se movía* también se puede traducir como *incubaba.* Es la idea que se comunica cuando Dios envió al ángel Gabriel a visitar a la jovencita campesina María en Nazaret para decirle que iba a ser madre. María preguntó al ángel: "¿Cómo será esto? Porque yo no conozco varón" (Lucas 1:34). El ángel respondió: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra" (v. 35). El verbo que se utiliza para describir la acción del Espíritu Santo sobre María lleva la misma connotación que el término que se usa en Génesis 1 para describir el poder creativo del Espíritu de Dios. El Espíritu Santo vino a lo que no tenía forma y se movió o incubó. Como una gallina incuba sus huevos para que nazca vida, así el Espíritu produjo orden, sustancia y luz. Dios no es autor de confusión (1 Corintios 14:33). Él no genera caos. El Espíritu de Dios trae orden a partir del desorden; trae algo a partir de la nada; hace que la luz brille en las tinieblas[2].

ESPÍRITU DE PODER

En el Antiguo Testamento no podemos dejar de sorprendernos por

[1] **Cari Sagan, Coszos(Nueva York: Ballantme,1985).**

[2] **Para leer más sobre la actividad del Espíritu Santo, ver R. C. Sproul, *The Mystery of the Holy Spirit* (El misterio del Espíritu Santo) (Feam, Ross-shire, England: Christian Focus; 2009).**

la majestad y el poder de Dios. Cuando ocurre un terremoto o un tornado vemos imágenes de devastación y nos sentimos sobrecogidos por el poder de la naturaleza. Pero esas cosas no son comparables con el poder trascendente del Señor de toda la naturaleza. Su poder es mayor que todo lo que pasa en este planeta. Vemos cómo se manifiesta ese poder en el Antiguo Testamento principalmente por el Espíritu Santo, que en el idioma griego se denomina la *dynamis* de Dios. La palabra *dynamis* se traduce "poder". Es el vocablo de donde proviene la palabra *dinamita.* El Espíritu Santo se muestra como el Espíritu de poder.

Ya hemos estudiado el oficio triple de Cristo: Profeta, Sacerdote y Rey. Todos esos eran oficios de mediadores y eran oficios *carismáticos.* No eran los únicos oficios carismáticos; los jueces, que precedieron a los reyes en la historia israelita, también eran líderes carismáticos. El término *carismático* proviene del griego *charisma,* que tiene que ver con regalo o don. El Espíritu de Dios vino sobre Sansón, por ejemplo, y este tuvo fuerza para realizar grandes hazañas. Lo mismo pasó con Gedeón y los profetas; el Espíritu Santo vino sobre ellos y los empoderó para el ministerio. El Espíritu Santo también ungió a los sacerdotes y a los reyes para que pudieran realizar sus tareas.

La persona más dotada en el Antiguo Testamento fue Moisés, quien recibió el poder para guiar al pueblo de Dios en su salida de Egipto. Pero Moisés presagió un mejor día cuando todo el pueblo de Dios sería ungido por el Espíritu. En un momento del Antiguo Testamento, después que Dios hubo librado milagrosamente a los israelitas de la esclavitud en Egipto, el pueblo comenzó a quejarse de que para comer no tenían nada más que maná, el pan del cielo que Dios les había provisto en el desierto. Comenzaron a llorar por "los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos" (Números 11:5) que habían disfrutado cuando eran esclavos en Egipto. Sus quejas molestaron a Moisés, y él también comenzó a quejarse: "Yo solo no puedo llevar a todo este pueblo, porque es demasiado pesado para mí. Si así vas a hacer tú conmigo, concédeme por favor la muerte, si he hallado gracia ante tus ojos, para que yo no vea mi desgracia" (w. 14,15). Dios eligió no matar a Moisés; más bien, le proveyó ayuda:

> Entonces el SEÑOR dijo a Moisés:
> —Reúneme a setenta hombres de los ancianos de Israel, a

> quienes tú conozcas como ancianos y oficiales del pueblo. Tráelos al tabernáculo de reunión, y que se presenten allí contigo. Yo descenderé y hablaré allí contigo, tomaré del Espíritu que está en ti y lo pondré en ellos. Luego ellos llevarán contigo la carga del pueblo, y ya no la llevarás tú solo (w. 16,17).

Así que Dios les dio a setenta ancianos la misma unción del Espíritu que le había dado a Moisés. Pero, en ese contexto, Moisés dijo: "¡Ojalá que todos fueran profetas en el pueblo del SEÑOR, y que el SEÑOR pusiera su Espíritu sobre ellos!" (Números 11:29).

Solo porque algunos en el Antiguo Testamento fueron ungidos con el Espíritu Santo y empoderados para realizar ciertas tareas no significa que ellos hayan nacido del Espíritu Santo. No eran necesariamente creyentes. Vemos al Espíritu Santo que vino sobre el rey Saúl y luego *se fue* de él. Vemos la unción de Balaam y de otros que, sin saberlo, dieron profecías bajo la influencia e inspiración del Espíritu Santo, pero esos individuos no eran necesariamente creyentes. En el Antiguo Testamento la unción del Espíritu Santo era un don especial dado principalmente a creyentes, pero no exclusivamente a creyentes. Y la unción del Espíritu no era lo mismo que el don del nuevo nacimiento.

En este sentido observamos algunos paralelismos entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento. En el Antiguo Testamento, el empoderamiento del Espíritu se daba solo a individuos aislados: profetas, sacerdotes, reyes, jueces, y a los artistas y artesanos llamados por Dios para diseñar y decorar el tabernáculo. La primera vez que leemos que el Espíritu Santo llenó a una persona fue en el caso de los artesanos y artistas que fueron dotados de manera única por el Espíritu para realizar su trabajo (Éxodo 28:3). El punto crítico es que este don no lo tenían todos en el campamento, no lo tenían todos los creyentes. Era limitado. Pero Moisés esperaba que eso cambiara. Y eso es exactamente lo que sucedió en Pentecostés en el Nuevo Testamento (Hechos 2).

Capítulo 32

EL ESPÍRITU SANTO EN EL NUEVO TESTAMENTO

Cuando Dios creó a los seres humanos no creó simplemente estatuas inertes, como un artista que solo hace que la arcilla o la piedra cambie de forma. Cuando Dios terminó de formar la figura hecha del polvo de la tierra, se inclinó para soplar en su nariz para que el ser humano fuera un *ruah* viviente, un espíritu viviente (Génesis 2:7; 1 Corintios 15:45). Dios respiró su propia vida hacia dentro del ser humano. Este es uno de los grandes misterios, la vida misma.

Por el testimonio de la Biblia sabemos que la fuente de toda la vida es el Espíritu Santo. Pablo dijo que en Dios vivimos, nos movemos y somos (Hechos 17:28). Hasta un pagano no puede respirar sin el poder del Espíritu Santo. Aunque la Biblia habla especialmente de Cristo como concebido en el vientre de María por el poder del Espíritu Santo, en un sentido más *general* nadie es concebido en el vientre de su madre salvo por el Espíritu Santo.

ESPÍRITU DE VIDA

Tanto en hebreo como en griego encontramos un juego de palabras con respecto al concepto *espíritu*. La palabra griega *pneuma,* que se traduce "espíritu", también se traduce como "viento" y "aliento". Hay una relación estrecha entre el Espíritu de Dios y el aliento de vida. Sin embargo, la preocupación principal en el Nuevo Testamento sobre la relación entre el Espíritu Santo y la vida no es en cuanto a

la creación original de la vida sino en cuanto a la energía creativa que se necesita para la vida espiritual. Cristo dijo: "Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia" (Juan 10:10). Cristo no estaba hablando solamente de *bios,* la palabra griega que significa "vida" o "seres vivientes". Cristo usó una palabra diferente, *zoe,* porque se refería a una cualidad particular de la vida, a un tipo especial vida, la vida espiritual que solo Dios puede dar a quienes están espiritualmente muertos. Jesús dirigió estas palabras a quienes estaban biológicamente vivos pero espiritualmente muertos, a aquellos cuyos signos vitales estaban funcionando pero estaban muertos para las cosas de Dios.

Cristo como el Redentor vino a darnos vida, y la persona de la Trinidad que aplica la obra redentora de Cristo a nuestra vida es el Espíritu Santo. De modo que cuando vemos la obra de la Trinidad, notamos que Dios el Padre inició el plan de redención; Cristo realizó todo lo necesario para efectuar nuestra redención; y el Espíritu Santo aplica la obra de Cristo a nosotros y la hace nuestra impartiendo nueva vida a nuestra alma muerta, lo que los teólogos llaman "regeneración". El Nuevo Testamento enfatiza que la regeneración es función del Espíritu Santo.

¿Qué es regeneración? El prefijo *re-* significa "otra vez". Así que regeneración es la repetición de algo original. Podemos repintar una casa, pero hacerlo implica que ya había sido pintada al menos una vez. Así, la regeneración puede ocurrir solo si ya había una "generación" anterior.

En términos bíblicos, esa primera "generación" es el nacimiento físico de un ser humano, pero aunque el humano nace vivo físicamente, nace espiritualmente muerto. Nacemos en estado de corrupción. Pablo escribió:

> En cuanto a ustedes, estaban muertos en sus delitos y pecados, en los cuales anduvieron en otro tiempo conforme a la corriente de este mundo y al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora actúa en los hijos de desobediencia.
> En otro tiempo todos nosotros vivimos entre ellos en las pasiones de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de la mente; y por naturaleza éramos hijos de ira, como los demás (Efesios 2:1-3).

Pablo no está hablando aquí de muerte física. La muerte a la que se refiere es muerte espiritual. Lo que Pablo enseña aquí es contrario a la creencia popular sobre la relación entre nosotros y Dios que permea nuestra sociedad e incluso nuestras iglesias: la idea de que todos somos hijos de Dios por naturaleza. Muchos creen que toda la gente es parte de la familia de Dios; pero en realidad nadie nace siendo cristiano. Uno puede nacer en una familia piadosa, pero no nace como cristiano. Todos nacemos como hijos de ira. Por naturaleza estamos alienados de Dios, en enemistad con Dios y muertos en nuestro pecado.

Ya que estamos naturalmente muertos para las cosas de Dios, la única manera de llegar a ser cristianos es por medio de la obra del Espíritu Santo que nos vivifica espiritualmente. En Efesios 2, Pablo está escribiendo sobre la regeneración, la resurrección del espíritu humano de su muerte espiritual. Cuando Nicodemo, un líder de los judíos, vino a Jesús, le dijo: "Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro porque nadie puede hacer estas señales que tú haces a menos que Dios esté con él" (Juan 3:2). Nicodemo demostró allí estar en lo correcto, pero todavía no entendía quién era Jesús. Así que Jesús le dijo: "De cierto, de cierto te digo que, a menos que nazca de nuevo, uno no puede ver el reino de Dios" (v. 3). Nicodemo siguió preguntando sobre la enseñanza de Jesús, así que Jesús le dijo: "Tú eres maestro de Israel, ¿y no sabes esto?" (v. 10). Como miembro del Sanedrín, como fariseo, Nicodemo era un teólogo y debería saber estas cosas porque se enseñaban en el Antiguo Testamento. En otras palabras, Jesús no estaba introduciendo una idea nueva. No quiere decir que la gente del Antiguo Testamento se salvaba sin regeneración. Abraham tuvo que haber nacido del Espíritu Santo, como también David y todos los que han sido redimidos. La regeneración es un requisito absoluto para la salvación.

Por eso la frase "cristiano nacido de nuevo" es redundante. ¿Qué otro tipo de cristiano puede haber? Según Jesús, no existen los cristianos no nacidos de nuevo. La razón por la que la gente usa esa expresión hoy en día es para distinguir entre los verdaderos creyentes y los que creen que se puede ser redimido sin ser regenerado. La regeneración es un papel central del Espíritu de Dios tanto en Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento. El Espíritu es quien crea un nuevo génesis, quien nos da un nacimiento espiritual.

SUSTENTADOR SANTO

El Espíritu Santo no solamente nos regenera, también es el principal sustentador de la vida cristiana. El Nuevo Testamento enfatiza el papel del Espíritu Santo en la santificación. Él es quien nos moldea en conformidad con la imagen de Cristo y nos nutre para alcanzar la madurez espiritual. De modo que el Espíritu no solo nos vivifica impartiéndonos vida espiritual para que seamos justificados sino que también nutre a quienes ha levantado para vivir espiritualmente durante toda su vida: guiando, influyendo y trabajando en el corazón para que se produzca una verdadera transformación del carácter, de pecadores a santos.

Nota que es el Espíritu el que lleva el título "Santo". En la Biblia, es evidente que la santidad es un atributo que pertenece por igual a cada persona de la Trinidad, pero específicamente se atribuye al Espíritu debido al ministerio que realiza, la función que desempeña en el plan de redención. El Espíritu es aquel que Dios envía para hacernos santos.

En etapas —comenzando con nuestra regeneración y continuando toda la vida en el proceso de santificación, hasta que culmina en nuestra glorificación— el Espíritu Santo cumple su tarea. El Espíritu Santo inicia el cambio crucial en nuestro carácter, luego lo nutre durante nuestra vida y lo termina al final. Su ministerio es multifacético. Estaba ahí en la creación original, y es el poder de la re-creación. Estaba ahí cuando se nos dio la vida original y está ahí impartiendo vida espiritual. Está en la santificación y estará también en la glorificación.

MAESTRO SANTO

Además, el Espíritu Santo empoderó gente del Antiguo Testamento. Él es quien inspiró las Sagradas Escrituras, la escritura de la Biblia. No solamente inspiró el registro original de las Escrituras, sino que también la ilumina: "...nadie ha conocido las cosas profundas de Dios, sino el espíritu de Dios" (1 Corintios 2:11), de modo que el Espíritu Santo nos ayuda a comprender las Escrituras iluminando la oscuridad de nuestra mente. Él es nuestro maestro supremo de la verdad de Dios. Él es quien nos convence de pecado y de justicia. Él es nuestro Paracleto, el ayudador que Cristo prometió dar a su iglesia.

Capítulo 33

EL PARACLETO

Un punto central de uno de los discursos de Jesús es el odio.

Estamos acostumbrados a pensar en la centralidad del amor en las enseñanzas de Jesús, pero en su discurso del aposento alto Jesús habló del odio que el mundo siente contra él. Por ese odio, Jesús tenía que poner a sus discípulos en alerta de lo que ellos debían esperar de parte del mundo: "Si el mundo los aborrece, sepan que a mí me ha aborrecido antes que a ustedes. Si fueran del mundo, el mundo amaría lo suyo. Pero ya no son del mundo sino que yo os elegí del mundo; por eso el mundo los aborrece" (Juan 15:18, 19). Después Jesús siguió hablando de la persecución.

Pero un poco antes en ese discurso Jesús había dado a sus discípulos la promesa de ayuda divina en medio de la persecución y de todas las tribulaciones de la vida cristiana: el Consolador, o Paracleto, a quien él enviaría para que estuviera con su pueblo en medio de un mundo hostil.

OTRO

Cristo presentó al Paracleto de esta forma: "Y yo rogaré al Padre y les dará *otro* Consolador [Paracleto] para que esté con ustedes para siempre" (Juan 14:16, énfasis añadido). Note que el Espíritu Santo se presenta como "otro" Paracleto. Obviamente, para que haya otro Paracleto, es porque hubo al menos uno previo. Así que la palabra griega *parakletos, o* Paracleto, pertenece en primera instancia no al

Espíritu Santo sino a Jesús mismo. En el Nuevo Testamento, Jesús se revela como el Paracleto, y el Espíritu Santo es el segundo Paracleto, otro Paracleto junto a Jesús. Hay una gran importancia en esto, no solo en relación con Jesús sino también en cuanto a la persona y obra del Espíritu Santo.

En su discurso, Jesús dijo:

> Si yo no hubiera hecho entre ellos obras como ningún otro ha hecho, no tendrían pecado. Y ahora las han visto, y también han aborrecido tanto a mí como a mi Padre. Pero esto sucedió para cumplir la palabra que está escrita en la ley de ellos: *Sin causa me aborrecieron.*
>
> Pero cuando venga el Consolador, el Espíritu de verdad que yo les enviaré de parte del Padre, el cual procede del Padre, él dará testimonio de mí. Además, ustedes también testificarán porque han estado conmigo desde el principio.
>
> Les he dicho esto para que no se escandalicen. Los expulsarán de las sinagogas y aun viene la hora cuando cualquiera que los mate pensará que rinde servicio a Dios. Esto harán porque no conocen ni al Padre ni a mí. Sin embargo, les he dicho estas cosas para que, cuando venga su hora, se acuerden de ellas, que yo se las dije (Juan 15:24—16:4).

Otro Consolador

El contexto de las palabras de Jesús sobre el envío del Consolador, el Espíritu Santo, es el tema del odio y la persecución anunciada a los discípulos. Históricamente, el ministerio del Espíritu Santo se ha asociado con el consuelo, y le damos el título "Consolador". Este es un aspecto en el que se nos escapa algo muy importante sobre el ministerio del Espíritu.

Friedrich Nietzsche, un filósofo del siglo XIX, criticaba mucho el impacto del cristianismo sobre la civilización occidental. Él declaró que Dios estaba muerto y que había muerto de lástima. Nietzsche aborrecía lo que él consideraba la ética de debilidad propagada por la iglesia cristiana en Europa occidental, con su énfasis en la humildad, la paciencia y la bondad. Él dijo que la humanidad auténtica se encuentra solo en el "superhombre", que expresa la "voluntad de poder". Una persona auténtica, según Nietzsche, es aquella que en

última instancia es un conquistador. Él propugnaba una ética de fuerza y machismo. Adolfo Hitler usaba los libros de Nietzsche como regalos de Navidad a sus secuaces antes de su llegada al poder en Alemania.

Así como Nietzsche malentendió la ética cristiana, nuestra cultura ha malentendido gravemente las referencias de Jesús al Espíritu Santo como otro Consolador, otro Paracleto. Cuando pensamos en alguien que trae consuelo tenemos en mente alguien que nos ministra en medio del dolor, alguien que seca las lágrimas de nuestros ojos y nos da consuelo cuando estamos caídos. Pero eso no es lo que Jesús tenía en mente. Por supuesto que el Nuevo Testamento sí enseña que Dios trae consolación a su pueblo. De hecho, el nacimiento de Cristo fue anunciado como la llegada de "la consolación de Israel" (Lucas 2:25), así que no quiero sugerir que el Espíritu Santo no nos ministra en nuestro dolor y nuestra aflicción. Por cierto, él es quien nos da la paz que sobrepasa todo entendimiento (Filipenses 4:7), pero esa no es la idea que Jesús está comunicando aquí.

La palabra *parakletos* viene de la cultura griega. El prefijo *para-* significa "al lado de", y lo encontramos en palabras como paraeclesiástico, paralegal y paramédico. Tal vez podemos recordar que ya habíamos mencionado cómo alguien o algo que está en la posición *para* está junto a otra cosa. La raíz de la palabra *parakletos* viene del verbo *kaleo,* que significa "llamar". De modo que *parakletos* significa literalmente alguien que es llamado a venir al lado de otro. En la cultura griega, un paracleto era un abogado familiar que venía a defender a miembros de la familia acusados de algún delito. El paracleto era el defensor, el que fortalece, el que ayuda a la gente en tiempo de problemas.

Otro abogado

Juan utilizó la misma palabra griega *parakletos* en su primera epístola pero la mayoría de las traducciones no usan la palabra "consolador" o "ayuda"; la traducen como "abogado": "Y si alguno peca, abogado *[parakletos]* tenemos delante del Padre, a Jesucristo el justo" (1 Juan 2:1). Por eso decimos que Cristo fue el Paracleto original. No pensamos mucho en él como nuestro Abogado, pero deberíamos hacerlo. Un "abogado" es alguien que defiende la causa de otro, y esa es la imagen que encontramos en el Nuevo Testamento

con respecto a Jesús. Lo maravilloso es que Jesús es tanto nuestro Juez como nuestro Abogado defensor. Cuando vayamos a juicio ante el Dios Altísimo, Cristo estará sentado en la silla del Juez, y al entrar en ese salón, nos daremos cuenta de que el Juez también es nuestro Abogado defensor. Jesucristo es nuestro Abogado defensor, nuestro Paracleto, quien nos defenderá en el juicio ante el Padre.

También necesitamos un defensor en medio de este mundo hostil. Es por eso que en su discurso sobre el odio, la persecución y la aflicción, Jesús prometió enviarnos otro abogado. Él prometió al Espíritu Santo, que será nuestro abogado familiar y estará con nosotros permanentemente. Estará con nosotros animándonos, defendiéndonos, fortaleciéndonos en el fragor de la batalla. La imagen del Consolador no es la de uno que viene a secar nuestras lágrimas *después* de la batalla, sino que es aquel que nos da fortaleza y valentía *en* la batalla.

SANTIFICADOR

Pablo escribió que en Cristo somos más que vencedores (Romanos 8:37). La palabra que se usa es *hypernikomen,* que en latín es *supervincemus:* "super conquistadores". No podemos dejar de pensar en Nietzsche cuando leemos eso. Él quería conquistadores. Bueno, los verdaderos conquistadores son los que ha desarrollado el Espíritu Santo.

Una de las formas en que nos fortalece para la confrontación con el mundo es con la verdad. En el discurso en el aposento alto, Jesús dijo:

> Todavía tengo que decirles muchas cosas, pero ahora no las pueden sobrellevar. Y cuando venga el Espíritu de verdad, él los guiará a toda la verdad pues no hablará por sí solo sino que hablará todo lo que oiga y les hará saber las cosas que han de venir. Él me glorificará, porque recibirá de lo mío y les hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por esta razón dije que recibirá de lo mío y se lo hará saber (Juan 16:12-15).

Aquí vemos de nuevo que el ministerio del Espíritu Santo es aplicar la obra de Cristo a su pueblo, y lo hace santificándonos, revelándonos la verdad de Dios y viniendo a nosotros con poder. El

discurso de Jesús en el aposento alto (Juan 14—16) es una porción sumamente importante del Nuevo Testamento. Es la sesión final de enseñanza que Jesús tuvo con sus discípulos la noche en que fue traicionado, la víspera de su ejecución. En esos capítulos del Evangelio de Juan se nos da más información sobre la persona y la obra del Espíritu Santo que en todo el resto del Nuevo Testamento.

Jesús estaba preparando a sus discípulos para su partida inminente y les estaba ministrando en sus temores:

> Estas cosas les he hablado mientras todavía estoy con ustedes. Pero el Consolador, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, él les enseñará todas las cosas y les hará recordar todo lo que yo les he dicho.
> La paz les dejo, mi paz les doy. No como el mundo la da, yo se la doy a ustedes. No se turbe su corazón ni tenga miedo (Juan 14:25-27).

Los discípulos habían sido fortalecidos y animados por la presencia de Jesús, pero ahora él se iría. Con todo, no se quedaron desamparados para defenderse solos. El Espíritu Santo iba a estar con ellos para hablar verdad, para animarles y para guardarles en fidelidad en medio de la tribulación. Cristo cumplió su promesa el día de Pentecostés cuando envió al Espíritu Santo a su pueblo, la iglesia. Así que cuando llegó la persecución, la iglesia de Cristo floreció. Su pueblo estaba consciente de la fuerza que Cristo les había dado para poder ir en contra de un mundo hostil.

Capítulo 34

EL BAUTISMO DEL ESPÍRITU SANTO

En los últimos cincuenta años se han escrito más libros sobre el tema de la persona y la obra del Espíritu Santo que en todos los siglos previos de la historia cristiana. Esta tremenda avalancha de literatura se debe en gran parte al llamado "movimiento carismático", que comenzó en el siglo XIX y que cruzó a todas las denominaciones a mediados del siglo XX.

PENTECOSTALISMO

Las raíces del movimiento carismático se encuentran en el pentecostalismo, y en su doctrina y enseñanza sobre el bautismo del Espíritu Santo. En la teología pentecostal original, el bautismo del Espíritu Santo y el fenómeno de hablar en lenguas se relacionan con una doctrina singular de santificación, una clase de perfección que se expresa como "la segunda bendición" o "la segunda obra de gracia". El pentecostalismo clásico creía que la primera obra de gracia era la conversión, pero que había una segunda obra del Espíritu igualmente dramática en la cual uno podría tener en esta vida una completa santificación. La idea era que alguien que experimentaba esta segunda bendición quedaba perfeccionado con respecto a su obediencia espiritual, y por eso el movimiento llegó a conocerse como "perfeccionismo". Con los años, los pentecostales han adoptado diferentes grados y tipos de perfeccionismo.

Con el tiempo, la doctrina pentecostal ha cruzado las fronteras

de las denominaciones y ha impactado prácticamente a todas ellas. Se ha intentado integrar la teología del bautismo del Espíritu Santo con el cristianismo histórico, y el resultado ha sido la teología neopentecostal. La principal diferencia entre el pentecostalismo clásico y el neopentecostalismo es el bautismo del Espíritu Santo. Los neopentecostales no consideran el bautismo del Espíritu como una segunda obra de gracia con propósitos de santificación. Más bien, es una operación divina del Espíritu diseñada para dotar y empoderar al creyente para el ministerio. En ese sentido concuerda más con el concepto de la función del Espíritu en el Nuevo Testamento.

Con todo, existen desacuerdos entre los diversos tipos de teología neopentecostal. Muchos hoy en día todavía creen que el signo indispensable de que alguien ha recibido el bautismo del Espíritu Santo es hablar en lenguas. Dicen que quienes no hablan en lenguas no han recibido el bautismo. Otros creen que el hablar en lenguas puede o no acompañar la experiencia del bautismo del Espíritu. Sin embargo, todos los neopentecostales creen que hay un período de tiempo entre la conversión a Cristo y la recepción del bautismo del Espíritu Santo. En otras palabras, se puede ser cristiano y no tener el bautismo del Espíritu Santo. Ellos creen que todo cristiano tiene la posibilidad de ser bautizado en el Espíritu, pero no todos lo han recibido.

La justificación bíblica para esta idea de un período de tiempo entre conversión y bautismo del Espíritu se encuentra en el libro de los Hechos, especialmente en el relato del día de Pentecostés. En Hechos 2 leemos:

> Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar. Y de repente vino un estruendo del cielo, como si soplara un viento violento, y llenó toda la casa donde estaban sentados. Entonces aparecieron, repartidas entre ellos, lenguas como de fuego, y se asentaron sobre cada uno de ellos. Todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en distintas lenguas, como el Espíritu les daba que hablaran...
>
> Todos estaban atónitos y perplejos, y se decían unos a otros:
>
> — ¿Qué quiere decir esto? (w.1-4, 12).

Lucas incluye en su narración no solo una descripción de lo que ocurrió sino también una explicación de este extraño fenómeno. La narración continúa:

> Pero otros, burlándose, decían:
> —Están llenos de vino nuevo.
> Entonces Pedro se puso de pie con los once, levantó la voz y les declaró:
> —Hombres de Judea y todos los habitantes de Jerusalén, sea conocido esto a ustedes, y presten atención a mis palabras. Porque estos no están embriagados, como piensan, pues es solamente como las nueve de la mañana del día. Más bien, esto es lo que fue dicho por medio del profeta Joel:
> *Sucederá* en los últimos días, dice Dios,
> *que derramaré de mi Espíritu*
> *sobre toda carne.*
> *Sus hijos y sus hijas profetizarán,*
> *sus jóvenes verán visiones,*
> *y sus ancianos soñarán sueños.*
> *De cierto, sobre mis siervos y mis siervas*
> *en aquellos días derramaré de mi Espíritu*
> y profetizarán (w. 13-18).

Cuando Pedro interpretó el significado de estos eventos en el día de Pentecostés señaló la profecía de Joel en el Antiguo Testamento donde Joel predicó sobre una venida futura del reino de Dios en un tiempo cuando Dios derramaría su Espíritu Santo sobre toda carne.

DERRAMADO SOBRE TODA CARNE

Ya hemos mencionado en un capítulo previo que la unción del Espíritu estaba restringida en el Antiguo Testamento a ciertos individuos como Moisés, pero que Dios distribuyó de su Espíritu a setenta ancianos en la comunidad que luego comenzaron a profetizar (Números 11:24, 25). Cuando Josué oyó a los ancianos profetizando le dijo a Moisés que se los prohibiera, pero Moisés respondió: "¿Tienes tú celos por mí? ¡Ojalá que todos fueran profetas en el pueblo del SEÑOR, y que el SEÑOR pusiera su Espíritu sobre ellos!" (v. 29).

Moisés deseaba que Dios pusiera su Espíritu en todo el pueblo, en toda la comunidad, y oró pidiendo eso.

Cuando llegamos a Joel, la oración de Moisés ya se ha convertido en una profecía. Joel dice que vendría un tiempo en que Dios derramaría su Espíritu sobre todo su pueblo. Ya no habría más gente con abundancia y gente con escasez. Vemos en Hechos que Pedro interpretó los eventos del Pentecostés como el cumplimiento de la profecía de Joel, y esto es completamente contrario a la idea de que Dios da su Espíritu a algunos creyentes pero no a todos como han enseñado los pentecostales.

Las personas reunidas en Pentecostés eran creyentes judíos de muchas provincias. Se habían reunido para celebrar la fiesta de Pentecostés según lo ordenaba el Antiguo Testamento. Cuando el Espíritu cayó sobre los creyentes judíos, descendió sobre *todos.* Cada uno de esos creyentes judíos recibió el derramamiento del Espíritu Santo. Pentecostés marcó una nueva época en el plan de redención de Dios.

Vemos tres episodios más en el libro de los Hechos que podemos identificar como "mini-Pentecostés". En Hechos 8, leemos que se dio el Espíritu Santo a creyentes samaritanos:

> Los apóstoles que estaban en Jerusalén, al oír que Samaría había recibido la palabra de Dios, les enviaron a Pedro y a Juan, los cuales descendieron y oraron por los samaritanos para que recibieran el Espíritu Santo. Porque aún no había descendido sobre ninguno de ellos el Espíritu Santo; solamente habían sido bautizados en el nombre de Jesús. Entonces les impusieron las manos, y recibieron el Espíritu Santo (w. 14-17).

Ese pasaje se utiliza para apoyar la idea de un período de tiempo entre la conversión y recibir el Espíritu, y ciertamente así fue para los creyentes samaritanos. Habían creído en Jesús pero no habían recibido el Espíritu Santo.

Luego, en Hechos 10, vemos lo que sucedió en la casa de Cornelio:

> Mientras Pedro todavía hablaba estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían la palabra. Y los creyentes

> de la circuncisión que habían venido con Pedro quedaron asombrados, porque el don del Espíritu Santo fue derramado también sobre los gentiles; pues les oían hablar en lenguas y glorificar a Dios (w. 44-46).

Pedro estaba visitando a Cornelio, que se identifica en Hechos como un temeroso de Dios, un creyente gentil que se interesaba mucho por el judaismo pero que no se había circuncidado todavía. Pedro estaba en casa de Cornelio cuando el Espíritu Santo descendió sobre esos gentiles temerosos de Dios. Pedro entonces indicó que los gentiles fueran bautizados: "Entonces Pedro respondió: ¿Acaso puede alguno negar el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo, igual que nosotros?' " (w. 47, 48). Estos temerosos de Dios iban a ser injertados en la iglesia del Nuevo Testamento; iban a ser miembros plenos de la comunidad del nuevo pacto porque Dios les había dado el Espíritu. Más tarde, en Hechos 19, vemos algo similar entre cristianos efesios. Ellos también recibieron el Espíritu Santo.

Entonces hay cuatro relatos de derramamiento del Espíritu Santo en el libro de Hechos. Hay dos elementos importantes que hay que notar en estos sucesos. Primero, todos los que estaban presentes como creyentes en estos episodios recibieron el Espíritu Santo. Segundo, Lucas describe cuatro grupos distintos de personas: los judíos, los samaritanos, los temerosos de Dios y los gentiles. Por el libro de Hechos y las epístolas del apóstol Pablo sabemos que una de las mayores controversias en los primeros años de la iglesia cristiana fue sobre el lugar de los gentiles en el cuerpo de Cristo. Los gentiles eran extranjeros en la comunidad de Israel y extraños al pacto del Antiguo Testamento. Debido a eso, los temerosos de Dios tenían membrecía parcial, los samaritanos absolutamente nada de membrecía y los gentiles estaban fuera del campamento. Así que cuando el evangelio fue predicado a estos grupos surgió el asunto de qué hacer con los que se convirtieran. ¿Tendrían todos membrecía plena en el cuerpo de Cristo?

Si miramos la estructura literaria y la progresión del libro de Hechos, podemos ver que Lucas sigue el trazo de la expansión de la iglesia apostólica, comenzando con los judíos y extendiéndose a todas las naciones, así como Cristo lo había trazado en sus palabras de

despedida a los discípulos: "Pero recibirán poder cuando el Espíritu Santo haya venido sobre ustedes, y me serán testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra" (Hechos 1:8).

Así es como se desarrolla y progresa el libro de Hechos. Cuando se toca cada segmento —samaritanos, temerosos de Dios y gentiles— Dios verifica su inclusión con plenos privilegios y membrecía completa en la iglesia del Nuevo Testamento al darles el Espíritu Santo.

Mi problema con la teología pentecostal es que tiene una visión muy pequeña de Pentecostés. La importancia que el Nuevo Testamento le otorga a Pentecostés es que el derramamiento del Espíritu Santo es para toda la iglesia y, por lo tanto, para todo creyente. Como escribe Pablo: "Porque por un solo Espíritu fuimos bautizados todos en un solo cuerpo, tanto judíos como griegos, tanto esclavos como libres; y a todos se nos dio a beber de un solo Espíritu" (1 Corintios 12:13). Yo creo que en la doctrina bíblica no hay lugar para un concepto de cristianos que tienen el bautismo del Espíritu Santo y cristianos que no lo tienen. El bautismo del Espíritu viene con la conversión. No es exactamente lo mismo que la conversión, pero el principio es que todos los cristianos reciben el bautismo del Espíritu Santo.

Capítulo 35

LOS DONES DEL ESPIRITU SANTO

uando se introduce el tema de los dones del Espíritu Santo hay mucho debate, especialmente sobre el don de hablar en lenguas. Ciertas preguntas sobre los dones hacen que sea difícil alcanzar una posición dogmática sobre este asunto.

Por ejemplo: la *glosolalia,* o hablar en lenguas, de la iglesia de Corinto (que se describe en 1 Corintios 12—14), ¿es idéntica a lo que ocurrió en Pentecostés? La presuposición tácita es que sí son lo mismo, pero algunos eruditos han indicado que tal vez (al menos en Pentecostés) el milagro no era tanto en el *hablar,* sino en el *oír;* es decir, se trataba de un milagro de traducción. En Pentecostés, aquellos que estaban reunidos de diferentes regiones del mundo fueron todos capaces de entender lo que decían los judíos en la asamblea. La Biblia no es explícita al respecto así que queda como asunto de especulación. Una pregunta relacionada es si acaso lo que ocurría en la comunidad de Corinto era milagroso y, si es así, si las lenguas que hoy en día se reportan son igualmente milagrosas, o si la gente tiene una habilidad natural para decir sílabas ininteligibles bajo la influencia del Espíritu Santo. El debate continúa.

Otra cuestión asociada con los dones, particularmente las lenguas, es si acaso Dios quería que continuaran durante toda la historia cristiana. Hay muy poca evidencia. Los registros históricos de la iglesia raramente mencionan el fenómeno de las lenguas. Algunos dicen que este silencio relativo tiene importancia escatológica. La idea viene de la "lluvia temprana" y la "lluvia tardía" profetizadas

en Joel 2:23. De acuerdo con esta opinión, la "lluvia temprana" fue el derramamiento del Espíritu sobre la iglesia del primer siglo, y el reavivamiento del hablar en lenguas hoy en día es la "lluvia tardía", anuncio precursor de los momentos finales de la historia de la redención antes del regreso de Cristo.

También está el asunto de si el hablar en lenguas es un indicador indispensable del bautismo en el Espíritu Santo.

ENSEÑANZA DE PABLO A LOS CORINTIOS

La enseñanza más extensa sobre los dones del Espíritu se encuentra en 1 Corintios 12—14. Uno de los capítulos más conocidos de toda la Biblia es 1 Corintios 13, al cual denominamos "capítulo del amor", pero hoy en día es tan popular principalmente porque lo sacamos de su contexto. El discurso del apóstol Pablo sobre la supremacía del amor en 1 Corintios 13 comienza así: "Si yo hablo en lenguas de hombres y de ángeles pero no tengo amor, vengo a ser como bronce que resuena o un címbalo que retiñe" (1 Corintios 13:1). Este capítulo es parte de un discurso más amplio que comienza en el capítulo 12: "Pero no quiero que ignoren, hermanos, acerca de los dones espirituales" (v. 1). Pablo desea que el pueblo de Dios sepa sobre los dones espirituales y los use apropiadamente. La iglesia corintia era una de las más problemáticas en el ministerio de Pablo. Había luchas internas y formas de mala conducta que provocaron al menos dos cartas apostólicas llenas de reprensiones y advertencias. Al final del primer siglo Clemente, obispo de Roma, escribió una carta a los corintios para tratar los mismos problemas, que aparentemente no habían sido resueltos todavía. En su carta, le recordó a los corintios las instrucciones del apóstol Pablo:

> Saben que cuando eran gentiles, iban como arrastrados, tras los ídolos mudos. Por eso les hago saber que nadie, hablando por el Espíritu de Dios, dice: "Anatema sea Jesús". Tampoco nadie puede decir: "Jesús es el Señor", sino por el Espíritu Santo (1 Corintios 12:2, 3).

Pablo entonces comienza la instrucción sobre los dones:

> Ahora bien, hay diversidad de dones; pero el Espíritu es el mismo. Hay también diversidad de ministerios, pero el

> Señor es el mismo. También hay diversidad de actividades, pero el mismo Dios es el que realiza todas las cosas en todos. Pero a cada cual le es dada la manifestación del Espíritu para provecho mutuo. Porque a uno se le da palabra de sabiduría por medio del Espíritu; pero a otro, palabra de conocimiento según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por un solo Espíritu; a otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas. Pero todas estas cosas las realiza el único y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él designa (w. 4-11).

DIVERSIDAD DE DONES

No hay razón para creer que la lista de dones espirituales que Pablo escribe aquí es exhaustiva. Él estaba diciendo que el Espíritu da numerosos y diversos dones al pueblo de Dios. Así que la primera cosa que aprendemos sobre los dones del Espíritu es que son diversos. Pablo también enseña que el propósito de los dones es la edificación de todo el cuerpo. En el contexto de esta enseñanza sobre los dones espirituales, Pablo nos habla mucho sobre la naturaleza misma de la iglesia. Cristo había creado una iglesia y le había dado estos dones del Espíritu Santo para edificar y fortalecer a todo el cuerpo.

Pablo continúa: "Porque, de la manera que el cuerpo es uno solo y tiene muchos miembros, y que todos los miembros del cuerpo, aunque son muchos, son un solo cuerpo, así también es Cristo. Porque por un solo Espíritu fuimos bautizados todos en un solo cuerpo, tanto judíos como griegos, tanto esclavos como libres, y a todos se nos dio a beber de un solo Espíritu" (w.12, 13). Esta es información didáctica sobre el bautismo del Espíritu Santo. El tema de Pablo es que todos los miembros de la iglesia de Dios, tanto judíos como gentiles, han sido empoderados por el Espíritu Santo para realizar el ministerio.

Este pasaje bíblico formó la base de uno de los principios de la Reforma: el sacerdocio de todos los creyentes. Este principio fue importante para Martín Lutero y, por poner tanto énfasis en ello, muchos creyeron que estaba tratando de deshacerse del clero. Pero no era así. El punto de Lutero era que aunque ciertos individuos

tienen el oficio de pastor, anciano o diácono, el ministerio de la iglesia no lo desempeña un puñado de profesionales de la religión. Todo el cuerpo de Cristo ha sido equipado por el Espíritu Santo para participar en la misión de la iglesia.

UN CUERPO

Es importante que cuando Pablo discute los dones del Espíritu lo hace en el contexto de la iglesia y sigue la metáfora de la iglesia como el cuerpo de Cristo. La iglesia está organizada y tiene diversas partes, así como el cuerpo humano tiene diversos miembros. Pablo desarrolla el punto de que cada porción del cuerpo de Cristo tiene una tarea específica que realizar y ha recibido la habilidad para hacer esa tarea para así ayudar a cumplir la misión de la iglesia, así como las partes individuales del cuerpo humano tienen funciones específicas que realizar para el bienestar de todo el cuerpo:

> Pues el cuerpo no consiste de un solo miembro, sino de muchos. Si el pie dijera: "Porque no soy mano, no soy parte del cuerpo", ¿por eso no sería parte del cuerpo? Y si la oreja dijera: "Porque no soy ojo, no soy parte del cuerpo", ¿por eso no sería parte del cuerpo? Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo fuese oreja, ¿dónde estaría el olfato? Pero ahora Dios ha colocado a los miembros en el cuerpo, a cada uno de ellos, como él quiso. Porque si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Pero ahora son muchos los miembros y a la vez un solo cuerpo (w. 14-20).

Pablo aquí está usando una antigua forma de argumentación, la *reductio ad absurdum* (reducción al absurdo), que lleva un punto de razonamiento hasta su conclusión lógica y muestra que los resultados son absurdos. Pablo está confrontando a quienes querían hacer del don de lenguas la prueba suprema de espiritualidad en la vida de la iglesia. Pablo está diciendo, en otras palabras: "Si quieres hacer de las lenguas el único don importante, no es distinto a decir que todo el cuerpo debe ser un ojo. Eso nos daría visión muy aguda, pero seríamos sordos y mudos".

Pablo continúa diciendo: "Ahora bien, ustedes son el cuerpo de Cristo, y miembros suyos individualmente. A unos puso Dios en

la iglesia, primero apóstoles, en segundo lugar profetas, en tercer lugar maestros, después los que hacen milagros, después los dones de sanidades, los que ayudan, los que administran, los que tienen diversidad de lenguas" (w. 27, 28). Es importante notar que el don de lenguas se menciona hasta el final de la lista que comienza con apóstoles, porque el oficio apostólico era el oficio de principal autoridad en la iglesia del Nuevo Testamento.

Pablo luego pregunta de manera retórica: "¿Acaso son todos apóstoles?" (v. 29). Según la estructura del idioma griego aquí, la única respuesta posible es no; "¿todos profetas?", la respuesta otra vez debe ser no; "¿todos maestros?", la respuesta debe ser no. "¿Acaso hacen todos milagros?"; de nuevo, la respuesta debe ser no. "¿Acaso tienen todos dones de sanidades? ¿Acaso hablan todos en lenguas?" (w. 29, 30). De acuerdo con la estructura del griego, la respuesta es obvia. Está claro que no todos en el cuerpo de Cristo han recibido el don de lenguas. Más adelante, Pablo expresa un deseo apostólico de que todos hablaran en lenguas (14:5), pero no todos tienen ese don.

EL DON DE PROFECÍA

Pablo continúa: "Con todo, anhelen los mejores dones. Y ahora les mostraré un camino todavía más excelente:" (12:31). Esas son las palabras que están inmediatamente precediendo el comienzo del capítulo 13: "Si yo hablo en lenguas de hombres y de ángeles, pero no tengo amor, vengo a ser como bronce que resuena o un címbalo que retiñe" (13:1). El Apóstol deja en claro que el don del amor es mucho más importante para el pueblo de Dios que otros dones más espectaculares: "El amor nunca deja de ser. Pero las profecías se acabarán, cesarán las lenguas, y se acabará el conocimiento. Porque conocemos solo en parte y en parte profetizamos; pero cuando venga lo que es perfecto, entonces lo que es en parte será abolido" (13:8-10).

Tenemos el meollo de esta instrucción al principio del capítulo 14: "Sigan el amor; y anhelen los dones espirituales, pero sobre todo, profeticen" (v. 1). ¿Qué quiere decir el apóstol Pablo con "profetizar"? ¿Está utilizando este término en el sentido específico de ser un agente de revelación, como era el caso de los profetas del Antiguo Testamento y los apóstoles del Nuevo Testamento? No lo creo, y la amplia mayoría de comentarios del Nuevo Testamento

enseñan que cuando Pablo anima a la gente a profetizar, tiene en mente la habilidad de articular la verdad de Dios. El predicador que predica y el cristiano individual que da testimonio de su fe, ambos están participando en acciones proféticas; no en el sentido de dar nueva revelación a la comunidad de Dios, como hacían los profetas del Antiguo Testamento. Incluso en el Antiguo Testamento, se hacía una distinción entre la *predicación* y la *predicción.* El acento primordial no está puesto en el anuncio de cosas futuras, sino en hablar de frente la verdad de Dios. Yo creo que esto es lo que Pablo está animando que la gente haga.

EL DON DE LENGUAS

Según la enseñanza de Pablo sobre las lenguas en 1 Corintios, un argumento que indica que estas lenguas son diferentes a lo que ocurrió en Pentecostés es que Pablo parece decir que el hablar en lenguas es una especia de lenguaje de oración:

> Porque el que habla en una lengua no habla a los hombres sino a Dios; porque nadie le entiende pues en espíritu habla misterios. En cambio, el que profetiza habla a los hombres para edificación, exhortación y consolación. El que habla en una lengua se edifica a sí mismo, mientras que el que profetiza edifica a la iglesia. Así que, yo quisiera que todos ustedes hablaran en lenguas, pero más, que profetizaran, porque mayor es el que profetiza que el que habla en lenguas, a no ser que las interprete para que la iglesia reciba edificación. Ahora pues, hermanos, si yo fuera a ustedes hablando en lenguas, ¿de qué provecho les sería, si no les hablara con revelación o con conocimiento o con profecía o con enseñanza? (14:2-6).

En otras palabras, Pablo está diciendo que no hay provecho para el pueblo de Dios sin el contenido inteligible de la verdad de Dios comunicada al pueblo. El problema con las lenguas —en aquel entonces y ahora— es que son ininteligibles, y eso hace que muchos expertos del Nuevo Testamento crean que el fenómeno contemporáneo de las lenguas es simplemente la habilidad humana de experimentar fenómenos de éxtasis bajo la influencia del Espíritu

Santo. No quiere decir que negamos que la gente se comunique con el Espíritu Santo cuando están hablando lenguas; simplemente decimos que no se requiere una capacidad milagrosa para hacerlo.

Un problema que enfrentamos actualmente con el fenómeno de las lenguas es que hay muchos registros de esta práctica en las religiones paganas del mundo y también en grupos sectarios como el mormonismo. Hay muchos que niegan la deidad de Cristo y aun así dicen que tienen este don, y no hay diferencia distinguible entre lo que hacen ellos y lo que hacen los cristianos en su vida de oración bajo la influencia del Espíritu Santo.

Pablo continúa dando instrucciones estrictas sobre cómo debía usarse el don de lenguas en la iglesia primitiva. Colocó el énfasis en el orden más que en el desorden, y dio instrucciones de que las reuniones no fueran interrumpidas por las lenguas a menos que hubiera un intérprete ahí presente, alguien que pudiera hacer el mensaje inteligible. Se debe ejercitar gran sensibilidad cuando alguien no creyente visita una reunión y no tiene idea de lo que está pasando.

En resumen, Pablo no dice que las lenguas sean malas y que la profecía sea buena. Su distinción no está entre lo bueno y lo malo sino entre lo bueno y lo mejor. Las lenguas están bien, pero la profecía es mejor. Está diciendo, en otras palabras: "Está bien si quieres orar en lenguas. Pero desea tener los mejores dones del Espíritu para la edificación de la iglesia". La gran advertencia para nosotros hoy en día —incluso si lo que ocurre en la actualidad es lo mismo que sucedía en la comunidad de los corintios— es que no exaltemos este don en particular al nivel de una señal de super espiritualidad o de empoderamiento especial de Dios.

Capítulo 36

EL FRUTO DEL ESPÍRITU SANTO

Cuando algo inusual, extraordinario o espectacular ocurre entre nosotros, se despierta nuestro interés. A mucha gente le atraen particularmente las manifestaciones extraordinarias de la presencia de Dios. Por esta tendencia en nosotros de gravitar hacia lo excitante, nos concentramos más en los dones del Espíritu Santo que en el fruto del Espíritu. Sin embargo, el objetivo principal del Espíritu Santo es aplicar los frutos del evangelio para cumplir el mandato de Dios: "Porque esta es la voluntad de Dios, su santificación" (1 Tesalonicenses 4:3).

La muestra más grande del progreso de un creyente en las cosas de Dios no es una manifestación espectacular de sus dones, sin importar cuáles son. Alguien puede ser un predicador o maestro excelente pero mostrar muy poca evidencia de crecimiento en su madurez espiritual. Al final de nuestra vida vamos a ser evaluados, no por el número de dones que desplegamos o por los talentos que Dios nos ha dado sino por el fruto que hemos llevado como cristianos.

ANDAR EN EL ESPÍRITU

Pablo habla sobre el fruto del Espíritu en su carta a los gálatas, y comienza de esta manera: "Digo, pues: Anden en el Espíritu..." (Gálatas 5:16). Este es un mandato apostólico. Como cristianos, somos llamados a andar en el Espíritu. Eso no significa que nuestra tarea principal sea vivir en misticismo ni tampoco buscar atajos

en la espiritualidad. A lo largo de los años muchos estudiantes me han preguntado: "Doctor Sproul, ¿cómo puedo llegar a ser más espiritual?", o "¿Cómo puedo tener más dones?". Solo un estudiante me ha hecho la pregunta: "¿Cómo puedo llegar a ser más justo?". Pero Jesús mismo dijo: "Más bien, busquen primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas les serán añadidas" (Mateo 6:33). Se nos llama a demostrar crecimiento espiritual, a caminar en el Espíritu de Dios, y esta demostración no se manifiesta en los dones sino en el fruto del Espíritu Santo.

SARX (carne)

Pablo continúa: "Digo pues: Anden en el Espíritu, y así jamás satisfarán los malos deseos de la carne. Porque la carne desea lo que es contrario al Espíritu, y el Espíritu lo que es contrario a la carne. Ambos se oponen mutuamente para que no hagan lo que quisieran. Pero si son guiados por el Espíritu, no están bajo la ley" (Gálatas 5:16-18). Aquí Pablo hace un contraste entre carne y espíritu. La palabra griega que se traduce "carne" es *sarx,* y la palabra "espíritu" es *pneuma.* La palabra *soma,* que comúnmente se traduce como "cuerpo", a veces funciona como sinónimo de *sarx;* en otras palabras, a veces el término *sarx* simplemente se refiere al carácter físico o la naturaleza de nuestro cuerpo.

Sin embargo, el Nuevo Testamento frecuentemente usa la palabra *sarx* para hablar de nuestra naturaleza corrupta, de nuestro estado caído. En una ocasión Pablo afirma: "...y aún si hemos conocido a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos así" (2 Corintios 5:16). La frase que se utiliza aquí es *kata sarka,* que significa "según la carne" o "de acuerdo a la carne". Pablo estaba diciendo que antes había considerado a Cristo desde una perspectiva impía, mundana. Jesús había dicho: "Lo que ha nacido de la carne, carne es; y lo que ha nacido del Espíritu, espíritu es" (Juan 3:6). No estaba hablando de nuestro cuerpo físico sino de nuestra naturaleza caída, que incluye no solo nuestro cuerpo sino también nuestra mente, nuestra voluntad y nuestro corazón.

Así que cuando encontramos la palabra *sarx* en el Nuevo Testamento, ¿cómo sabemos si se refiere a nuestra naturaleza humana caída o a nuestras capacidades físicas? En general, cuando vemos la palabra *sarx,* o "carne", considerada en contraste directo con *pneuma,*

o "espíritu", lo que se está discutiendo no es la diferencia entre el cuerpo físico y el espíritu, sino la diferencia entre la naturaleza caída corrupta y la nueva humanidad regenerada. Claramente este es el caso en Gálatas 5.

FRUTO PODRIDO

Antes que nos explique lo que significa ser guiados por el Espíritu y que nos diga cuál es el fruto del Espíritu, Pablo nos muestra lo que *no* es el fruto del Espíritu:

> Ahora bien, las obras de la carne son evidentes. Estas son: inmoralidad sexual, impureza, desenfreno, idolatría, hechicería, enemistades, pleitos, celos, ira, contiendas, disensiones, partidismos, envidia, borracheras, orgías y cosas semejantes a estas, de las cuales les advierto, como yo lo hice antes, que los que hacen tales cosas no heredarán el reino de Dios (Gálatas 5:19-21).

Este es uno de los pasajes más atemorizantes de la Biblia, porque nos dice claramente que quienes practican estas cosas no heredarán el reino de Dios. Conocemos personas que han hecho profesiones profundas de fe en Cristo pero que luego cayeron en adulterio, o se enredaron en abuso del alcohol, o batallaron toda su vida con el orgullo, las enemistades y los pleitos. Podríamos llegar a concluir que una persona que cae en alguno de estos pecados no tiene esperanza de salvación, pero Pablo no está diciendo que si alguien se emborracha una vez ya no podrá ir al cielo. Está diciendo que si estas cosas *definen* a una persona, si constituyen un estilo de vida, eso es una indicación de que esa persona está en la carne y no en el Espíritu. En otras palabras, todavía no es regenerada y no será incluida en el reino de Dios. Esto está en contra del antinomianismo, que dice que la gente puede ser regenerada y nunca dar evidencias de ningún tipo de progreso en su vida cristiana. Los antinomianos necesitan leer este texto de Gálatas para ver esta advertencia tan seria de Pablo. Si estos pecados u otros semejantes son parte de tu práctica cotidiana, regular e impenitente, no heredarás el reino de Dios.

FRUTO ESPIRITUAL

En contraste con las obras de la carne, Pablo hace una lista del fruto del Espíritu:

> Pero el fruto del Espíritu es: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio propio. Contra tales cosas no hay ley porque los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Ahora que vivimos en el Espíritu, andemos en el Espíritu. No seamos vanidosos, irritándonos unos a otros y envidiándonos unos a otros (w. 22-26).

Pablo amonesta a los creyentes para que no caigan en las obras de la carne sino que manifiesten el fruto del Espíritu. Eso nos dice que aun los cristianos tienen que batallar con la naturaleza antigua. Hay un elemento de la carne que se mantiene en el cristiano y que tiene que ser constantemente sometido al escrutinio de la Palabra de Dios y a la disciplina del Espíritu Santo. De esa forma podremos detectar al pecado y huir de él para cultivar la práctica opuesta. Aquello que se cultiva es lo que da fruto, y Jesús dijo: "Así que, por sus frutos los conocerán" (Mateo 7:20).

¿Cómo queremos ser recordados? ¿Queremos que se diga que ganamos mucho dinero, que ganamos muchas batallas o que hicimos hazañas prodigiosas? ¿O queremos ser recordados como gente que manifestó amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y dominio propio? Estas son las cosas que Dios quiere para nosotros. Son las cosas en las que Dios se deleita, y muchos de nosotros no las tenemos como nuestra prioridad. Por ejemplo, todos sabemos que debemos ser más amables. Aunque se ha escrito mucho sobre este aspecto del fruto, tenemos la tendencia a quedarnos en la superficie en nuestra comprensión de lo que es el amor. El amor en su dimensión espiritual está relacionado estrechamente con todo el resto del fruto.

Hay una diferencia entre el fruto del Espíritu y los dones del Espíritu. En cuanto a los dones del Espíritu, el enfoque de Pablo es la unidad y la diversidad, pero ese no es el caso con el fruto del Espíritu. Cuando él enseña sobre los dones, el énfasis es que el Espíritu distribuye dones individuales a personas particulares para

la edificación de toda la iglesia. Una persona puede tener el don de administrar mientras que otra puede tener el don de dar, de enseñar o de ayudar. En cambio, el fruto del Espíritu, en toda su plenitud, se debe manifestar en la vida de cada persona cristiana.

Consideremos cómo deben verse algunos aspectos del fruto del Espíritu en la vida de los creyentes:

Mansedumbre

Hoy en día es común que la idea de gentileza o mansedumbre se asocie con falta de fuerza, pero en realidad una persona mansa es aquella que tiene fuerza pero restringe su uso.

En cierta ocasión conversé con un joven que había sido ascendido a una posición de autoridad en la empresa en la que trabajaba. Sus subordinados se quejaban de su estilo como gerente afirmando que era un tirano. Él me dijo:

—No respetan mi autoridad porque piensan que soy demasiado joven, así que tengo que mostrarles quién manda.

Yo le dije:

—Tienes autoridad, y con esa autoridad tienes poder, y con ese poder viene un alto grado de responsabilidad. Uno de los secretos del liderazgo es que cuando tienes el poder, puedes también darte el lujo de tener gracia. No necesitas ser un tirano. Cuando alguien está inseguro en su posición de poder, fracasa en la mansedumbre.

La mansedumbre o gentileza es como la sensibilidad. Ser manso es usar menos fuerza de la que pudiera usarse en una situación determinada. Podemos seguir el ejemplo de Jesús en este punto, pues él fue extremadamente tierno con los débiles de este mundo. Fue amable con una mujer sorprendida en adulterio, cuando todos los demás ya estaban listos para despedazarla (Juan 8:3-11). Pero cuando los poderosos de su época, los fariseos, venían a él tratando de usar su fuerza, él respondía con gran vigor, firmeza y fuerza. En otras palabras, él era fuerte contra los fuertes, firme contra los poderosos, pero tierno con los débiles. Tenemos la tendencia a pensar que debemos tratar a todos del mismo modo siempre, pero no es así. Debemos aprender a monitorear y moderar nuestra fuerza. Así es como se manifiesta el fruto espiritual de la mansedumbre.

Gozo

El gozo debe ser la marca de la vida cristiana. Como cristianos que caminan en el Espíritu de Dios, no debemos ser quejumbrosos. Sin embargo, el gozo del Espíritu no excluye el dolor ni las experiencias de duelo y aflicción. Lo importante es que en todas las cosas debemos aprender a regocijarnos (Filipenses 4:4). La razón básica de nuestro gozo es nuestra relación con Dios, porque sabemos que la redención que tenemos en Cristo no será amenazada nunca por la pérdida de un ser amado, o de posesiones, o de un empleo, o de cualquier otra cosa. Podemos sufrir toda clase de caídas dolorosas y aflicciones, pero esas cosas no nos roban el gozo fundamental que tenemos en Cristo. Podemos regocijarnos en todas las cosas porque todo lo demás es insignificante comparado con la maravillosa relación que disfrutamos con nuestro Padre celestial gracias a la obra de Cristo a nuestro favor. Pero este gozo tiene que ser cultivado. Mientras más entendemos nuestra relación con Dios, más comprenderemos sus promesas para nuestra vida y nuestro gozo será mayor.

Paciencia

Todo el fruto que Dios nos llama a tener imita el carácter mismo de Dios. Dios es el autor del gozo, es bondadoso y manso, y si alguien es paciente ese es Dios. Dios es lento para la ira. Él no se apresura a juzgar. Dios es tolerante y le da a la gente tiempo para arrepentirse. Debemos imitar la paciencia de Dios.

Bondad

La bondad es una virtud difícil de definir, pero hay un sentido en el que no necesita definiciones porque todos saben lo que es. Ser bondadoso es simplemente ser considerado y mostrar interés genuino por los demás. Este fruto, también, debe ser la marca distintiva de todo creyente.

Con esta breve mirada al fruto del Espíritu podemos ver la prioridad del Espíritu Santo. Esto es lo que Dios desea de nosotros. Lo que agrada o lastima al Espíritu no es tanto lo que hacemos sino lo que somos.

Capítulo 37

¿HAY MILAGROS HOY EN DIA?

ntes de dejar nuestro breve repaso de la persona y la obra del Espíritu Santo hay que dirigir nuestra atención a un tema muy debatido en la iglesia en estos tiempos: ¿Debemos esperar que hoy en día haya milagros, o los milagros fueron para la era apostólica? Una pregunta relacionada sería: ¿Pueden realizar milagros Satanás y sus secuaces? Estas preguntas surgen en el contexto de lo que se denomina dones milagrosos del Espíritu.

La mayoría de la gente evangélica de hoy en día cree que los milagros todavía ocurren y que Satanás y sus demonios tienen el poder de realizar milagros. Quienes sostienen la postura contraria, incluyéndome a mí, casi siempre son muy incomprendidos en este punto. En este capítulo vamos a considerar algunos de los problemas que acompañan estos asuntos y la razón por la que el cesacionismo histórico es la postura de la teología reformada ortodoxa.

DEFINICIÓN DE MILAGRO

Cuando se habla de milagros la gente no siempre tiene en mente la misma idea. Algunos dicen que un milagro es cualquier respuesta a la oración. Otros argumentan que cualquier obra sobrenatural, como la regeneración del alma humana, es un milagro. Algunos incluso llegan a decir que cualquier suceso maravilloso o fascinante, como el nacimiento de un bebé, es un milagro. Sin embargo, todos los días nacen bebés; no hay nada extraordinario en ello. Si las cosas

ordinarias son realmente milagros, entonces los milagros no deben ser considerados como extraordinarios. La importancia de los milagros en las Escrituras está en su carácter extraordinario.

Hay períodos en la historia bíblica en los que ocurrieron ráfagas de milagros. El más notable de todos ellos fue durante la vida de Jesús. En ese tiempo hubo milagros en abundancia. Sin embargo, también vemos períodos de milagros durante la vida de Moisés, y después en la vida de Elias. Con todo, durante la mayor parte del Antiguo Testamento los milagros estuvieron ausentes. No ocurrieron de manera consistente.

Mientras que la palabra *milagro* ocurre frecuentemente en las traducciones de la Biblia, no corresponde de manera exacta con ninguna palabra de los lenguajes originales. Los teólogos extrapolan el concepto de milagros de tres palabras en el registro bíblico (particularmente en el Nuevo Testamento): *poderes, maravillas* y *señales.* Los milagros son manifestaciones de poder divino; inspiran asombro y maravilla; y son significativos. Al describir un milagro, Juan utilizó con frecuencia la palabra *semeion,* que se traduce "señal". Cuando Jesús convirtió el agua en vino en la boda de Caná, Juan escribió: "Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria y sus discípulos creyeron en él" (Juan 2:11).

EL PROPÓSITO DE LOS MILAGROS

Las señales apuntan hacia algo más allá de sí mismas. Tienen importancia; significan algo. ¿Qué querían indicar los milagros o las señales del Nuevo Testamento? ¿Qué habían de significar de acuerdo a su diseño? ¿A qué apuntaban?

Obviamente, fueron de gran importancia por lo que lograron. Jesús satisfizo las necesidades del anfitrión de la boda cuando convirtió el agua en vino, y sí cubrió las necesidades de muchos enfermos cuando los sanó, y trajo consuelo a los padres cuando levantó a la niña de entre los muertos. Pero ¿cuál era el significado de esos actos?

Para responder a esa pregunta, podemos ver primero a Nicodemo. Cuando Nicodemo vino a Jesús de noche, le dijo: "Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede hacer estas señales que tú haces a menos que Dios esté con él" (Juan 3:2). Nicodemo estaba diciendo que Jesús debía venir de Dios por las

señales que realizó. Más tarde, Jesús mismo dijo: "Créanme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, crean por las mismas obras" (Juan 14:11).

Para ver esta idea en toda su extensión, podemos leer la advertencia en Hebreos:

> Por lo tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos. Pues si la palabra dicha por los ángeles fue firme, y toda transgresión y desobediencia recibió justa retribución, ¿cómo escaparemos nosotros si descuidamos una salvación tan grande? Esta salvación, que al principio fue declarada por el Señor, nos fue confirmada por medio de los que oyeron, dando Dios testimonio juntamente con ellos con señales, maravillas, diversos hechos poderosos y dones repartidos por el Espíritu Santo según su voluntad (Hebreos 2:1- 4).

El autor de Hebreos está diciendo que Dios confirma la verdad de su Palabra por medio de milagros. Este punto casi siempre se pasa por alto, pero tiene implicaciones importantes. Si las Escrituras dicen que sabemos que la Palabra de Dios es verdad porque sus autores han sido autentificados por medio de milagros, ¿cómo puede también realizar milagros alguien que no es agente de revelación? Si toda clase de persona puede hacer estas cosas, sus "señales" no prueban nada de su autoridad ni de si han sido enviados como voceros de Dios. Lo que está en juego en este tema es la autoridad de Cristo, la autoridad de los apóstoles y la autoridad de la Biblia misma.

Moisés fue llamado por Dios desde una zarza ardiendo para que se presentara ante el faraón y sacara a los israelitas de Egipto. Moisés titubeó frente a este mandato y dijo: "¿Y si ellos no me creen ni escuchan mi voz, sino que dicen: 'No se te ha aparecido el SEÑOR'?" (Éxodo 4:1). Entonces Dios le dijo a Moisés que arrojara su vara al suelo. Moisés lo hizo y la vara se convirtió en una serpiente. Luego Dios le dijo a Moisés que colocara su mano dentro de su túnica, lo hizo y la mano de Moisés quedó leprosa. Dios estaba planeando confirmar su Palabra por medio de milagros; estas "señales" serían los medios por los cuales Moisés demostraría que él era el vocero de Dios y el líder designado.

La Iglesia Católica Romana reclamaba milagros en su lucha contra los reformadores del siglo XVI. Roma decía: "Tenemos milagros en nuestra historia, y esos milagros prueban la verdad de la Iglesia Católica. ¿Dónde están sus milagros? ¿Cómo pueden dar autenticidad a la verdad de sus posturas si no tienen milagros?". Los reformadores respondieron: "Tenemos milagros que prueban nuestra enseñanza y están registrados en el Nuevo Testamento". Cualquier persona puede decir que hace un milagro, pero solo un vocero designado por Dios tiene verdadero poder para realizarlo.

¿MILAGROS HOY EN DÍA?

El día de hoy mucha gente dice que realiza milagros. Sin embargo, si en verdad hacen milagros en el sentido bíblico, tendríamos que concluir que sus enseñanzas son apoyadas por Dios o que tales obras no autentifican la enseñanza apostólica verdadera. Por esa razón, debemos hacer una distinción entre la palabra *milagro* en un sentido estrecho y *milagro* en un sentido amplio. Los teólogos son cuidadosos al definir *milagro* de manera estrecha. *Milagro* en el sentido amplio se refiere a la actividad sobrenatural de Dios que es continua en la vida de su pueblo: sus respuestas a nuestras oraciones, el derramamiento de su Espíritu y la transformación de nuestra vida. Ciertamente esas actividades continúan el día de hoy. Sin embargo, de acuerdo a la definición estrecha utilizada por los teólogos, un milagro es una obra extraordinaria realizada por el poder directo de Dios en el mundo, un acto sobrenatural que solo Dios puede hacer, como traer vida en medio de la muerte.

La mayoría de quienes sostienen que los milagros continúan hoy en día no mencionan milagros como los que ocurrieron en la Biblia, como levantar a los muertos, pero algunos sí llegan hasta ese punto. ¿Hay resucitaciones el día de hoy? No lo creo. La cuestión no es si Dios puede realizar o si Dios realizó milagros; es si los realiza hoy en día. Tenemos que hacer una distinción cualitativa entre los milagros que algunos argumentan ver hoy y los milagros que encontramos en las Escrituras. Los supuestos milagros del día de hoy no son del tipo que solo Dios puede hacer.

SATANÁS Y LOS MILAGROS

Ya que en la Biblia se nos advierte contra las tretas de Satanás, quien realiza falsas señales y prodigios, la mayoría de los evangélicos

cree que Satanás puede realizar milagros *auténticos.* Por ejemplo, los magos de Egipto realizaron hechos extraordinarios en su competencia contra Moisés, y esos hechos comúnmente se atribuyen a poderes e influencia demoníacos. Sin embargo, si Satanás puede realizar un milagro verdadero, ¿cómo sabemos que la Biblia es la Palabra de Dios y cómo sabemos que Jesús es el Hijo de Dios? En la Biblia los milagros no prueban la existencia de Dios sino que autentifican su obra. Cuando Pablo habló a los filósofos griegos en Atenas, les dijo que Cristo había sido confirmado como el Hijo de Dios por su resurrección (Hechos 17:31). ¿Pero cómo sabemos que la resurrección no fue operada por Satanás, y cómo sabemos que Satanás no capacitó a Jesús para hacer las obras que hizo? Esa fue la acusación de los fariseos contra Jesús.

Yo no creo que Satanás haya hecho esas cosas porque no creo que Satanás sea Dios ni que pueda hacer cosas que solo Dios puede hacer. Jesús advirtió que Satanás puede realizar señales y prodigios mentirosos que pueden engañar incluso a los elegidos (Marcos 13:22). Pero, ¿qué es una señal o un prodigio falso? Satanás no tiene el poder que solo Dios tiene, pero es más sofisticado que cualquier ser humano.

Los magos famosos de nuestros días no dicen que realizan milagros. Ellos claramente señalan que sus trucos son solo juegos de manos. Ese no era el caso en el mundo antiguo. Los magos de la antigüedad decían que tenían poderes sobrenaturales. Decían que podían hacer magia, pero solo eran trucos. Los magos de la corte del faraón sacaron todo lo que pudieron de su bolsa de trucos, pero pronto se quedaron sin más hazañas que realizar. Sin embargo, Moisés siguió realizando milagros porque no era un mago. Él había sido ungido con el poder de Dios para realizar lo que ningún mago podía hacer. De la misma manera, Satanás puede ser astuto y engañar a la gente, pero no puede hacer cosas que solo Dios puede hacer. Él no puede realizar un milagro verdadero en el sentido estrecho de la palabra.

Sexta parte

SOTERIOLOGÍA

Capítulo 38

LA GRACIA COMÚN

La palabra *soteriología* no se usa mucho en las iglesias, pero es importante porque tiene que ver con nuestra salvación. *Soteriología* proviene del verbo griego *sozo,* que significa "salvar". El sustantivo relacionado, *soter,* significa "salvador".

Las Escrituras hablan de salvación en varias maneras. Estamos acostumbrados a usar el término *salvación* o a hablar de "ser salvos" en el sentido de ser redimidos por Dios eternamente. En un sentido, la gran calamidad de la cual somos salvados es Dios mismo; es decir, somos salvados de tener que enfrentar a Dios en su ira el día del juicio. Dios es al mismo tiempo el Salvador y aquel de quien somos salvados.

Sin embargo, el verbo griego *sozo* se refiere a cualquier acto de rescate de una calamidad. Alguien restaurado después de una enfermedad que amenazó su vida está sano y salvo. Alguien rescatado de ser capturado en batalla está a salvo. Cualquier rescate de situación de calamidad es un tipo de salvación.

La preocupación central entre los teólogos reformados que estudian la salvación es el concepto de gracia. G. C. Berkhouwer observó que la esencia misma de la teología es la gracia. Desde el principio hasta el final la salvación es del Señor, y no es algo que ganamos o merecemos. Se nos da libremente por la misericordia y amor de Dios.

DEFINICIÓN DE GRACIA

Para empezar debemos distinguir entre gracia y justicia. La justicia es algo que se gana o se merece por nuestras obras. Cuando Pablo

escribe sobre el tema de la salvación deja claro que si la salvación fuera por obras no sería entonces por gracia, pero ya que es por gracia no es por obras. Así que la justicia se relaciona a una cierta medida de méritos. En cambio, la gracia es inmerecida; es decir, no es algo que se pueda ganar por medio de méritos. Más bien, la gracia es algo dado libremente por Dios. Él no está obligado ni necesita darla. El apóstol Pablo cita lo que Dios dijo a Moisés: *"Tendré misericordia de quien tenga misericordia, y me compadeceré de quien me compadezca"* (Romanos 9:15). La gracia siempre es una prerrogativa divina, nunca un requisito.

Entender esto es de importancia crítica porque tenemos la inclinación a pensar que Dios nos debe algo. Frecuentemente creemos que si Dios fuera realmente bueno de alguna manera nos daría una vida mejor, pero si creemos que Dios nos debe algo en realidad estamos pensando en la justicia, porque la gracia nunca es algo que se debe. Dios no está obligado a dar su gracia a nadie. La definición clásica de gracia es "favor inmerecido". Cuando Dios se comporta de manera favorable hacia nosotros aunque no tengamos los méritos para esperarlo, eso siempre es gracia.

GRACIA COMÚN

Otra distinción importante es aquella entre la gracia común y la gracia especial. La gracia especial involucra la redención que Dios da a los salvos. En cambio, la gracia común se llama así porque es virtualmente universal. Es la gracia que Dios da a toda la gente de manera indiscriminada. La gracia común es la misericordia y la bondad que Dios extiende a la raza humana. La Biblia dice que Dios en su providencia envía la lluvia sobre justos e injustos (Mateo 5:45), y este es un ejemplo de gracia común. Puede haber dos granjeros en el mismo pueblo: uno devoto y comprometido con las cosas de Dios, y el otro tan pagano como solo él puede serlo. Ambos necesitan la lluvia para sus cosechas y Dios, en su bondad, riega la tierra para que ambos se beneficien de la lluvia. Ninguno de esos granjeros merece que la lluvia nutra sus cosechas, pero la lluvia de Dios cae sobre ambos, no solo sobre el creyente.

La gracia común se extiende en muchos otros temas además de la lluvia. La gente que no cultiva su comunión con Dios disfruta de muchos de sus favores. Las mejoras que ocurren con el tiempo en las

condiciones de vida —calidad de vida, mejor salud, más seguridad- son rasgos del progreso de la gracia de Dios a lo largo de la historia. Por supuesto, no todos disfrutan la misma calidad de vida, y ciertamente la calidad de vida en algunos países ricos es mejor que en otras partes del mundo. Sin embargo, aun en esas áreas, la expectativa y la calidad de vida van siendo cada vez significativamente mejores que lo que fueron hace siglos. La vida se ha hecho más fácil.

Mucha gente atribuye estas mejoras simplemente a la ciencia o a la educación pero debemos también incluir la influencia de la iglesia cristiana en los últimos dos mil años. La comunidad cristiana comenzó los orfanatos, los hospitales y las escuelas. Incluso de muchas maneras el desarrollo de la ciencia fue dirigido por cristianos. Los creyentes han tomado en serio la responsabilidad y el encargo dado por Dios de ser buenos mayordomos del planeta. Si graficamos la historia de la influencia de la iglesia en muchas esferas diferentes, vemos que la calidad general de vida sobre la tierra se ha mejorado mucho por la influencia del cristianismo, contrario a lo que dicen quienes critican el impacto de la religión en el mundo.

Se nos llama a ser imitadores de Dios, que es lo que significa ser hechos a imagen de él. Así que si Dios está preocupado por el bienestar general de la raza humana, los cristianos también somos llamados a preocuparnos por el bienestar general de la raza humana. De hecho, Jesús dice que si nuestro prójimo (incluso nuestro enemigo) tiene falta de ropa, debemos vestirlo; si tiene hambre, debemos alimentarlo; si tiene sed, debemos darle de beber; si está en prisión, debemos visitarlo; si está enfermo, debemos ministrar a sus necesidades (Mateo 25:34-36). La parábola del buen samaritano (Lucas 10:25-37) indica la prioridad de Jesús: que la iglesia debe estar ocupada no solo en el terreno de la gracia especial, la evangelización, sino también en el bienestar general de la raza humana. En otro lugar, Santiago nos dice que la esencia de la religión verdadera es cuidar a los huérfanos y a filas viudas (Santiago 1:27).

El liberalismo del siglo XIX rechazó los aspectos sobrenaturales de la fe cristiana, incluyendo el nacimiento virginal, la resurrección, la expiación y la divinidad de Cristo. Los liberales trataron de permanecer como una opción viable desde la perspectiva social al crear una nueva agenda para la iglesia, el alcance humanitario. Comenzaron a poner énfasis en la agenda social a expensas de la

evangelización. Los cristianos no liberales tuvieron que redoblar sus esfuerzos en la evangelización para compensar el repudio a lo sobrenatural del ala liberal. Como resultado, los evangélicos comenzaron a creer que la preocupación social es exclusivamente un asunto liberal, y se enfocaron exclusivamente en la predicación de la salvación personal.

Los dos lados estaban equivocados. La iglesia es llamada no solamente a ministrar la gracia especial, sino que también al ministerio de la gracia común. Como cristianos, debemos preocuparnos por la pobreza y el hambre, debemos buscar formas de suplir las necesidades básicas de la vida, además de la evangelización.

Cuando comenzó la epidemia de sida, muchos cristianos se rehusaron a involucrarse en cualquier tipo de apoyo a las víctimas porque veían la enfermedad como una consecuencia del pecado: actividad homosexual y drogadicción. Sin embargo, si encontramos a alguien enfermo y muriendo en un pozo, no vamos a preguntarle cómo es que cayó en ese pozo. El amor de Cristo nos constriñe a sacarlo de ese pozo y a hacer todo lo posible para ayudarle, y ese es el punto de la parábola del buen samaritano. Nadie merece recibir el ministerio de la misericordia de Dios. Si alguien que tiene sida no merece ser ayudado por la misericordia de la iglesia, entonces tampoco yo la merezco, y tampoco tú. Todos nosotros recibimos los beneficios de la misericordia por gracia, y quienes hemos recibido la gracia no común —la gracia especial— debemos ser los primeros en mostrar misericordia.

¿Cuándo puede un cristiano tomarse de la mano o estar hombro a hombro con paganos, con gente de otras religiones o incluso con sectas apóstatas? Francis Schaeffer dijo en una ocasión que cuando se trata de asuntos de gracia común, los cristianos deben trabajar juntos con todo tipo de personas que no son cristianas. Cuando salgo en una marcha por los derechos del que no ha nacido, estaré junto a otros que comparten la misma preocupación. Esa es simplemente una de las áreas en las que salimos y apoyamos a la gente. Sin embargo, nunca estaré hombro a hombro en un culto de adoración con miembros de una secta satánica ni me sentaré en un desayuno de oración con musulmanes, porque esos eventos entran en el terreno de la gracia especial. Necesitamos entender la diferencia entre las dos.

GRACIA ESPECIAL

En Romanos 9 leemos estas palabras de parte de Dios: *"A Jacob amé, pero a Esaú aborrecí'* (v. 13). Entonces, ¿dónde queda nuestra idea de que Dios ama a todos incondicionalmente? Dios no ama a todos incondicionalmente; debemos hacer la distinción entre el *amor benevolente* de Dios y su amor *complaciente,* dependiendo de dónde se origina el amor.

El amor benevolente de Dios tiene que ver con su preocupación general por el bienestar de todos los seres humanos. En ese sentido, se puede decir con verdad que Dios ama a todos y que es benevolente para con todos. El amor complaciente de Dios es diferente. Cuando la gente hoy en día llama "complaciente" a alguien, a veces se refiere a algo distinto a lo que los teólogos quieren decir cuando hablan del amor complaciente de Dios. Los teólogos hablan de complacencia en el sentido de satisfacción o deleite. El amor de Dios complaciente tiene que ver con su amor redentor que está enfocado principalmente en su Hijo amado, pero que desborda a quienes estamos en Cristo. Dios tiene un amor especial por los redimidos, y es un amor que no tiene por el resto del mundo.

Capítulo 39

ELECCIÓN Y REPROBACIÓN

A conteció en aquellos días que salió un edicto de parte de ./Ycésar Augusto para levantar un censo de todo el mundo habitado" (Lucas 2:1). Al comienzo de la narración de Lucas sobre el nacimiento de Jesús se señala la autoridad de César Augusto, uno de los gobernantes más poderosos del mundo antiguo. Cuando un gobernante como el César emitía un decreto, la orden se imponía sobre todos los que estuvieran bajo su dominio. El decreto del César fue la razón por la que Jesús nació en Belén. Sin embargo, mucho antes que César Augusto pensara emitir un decreto que haría que José y María tuvieran que viajar a Belén, Dios había emitido el decreto que haría que el Mesías naciera ahí. Más allá de los edictos de reyes y emperadores, siempre está el decreto del Dios todopoderoso.

Los teólogos se ocupan de los decretos divinos porque sabemos que Dios es soberano. Su soberanía involucra su autoridad y gobierno sobre todo lo que ha creado. Dios gobierna al universo; por eso cuando emite un decreto según su consejo y plan eterno, ese decreto se efectúa sin falta.

PREDESTINACIÓN

Las Escrituras revelan muchos aspectos de los decretos eternos de Dios, pero los que han provocado mayor controversia tienen que ver con su plan de salvación; principalmente, el decreto de la elección. En este capítulo vamos a tratar la predestinación, una doctrina difícil.

ELECCIÓN Y REPROBACIÓN

Tal vez la palabra *predestinación* provoca más discusión teológica que cualquier otra palabra de la Biblia.

Cuando nos embarcamos en un viaje tenemos un destino planeado, un lugar al cual esperamos llegar con seguridad. Hablamos de nuestro "destino" cuando nos referimos al lugar a donde nos dirigimos en el viaje. Cuando la Biblia le añade a esa palabra el prefijo *pre-*, que significa "con anticipación" o "antes de", está indicando que Dios ha decretado un destino para su pueblo. Pablo escribió:

> Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, quien nos ha bendecido en Cristo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales. Asimismo, nos escogió en él desde antes de la fundación del mundo para que fuéramos santos y sin mancha delante de él. En amor nos predestinó por medio de Jesucristo para adopción como hijos suyos, según el beneplácito de su voluntad, para la alabanza de la gloria de su gracia que nos dio gratuitamente en el Amado (Efesios 1:3-6).

Cuando Pablo introduce las ideas de predestinación y elección en este pasaje, habla de nuestra condición bendecida. Pablo no veía la predestinación divina como algo negativo; más bien, dentro de él evocaba un sentido de alabanza y gratitud, y lo movía a glorificar a Dios. Quiere decir que el Apóstol veía la doctrina de la predestinación como una bendición. De hecho es una bendición que también en nosotros debe provocar un sentido de profunda gratitud y alabanza.

Cuando los teólogos reformados hablan de la doctrina de la predestinación, la discusión incluye lo que llamamos las "doctrinas de la gracia". Con la doctrina de la predestinación, tal vez más que con cualquier otra doctrina, se nos confronta con las profundidades y riquezas de la misericordia y gracia del Dios todopoderoso. Si en nuestro pensamiento separamos la predestinación del contexto de esa bendición estaremos luchando siempre con esta doctrina.

Juan Calvino, a quien se le considera el principal entre quienes han formulado la doctrina de la predestinación, decía que esta doctrina es tan misteriosa que debe tratarse con sumo cuidado y con humildad porque fácilmente puede distorsionarse y ensombrecer la integridad de Dios. Si se maneja mal, la doctrina puede hacer que

Dios parezca como un tirano que juega con sus criaturas; por así decirlo, que juega a los dados con nuestra salvación. Hay muchas distorsiones de este tipo, y si tú batallas con esta doctrina, no estás solo[1]. Por otro lado, creo que la lucha vale la pena, porque mientras más sondeamos esta doctrina, más llegamos a ver la magnificencia de Dios y la dulzura de su gracia y misericordia.

Si nuestra teología va a ser bíblica debemos tener alguna doctrina de predestinación porque la Biblia —no Agustín, ni Lutero, ni Calvino— presenta claramente este concepto. No hay nada en la doctrina calvinista de la predestinación que no haya estado primero en Lutero, y no hay nada en la doctrina luterana de la predestinación que no haya estado primero en Agustín, y creo que podemos decir con seguridad que no hay nada en la doctrina agustiniana de la predestinación que no haya estado primero en Pablo. Esta doctrina no tiene sus raíces en los teólogos de la historia de la iglesia sino en la Biblia, que la presenta de manera explícita.

En Efesios 1, Pablo dice que hemos sido bendecidos con "con toda bendición espiritual en los lugares celestiales. Asimismo, nos escogió en él desde antes de la fundación del mundo para que fuéramos santos y sin mancha delante de él. En amor nos predestinó por medio de Jesucristo para adopción como hijos suyos". La predestinación a la que Pablo se refiere tiene que ver con la elección. *Predestinación* y *elección* no son sinónimos, aunque están relacionados estrechamente. La predestinación tiene que ver con los decretos de Dios. La elección es un tipo específico de predestinación, y se refiere a cómo Dios escoge a ciertas personas en Cristo para ser adoptadas en la familia de Dios, o más sencillamente, para ser salvas. Desde un punto de vista bíblico, Dios tiene un plan de salvación en el cual, desde la eternidad, ha elegido a quienes han de ser adoptados en su familia.

Casi todos los autores que tratan la predestinación y los decretos eternos de Dios concuerdan en que la elección es para salvación y en Cristo, pero hay dos temas en discusión que surgen en este punto. El primero involucra lo que los teólogos denominan "reprobación", que tiene que ver con el lado negativo de los decretos de Dios. La cuestión simplemente es esta: si Dios decreta que algunos sean elegidos para

[1] **Para tener más detalles sobre la doctrina de la elección, ver R. C. Sproul, *Chosen byGod,* (Elegidos por Dios) (Carol Stream, 111: Tyndale; 1994).**

salvación, ¿no significa esto que algunos no han sido elegidos y, por lo tanto, están entre los reprobados? Aquí es donde entra el asunto de la doble predestinación. El otro tema controversia! tiene que ver con las bases sobre las cuales Dios hace su elección para salvación.

EL CRITERIO DE LA PRESCIENCIA

Una versión muy difundida de la predestinación se conoce como "el criterio de la presciencia". La palabra *presciencia* contiene el vocablo *ciencia,* que proviene de la raíz latina de la palabra conocimiento. También tiene el prefijo *pre-,* que significa "de antemano" o "desde antes". La visión de presciencia sostiene que la elección de Dios se basa fundamentalmente en el conocimiento previo que él tiene de lo que la gente hará o no hará. De acuerdo con esta idea, Dios en la eternidad pasada miró hacia los pasillos del tiempo y vio quién reconocería a Cristo y quién lo rechazaría y, basado en ese conocimiento previo, decidió adoptar a quienes ya sabía que tomarían una buena decisión. De modo que, a fin de cuentas, Dios nos eligió sobre la base de su conocimiento de que nosotros lo elegiríamos. En mi opinión esto no explica la doctrina bíblica de la predestinación. Francamente, pienso que más bien la niega porque, según entiendo, las Escrituras están diciendo que nosotros lo elegimos a Dios porque Dios nos eligió primero. Además, nos enseña que la predestinación se basa exclusivamente en que así le agradó a la voluntad de Dios.

Pablo dice en Efesios: "...nos predestinó por medio de Jesucristo para adopción como hijos suyos, según el beneplácito de su voluntad, para la alabanza de la gloria de su gracia..." (1:5). Aquí vemos la razón por la que Dios actúa: para su gloria. La meta final de los decretos de Dios es la gloria de Dios, y las decisiones y elecciones que realiza en su plan de salvación están basadas en el beneplácito de su voluntad.

La objeción típica en este punto es la siguiente: "Si Dios elige a uno y no a otro independientemente de lo que estos hagan, ¿no se trata entonces de un acto caprichoso y tirano?". Pablo dice que la elección viene del beneplácito de Dios; no existe nada de mal placer en la voluntad de Dios. Todo lo que Dios elige está basado en su rectitud y bondad intrínsecas. Dios no toma malas decisiones ni hace nada malo, y por eso Pablo alaba a Dios por su plan de salvación.

LA MISERICORDIA DE DIOS

Lo que Pablo sugiere aquí en Efesios 1 lo desarrolla más plenamente en su epístola a los Romanos, particularmente en Romanos 8—9:

> Y no solo esto, sino que también cuando Rebeca concibió de un hombre, de Isaac nuestro padre, y aunque todavía no habían nacido sus hijos ni habían hecho bien o mal —para que el propósito de Dios dependiese de su elección, no de las obras sino del que llama—, a ella se le dijo: *"£/ mayor servirá al menor"*, como está escrito: *A Jacob amé, pero a Esaú aborrecí* (9:10-13).

Pablo está diciendo aquí que Dios tomó una decisión de redimir a Jacob pero no a Esaú. Ambos eran hijos de la misma familia; de hecho, eran mellizos. Dios, desde antes que nacieran, antes que alcanzaran a hacer bien o mal, declaró que daría su amor benevolente y complaciente a uno y no al otro.

Pablo continúa: "¿Qué, pues, diremos? ¿Acaso hay injusticia en Dios?" (v. 14a). El punto es crítico. Cuando la gente descubre que la predestinación está enraizada en el beneplácito soberano de Dios, comúnmente surge la pregunta sobre la justicia de Dios. Pablo se anticipa a esta objeción; retóricamente se hace a sí mismo esa pregunta. Luego da su respuesta sin ambigüedades: "¡De ninguna manera!" (v. 14b). En otras traducciones dice: "¡Claro que no!" (DHH); "¡De ningún modo!" (BA). Luego Pablo nos recuerda la enseñanza del Antiguo Testamento: "Porque dice a Moisés: *Tendré misericordia de quien tenga misericordia, y me compadeceré de quien me compadezca"* (v. 15). Pablo señala que es prerrogativa soberana de Dios dispensar su gracia y misericordia de la forma en que Dios elija hacerlo.

Cuando tratamos sobre la justicia de Dios en otro capítulo notamos que todo lo que esté fuera de la categoría de justicia es no justicia. Tanto la injusticia como la misericordia caen fuera de la categoría de justicia, pero la injusticia es mala y la misericordia no. Cuando Dios miró al género humano, raza de seres humanos depravados y caídos viviendo en rebelión contra él, decretó que daría misericordia a algunos y justicia a otros. Esaú recibió justicia; Jacob

recibió gracia; ninguno de los dos recibió injusticia. Dios nunca castiga a gente inocente, pero sí redime a gente culpable. Dios no redime a todos, y no está obligado a redimir a nadie. Lo maravilloso es que Dios redima a algunos.

Luego Pablo da una conclusión: "Por lo tanto, no depende del que quiere ni del que corre sino de Dios quien tiene misericordia... De manera que de quien quiere, tiene misericordia; pero a quien quiere, endurece" (w. 16,18). Pablo no podría ser más claro. Nuestra elección no está basada en nuestra carrera, en nuestros actos, en nuestra elección o en nuestra voluntad; a fin de cuentas, descansa solamente en la soberana voluntad de Dios.

Capítulo 40

EL LLAMADO EFICAZ

Cuando tratamos el tema de la predestinación o elección y la soberanía de la gracia de Dios, debemos enfrentarnos con la cuestión de qué es lo que Dios hace cuando interviene en la vida para traer a un ser humano hacia la fe. La escuela calvinista o agustiniana dice que la elección es totalmente una actividad soberana de Dios, mientras que la escuela arminiana o semipelagiana observa una acción cooperativa entre el ser humano y Dios. Ambos lados (calvinismo y arminianismo) concuerdan en que la gracia es absolutamente necesaria para la salvación. Sin embargo, difieren en el grado en que esa gracia es necesaria. Cuando un pecador cambia su rumbo de muerte espiritual a vida espiritual, ¿se logra ese paso por el *monergismo* o por el *sinergismo*? La controversia entre calvinismo y arminianismo, o entre el agustinianismo y el semipelagianismo se resume en estas dos palabras y su significado.

MONERGISMO, NO SINERGISMO

La palabra *monergismo* contiene el prefijo *mon-,* que significa "uno", y la palabra *ergon,* que significa "trabajo", así que *monergismo* indica que solo uno es el que hace el trabajo. *Sinergismo* contiene el prefijo *sin-,* que significa "con", así que sinergismo tiene que ver con cooperación, con dos o más personas trabajando juntas. Tomás de Aquino formuló la pregunta de esta manera: ¿Es la gracia de la regeneración operativa o cooperativa? En otras palabras, cuando

el Espíritu Santo regenera a un pecador, ¿contribuye solo con una parte del poder para que el pecador añada algo de su propia energía o poder para lograr el efecto deseado, o la regeneración es una obra unilateral de Dios? Para ponerlo de otra forma: ¿Actúa Dios solo para cambiar el corazón de un pecador, o ese cambio en el corazón depende de la voluntad del pecador para cambiar?

Pablo escribe:

> En cuanto a ustedes, estaban muertos en sus delitos y pecados, en los cuales anduvieron en otro tiempo conforme a la corriente de este mundo y al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora actúa en los hijos de desobediencia.
> En otro tiempo todos nosotros vivimos entre ellos en las pasiones de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de la mente; y por naturaleza éramos hijos de ira, como los demás (Efesios 2:1-3).

En este pasaje, Pablo estaba recordándoles a los creyentes en Éfeso cómo eran antes de Cristo. Ellos estaban muertos, espiritualmente muertos. Los muertos no cooperan. Leemos en el Evangelio de Juan que Lázaro había estado muerto cuatro días antes que Jesús llegara. El único poder en el universo que podía traer ese cadáver fuera de la tumba era el poder de Dios. Cristo no invitó a Lázaro a salir de la tumba; no esperó a que Lázaro cooperara. Él dijo: "¡Lázaro, ven fuera!", y solo por el poder de ese imperativo el que estaba muerto salió vivo (Juan 11:43). Lázaro cooperó al caminar fuera de su tumba, pero no hubo cooperación en su transición de la muerte a la vida.

De manera similar, Pablo dice en Efesios que estamos en un estado de muerte espiritual. Por naturaleza somos hijos de ira y, según el Señor Jesús, nadie puede venir a él a menos que el Padre lo traiga (Juan 6:44).

Pablo continúa:

> Pero Dios, quien es rico en misericordia, a causa de su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en delitos, nos dio vida juntamente con Cristo. ¡Por gracia son salvos! Y juntamente con Cristo Jesús, nos resucitó y nos hizo sentar en los lugares celestiales para mostrar en las edades

venideras las superabundantes riquezas de su gracia, por su bondad hacia nosotros en Cristo Jesús (Efesios 2:4-7).

En nuestra carne no podemos hacer nada; si dependiera de nosotros, nunca escogeríamos las cosas de Dios. Mientras nosotros estamos en ese estado de muerte espiritual, caminando según el curso de este mundo y obedeciendo los deseos de nuestra carne, Dios nos da vida. Después que Dios nos da vida, extendemos nuestras manos en acto de fe, pero el primer paso es algo que solamente Dios hace. No nos susurra al oído: "¿Quisieras por favor cooperar conmigo?". Más bien, por medio de su Espíritu Santo interviene para cambiar la disposición del corazón que está muerto espiritualmente.

Desde el párrafo inicial de la carta a los Efesios, en donde se describe la dulzura de la predestinación, hasta este punto, en donde se muestran las exuberantes riquezas de la gracia de Dios en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús, hay constantes alabanzas a la gracia de Dios. Luego dice de nuevo: "Porque por gracia son salvos por medio de la fe; y esto no de ustedes pues es don de Dios. No es por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús para hacer las buenas obras que Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas" (2:8-10).

DOBLE PREDESTINACIÓN

Pablo escribe que por gracia somos salvos por medio de la fe: "...y esto no de ustedes". Gramaticalmente, el antecedente de "esto" incluye la palabra "fe". Somos justificados por medio de la fe, pero incluso la fe que tenemos no es algo que generamos. No proviene de nuestra naturaleza caída; es resultado de la actividad creativa de Dios, y esto es lo que los teólogos reformados quieren decir cuando hablan de regeneración monergista. Dios interviene en el corazón de los elegidos y cambia la disposición de su alma. Dios crea fe en corazones que no la tienen.

Para el semipelagianismo la idea de la regeneración monergista es repugnante, pues se dice que el Espíritu Santo no puede venir de manera unilateral y cambiar el corazón de la gente contra su voluntad. El problema es que la voluntad humana en todo tiempo y en todo lugar está opuesta a Dios, así que la única forma en que alguien va a elegir a Cristo voluntariamente es si Dios interviene

para hacerle dispuesto, por medio de la re-creación de su alma. Dios levanta a las personas de su muerte espiritual y les da vida para que no solo puedan elegir a Cristo sino que también lo hagan voluntariamente. Lo que subyace a la regeneración es el cambio de corazón, por medio del cual el reacio se hace dispuesto por el Espíritu de Dios. En la regeneración, quienes han odiado las cosas de Dios reciben una disposición totalmente nueva, un nuevo corazón. Esto es exactamente lo que Jesús dijo: a menos que alguien nazca de nuevo, no puede ver el reino de Dios, mucho menos entrar en él (Juan 3:1-5).

El distintivo básico entre la teología reformada y la no reformada es el orden de la salvación con respecto a la fe y la regeneración. Casi todos los cristianos evangélicos creen que la fe viene antes de la regeneración. En otras palabras, para nacer de nuevo, uno tiene que creer. Uno tiene que elegir a Cristo antes de que pueda ocurrir el nuevo nacimiento. Si así fuera, no tendríamos absolutamente nada de esperanza de salvación, porque una persona muerta espiritualmente, en enemistad con Dios, no puede elegir a Cristo. Tampoco podemos cambiar el corazón de la gente por medio de la evangelización. Podemos presentar el evangelio; podemos argumentar y tratar de persuadir y convencer. Pero solo Dios puede cambiar el corazón. Ya que solo Dios tiene el poder de cambiar la naturaleza del alma humana, tenemos que decir que la regeneración precede a la fe. Esta es la esencia de la teología reformada. El Espíritu Santo cambia la disposición del alma antes que esa alma llegue a la fe.

¿Significa esto que Dios es quien cree por medio de nosotros? No. Somos nosotros los que realizamos el acto de creer. ¿Elegimos a Cristo? Sí, elegimos a Cristo. Respondemos. Nuestra voluntad es transformada de manera que aquello que una vez odiamos, ahora lo amamos y corremos hacia el Hijo. Dios nos da el don de desearlo en nuestra alma. Decir que el hombre natural está buscando desesperadamente tratando de encontrar a Dios y que Dios no le dejará entrar porque no está en su lista es una distorsión de la enseñanza bíblica. Nadie trata de venir a Cristo si no es por la gracia especial de Dios.

Ambos lados del debate concuerdan en que la gracia es una condición necesaria. El punto de desacuerdo es sobre el monergismo y el sinergismo, si la gracia de regeneración es eficaz o —para decirlo

en un lenguaje más popular— irresistible. Quienes dicen que tenemos el poder de rechazarla se enredan en una teología sin esperanza. No toma en serio la posición bíblica del carácter radical de la caída de la humanidad. Simplemente somos incapaces de convertirnos a nosotros mismos, aun de cooperar con Dios para nuestra conversión. Cualquier cooperación presupone que ha habido un cambio, porque hasta que ese cambio ocurra, nadie coopera. Quienes creen que el ser humano coopera en la regeneración sostienen una forma de justicia por las obras. ¿Cómo podría ser de otra manera, si alguien puede entrar simplemente dando la respuesta "correcta"? Esta es una negación del evangelio. No hay rectitud humana alguna en la obra de regeneración.

LA CADENA DE ORO

La teología se refiere a la "cadena de oro" de la salvación:

> Y sabemos que Dios hace que todas las cosas ayuden para bien a los que le aman; esto es, a los que son llamados conforme a su propósito. Sabemos que a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo a fin de que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó (Romanos 8:28-30).

Hay una cadena, una secuencia, que comienza con el preconocimiento. Luego siguen la predestinación, el llamado, la justificación y la glorificación. Aquí hay una declaración elíptica, algo que se asume pero no se escribe. Es la palabra *todos.* A todos los que Dios ha preconocido, también los ha predestinado, a todos los que ha predestinado los ha llamado, a todos los que ha llamado los ha justificado, y todos los que ha justificado son glorificados.

Algunos indican que el preconocimiento precede a todos los otros puntos de la cadena de oro, y por eso sostienen la posición de la presciencia en la elección. Pero la predestinación, sin importar la posición que tengas, tiene que comenzar con preconocimiento porque Dios no puede predestinar a alguien que no conoce de antemano. Esto hace necesario que la cadena comience con el preconocimiento.

Y todos los que son preconocidos son predestinados, y todos los predestinados son llamados. Pablo no tiene en mente aquí a todos los seres humanos del mundo, sino solo a los predestinados, que son preconocidos y también llamados.

El punto es que todos los llamados son justificados, lo cual significa que todos los que son llamados reciben fe. O sea que este texto no puede referirse a lo que los teólogos denominan "el llamado externo del evangelio", que está dirigido a todos. Este texto se refiere al llamado interno, el llamado operativo, esa obra del Espíritu Santo que cambia eficazmente el corazón. El llamado eficaz del Espíritu Santo hace que suceda en nuestro corazón lo que Dios se propuso hacer desde la fundación del mundo. *Todos* los que han sido predestinados son llamados eficazmente por el Espíritu Santo; *todos* los que son llamados por el Espíritu Santo son justificados; y *todos* los que son justificados son glorificados. Si aplicáramos categorías arminianas a esta cadena de oro, tendríamos que decir que *algunos* de los preconocidos son predestinados; *algunos* de los predestinados son llamados; *algunos* de los llamados son justificados; y *algunos* de los justificados son glorificados. En ese caso, todo el texto perdería su significado.

Capítulo 41

JUSTIFICACIÓN SOLO POR LA FE

La doctrina de la justificación ha causado controversias tremendas en la historia de la iglesia. Fue el tema que provocó la Reforma protestante del siglo XVI, pues los reformadores mantuvieron firme su postura de *sola fide,* la justificación solo por la fe. Marín Lutero afirmaba que la doctrina de la justificación solo por la fe es el artículo sobre el cual la iglesia se sostiene o se cae, y Juan Calvino estaba de acuerdo con él. Ellos sostenían este punto doctrinal en ese lugar tan importante dentro de su teología porque veían que, según las Escrituras, lo que está en juego cuando se discute la justificación es nada menos que el evangelio mismo.

La doctrina de la justificación aborda el problema más grave del ser humano caído: quedar expuestos a la justicia de Dios. Dios es justo. Nosotros no lo somos. Como dice la oración de David: "Oh, SEÑOR, si tienes presente los pecados, ¿quién podrá, oh Señor, mantenerse en pie?" (Salmo 130:3). Obviamente es una pregunta retórica; nadie puede mantenerse en pie ante el escrutinio divino. Si Dios extendiera la vara de su justicia y la usara para evaluar y medir nuestra vida pereceríamos porque no somos justos ni rectos. La mayoría de nosotros piensa que si nos esforzamos en ser buenos eso será suficiente para presentarnos ante el juicio de Dios. El gran mito de la cultura popular, que ha penetrado a la iglesia, es que la gente puede *ganarse* el favor de Dios, aunque la Biblia claramente dice que por las obras de la ley nadie será justificado (Gálatas 2:16). Somos deudores que no podemos pagar nuestra deuda.

Por eso el evangelio significa "buenas noticias". Escribiendo acerca del evangelio, Pablo expresó lo siguiente: "Porque no me avergüenzo del evangelio pues es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primero y también al griego. Porque en él la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: *Pero el justo vivirá por la fe"* (Romanos 1:16,17). A fin de cuentas, la justificación es un pronunciamiento legal hecho por Dios. En otras palabras, la justificación puede ocurrir solo cuando Dios, quien es justo en sí mismo, se convierte en el Justificador al decretar que alguien es justo ante su presencia.

SIMULIUSTUS ET PECCATOR (Al mismo tiempo justo y pecador)

El debate del siglo XVI se trataba de si Dios espera a que las personas se hagan buenas para entonces declararlas justas o si más bien las declara justas ante sus ojos cuando todavía son pecadoras. Lutero propuso una fórmula que ha sobrevivido hasta el día de hoy. Él dijo que somos *simul iustus et peccator,* que significa: "al mismo tiempo justo y pecador". Lutero estaba diciendo que una persona justificada es simultáneamente justa y pecadora. Somos justos en virtud a la obra de Cristo, pero todavía no hemos sido perfeccionados, y por eso todavía pecamos.

La Iglesia Católica Romana argumenta que la doctrina de Lutero era una ficción legal. Los teólogos romanos se preguntan: ¿Cómo puede Dios declarar justo a alguien cuando todavía es pecador? Eso no sería digno de Dios. Roma más bien defiende lo que se ha llamado "justificación analítica". Ellos concuerdan en que la justificación ocurre cuando Dios declara justo a alguien; sin embargo, para Roma, Dios no declarará justa a una persona hasta que esa persona sea, de hecho, justa. Los protestantes responden que cuando Dios declara justa a una persona no hay nada de ficción en ello. Esa persona es justa ante los ojos de Dios gracias a la obra real de Cristo Jesús, que no tiene nada de ficticio.

LA CAUSA INSTRUMENTAL

Decimos que la justificación es solo por la fe, y la palabra *por* en esa frase era parte de la controversia del siglo XVI. Se refiere al medio por el cual algo sucede. Por lo tanto, la controversia tenía que ver con la causa instrumental de la justificación. Hoy en día no hablamos

mucho sobre causas instrumentales. De hecho, ese lenguaje se remonta a la antigua Grecia cuando el filósofo Aristóteles distinguió entre los diversos tipos de causas: material, formal, final, eficaz e instrumental. Como ejemplo, Aristóteles usaba la creación de una estatua por parte de un escultor. El escultor moldea su bloque de roca. La causa material de su estatua es la materia de la cual se produce el arte, la roca misma. La causa instrumental, es decir, los medios por los cuales la roca se transforma en una estatua magnífica, son el martillo y el cincel. Este era el lenguaje que se usaba en el debate del siglo XVI.

¿INFUSIÓN O IMPUTACIÓN?

La Iglesia Católica Romana decía que la causa instrumental de la justificación es el sacramento del bautismo. El bautismo le confiere sacramentalmente a quien lo recibe la gracia de la justificación; en otras palabras, la justicia de Cristo se derrama en el alma de quien recibe el bautismo. Ese derramamiento de gracia en el alma se conoce como "infusión". De modo que Roma no cree que una persona sea justificada aparte de la gracia o la fe, pero esa justificación sucede como resultado de una infusión de la gracia por medio de la cual se hace posible la justicia humana.

Luego, según los católicos romanos, para que alguien llegue a ser justo tiene que cooperar con la gracia infundida. La persona debe dar su consentimiento a tal grado que se logre alcanzar la justicia. Mientras que la persona se cuide de no cometer pecado mortal, permanece en estado justificado. Sin embargo, según Roma, el pecado mortal es tan malo que mata la gracia justificante que esa persona poseía, así que quien comete un pecado mortal pierde la gracia de la justificación. Pero no todo está perdido. Un pecador puede ser restaurado al estado justificado por medio del sacramento de la penitencia. La Iglesia Católica Romana define este sacramento como una segunda tabla de justificación para quienes han "naufragado" en su fe. Por eso la gente va a confesarse, pues es parte del sacramento de penitencia. Cuando se confiesan los pecados se recibe la absolución, y después se deben realizar obras de satisfacción que ganan lo que en el catolicismo romano se conoce como "mérito congruente". Las obras de mérito congruente son parte integral del sacramento de la penitencia, porque estas obras de satisfacción hacen propio, o

congruente, que Dios restaure al pecador a un estado de gracia. Así que la teología romana tiene dos causas de justificación: bautismo y penitencia.

En cambio, los reformadores protestantes argumentaban que la única causa instrumental de la justificación es la fe. Tan pronto como la persona recibe a Cristo por la fe, los méritos de Cristo se transfieren a la persona. En tanto que Roma afirma la justificación por infusión, la teología protestante afirma la justificación por imputación. La Iglesia Católica Romana dice que Dios declara a alguien justo solo en virtud de su cooperación con la gracia de Cristo que le ha sido infundida. Para los protestantes, el fundamento de la justificación es exclusivamente la justicia de Cristo; no la justicia de Cristo *en* nosotros, sino la justicia de Cristo *por* nosotros, la justicia que Cristo logró en su obediencia perfecta a la ley de Dios. Esta justicia, una parte fundamental de la justificación, se aplica a todo aquel que pone su confianza en Cristo. La otra parte fundamental del terreno de la justificación es la satisfacción perfecta que Cristo logró de las sanciones negativas de la ley por medio de su muerte sacrificial en la cruz.

Esto significa que somos salvos no solamente por la muerte de Jesús, sino también por su vida. Ocurre una doble transferencia, una doble imputación. Como Cordero de Dios, Cristo fue a la cruz y sufrió la ira de Dios, pero no por algún pecado que Dios haya visto en él. Él voluntariamente tomó sobre sí nuestros pecados. Se hizo el portador del pecado cuando Dios el Padre transfirió nuestros pecados a él. Esto es la imputación: una transferencia legal. Cristo asumió nuestra culpa en su propia persona; nuestra culpa le fue imputada a él. La otra transferencia ocurre cuando Dios aplica la justicia de Cristo a nosotros.

De manera que cuando Lutero dijo que la justificación es solo por la fe, se refería a que la justificación se logra *solamente por Cristo,* por lo que él logró para satisfacer las demandas de la justicia de Dios. La imputación involucra la transferencia de la justicia de otra persona. La infusión involucra la implantación de la justicia inherente, que ya existe en la persona.

Las causas instrumentales de la justificación, según la iglesia de Roma, son los sacramentos del bautismo y la penitencia, y para los protestantes la causa instrumental de la justificación es solo la fe.

Además, la postura católica romana sobre la justificación descansa sobre el concepto de la infusión, mientras que la postura protestante descansa sobre la imputación.

¿ANALÍTICA O SINTÉTICA?

Otra diferencia es que la postura católica romana de la justificación es analítica, mientras que la postura de la Reforma es sintética. Un postulado analítico es aquel que es verdadero por definición; por ejemplo: "Un soltero es un hombre no casado". El predicado, "un hombre no casado", no añade información nueva al sujeto de la oración, "un soltero", de modo que el postulado es verdadero por definición. Sin embargo, si decimos: "El soltero es un hombre rico", hemos dicho, o predicado, algo acerca del soltero que no se encuentra en el sujeto, porque no todos los solteros son ricos. En ese caso, tenemos un postulado sintético.

La Iglesia Católica Romana dice que Dios no declara justa a la persona hasta que, bajo análisis, esa persona es justa. Los protestantes dicen que la persona es justa sintéticamente, porque tiene algo que le ha sido añadido: la justicia del Señor Jesús. Así que para el católico romano la justicia debe ser *inherente,* mientras que para los protestantes la justicia es *extra nos,* o sea, "afuera de nosotros". Hablando con propiedad, diríamos que no es nuestra. Cuenta para nosotros solo cuando nos abrazamos a Cristo por la fe.

La maravillosa buena noticia del evangelio es que no tenemos que esperar hasta que hayamos purgado todas las impurezas restantes en el purgatorio; en el momento en que ponemos nuestra confianza en Jesucristo, todo lo que él es y todo lo que él tiene se convierte en nuestro, y somos trasladados inmediatamente a un estado de reconciliación con Dios.

Capítulo 42

LA FE QUE SALVA

Vimos en el capítulo anterior que las causas instrumentales de la justificación, según el pensamiento de la Iglesia Católica Romana, son los sacramentos del bautismo y la penitencia. Pero para el pensamiento protestante la causa instrumental es solo la fe. Además, la postura católica romana de la justificación descansa sobre una infusión de justicia, mientras que en el protestantismo es la imputación de la justicia de Cristo. Muchos creen que los católicos romanos rebajan la importancia de la fe, pero eso no es cierto. La Iglesia Católica Romana insiste en la necesidad de la fe para la justificación; sin embargo, sostiene que la fe no es suficiente por sí sola para justificar a nadie. Debe haber también obras. Por lo tanto, la diferencia real es que la iglesia romana cree en la fe más las obras, y en la gracia más los méritos, mientras que la Reforma declara que la justificación es solo por la fe y solo por la gracia.

La fe es central para el cristianismo. En repetidas ocasiones el Nuevo Testamento llama a la gente a creer en el Señor Jesucristo. Hay un conjunto definido de creencias, el cual es parte de nuestra actividad religiosa. En el tiempo de la Reforma, el debate tenía que ver con la *naturaleza* de la fe que salva. ¿Qué es la fe que salva? A mucha gente, la idea de justificación solo por la fe le sugiere un antinomianismo sutilmente velado que sostiene que la gente puede vivir como guste y quiera mientras que crean en las doctrinas correctas. Sin embargo, Santiago escribió en su epístola: "Hermanos

míos, si alguno dice que tiene fe y no tiene obras, ¿de qué sirve? ¿Puede acaso su fe salvarle?... Así también la fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma" (2:14, 17). Lutero decía que la clase de fe que justifica es *fides viva,* una "fe viva", una que inevitable, necesaria e inmediatamente otorga el fruto de justicia. La justificación es solo por la fe, pero no por una fe que está sola. Una fe sin algún resultado de justicia no es fe verdadera.

Para la Iglesia Católica Romana, la fe más las obras da como resultado la justificación. Para el antinomianismo, fe menos obras da como resultado la justificación. Para los reformadores protestantes, fe es igual a justificación más obras. En otras palabras, las obras son el fruto necesario de la verdadera fe. Las obras no cuentan para la declaración de Dios de que somos justos ante sus ojos; no son parte del fundamento para la decisión de Dios de declararnos justos.

ELEMENTOS ESENCIALES DE LA FE QUE SALVA

¿Cuáles son los elementos constituyentes de la fe que salva? Los reformadores protestantes reconocían que la fe bíblica tiene tres aspectos esenciales: *notitia, assensus* y *fiducia.*

Notitia se refiere al contenido de la fe, las cosas que creemos. Se trata de ciertas cosas que hay que creer sobre Cristo: él es el Hijo de Dios, es nuestro Salvador, ha provisto la expiación, etc.

Assensus es la convicción de que el contenido de nuestra fe es verdadero. Alguien puede saber sobre la fe cristiana pero creer que no es verdad. Podemos tener algunas dudas mezcladas con nuestra fe, pero tiene que haber un cierto nivel de afirmación y convicción intelectual si vamos a ser salvos. Antes de que alguien pueda realmente confiar en Jesucristo, tiene que creer que Cristo en realidad es el Salvador, que es efectivamente todo lo que él dijo sobre sí mismo. La fe genuina dice que el contenido, la *notitia,* es verdad.

Fiducia se refiere a la confianza personal. Saber y creer el contenido de la fe cristiana no es suficiente, porque incluso los demonios pueden hacer eso (Santiago 2:19). La fe es efectiva solamente cuando uno confía solo en Cristo para su salvación. Una cosa es dar consentimiento intelectual a una proposición pero otra muy diferente es colocar en esa idea nuestra confianza personal. Podemos decir que creemos en la justificación por la fe, y aun así seguir pensando que vamos a ganarnos el cielo por nuestros logros,

por nuestras obras, por nuestra lucha. Es fácil meter en la cabeza la doctrina de la justificación por la fe, pero es difícil meter en la sangre y en la vida la confianza solo en Cristo para nuestra salvación.

Existe otro elemento para *fiducia* además de la confianza, y es el afecto. Una persona no regenerada nunca vendrá a Jesús porque no quiere a Jesús. En su mente y en su corazón esa persona está fundamentalmente en enemistad con las cosas de Dios. En tanto que una persona es hostil a Cristo no tiene afecto por él. Satanás es un ejemplo de esto. Satanás conoce la verdad, pero la odia. Está totalmente opuesto a adorar a Dios porque no tiene amor por Dios. Por naturaleza todos somos así. Estamos muertos en nuestro pecado. Caminamos según los poderes de este mundo y satisfacemos los deseos de la carne. Hasta que el Espíritu Santo nos cambia, tenemos corazones de piedra. Un corazón no regenerado no tiene afecto por Cristo; no tiene vida y no tiene amor. El Espíritu Santo cambia la disposición de nuestro corazón para que veamos la dulzura de Cristo y lo abracemos. Nadie ama a Cristo de manera perfecta, pero no podemos amarlo ni siquiera un poco a menos que el Espíritu Santo nos cambie el corazón de piedra y lo haga un corazón de carne.

FRUTOS DE LA CONVERSIÓN

Los teólogos tradicionalmente han reconocido varios elementos que acompañan a la fe salvadora. Se los llama "frutos de la conversión". Vamos a revisar algunos de ellos.

Arrepentimiento

Cuando el Espíritu Santo trae a alguien a la fe, esa persona experimenta una conversión. Su vida da un giro de 180 grados. Esta media vuelta se llama "arrepentimiento", y es un fruto inmediato de la fe genuina. Algunos incluyen al arrepentimiento como parte de la fe genuina. Sin embargo, la Biblia distingue entre arrepentirse y creer. No podemos tener afecto por Cristo hasta que reconozcamos que somos pecadores y que necesitamos desesperadamente la obra que él realizó a nuestro favor. El arrepentimiento incluye el odio al pecado, que viene con el nuevo afecto que Dios nos otorga.

No me gusta cuando algunos pastores dicen: "Ven a Jesús y todos tus problemas se resolverán". Mi vida no era complicada antes de

llegar a Cristo; las complicaciones comenzaron al conocer a Cristo. Antes de ser cristiano yo iba por una vía de un solo sentido. Hoy todavía enfrento tentaciones de este mundo, pero Dios ha plantado en mi corazón afecto y confianza en Cristo. En otras palabras, nos arrepentimos porque odiamos nuestro pecado. Sí, una parte de nosotros todavía ama al pecado, pero el arrepentimiento verdadero conlleva una tristeza piadosa por haber ofendido a Dios y una decisión firme de deshacerse del pecado. El arrepentimiento no significa la victoria total sobre el pecado. Si la victoria total fuera un requisito nadie podría ser salvo. El arrepentimiento es alejarse del pecado, es una perspectiva diferente del pecado. La palabra griega que se traduce "arrepentimiento" es *metanoia,* que significa literalmente "cambio de mente". Antes de Cristo racionalizábamos nuestro pecado, pero ahora nos damos cuenta de que el pecado es algo malo; ahora tenemos una opinión diferente acerca del mismo.

Adopción

Cuando Dios nos declara justos en Jesucristo nos adopta en su familia. Su único Hijo verdadero es Cristo, pero Cristo se convierte en nuestro hermano mayor por medio de la adopción. Nadie nace dentro de la familia de Dios. Por naturaleza somos hijos de ira, no hijos de Dios; por lo tanto, Dios no es nuestro Padre por naturaleza. Podemos tener a Dios por Padre solo si nos adopta, y Dios nos adoptará solo por medio de la obra de su Hijo. Pero cuando depositamos nuestra fe y confianza en Cristo, Dios no solo nos declara justos sino que también nos declara sus hijos e hijas por adopción.

Paz

Pablo escribe a los Romanos: "Justificados, pues, por la fe tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo..." (5:1). El primer fruto de la justificación es la paz con Dios. Éramos enemigos, pero la guerra ya terminó. Dios declara un tratado de paz con todo aquel que pone su fe en Cristo. Cuando Dios hace esto, no entramos en un tiempo de tregua inestable en el que al momento de nuestra primera falla Dios comience a blandir la espada. Esta paz es una paz inquebrantable y eterna, porque ha sido ganada por la perfecta justicia de Cristo.

Acceso a Dios

Pablo también escribe: . .por medio de quien [Cristo] también hemos obtenido acceso por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios" (Romanos 5:2). Otro fruto es el acceso a Dios. Dios no permite la entrada a sus enemigos para tener con ellos amistad íntima, pero una vez que hemos sido reconciliados con Dios por medio de Cristo tenemos acceso a su presencia y nos gozamos en la gloria de su Ser.

Capítulo 43

ADOPCIÓN Y UNIÓN CON CRISTO

En su primera epístola, el apóstol Juan hace una declaración de asombro apostólico: "Miren cuán grande amor nos ha dado el Padre para que seamos llamados hijos de Dios. ¡Y lo somos! Por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios..." (1 Juan 3:1, 2). Es evidente el sentido de asombro en el texto de Juan. El hecho de ser hijos de Dios es algo que casi siempre damos por sentado, pero no fue así en la iglesia del tiempo de los apóstoles.

HIJOS DE DIOS

Vivimos en una cultura que ha sido muy influida por el interés que comenzó en el siglo XIX: el estudio de las religiones del mundo. Como resultado de las crecientes posibilidades de viajar, la gente de ese tiempo comenzó a conocer otras religiones que antes no conocía. Había mucho interés, particularmente en Alemania, en el estudio de las religiones comparadas. De hecho, "religiones comparadas" se convirtió en una nueva disciplina académica. Durante este período, antropólogos, sociólogos y teólogos examinaron las religiones del mundo y buscaron penetrar al corazón de cada una para destilar su esencia y descubrir similitudes entre hinduistas, musulmanes, judíos, cristianos, budistas y otros más.

Entre esos eruditos estaba Adolf von Harnack, quien escribió el libro *Das Wesen des Christentum,* traducido como *¿Qué es el*

cristianismo? En este libro, él trató de reducir al cristianismo al común denominador más básico que comparte con otras religiones. Decía que la esencia de la fe cristiana se encuentra en dos premisas: la paternidad universal de Dios y la hermandad universal de los seres humanos. El problema con la conclusión de Harnack es que ninguno de los dos conceptos se enseña en la Biblia. Aunque Dios es el Creador de toda la gente, la paternidad de Dios es un concepto radical en el Nuevo Testamento. Por eso Juan expresa una actitud de asombro cuando dice: "Miren cuán grande amor nos ha dado el Padre para que seamos llamados hijos de Dios".

Otro erudito alemán, Joachim Jeremías, realizó un estudio del concepto bíblico de la paternidad de Dios. Observó que entre el pueblo judío de la antigüedad los niños recibían instrucción sobre la manera correcta de dirigirse a Dios al orar. Es muy notoria la ausencia de la palabra "Padre" en la larga lista de títulos apropiados para Dios. En cambio, cuando llegamos al Nuevo Testamento, vemos que casi en cada oración de Jesús, él se dirigió a Dios directamente como "Padre". Jeremías dice además que, fuera de la comunidad cristiana, la primera referencia escrita que pudo encontrar de un judío dirigiéndose a Dios como "Padre" era del siglo X d. de J.C. en Italia. En otras palabras, llamarle a Dios "Padre" fue una separación radical de las costumbres judías por parte de Jesús, un hecho que escandalizó a los fariseos porque lo consideraban como una pretensión tácita de divinidad.

Hoy en día ya no se considera radical llamarle a Dios "Padre" al orar. Incluso es algo todavía más sorprendente que Jesús haya instruido a sus discípulos a dirigir sus oraciones al Padre, cuando les enseñó el Padre Nuestro (Mateo 6:9). De modo que Jesús no solo se dirigía a Dios como "Padre", sino que extendió ese privilegio a sus discípulos.

En años recientes el movimiento de la Nueva Era ha tenido tal impacto en la iglesia que hay algunos pastores que enseñan que cualquier cristiano verdadero es una encarnación de Dios así como lo fue Jesús. Esa enseñanza niega el carácter único de Cristo en su encarnación. Los cristianos que defienden esa idea se han dado cuenta de la importancia de ser hijos e hijas de Dios pero se han dejado desviar hasta el punto de oscurecer la singularidad de Cristo como el Hijo de Dios.

La filiación de Cristo es central para el Nuevo Testamento. En el Nuevo Testamento hay tres referencias a Dios el Padre hablando de manera audible desde el cielo, y en dos de ellas Dios declara que Jesús es su Hijo: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia" (Mateo 3:17; ver también los pasajes de Mateo 17:5; Juan 12:28). Por lo tanto, hay que proteger con cuidado la singularidad de Cristo como el Hijo de Dios. De hecho, se le llama el *monogenes,* el "unigénito" del Padre. Según Jesús, no somos hijos de Dios por naturaleza; somos hijos de Satanás. El único que puede decir que es Hijo de Dios inherentemente, es decir, de manera natural, es Jesús mismo.

> En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por medio de él pero el mundo no lo conoció. A lo suyo vino pero los suyos no lo recibieron. Pero a todos los que lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio derecho de ser hechos hijos de Dios, los cuales nacieron no de sangre ni de la voluntad de la carne ni de la voluntad de varón sino de Dios (Juan 1:10-13).

El término griego traducido "derecho" en el versículo 12 es una palabra poderosa que también se traduce "autoridad". Es la misma palabra que usó la gente cuando escuchaba a Jesús predicando: ".. .les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas" (Marcos 1:22). Se nos ha dado una autoridad extraordinaria al recibir el derecho de llamar a Dios "Padre".

Entonces aprendemos aquí que ser hijos e hijas de Dios es un regalo. No es algo ganado o recibido al nacer. ¿Cómo nos llega este regalo? Pablo nos dice:

> Así que, hermanos, somos deudores, pero no a la carne para que vivamos conforme a la carne. Porque si viven conforme a la carne, han de morir; pero si por el Espíritu hacen morir las prácticas de la carne, vivirán. Porque todos lo que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios. Pues no recibieron el espíritu de esclavitud para estar otra vez bajo el temor sino que recibieron el espíritu de adopción como hijos, en el cual clamamos: "¡Abba, Padre!". El Espíritu mismo da testimonio juntamente con nuestro espíritu de

> que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, también somos herederos: herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados (Romanos 8:12-17).

DERECHOS DE ADOPCIÓN

Somos hijos de Dios por adopción, que es un fruto de nuestra justificación. Cuando somos reconciliados con Dios, él nos adopta en su familia. La iglesia es una familia con un Padre y un Hijo, y todos los demás en la familia hemos sido adoptados. Por eso vemos a Cristo como nuestro hermano mayor. Hemos sido hechos herederos de Dios y coherederos con Cristo. El Hijo legítimo pone a nuestra disposición todo lo que él recibió en su herencia. Él comparte con sus hermanos y hermanas toda su herencia.

Esto es algo que nunca debemos dar por sentado. Cada vez que oramos "Padre nuestro" debiéramos temblar por el asombro de ser llamados "hijos de Dios". En la familia de Dios no hay membrecía de segunda clase. Distinguimos correctamente entre el Hijo legítimo de Dios y los hijos e hijas adoptados de Dios, pero una vez que la adopción ha ocurrido ya no hay diferencia en el estatus de membrecía en su familia. Dios da a todos sus hijos e hijas toda la plenitud de la herencia que pertenece al Hijo legítimo.

En nuestra adopción como hijos e hijas también disfrutamos la unión mística del creyente con Cristo. Cuando algo se describe como "místico" estamos diciendo que trasciende lo natural y, en cierto sentido, es inefable. Podemos entender esto por medio de un estudio de dos preposiciones griegas: *en* y *eis,* y ambas se pueden traducir "en". La distinción técnica entre estas dos palabras es importante. La preposición *en* significa "en" o "dentro de", mientras que la preposición *eis* significa "entrar en". Cuando el Nuevo Testamento nos llama a creer en el Señor Jesucristo, somos llamados no solamente a creer en algo sobre él, sino a *entrar en* él.

Si estamos afuera de un edificio, para entrar debemos pasar a través de una puerta. Una vez hecha la transición, habiendo cruzado el umbral del exterior al interior, estamos adentro. Entrar es el *eis* y, una vez adentro, estamos ubicados *en.* Esta distinción es importante, porque el Nuevo Testamento nos dice que no solamente hemos de creer *entrando en* Cristo, sino que también los que tienen fe genuina

están *en* Cristo. Estamos en Cristo y Cristo está en nosotros. Hay una unión espiritual entre cada creyente y Cristo mismo.

Además, todos somos parte de la comunión mística de los santos. Esta comunión mística es el fundamento para el compañerismo espiritual trascendente que cada cristiano disfruta con todos los otros cristianos. También tiene un impacto moderador en nosotros. Si tú y yo estamos ambos en Cristo, la unión que compartimos trasciende nuestras dificultades relaciónales. Esto no es solo un concepto teórico; el lazo de unión de esa familia es más fuerte incluso que el que disfrutamos con nuestra familia biológica. Este es el fruto de nuestra adopción.

Capítulo 44

SANTIFICACIÓN

Cuando era joven escuchaba con frecuencia la predicación por radio de Robert J. Lamont. Tiempo después, cuando estaba en el seminario, tuve la oportunidad de conocer al doctor Lamont. En esa ocasión me preguntó, bromeando: "Entonces, joven, ¿qué hay en tu mente parcialmente santificada?".

La buena noticia de la fe cristiana no consiste solamente en que somos justificados por la justicia de alguien más, sino también que no tenemos que esperar hasta que seamos plenamente santificados para que Dios nos acepte en su comunión. La santificación, por más parcial que pueda ser en esta vida, de todos modos es real. Es el proceso por el cual quienes han sido declarados justos son hechos santos. Nuestro estatus delante de Dios se basa en la justicia de alguien más; sin embargo, en el momento en que somos justificados, se efectúa en nosotros un cambio real por el Espíritu Santo para que seamos conformados cada vez más a la imagen de Cristo. El cambio de nuestra naturaleza hacia la santidad y la rectitud comienza inmediatamente.

SANTIFICACIÓN GARANTIZADA

Observamos antes que la justificación es solo por la fe, pero no por una fe que está sola. En otras palabras, si está presente la fe verdadera, hay un cambio en la naturaleza de la persona que se manifiesta en buenas obras. El fruto de la santificación es tanto una consecuencia

necesaria como inevitable de la justificación. Esta verdad sirve como advertencia para quienes sostienen la postura de que es posible que la persona se convierta a Cristo pero que nunca rinda fruto bueno ni cambie en su conducta. Es la idea del "cristiano carnal".

Por supuesto que, en cierto sentido, los cristianos *somos* carnales a lo largo de nuestra vida; es decir, en esta vida nunca se desvanece completamente el impacto de la carne. Tenemos que luchar contra la carne hasta el momento en que entremos en la gloria. Sin embargo, si alguien está completamente en la carne de tal forma que no hay evidencia de cambio alguno en su naturaleza, entonces ese individuo no es un cristiano carnal, sino un no cristiano carnal. Hay quienes tienen tanta preocupación por aumentar el número de convertidos que se resisten a considerar que haya algunas profesiones de fe falsas. Pero si alguien hace una profesión de fe y no muestra fruto alguno es porque no hubo conversión real. No somos justificados por una *profesión* de fe sino por la *posesión* de fe. Ahí donde la fe es verdadera el fruto de esa fe comienza a aparecer inmediatamente. Para una persona convertida es imposible permanecer sin cambios. La misma presencia de la nueva naturaleza —la presencia y el poder del Espíritu Santo que habita en nosotros— indica que, de hecho, somos transformados y que seguimos transformándonos.

Al mismo tiempo, la santificación no progresa en una línea constante desde el punto de partida de la conversión hasta que llegamos a nuestro hogar en la gloria. En general, hay un crecimiento constante en la vida cristiana, pero existen picos y valles. Puede haber ocasiones en las que un cristiano caiga radicalmente en un pecado prolongado. De hecho, puede darse el caso de cristianos que caen en pecados tan escandalosos que deben entrar en la disciplina de la iglesia y tal vez incluso en la excomunión. A veces ese último paso de la disciplina (la excomunión) es necesario para restaurar a un reincidente a la fe. Habiendo dicho esto, mientras pasamos de la infancia espiritual hacia la adultez espiritual los picos y valles tienden a suavizarse. Nuestras alturas espirituales son menos intensas, pero así también son nuestras caídas a las profundidades. Llegamos a ser más estables en nuestro crecimiento y nuestra comunión en Cristo.

TRABAJANDO LO QUE DIOS TRABAJA

Hay muchas iglesias que enseñan formas de perfeccionismo, y muy

relacionadas a esas posturas están los movimientos que prometen saltos instantáneos de santificación por medio de experiencias más profundas de vida o comunión más profunda con el Espíritu Santo. Aunque muchos se quedan cortos en su pretensión de perfeccionismo, sí hablan de dos tipos de cristianos: los que tienen un patrón de crecimiento normal y los que tienen un avance repentino en su santificación por medio de una experiencia más profunda con el Espíritu. Ciertamente no quiero disuadir a nadie de buscar la cercanía y profundidad en su caminar con el Espíritu Santo; eso es algo que debemos buscar en todo tiempo. Sin embargo, la Biblia en ningún lugar enseña que debemos esperar curas instantáneas para el pecado o lograr una vida cristiana victoriosa por medio de una dosis especial del Espíritu.

La imitación de Cristo es uno de los libros cristianos clásicos en el tema de la santificación. Su autor, Tomás de Kempis, dijo que es muy raro que un cristiano rompa un mal hábito en el curso de su vida. Hay veces en que todo cristiano se pregunta: "¿Cómo puedo ser cristiano y todavía seguir luchando así con mi carne?". Si hemos estado caminando con Dios por mucho tiempo, podemos hallar consuelo al mirar hacia atrás al curso de nuestra vida cristiana y reconocer que Dios ha estado transformándonos y dándonos progreso real en la fe cristiana. De todas formas, el ser moldeado y llevado a la madurez espiritual es una experiencia que dura toda la vida. Tendemos a buscar gratificaciones instantáneas. Queremos saber cómo ser santificados en tres pasos fáciles, pero no existen tales pasos. La santificación es un proceso que dura toda la vida y que involucra una enorme cantidad de trabajo intensivo.

Pablo escribe: "De modo que, amados míos, así como han obedecido siempre —no solo cuando yo estaba presente sino mucho más ahora en mi ausencia—, ocúpense en su salvación con temor y temblor; porque Dios es el que produce en ustedes tanto el querer como el hacer para cumplir su buena voluntad" (Filipenses 2:12,13). Pablo nos dice que trabajemos nuestra salvación, lo que en realidad es un llamado a ser diligentes en la búsqueda de la rectitud. Esto es trabajo y, por lo tanto, un cristiano que busca la santificación y la madurez espiritual debe estar activo. Pablo también nos dice que lo hagamos "con temor y temblor". No quiere decir que debemos estar en un estado de ansiedad paralizante. Más bien, está describiendo la

atmósfera en la que debemos trabajar y ejercitar nuestra salvación. No podemos simplemente relajarnos en la búsqueda de la santificación montados en la ola en la que el Espíritu Santo nos transporta. Debemos tratar de agradar a Dios.

La buena noticia que Pablo subraya es que podemos hacerlo porque Dios está obrando dentro de nosotros tanto el querer como el hacer. Esta es un área en la cual hay sinergismo genuino, cooperación. La santificación es un proceso cooperativo en el cual Dios trabaja y nosotros trabajamos también. Una de las tareas principales del Espíritu Santo es la aplicación de nuestra redención; él hace que en nuestra alma se manifieste el fruto de nuestra justificación. Trabaja en nosotros para cambiar nuestra naturaleza, y nosotros cooperamos con él.

PUNTOS DE VISTA HERÉTICOS DE LA SANTIFICACIÓN

Esto nos da pie para tratar dos conjuntos de herejías muy persistentes que han amenazado a la iglesia a lo largo de su historia. El primero de estos conjuntos es el activismo y el quietismo. El activismo es la herejía de la autojustificación en la cual la gente intenta obtener la santificación por sus propios esfuerzos. El error del quietismo fue introducido por los místicos franceses en el siglo XVII. Los quietistas dicen que la santificación es exclusivamente el trabajo del Espíritu Santo. Los cristianos no necesitan ejercitarse en ella; solo necesitan estar quietos y no estorbar al Espíritu Santo que hace todo el trabajo. Dicen, en esencia: "Que Dios lo haga todo". Hay veces en que sí es importante dejar que Dios trabaje. Si nos afanamos demasiado en nuestras propias fuerzas y no dependemos de la ayuda del Espíritu Santo, entonces es hora de aquietarse. Pero no debemos abrazar una especie de quietismo permanente que busca dejar que Dios haga todo el trabajo.

El segundo par de herejías en cuanto a la doctrina de la santificación es el antinomianismo y el legalismo. La gran mayoría de las iglesias han sufrido y sido afligidas severamente por una de estas dos, y a veces por las dos distorsiones. Los legalistas ven la ley de Dios como algo tan importante para la santificación que le añaden puntos a la ley. Para ayudar al cristiano en su santificación tratan de legislar en los puntos en los que Dios dejó al ser humano en libertad. Tienden a crear regulaciones y reglamentos, como el prohibirle a

los cristianos bailar o ir al cine. Ahí donde Dios no ha legislado, los legalistas encadenan a las personas e inevitablemente sustituyen la ley real de Dios con leyes hechas por el hombre.

El otro extremo es el antinomianismo, que afirma que la ley de Dios ya no se aplica en la vida cristiana. Los antinomianos dicen que debido a que los cristianos están bajo la gracia no tienen necesidad de obedecer la ley de Dios. Esta herejía está muy extendida. De hecho, estamos viviendo un período de un antinomianismo que lo impregna todo en la iglesia. Una persona verdaderamente piadosa entiende que ya no está bajo el yugo de la ley, pero aun así ama la ley de Dios y medita en ella de día y de noche, porque ahí descubre lo que agrada a Dios y lo que refleja el carácter de Dios. En lugar de huir de la ley de Dios, el cristiano que busca diligentemente la rectitud y la santificación se convierte en un estudioso serio de la ley de Dios.

Capítulo 45

LA PERSEVERANCIA DE LOS SANTOS

• T)uede perder su salvación alguien realmente convertido? Me £ .L hacen esa pregunta con frecuencia casi siempre personas que observan cómo los jóvenes renuncian a la fe en la que fueron educados desde pequeños. Sin embargo, quienes tienen fe verdadera no la pueden perder jamás; los que pierden su fe nunca la tuvieron. Como escribió el apóstol Juan: "Salieron de entre nosotros pero no eran de nosotros; porque si hubieran sido de nosotros habrían permanecido con nosotros. Pero salieron para que fuera evidente que no todos eran de nosotros" (1 Juan 2:19).

Hay quienes hacen una profesión de fe y llegan a estar inmersos profundamente en la vida de la iglesia o en alguna organización cristiana, solo para luego dejar la iglesia y repudiar la fe que profesaron. Es fácil convertirse a las instituciones pero no tener una conversión genuina a Cristo. Hay ministerios que tienen habilidad para hacer que el cristianismo parezca atractivo para que la gente pueda entrar en grandes cantidades, pero esas personas que entran lo han hecho sin siquiera tener que lidiar con Cristo o con su pecado. Jesús enseñó una parábola que se relaciona directamente con este fenómeno:

> He aquí un sembrador salió a sembrar. Mientras él sembraba, parte de la semilla cayó junto al camino; y vinieron las aves y la devoraron. Y otra parte cayó en pedregales, donde no

> había mucha tierra; y brotó rápidamente, porque la tierra no era profunda. Pero cuando salió el sol, se quemó y, porque no tenía raíz, se secó. Y otra parte cayó entre los espinos. Los espinos crecieron y la ahogaron. Y otra parte cayó en buena tierra y dio fruto, una a ciento, otra a sesenta y otra a treinta por uno (Mateo 13:3-8).

El punto de la parábola es que solo la semilla sembrada en buena tierra durará, y esa buena tierra es el alma transformada que ha sido regenerada por el Espíritu Santo.

DOS PERSPECTIVAS

La doctrina de la perseverancia de los santos se refiere directamente a la cuestión de si los cristianos pueden perder su salvación. La respuesta que da la Iglesia Católica Romana es que sí. Los teólogos romanos sostienen que las personas pueden perder su salvación si cometen pecados mortales, lo cual, como observamos en un capítulo anterior, es un pecado que mata o destruye la gracia justificante en el alma, y hace necesario que el pecador sea justificado de nuevo por medio del sacramento de la penitencia. Si el pecador no es justificado de nuevo, él o ella puede perder su salvación e ir al infierno. Muchos semipelagianos también creen que es posible perder la salvación.

Los reformados creen en la perseverancia de los santos como una deducción lógica de la doctrina de la elección. Si Dios elige a su pueblo desde la eternidad, ciertamente los elegidos permanecerán así para siempre. Sin embargo, aunque la doctrina de la perseverancia de los santos es un corolario de la doctrina de la elección, es peligroso construir una doctrina solo basada en inferencias lógicas o conclusiones provenientes de otra doctrina.

Pablo escribió a los filipenses:

> Doy gracias a mi Dios cada vez que me acuerdo de ustedes, siempre intercediendo con gozo por todos ustedes en cada oración mía, a causa de su participación en el evangelio desde el primer día hasta ahora; estando convencido de esto: que el que en ustedes comenzó la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús (Filipenses 1:3-6).

Aquí Pablo expresa su confianza apostólica de que lo que Cristo ha comenzado lo terminará. Se llama a Cristo "el autor y consumador de la fe" (Hebreos 12:2). Somos hechura de Cristo, y cuando Cristo hace a una persona de acuerdo a su propia imagen no tiene por qué descartar el producto final.

¿SE PUEDE PERDER LA SALVACIÓN?

Sin embargo, hay pasajes en las Escrituras que parecen indicar que la salvación puede perderse. Pablo mismo dice: "Más bien, pongo mi cuerpo bajo disciplina y lo hago obedecer; no sea que, después de haber predicado a otros, yo mismo venga a ser descalificado" (1 Corintios 9:27). Otro texto importante que se relaciona con la posibilidad de perder la salvación se encuentra en el libro de Hebreos:

> Por tanto, dejando las doctrinas elementales de Cristo, sigamos adelante hasta la madurez sin poner de nuevo el fundamento del arrepentimiento de obras muertas, de la fe en Dios, de la doctrina de bautismos, de la imposición de manos, de la resurrección de los muertos y del juicio eterno. Y esto haremos si es que Dios lo permite. Porque es imposible que los que fueron una vez iluminados —que gustaron del don celestial, que llegaron a ser participantes del Espíritu Santo, que también probaron la buena palabra de Dios y los poderes del mundo venidero— y después recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento puesto que crucifican de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y lo exponen a vituperio (Hebreos 6:1-6).

Aquí tenemos una advertencia solemne: es imposible restaurar a la salvación a quienes han crucificado a Cristo de nuevo. Este pasaje bíblico ha causado una consternación no pequeña en mucha gente. Parece ir en contra del punto central que enseña el Nuevo Testamento sobre cómo Dios preserva a sus santos.

Muchos creen que el autor de Hebreos está refiriéndose a miembros de la iglesia no regenerados. Jesús dijo que su iglesia estaría llena tanto de trigo como de cizaña, en un mismo campo (Mateo 13:24-30). La gente entra a la membrecía de la iglesia y luego la repudia; en ese sentido, se convierten en apóstatas. Se alejan de

su profesión de fe original. Pero todavía nos queda la cuestión de si el autor estaba hablando de aquellos cuya profesión original fue genuina o de aquellos que están dentro de la comunidad visible del pacto y que nunca han sido verdaderamente convertidos.

El pasaje de Hebreos los describe como "los que fueron una vez iluminados", ¿pero iluminados hasta qué grado? Los iluminados podrían incluir los no convertidos que asisten a la iglesia, y escuchan la lectura y predicación de las Escrituras. Hebreos se refiere a los iluminados como aquellos "que gustaron del don celestial, que llegaron a ser participantes del Espíritu Santo, que también probaron la buena palabra de Dios". Eso se aplica a gente que asiste a la iglesia, independientemente de la conversión. Los asistentes a la iglesia literalmente gustan los sacramentos y oyen la Palabra de Dios; están inmersos en los caminos de la fe cristiana. De modo que "los iluminados" podrían haber sido miembros de la iglesia que nunca fueron convertidos.

Sin embargo, creo que el autor de Hebreos no está describiendo simplemente a miembros de iglesia sino a creyentes reales porque todos los que se arrepienten en el sentido verdadero son personas regeneradas. Hay arrepentimiento falso, como el arrepentimiento de Esaú en el Antiguo Testamento, pero el arrepentimiento genuino produce renovación genuina como fruto de la regeneración. Así que ya que la epístola dice que es imposible renovar a la gente otra vez al arrepentimiento, claramente indica que hubo un tiempo en que esas personas *fueron* renovadas por el arrepentimiento, indicando así que se trata de creyentes.

Sin embargo, no creo que este pasaje bíblico derrumbe la doctrina de la perseverancia de los santos. Debemos considerar la razón por la cual el autor proclamó esta solemne advertencia. No sabemos quién escribió este texto o por qué, pero la congregación a la que se dirigía obviamente enfrentaba un problema serio. Los eruditos han especulado que el problema era la persecución y por esa amenaza los creyentes estaban negando la fe. Esa es una posibilidad. Además, la iglesia del primer siglo se enfrentaba a herejías judaizantes que dividían a la iglesia primitiva. La carta de Pablo a los Gálatas se refiere a este tema, así como otros libros del Nuevo Testamento. Los judaizantes insistían en que los gentiles convertidos tenían que abrazar el judaismo del Antiguo Testamento, incluyendo la

circuncisión. Pablo luchó valientemente contra esa enseñanza. Les escribió a los gálatas:

> Porque todos los que se basan en las obras de la ley están bajo maldición, pues está escrito: *Maldito todo aquel que no permanece en todas las cosas escritas en el libro de la Ley para cumplirlas.* Desde luego, es evidente que por la ley nadie es justificado delante de Dios, porque *el justo vivirá por la fe.* Ahora bien, la ley no se basa en la fe; al contrario, *el que hace* estas cosas *vivirá por ellas.* Cristo nos redimió de la maldición de la ley al hacerse maldición por nosotros (porque está escrito: *Maldito todo el que es colgado de un madero),* para que la bendición de Abraham llegara por Cristo Jesús a los gentiles, a fin de que recibamos la promesa del Espíritu por medio de la fe (Gálatas 3:10-14).

La comunidad apostólica argumentaba bien en la forma *reductio ad absurdum* (reducción al absurdo); en otras palabras, tomaban las premisas de sus oponentes hasta sus conclusiones lógicas para mostrar que solo llevaban al absurdo. Si en Hebreos 6 también se trata de la herejía judaizante, el autor está escribiendo de manera similar a la forma en que Pablo escribió en Gálatas. Está diciendo que si sus lectores quisieran regresar a la circuncisión estarían en efecto repudiando la obra consumada de Cristo, y si repudiaran la obra consumada de Cristo, ¿cómo podrían ser salvos? No habría manera en que pudieran salvarse porque estarían regresando a abrazar la modalidad antigua, obstruyendo el camino de la restauración. Creo que el autor de Hebreos está dando esa clase de argumento *reductio ad absurdum-,* creo que estp se puede detectar en el versículo 9: *"Pero aunque hablamos así,* oh amados, en cuanto a ustedes estamos persuadidos de cosas mejores que pertenecen a la salvación" (Hebreos 6:9, énfasis añadido). El autor aclara aquí que sus palabras en cuanto a la salvación son una manera de hablar. A fin de cuentas, tiene confianza de cosas mejores para ellos, cosas que pertenecen a la salvación, y lo que pertenece a la salvación es la perseverancia.

GUARDADO POR CRISTO

Todo cristiano es capaz de tener una caída seria y radical. La cuestión

es si un creyente verdadero puede tener una caída completa y final. Judas era un miembro de la comunidad apostólica, un discípulo de Jesucristo, pero traicionó a Cristo por treinta piezas de plata y luego se ahorcó. Jesús dijo que Judas desde el principio era un diablo (Juan 6:70). Él predijo su traición: "De cierto, de cierto les digo que uno de ustedes me va a entregar" (Juan 13:21). Luego identificó a Judas como el traidor, diciéndole: "Lo que estás haciendo, hazlo pronto" (v. 27). En esa misma oportunidad predijo la negación de Pedro, y Pedro protestó con vehemencia. Jesús lo miró y le dijo: "Simón, Simón, he aquí Satanás me ha pedido para zarandearte como a trigo. Pero yo he rogado por ti, que tu fe no falle. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos" (Lucas 22:31, 32). Jesús no le dijo a Simón Pedro: "*Si* vuelves"; le dijo: "*cuando* hayas vuelto". Simón pertenecía a Cristo. Él cayó radicalmente, pero la obra intercesora de Cristo estaba en efecto de modo que Simón no se perdió.

En su oración como Sumo Sacerdote, Jesús rogó no solamente por sus discípulos de aquel tiempo, sino por todos los que habrían de creer —eso nos incluye a nosotros— para que no se pierdan (Juan 17:11, 15, 24). Nuestra confianza en la perseverancia de los santos no descansa en la carne. No debemos ser como Pedro, que tenía tanta confianza en su propia fuerza que protestó y dijo que nunca negaría a su Señor. La única razón por la que podemos perseverar es porque Dios nos guarda. Si de nosotros dependiera, podríamos caer en cualquier momento; Satanás podría zarandearnos como a trigo. Nuestra confianza en el capítulo final de nuestra salvación descansa en las promesas de Dios de terminar lo que ha comenzado. Descansa en la eficacia de nuestro gran Sumo Sacerdote quien intercede por nosotros todos los días. Él nos guardará.

Séptima parte

ECLESIOLOGÍA

Capítulo 46

IMÁGENES BÍBLICAS DE LA IGLESIA

La eclesiología es una subdivisión de la teología sistemática. Se ocupa de la naturaleza, función y misión de la iglesia. Podemos comenzar a entender esos aspectos de la iglesia por medio de la palabra griega *kyriakon,* de donde vienen los vocablos *kerk* en holandés, *kirche* en alemán y *church* en inglés. *Kyriakon* se refiere a aquellos que son posesión del *kyrios,* el Señor.

La palabra griega *ekklesia* es la que se traduce al español como "iglesia". Esta palabra está compuesta de dos partículas. El prefijo *ek-,* que significa "afuera de" o "desde", y una forma del verbo *kaleo,* que significa "llamar". De modo que *ekklesia* significa "los llamados hacia afuera".

Sin embargo, la iglesia no siempre refleja lo que implica su nombre. Esto es así porque, como dijo Agustín, la iglesia es un *corpus per mixtum,* un cuerpo mezclado. La iglesia en este mundo está compuesta por una combinación de trigo y cizaña. Aunque es llamada a buscar la pureza, Cristo advirtió contra el peligro de tener una disciplina super estricta en la iglesia que al tratar de sacar la cizaña pueda también dañar el trigo (Mateo 13:24-30).

Jesús también dijo: "Muchos me dirán en aquel día: '¡Señor, Señor! ¿No profetizamos en tu nombre? ¿En tu nombre no echamos demonios? ¿Y en tu nombre no hicimos muchas obras poderosas?'. Entonces yo les declararé: 'Nunca les he conocido. ¡Apártense de mí, obradores de maldad!'" (Mateo 7:22, 23). Por eso Agustín hizo una distinción entre la iglesia visible y la iglesia invisible.

LA IGLESIA INVISIBLE

En la teología se usa la frase *iglesia invisible* para referirse a aquellos que componen la iglesia verdadera de Jesucristo; es decir, aquellos que son verdaderamente regenerados. En cambio, la *iglesia visible* son todas las personas que dicen estar en un estado de gracia y que se identifican con la iglesia. La iglesia invisible se llama así porque, según las Escrituras, podemos evaluar una profesión de fe y un compromiso con Cristo solo basados en las apariencias externas. Si alguien me dice que es cristiano debo asumir que me está diciendo la verdad. No puedo leer su corazón. El estado verdadero de su alma está más allá de mis capacidades de escrutinio.

Pero lo que es invisible para nosotros es claramente visible para Dios. Nosotros estamos limitados a las apariencias externas; Dios puede leer el corazón. Para Dios no hay nada invisible en la iglesia. Todo está claro y abierto a sus ojos. Debemos evitar la idea de que la iglesia invisible y la visible son entidades separadas. Como observó Agustín, la iglesia invisible se encuentra sustancialmente adentro de la iglesia visible. De manera que la iglesia invisible está compuesta de los verdaderos creyentes dentro de la iglesia visible.

Agustín también subrayó que hay verdaderos creyentes, miembros de la iglesia invisible, que por una variedad de razones no se encuentran en las listas de las iglesias institucionales. A veces un creyente es providencialmente impedido de unirse a una iglesia visible. Por ejemplo, puede llegar a ser un creyente pero morir antes de tener siquiera la oportunidad de unirse a una iglesia. Ese fue el caso del ladrón en la cruz según el Evangelio de Lucas (23:32-43). Del mismo modo, alguien puede ser impedido de unirse a una iglesia porque está aislado de otros creyentes.

Y otros más pueden estar afuera simplemente porque han abandonado sus responsabilidades como cristianos. Por una u otra razón se quieren mantener afuera, sin unirse oficialmente a una iglesia. Muchos cristianos, particularmente en nuestra cultura actual, están tan frustrados con la iglesia institucional que deciden no entrar a la membrecía de la iglesia. Sin embargo, en mi opinión, eso representa una transgresión seria contra el Señor Jesucristo, quien estableció una iglesia visible, le dio una misión y nos llamó a formar parte de ella. Algunos que están comenzando en la fe no se han dado cuenta de que pertenecen a una iglesia visible y que es su

deber estar ahí. No entienden aun la importancia de pertenecer a una iglesia y por eso no asisten, pero sí son creyentes. Sin embargo, si alguien aprende que se requiere que esté en una iglesia y aun así persiste en permanecer fuera de la membrecía, entonces sí podemos plantear la cuestión de si esa persona realmente es cristiana.

Algunos cristianos no pertenecen a una iglesia visible porque han sido excomulgados. La excomunión (quitarle a alguien la comunión de la iglesia) es el paso final en el proceso de la disciplina eclesiástica. Una vez que alguien ha alcanzado este punto, la iglesia le debe considerar como un no creyente. En última instancia hay solo un pecado por el cual alguien puede ser excomulgado, y es la impenitencia. Si un pecador se arrepiente durante las etapas iniciales del proceso disciplinario de la iglesia, esa persona puede mantener su comunión en la iglesia visible. El último paso, la excomunión, se lleva a cabo solamente si la persona se rehúsa a arrepentirse. En teoría, puede haber cristianos verdaderos que caen en pecados escandalosos y que incluso persisten en el pecado durante todo el proceso de la disciplina eclesiástica, de modo que lo único que les hace volver en sí es la excomunión. De hecho, este es el propósito de la excomunión.

El punto es que la iglesia invisible, el cuerpo del verdadero pueblo de Dios, existe sustancialmente dentro de la iglesia visible, y es nuestro deber ser parte de ella como gente que pertenece al Señor.

RAÍCES DE LA IGLESIA

La iglesia tiene raíces tan antiguas como el jardín del Edén. Adán y Eva, en la adoración directa que ofrecían a su Creador, eran la iglesia. Algunos han trazado el origen de la iglesia después de la caída en Abel. Por ejemplo, Yves Congar, un teólogo católico romano del siglo XX, escribió un ensayo titulado *Ecclesia ab Abel,* es decir: *La iglesia desde Abel.* En ese obra, Congar argumentaba que la iglesia no comenzó en el Nuevo Testamento; en realidad, comenzó mucho antes al ver a Caín y Abel, los hijos de Adán y Eva, en adoración (Génesis 4), y el autor de Hebreos indica que Abel hizo su ofrenda por fe (Hebreos 11:4).

Si yo hubiera escrito ese ensayo, lo habría titulado *La iglesia desde Adán,* porque creo que el concepto de iglesia se puede trazar incluso más atrás, hasta el padre y la madre de Caín y Abel, que disfrutaban la

comunión y la presencia íntima de Dios, lo cual ciertamente incluía el acto de adoración. Donde encontremos personas que confían en Dios para su salvación por medio de Cristo (o en el caso de los santos del Antiguo Testamento, por medio de la promesa de Cristo), ahí encontramos la iglesia.

Capítulo 47

LA IGLESIA: UNA Y SANTA

La iglesia está compuesta de aquellas personas que Dios ha reunido en Cristo. El Nuevo Testamento no promueve un fuerte individualismo. Por supuesto, nadie se salva por la fe de otra persona de modo que, en ese sentido, la fe es altamente individual. Sin embargo, Dios salva a individuos para establecer un cuerpo de muchos miembros. Así como hubo una entidad de pueblo en el Antiguo Testamento —Israel— en el Nuevo Testamento hay un cuerpo compuesto por personas, la iglesia.

El Nuevo Testamento utiliza varias metáforas para describir a la iglesia. Una de ellas es el cuerpo humano. Ya exploramos esa figura brevemente cuando estudiamos el ministerio del Espíritu Santo. El apóstol Pablo usó la idea del cuerpo para describir la unidad y diversidad que se encuentra en la iglesia visible de Cristo. No todos tienen la misma tarea ni las mismas capacidades; hay variedad para proveer salud orgánica a todo el cuerpo.

La iglesia también se describe en el Nuevo Testamento como *laos theou,* "el pueblo de Dios". La palabra "laico" proviene de esa palabra griega, *laos.*

Cuando Jesús y los apóstoles hablaban de la naturaleza de la iglesia, a veces usaban la metáfora de un edificio. La iglesia no es un edificio; más bien la iglesia es *como* un edificio que tiene cimientos, columnas y paredes. La gran mayoría de los cristianos cree que Cristo es el fundamento de la iglesia, pero eso no es correcto. Cristo

es la piedra angular. El verdadero fundamento es el de los apóstoles y profetas (Efesios 2:20). El resto de la iglesia se compone de piedras individuales (w. 21,22; 1 Pedro 2:5). Cada creyente en Cristo que es parte de la iglesia visible es una piedra en la construcción de la iglesia de Dios.

La iglesia también ha formulado maneras de describirse a sí misma. Estas se encuentran principalmente en el Credo Niceno (ver apéndice) producido por el Concilio de Nicea (325 d. de J.C.). El Credo define a la iglesia con cuatro atributos definidos: una, santa, católica y apostólica. Aunque esos términos casi no se usan en el día de hoy, particularmente en el protestantismo evangélico, proveen una maravillosa descripción de la iglesia. En este capítulo vamos a considerar los primeros dos: una y santa.

LA IGLESIA ES UNA

En las últimas décadas, el movimiento ecuménico ha hecho esfuerzos apasionados para lograr que las distintas denominaciones cristianas colaboren y participen en una organización cristiana mundial. Este esfuerzo ha sido motivado por la fragmentación y la desintegración de la iglesia visible. En los Estados Unidos de América hay más de dos mil denominaciones protestantes diferentes. Debido a esa realidad de fragmentación, muchos creen que la iglesia puede recuperar su efectividad solo si se une para comunicarse con el mundo en unidad.

Además, el movimiento ecuménico encuentra motivación en la oración de Cristo por la iglesia: "Yo les he dado la gloria que tú me has dado para que sean uno, así como también nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectamente unidos; para que el mundo conozca que tú me has enviado, y que los has amado como también a mí me has amado" (Juan 17:22, 23).

Este hecho de la falta de unidad en la iglesia visible hoy en día es más escandaloso porque parece ir en contra del deseo de la cabeza de la iglesia, Jesucristo.

Sin embargo, la falta de unidad no significa que no hay unidad en la iglesia verdadera; tampoco significa que Cristo ha fallado como nuestro intercesor. Esto es claro si aceptamos el concepto de la iglesia invisible como Agustín lo explicó. De hecho hay una unidad genuina en la iglesia, y existe cruzando líneas y fronteras denominacionales en la comunión invisible, la comunión de los santos. Hay una

comunión que no ha sido quebrantada, una unidad espiritual entre todos los verdaderos cristianos en virtud de su unión común con Cristo.

Por lo tanto, la oración de Cristo ha sido contestada. Todos los cristianos disfrutamos una unidad de misión en la cual tenemos un Señor, una fe y un bautismo (Efesios 4:4, 5). Seguramente hay falta de unidad en la iglesia visible, pero eso no es tan importante como la realidad de unidad que disfrutamos en virtud de nuestra comunión compartida en Cristo.

Siempre hay individuos descontentos que quieren romper con la organización y comenzar algo nuevo. Debemos ser conscientes en nuestro intento por preservar la unidad con otros cristianos profesantes. Por supuesto que habrá momentos en los que tendremos que romper la comunión con otros grupos o instituciones, pero en general debemos procurar estar unidos con tantos cristianos como sea posible. Las iglesias se dividen de una manera demasiado fácil y por una multitud de razones, aunque casi siempre se dividen sobre temas insignificantes o permanecen unidas a pesar de divisiones en asuntos de importancia sustancial. No debemos negociar los puntos esenciales del evangelio, pero tampoco debemos romper la comunión por asuntos menores.

LA IGLESIA ES SANTA

La iglesia también es santa, aunque desde otro punto de vista puede ser que la iglesia sea la institución más corrupta sobre la tierra. Podemos ver a la iglesia como algo corrupto si consideramos cómo se mide la corrupción. Se nos dice en las Escrituras: "Porque de todo aquel a quien le ha sido dado mucho, mucho se demandará de él; y de aquel a quien confiaron mucho, se le pedirá más" (Lucas 12:48). Ninguna institución ha sido tan bendecida como la iglesia cristiana. A ninguna institución se le ha dado una misión más sagrada. Cuando fallamos y no obedecemos esa misión, el resultado es corrupción.

El significado primario de la palabra *santa* es "apartada", o "consagrada", lo cual se conecta directamente con el significado mismo de la palabra *ekklesia,* que significa "los llamados a salir". La iglesia está compuesta de aquellos que han sido llamados a salir y ser puestos aparte para una tarea santa. La iglesia es santa porque tiene una vocación santa.

Vale la pena notar que la iglesia es la única institución en la historia del mundo a la cual Dios le ha dado una garantía absoluta de que, a fin de cuentas, no fallará. Las grandes instituciones del mundo vienen y van, pero la iglesia de Jesucristo se mantiene. Jesús dijo de la iglesia que "las puertas del Hades no prevalecerán contra ella" (Mateo 16:18). En el mundo antiguo, las puertas eran mecanismos defensivos. De modo que, si nos basamos en lo que dijo Jesús, la iglesia tiene la tarea de atacar las fortalezas de Satanás y esas fortalezas no pueden resistir el poder que le ha sido investido a la iglesia.

También la iglesia es santa porque está compuesta de gente en la que mora el Espíritu Santo. La iglesia es la institución del Espíritu Santo. Seguramente el Espíritu trabaja en la vida de mucha gente de una gran cantidad de otras instituciones, pero la iglesia es el punto central del ministerio del Espíritu. Los medios de la gracia de Dios no están restringidos a la iglesia visible, pero sí están concentrados ahí. En el campo visible de Israel no todos fueron salvos; como escribió Pablo: "... no todos los nacidos de Israel son de Israel" (Romanos 9:6). Sin embargo, también escribió: "¿Qué ventaja tiene, pues, el judío? ¿O qué beneficio hay en la circuncisión? Mucho, en todo sentido. Primeramente, que las palabras de Dios les han sido confiadas" (Romanos 3:1, 2). La iglesia tiene la predicación de la Palabra, la celebración de los sacramentos u ordenanzas, y la adoración de Dios en reuniones públicas, y es ahí donde los cristianos se reúnen para tener comunión. La iglesia puede ser llamada "santa" en la medida en que es el principal territorio del Espíritu Santo y el lugar donde los santos se reúnen.

Capítulo 48

LA IGLESIA: CATÓLICA Y APOSTÓLICA

Hace algunos años, mientras viajaba con mi esposa y dos amigos por Europa oriental, el tren en que viajábamos se detuvo al entrar a Rumania. Un oficial de migración pidió ver nuestros pasaportes y se los entregamos. Cuando notó que traíamos una Biblia, dijo: "¡Ustedes no son estadounidenses!". Nos confundimos un poco porque él acababa de revisar nuestros pasaportes de los Estados Unidos de América. Nos pidió la Biblia, la abrió y leyó en Efesios 2:19, que dice: "Ya no son extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios". El oficial era también cristiano, y cuando descubrió la conexión que tenía con nosotros, se gozó con nosotros y gustosamente aprobó nuestra entrada a Rumania.

LA IGLESIA ES CATÓLICA

Ese incidente nos comunicó la realidad concreta de un tercer atributo de la iglesia verdadera: es católica o universal. Este es el tercero de cuatro atributos de la iglesia que se han proclamado desde el siglo IV en el Concilio de Nicea. El Credo Niceno (ver el apéndice) declara que la iglesia verdadera es una, santa, católica y apostólica. En el capítulo anterior revisamos los primeros dos atributos; en este capítulo vamos a considerar el tercero y el cuarto.

La iglesia católica —la iglesia universal— es diferente de la Iglesia Católica Romana. En nuestros paises, el término "católico romano"

se acorta y se dice simplemente "católico", así que cuando alguien se refiere a "la Iglesia Católica" está hablando de la Iglesia Católica Romana. Sin embargo, técnicamente hablando, el término *católico* no se refiere a una institución específica sino a la iglesia de Jesucristo que incluye gente de todas las naciones, tribus y pueblos.

Muchas iglesias protestantes tienen fronteras nacionales o regionales, mientras que la Iglesia Católica Romana no las tiene. Sus miembros están unidos en todas partes del mundo bajo el liderazgo del obispo de Roma. La iglesia romana excluye a los protestantes de su concepto de la iglesia verdadera debido a la fragmentación protestante. Sin embargo, la iglesia universal es la iglesia invisible. La iglesia de Jesucristo se extiende alrededor del mundo, así como comprobamos en la frontera rumana.

LA IGLESIA ES APOSTÓLICA

La iglesia verdadera también es apostólica. Notamos en los capítulos anteriores que el fundamento de la iglesia son los profetas y los apóstoles. Cuando Cristo estableció la comunidad del pacto del Nuevo Testamento, primero dio el oficio de apóstol (Efesios 4:11). La autoridad primaria de la comunidad cristiana primitiva estaba en los apóstoles. El título *apóstol* viene de la palabra griega *apostólos,* que significa "enviado". En la cultura griega antigua, un apóstol era un enviado o un delegado enviado por un rey o por alguna figura de autoridad. El apóstol llevaba consigo la autoridad delegada del rey. Era un vocero de la persona que representaba.

Nosotros tendemos a usar los términos *apóstol* y *discípulo* de manera intercambiable, pero hay una diferencia importante entre los dos. Con excepción del apóstol Pablo, todos los apóstoles del Nuevo Testamento fueron primero discípulos, pero no todos los discípulos llegaron a ser apóstoles. Jesús tenía muchos más discípulos que los doce que conocemos en los Evangelios. En cierto punto de su ministerio Jesús envió a setenta discípulos en una misión particular (Lucas 10). La palabra griega que se traduce "discípulo", *mathetes,* significa "estudiante" o "aprendiz". Los discípulos eran todos los que se reunían alrededor de Jesús para estudiar en su escuela rabínica. Lo llamaban Rabí, y lo seguían de un lugar a otro para escuchar sus enseñanzas. Sin embargo, hacia el final de su ministerio terrenal, Jesús escogió de entre sus discípulos a un número selecto para que

fueran apóstoles (Mateo 10). A estos le transfirió su autoridad, diciendo: "El que los recibe a ustedes a mí me recibe, y el que me recibe a mí recibe al que me envió" (Mateo 10:40).

En los inicios de la iglesia surgieron grupos heréticos que trataron de suplantar la autoridad de los apóstoles. Los gnósticos, por ejemplo, decían que tenían autoridad apostólica y que eran fieles a Jesús. Pero no eran apóstoles genuinos.

El primer y más importante apóstol del Nuevo Testamento fue Jesús mismo. Él fue enviado por el Padre y tenía autoridad para hablar a nombre del Padre. Así lo dijo: "Toda autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra" (Mateo 28:18). Y, además: "Porque yo no hablé por mí mismo; sino que el Padre que me envió, él me ha dado mandamiento de qué he de decir y de qué he de hablar" (Juan 12:49). Cuando los fariseos trataron de rechazar la autoridad de Jesús, él les dijo:

> Si yo me glorifico a mí mismo mi gloria no es nada. El que me glorifica es mi Padre, de quien ustedes dicen: "Es nuestro Dios". Y ustedes no lo conocen. Pero yo sí lo conozco. Si digo que no lo conozco seré mentiroso como ustedes. Pero lo conozco y guardo su palabra. Abraham, el padre de ustedes, se regocijó de ver mi día. Él lo vio y se gozó (Juan 8:54-56).

En otras palabras, no se puede amar al Padre y odiar al Hijo, y fue el Hijo quien confirió su autoridad a los apóstoles. Ireneo de Lyon (130-202 d. de J.C.), un apologista de la iglesia primitiva, expresó el mismo punto contra los herejes de su época cuando dijo que quienes rechazan a los apóstoles están rechazando a aquel que los comisionó, es decir, a Cristo. Había una línea de autoridad de Dios a Cristo y a los apóstoles.

La autoridad apostólica ha sido atacada en nuestro tiempo, principalmente por feministas que argumentan contra las enseñanzas de Pablo, y también por los que practican la alta crítica, que profesan fidelidad a Cristo pero rechazan la autoridad de las Sagradas Escrituras.

Un pastor que conozco estaba viajando de regreso a su casa en Los Ángeles y, mientras viajaba, hubo un terremoto en California. Al llegar a casa fue al templo de su iglesia para evaluar los daños. Sintió alivio al ver que el edificio estaba de pie y que adentro todo parecía

intacto. Ni una ventana se quebró. Pero, poco tiempo después, cuando los expertos llegaron a evaluar el daño, descubrieron que los cimientos se habían movido debajo del edificio. Como resultado de eso, el templo fue declarado inservible. Por fuera, el edificio parecía estar bien, pero no lo estaba. El fundamento se había movido, así que el edificio ya no era estable.

Esa situación ilustra el tema en cuanto a la naturaleza apostólica de la iglesia. Cuando la gente dice que la iglesia tiene autoridad pero rechaza la Biblia, en realidad está rechazando a la iglesia misma porque está rechazando uno de los cuatro atributos de la iglesia: su carácter apostólico. Si atacamos la autoridad de la palabra de los apóstoles, atacamos el alma y el corazón mismo de la iglesia. Como dijo el salmista: "Si son destruidos los fundamentos, ¿qué podrá hacer el justo?" (Salmo 11:3).

En los últimos dos siglos, la teología liberal —con su rechazo categórico de la inspiración y autoridad de la Biblia— ha tenido tanto impacto sobre la iglesia visible que casi la ha destruido. En algunos países los templos están casi vacíos; menos del dos por ciento de la población asiste a los cultos. Esto se debe principalmente al abandono de la autoridad apostólica en favor de concentrarse más en asuntos sociales, lo cual da como resultado que la iglesia no se distinga de cualquier otra institución social. La autoridad apostólica, que significa autoridad bíblica, es el fundamento de la iglesia.

MARCAS DE UNA IGLESIA VERDADERA

Durante la Reforma, el protestantismo se fragmentó en varios grupos. Estaban las iglesias reformadas en Suiza, los Países Bajos y Escocia; la iglesia anglicana en Inglaterra; iglesias luteranas en Alemania y los países escandinavos; los hugonotes en Francia; etc. Mientras tanto, la Iglesia Católica Romana se declaraba como la iglesia verdadera. Fue entonces que los protestantes comenzaron a hablar de *una* iglesia verdadera en lugar de *la* iglesia verdadera. Los reformadores decían que, así como una congregación local es una mezcla de cizaña y trigo, tampoco las denominaciones son infalibles; cada una contiene algún grado de error o corrupción. Luego los reformadores identificaron tres marcas esenciales de una iglesia verdadera.

La primera es que la iglesia profesa el evangelio. Si una iglesia niega cualquier punto esencial del evangelio —como la divinidad

de Cristo, la expiación o la justificación solo por la fe— ya no es una iglesia. Los reformadores excluyeron a la Iglesia Católica Romana porque, aunque acepta la divinidad de Cristo y la expiación, rechaza la justificación solo por la fe. Por lo tanto, los reformadores decían que la de Roma ya no era una iglesia verdadera.

La segunda marca es que los sacramentos —el bautismo y la Cena del Señor— son administrados correctamente. Los reformadores reconocieron las diferencias entre los cristianos respecto a la presencia de Cristo en la Cena del Señor y el modo del bautismo, pero afirmaron que la celebración regular de los sacramentos u ordenanzas es un elemento necesario de una verdadera iglesia. Algunos grupos rechazaron con tal fuerza el énfasis sacramental de la Iglesia Católica Romana que procuraron establecer iglesias sin sacramentos, pero los reformadores argumentaban que los sacramentos fueron diseñados por Cristo para la edificación del pueblo de Dios y, por lo tanto, es deber de la iglesia mantener la observación correcta de los mismos.

La tercera marca de una iglesia verdadera es la disciplina, que requiere alguna forma de gobierno de la iglesia. Una iglesia es responsable de la nutrición espiritual de sus miembros, de que la gente crezca en su fe y progrese en su santificación. Por lo tanto, se requiere la disciplina para mantener a la iglesia libre de infecciones con impurezas y corrupción. Si los clérigos de una iglesia continuamente niegan la divinidad de Cristo, y la iglesia no los censura ni los quita de su puesto, entonces esa iglesia ha dejado de ser una iglesia legítima.

Capítulo 49

LA ADORACIÓN EN LA IGLESIA

El Nuevo Testamento nos brinda un vistazo dentro del lugar santísimo del cielo, y escuchamos el canto de los seres vivientes, los ancianos y las huestes de ángeles. La escena se describe así:

> "Digno es el Cordero,
> que fue inmolado,
> de recibir el poder,
> las riquezas, la sabiduría,
> la fortaleza, la honra,
> la gloria y la alabanza".

Y oí a toda criatura que está en el cielo y sobre la tierra y debajo de la tierra y en el mar, y a todas las cosas que hay en ellos, diciendo:

> "Al que está sentado en el trono
> y al Cordero
> sean la bendición y la honra
> y la gloria y el poder
> por los siglos de los siglos".
> Y los cuatro seres vivientes decían "¡Amén!". Y los veinticuatro ancianos se postraron y adoraron (Apocalipsis 5:12-14).

En este pasaje encontramos algo extraordinario, aunque es algo con lo que todo cristiano debe estar familiarizado: la adoración

pura. Como criaturas hechas a imagen de Dios fuimos diseñados para adorar a nuestro Creador, pero nos separamos de este propósito por nuestra naturaleza humana pecaminosa. Sin embargo, una vez que el Espíritu de Dios nos vivifica, nos imparte vida espiritual, tenemos una nueva capacidad de adoración. Desde lo profundo todos los cristianos anhelan encontrar una forma de expresar su adoración a Dios.

Por eso no es accidental que la adoración sea uno de los propósitos centrales de la iglesia. Cuando el pueblo de Dios se reúne en asamblea el propósito es la adoración. La gente casi siempre va a la reunión de la iglesia primordialmente para compañerismo, educación cristiana o edificación, pero la razón principal por la que debiéramos unirnos con otros creyentes es la adoración al Señor.

HONRA Y ADORACIÓN

Adorar es asignarle valor o dignidad a Dios. Por ejemplo, el canto en Apocalipsis le atribuye valor a la persona de Cristo y a lo que él logró. A la atribución de valor le llamamos "honra". Honramos a quienes han demostrado que son dignos de mención y de afirmación. Han logrado algo que consideramos valioso.

Por el contrario, Pablo en Romanos 1 habla de la revelación de la ira de Dios contra la raza humana. El mundo está expuesto a la ira de Dios porque, aunque Dios ha manifestado su eterno poder y deidad a toda criatura, el ser humano se rehúsa a honrar a Dios como Dios. En nuestro estado caído, nos rehusamos a adorar a Dios; no le damos el honor que Dios merece. Pablo escribe que en lugar de honrar a Dios cambiamos la verdad de Dios por una mentira, y adoramos y servimos a la criatura en vez de al Creador (w. 18-25). Nos encanta recibir honores y estar en celebraciones en donde seres humanos son honrados por logros prodigiosos. La gente está feliz de otorgar toda clase de honores y gloria a otras personas, pero se niegan a dar honor a quien lo merece más: a Dios, el ser de valor y dignidad supremos.

La experiencia de adoración se describe con palabras como *exaltación o alabanza.* Hablamos de música de alabanza y de ofrecer alabanzas, y todo esto tiene sus raíces en la historia bíblica, particularmente en el Antiguo Testamento donde un elemento primordial de la adoración era el sacrificio. Incluso antes de ofrecer sacrificios animales por el pecado, estaba la ofrenda de sacrificios a Dios simplemente para honrar a Dios. Tenemos la tendencia a

pensar que, ya que el sistema de sacrificios del Antiguo Testamento fue cumplido en Cristo, la era del sacrificio ya terminó. Sí se terminó la era de los sacrificios por el pecado, porque Cristo cumplió las demandas por nosotros de una vez y para siempre, pero Pablo dice que hemos de presentar nuestro cuerpo en sacrificio vivo a Dios, que es nuestro "culto racional" (Romanos 12:1). El sacrificio todavía debe presentarse a Dios —el sacrificio de alabanza a Dios (Hebreos 13:15) — y debe entregarse con la sustancia de toda nuestra vida.

Conectada estrechamente con el concepto de alabanza está la palabra *adoración,* término que en nuestros días ha sido abaratado. Se usa para describir a un bebé que es "adorable" porque es simpático o bonito y, en situaciones románticas, no es raro que un enamorado diga que "adora" a su pareja. Hablando con propiedad y en serio, la adoración es algo más que eso. Una cosa es que ame a mi esposa pero algo muy diferente es que la adore. Eso es algo que ciertamente no debo hacer. El tipo de afecto que se asocia con el concepto de adoración debe darse solo a Dios.

Desde un punto de vista bíblico, la adoración ocurre en lo más interno de nuestra alma; es de una naturaleza espiritual que es difícil de definir con exactitud, pero sabemos y podemos distinguir la experiencia. Estamos conscientes de una conexión espiritual entre el aspecto no físico de nuestra humanidad y el carácter mismo de Dios, y en esa conexión alabamos a Dios con nuestros labios o con nuestros pensamientos de tal forma que nuestro espíritu rebosa con afecto, admiración, asombro y reverencia por Dios. La adoración también es colocarnos en una posición de humildad para que aquel que recibe nuestra reverencia sea exaltado.

EN ESPÍRITU Y VERDAD

Jesús tuvo una conversación con una mujer junto al pozo de agua cerca del pueblo de Sicar, y en la conversación surgió el tema de la adoración. Ella era samaritana. Los samaritanos adoraban a Dios en el monte Gerizim, mientras que los judíos concentraban su adoración en el santuario central en Jerusalén. Después de que Jesús le reveló que él sabía que ella había tenido cinco esposos, la mujer le dijo: "Señor, veo que tú eres profeta. Nuestros padres adoraron en este monte, y ustedes dicen que en Jerusalén está el lugar donde se debe adorar" (Juan 4:19, 20). Jesús le respondió:

> Créeme, mujer, que la hora viene cuando ni en este monte ni en Jerusalén adorarán al Padre. Ustedes adoran lo que no saben; nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salvación procede de los judíos. Pero la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre busca a tales que lo adoren. Dios es espíritu; y es necesario que los que le adoran, lo adoren en espíritu y en verdad (w. 21-24).

Aquí Jesús dijo dos cosas sobre la adoración correcta, la clase de adoración que Dios quiere de su pueblo. Dijo que la adoración que le agrada a Dios se da en espíritu y en verdad. La segunda de estas descripciones de la adoración verdadera no es difícil de entender. La adoración verdadera excluye toda forma de idolatría, que es sustituir a Dios con algo que no es verdaderamente Dios. La adoración falsa también es adoración hipócrita, que no es sincera.

Las palabras de Jesús sobre adorar "en espíritu" son un poco más difíciles de interpretar. La Biblia habla de "espíritu" de dos maneras distintas. La referencia más frecuente es al Espíritu Santo, pero las Escrituras también hablan del espíritu del ser humano. Le damos poca atención al espíritu humano. De hecho, casi hemos abandonado nuestra creencia de que hay algo espiritual como parte integral de nuestra humanidad. Creo que, en su conversación con la mujer de Sicar, Jesús tenía en mente una adoración espiritual, el tipo de adoración que fluye del corazón. Dios desea que la gente adore desde lo profundo de su ser, en una forma que nadie puede ver ni medir, porque esa forma es única en cada persona. De hecho, es la misma esencia de lo que llamamos "personalidad". Nadie puede negar este aspecto no físico de lo que significa ser una persona; sin él, seríamos criaturas embrutecidas sin alma. Pero gracias a que somos espíritu tenemos la capacidad de hacer conexión espiritual con Dios.

La pasión de Juan Calvino por la Reforma en el siglo XVI se concentraba en la adoración porque sabía que el mayor enemigo de la salud del pueblo de Dios es su inclinación hacia la idolatría. La idolatría se filtra en la vida de la iglesia de innumerables maneras, y es por eso que Calvino deseaba ofrecer adoración pura a Dios; algo que hoy en día se ha perdido. Estamos más interesados en el entretenimiento que en expresar adoración en espíritu y verdad.

ADORACIÓN EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Si examinamos los patrones de adoración que se encuentran en el Antiguo Testamento, vemos que Dios mismo dirigió y autorizó esos patrones, y en ellos aprendemos los principios básicos de lo que agrada a Dios.

Un aspecto clave de la adoración en el Antiguo Testamento es que toda la persona estaba involucrada en el acto de adoración. No se trataba de adoración sin sentido; de hecho, la mente siempre estaba muy involucrada. Pero la adoración no es solo mental. Los cinco sentidos humanos se involucraban en la adoración en el Antiguo Testamento.

El sentido de la vista se involucraba por el diseño del tabernáculo y la belleza del templo, que estaba lleno de cosas hermosas que Dios mismo había diseñado para "que le den gloria y esplendor" (Éxodo 28:2; ver v. 40). En el santuario, todo (incluso las vestiduras de los sacerdotes) excitaba la vista con un sentido de la belleza trascendental de Dios.

Sabemos que el sentido del oído también era parte importante del culto de adoración porque la música tenía un papel central en el Antiguo Testamento. Los salmos eran cánticos que se utilizaban en la adoración.

El sentido del olfato también era parte de la adoración, y por eso se usaba el incienso. Un aroma agradable llegó a asociarse con la presencia de Dios; era un aspecto de deleite sensorial en su adoración. No digo que debemos utilizar el incienso en nuestra adoración hoy en día. El punto es que el sentido del olfato integraba la respuesta del adorador en el Antiguo Testamento.

También el sentido del gusto tenía su lugar, como lo muestra la comida de la Pascua, que se transfirió al Nuevo Testamento como la Cena del Señor. También, en uno de los cánticos de adoración del Antiguo Testamento dice: "Prueben y vean que el SEÑOR es bueno" (Salmo 34:8).

Finalmente, estaba la dimensión táctil, la imposición de manos con la que el sacerdote tocaba al adorador para indicar la bendición de Dios. En la iglesia primitiva, un ministro imponía sus manos sobre cada miembro y pronunciaba la bendición de Dios. Hoy en día, cuando un pastor levanta sus manos y pronuncia la bendición, está replicando esa práctica. Con el tiempo, al ir creciendo las

congregaciones, la mano levantada del ministro llegó a simbolizar el toque que otorga la bendición de Dios.

Si leemos el Antiguo Testamento, encontramos prácticas de adoración muy dinámicas que pueden enseñarnos a ofrecer la clase de honor, adoración y alabanza que Dios requiere.

Capítulo 50

LOS SACRAMENTOS DE LA IGLESIA

El tema de los sacramentos es un área de la teología cristiana que ha provocado mucha controversia y en el que hay muy poco acuerdo entre los cristianos. En la actualidad todavía sigue siendo así. Como lo indica la palabra *sacramento,* se trata de algo que es sagrado y esa es la razón que está detrás de los debates. Las controversias tienen que ver con el modo en que se administran los sacramentos, quién puede participar y quién los puede administrar. Un debate importante es acerca del número de sacramentos. La Iglesia Católica Romana cree que hay siete sacramentos, mientras que la gran mayoría de iglesias protestantes identifica solo dos.

LA PERSPECTIVA CATÓLICA ROMANA

La Iglesia Católica Romana considera a cada uno de los sacramentos como medios de gracia. Tomás de Aquino dijo que los siete sacramentos católicos romanos preparan al participante para varias etapas de la vida. De modo que el primer sacramento es el bautismo, que se administra a infantes. Cuando se bautiza a un bebé se infunde o derrama la gracia de la justificación en el alma del bebé. Subsecuentemente, si el niño coopera con esa gracia, llegará a un estado de rectitud y será declarado justo por Dios.

Se dice que esta gracia opera *ex opere operatio,* que significa "por medio del obrar de las obras". Esta fórmula se aplica a todos los sacramentos en la Iglesia Católica Romana. La idea es que la gracia

impartida sacramentalmente provee eficacia automática en tanto que por parte del receptor no exista algo que lo impida.

El bautismo es el comienzo del camino. En el bautismo, el receptor recibe no solamente una infusión de la gracia sino también una marca indeleble en el alma, el carácter *indelebilis* (indeleble). Esta marca espiritual está tan grabada en el niño bautizado que incluso si él o ella luego pierden la gracia ganada en el sacramento, no vuelven a ser rebautizados. El bautismo original marca su alma de manera suficiente.

El segundo sacramento en el sistema católico romano es la confirmación, que es cuando se confirma la gracia recibida en el bautismo. Este sacramento ocurre en la transición entre la niñez y la edad adulta. Refleja el concepto de *bar mitzvah* en el judaismo, cuando un muchacho se convierte en hombre, responsable ahora de cumplir la ley por sí mismo.

También está el sacramento de la penitencia, que se define como "la segunda tabla" de justificación para quienes han "naufragado" en su alma. La gracia salvífica conferida en el bautismo puede perderse cuando se comete pecado mortal, pero el pecador puede ser restaurado a un estado de gracia por medio de la confesión y penitencia. Esta es la segunda fuente sacramental de gracia justificante. De nuevo, se supone que la gracia de Cristo es infundida en el alma, dándole al individuo una oportunidad de ser restaurado de nuevo al estado de justificación.

El matrimonio también es un sacramento en la Iglesia Católica Romana. Por supuesto, no todos reciben el sacramento del matrimonio porque no todos se casan. Sin embargo, cuando dos personas entran en la sagrada unión del matrimonio, esa unión es bendecida por la iglesia y se administra nueva gracia sacramentalmente a la pareja para proveerles la fuerza necesaria para crecer en la unión marital.

El sacramento de las santas órdenes corresponde en otras denominaciones a la ordenación. Cuando un hombre es elevado al sacerdocio recibe el sacramento de las santas órdenes por medio del cual es autorizado para administrar la gracia a los demás por medio de los sacramentos. Sin recibir la gracia de las santas órdenes no se tiene el poder de ofrecer la oración de consagración por medio de la cual los elementos del pan y el vino se transforman en el cuerpo y la sangre de Cristo durante la misa católica romana.

También en la Iglesia Católica Romana está el sacramento de ungir a los enfermos, también llamado los santos óleos o extremaunción. Está diseñado para impartir gracia a alguien a punto de morir para prepararle a presentarse ante el juicio de Dios. Originalmente, ungir a los enfermos se basaba en la instrucción de Santiago en su epístola: "¿Está enfermo alguno de ustedes? Que llame a los ancianos de la iglesia y que oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe dará salud al enfermo, y el Señor lo levantará" (5:14, 15). Originalmente este era un rito de sanidad en la iglesia pero, al ir pasando el tiempo, se desarrolló en un rito para sanar el alma que estaba dejando este mundo.

El sacramento considerado el más importante en la doctrina católica romana es la Eucaristía o Cena del Señor, en la que gracia santificadora y el poder de nutrición espiritual de Cristo son comunicados de nuevo a quienes reciben este sacramento.

LA PERSPECTIVA PROTESTANTE

Uno de los escritos más incendiarios de la Reforma protestante fue el folleto de Martín Lutero, *La cautividad babilónica de la iglesia.* En ese escrito, Lutero atacó el sistema romano de los sacramentos llamándolo "sacerdotalismo", la creencia de que la salvación se comunica por medio de un sacerdocio. Lutero objetó vigorosamente contra el sistema sacramental de la Iglesia Católica Romana, que se había desarrollado al grado de comenzar a usurpar la importancia central de la Palabra de Dios.

En cambio, los reformadores trataron de reconstituir un balance apropiado entre Palabra y sacramento, creyendo que los dos deben ser distinguidos pero nunca separados; es decir, que los sacramentos nunca deben ser administrados sin la predicación de la Palabra. Por ejemplo, en la iglesia donde yo predico no se me permite celebrar la Cena del Señor sin ofrecer también una proclamación de la Palabra de Dios. Los reformadores también estaban preocupados por quienes querían deshacerse totalmente de los sacramentos. Algunos estaban tan radicalmente opuestos al sistema sacramental romano que pensaban que la Palabra debería sostenerse sola sin el sacramento. Los reformadores insistían que Cristo mismo había instituido y autorizado los sacramentos y, por lo tanto, no debían ser abandonados.

A diferencia de la iglesia romana, los reformadores enfatizaron dos sacramentos: el bautismo y la Cena del Señor. En la opinión de los reformadores, estos ritos son sacramentos porque fueron instituidos explícitamente por Cristo. Jesús claramente instituyó la celebración de la Cena del Señor en la última cena con sus discípulos (Mateo 26:26-29) y, en la Gran Comisión, mandó a sus discípulos a bautizar a quienes entren a la fe cristiana (28:19). Los reformadores opinaban que el resto de los sacramentos romanos eran ordenanzas especiales de la iglesia que no tenían esta marca explícita de haber sido instituidos por Cristo.

Los reformadores también rechazaron la fórmula *ex opere operatio,* y adoptaron la idea de *ex opere operantis,* que significa "por medio del obrador de la obra". Esta simple diferencia en el latín tiene que ver con la eficacia o los beneficios que fluyen de los sacramentos; estos son eficaces solo para quienes los reciben en y por la fe. Así, por ejemplo, aunque los bebés reciban el sacramento del bautismo, los beneficios prometidos por ese sacramento no ocurren automáticamente. El bautismo no es lo que salva, sino que somos justificados por la fe. Cuando se tiene fe, entonces se recibe todo lo que se comunica por medio del signo y el sello del bautismo. Del mismo modo, cuando alguien llega a la celebración de la Cena del Señor sin fe, corre el riesgo de recibir el juicio de Cristo, según la advertencia de Pablo en 1 Corintios 11:27-32. El tema central para los reformadores no era la validez sino la eficacia de los sacramentos, que estaba inextricablemente ligada a la presencia de la fe genuina.

SIGNOSY SELLOS

Se considera que los sacramentos son signos y sellos. En un sentido, el carácter de signo del sacramento es la Palabra dramatizada, algo que vemos que Dios hace frecuentemente en el Antiguo Testamento. Los profetas de Dios no solo hablaban las palabras de Dios. A veces las dramatizaban, incluso de formas muy extrañas. Además, Dios instituyó prácticas y ceremonias que contenían importancia simbólica, como la circuncisión y la Pascua. Estas funcionaban como signos visibles y externos de operaciones divinas invisibles y trascendentes. Los seres humanos se comunican de la misma manera. No solamente hablamos palabras; usamos gestos, movemos las manos y todo el cuerpo cuando hablamos. Nuestras palabras

reciben el énfasis de nuestras acciones corporales. Los sacramentos operan de la misma manera. Dios se comunica con nuestros sentidos por medio de la dramatización de su Palabra en estos signos visibles: los sacramentos.

Los sacramentos también son sellos. En el mundo antiguo se usaba un sello para garantizar la autenticidad de la palabra de alguien. Si un rey emitía un decreto, imprimía el sello de su anillo en cera caliente sobre el edicto verificando así que venía de él. Al hacerlo comunicaba la autoridad que sostenía el decreto. Del mismo modo, los sacramentos representan el sello de Dios en sus promesas de redención. Son sus garantías visibles para todo el que cree que recibirá los beneficios que se nos han ofrecido en Cristo.

Capítulo 51

EL BAUTISMO

El bautismo es un sacramento que fue claramente establecido por Jesucristo. Él dio la orden: "Por tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que les he mandado. Y he aquí, yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo" (Mateo 28:19, 20).

Sin embargo, hay diferencias agudas entre distintos grupos de cristianos acerca del bautismo. Por ejemplo, muchas comunidades cristianas bautizan solo adultos que han hecho una profesión de fe, mientras que otras bautizan bebés al poco tiempo de haber nacido. En vista de esta y otras diferencias de opinión, ¿cómo debemos entender este importante rito cristiano?

EL BAUTISMO DE JUAN

Muchos piensan que el bautismo lo inició Juan el Bautista, pero el bautismo de Juan y lo que celebramos según el Nuevo Testamento en la comunidad cristiana no son idénticos. El bautismo que Juan instituyó se dirigía específicamente a la nación judía y fue iniciado desde el Antiguo Testamento.

Dios había prometido durante siglos la venida del Mesías. Así que cuando el Salvador estaba a punto de hacer su entrada al mundo, según lo predijo el Antiguo Testamento, Dios envió un profeta venido del desierto para preparar su venida. Juan fue ese profeta, y vino a

proclamar la venida del Mesías a un pueblo que no estaba preparado.

Durante el período entre el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento surgió una práctica en el judaismo llamada "bautismo de prosélitos". Era un rito de purificación para los gentiles, un baño que simbolizaba la purificación de gente que se consideraba impura. Si un gentil quería hacerse judío debía hacer tres cosas. Tenía que hacer una profesión de fe en el judaismo. Luego, si era varón, tenía que ser circuncidado. Finalmente, tenía que pasar por el rito de bautismo de prosélitos porque se consideraba que era ceremonialmente impuro.

Juan el Bautista escandalizó a muchos cuando declaró que *los judíos* necesitaban ser purificados de la misma manera. No solo eran los gentiles los que necesitaban arrepentirse y prepararse para la venida del Mesías; los judíos también debían prepararse. Por eso Juan clamaba al pueblo judío: "¡Arrepiéntanse, porque el reino de los cielos se ha acercado!" (Mateo 3:2). Los fariseos se indignaron por el mensaje de Juan ya que ellos encontraban su seguridad en el antiguo pacto.

Cuando vino Jesús, instituyó un nuevo pacto y una nueva señal del pacto. En el Antiguo Testamento, Dios ratificaba sus pactos con señales. La señal del pacto que Dios hizo con Noé fue el arco iris, significando que Dios nunca destruiría al mundo con agua otra vez. Cuando Dios entró en pacto con Abraham y su descendencia, lo estableció con la señal de la circuncisión. En ese tiempo, la circuncisión se convirtió en la señal de la promesa de Dios.

Con el tiempo muchos, incluyendo a los fariseos, llegaron a creer que la circuncisión era el medio de salvación. Pablo argumentó contra esta postura en su epístola a los Romanos: "Porque no es judío el que lo es en lo visible, ni es la circuncisión la visible en la carne sino, más bien, es judío el que lo es en lo íntimo, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu y no en la letra. La alabanza del tal no proviene de los hombres sino de Dios" (2:28, 29).

Pablo añade que, aunque la señal de la circuncisión no salva, la señal no queda sin significado. La circuncisión significó la promesa del pacto de Dios a todo aquel que ponga su confianza en Dios. La circuncisión ilustraba la validez de la promesa de Dios, pero la promesa de Dios se cumpliría solo por medio de la fe.

La circuncisión no era la señal del nuevo pacto. Este es el punto que Pablo disputaba con los judaizantes, quienes insistían que todos

los varones convertidos al cristianismo debían ser circuncidados. Pablo quería que los judaizantes entendieran que la circuncisión no solo era una señal de la promesa del pacto sino también de su maldición. Todos los que fallaban en su intento de cumplir los términos del antiguo pacto eran destituidos de la presencia de Dios. Sin embargo, en la cruz Cristo cumplió la maldición. Por lo tanto, quienes están bajo el nuevo pacto e insisten en la circuncisión están retrocediendo a los términos del antiguo pacto.

EL BAUTISMO DE JESÚS

Entonces la señal del nuevo pacto no es el bautismo de Juan; es el bautismo de Jesús. Jesús tomó el rito de purificación y lo identificó no con Israel sino con su nuevo pacto. Como resultado el bautismo reemplazó a la circuncisión como el signo externo de inclusión en la comunidad del nuevo pacto. Quienes están bautizados no son necesariamente salvos; sin embargo, tienen la promesa de Dios de que todos los beneficios de Cristo son suyos cuando lleguen a creer.

Martín Lutero en ocasiones se sentía atacado por el diablo. Cuando le pasaba eso, él decía en voz alta: "¡Apártate de mí! ¡Estoy bautizado!". En otras palabras, Lutero se afianzaba por fe en las promesas de Dios que son comunicadas a su pueblo por medio de esta señal del pacto. Ese es el significado del bautismo; es una palabra dramatizada. Es la palabra de promesa de Dios a todo aquel que cree. Pablo escribió:

> Miren que nadie los lleve cautivos por medio de filosofías y vanas sutilezas, conforme a la tradición de hombres, conforme a los principios elementales del mundo, y no conforme a Cristo. Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad; y ustedes están completos en él, quien es la cabeza de todo principado y autoridad.
> En él también ustedes fueron circuncidados con una circuncisión no hecha con manos, al despojarlos del cuerpo pecaminoso carnal mediante la circuncisión que viene de Cristo. Fueron sepultados juntamente con él en el bautismo, en el cual también fueron resucitados juntamente con él por medio de la fe en el poder de Dios que lo levantó de entre los muertos (Colosenses 2:8-12).

Aquí Pablo habla de la circuncisión no hecha con manos; él ve una relación directa entre la circuncisión del Antiguo Testamento y el bautismo del Nuevo Testamento.

El bautismo es una señal de nuestra regeneración, señal de que hemos sido resucitados de una muerte espiritual y hechos nuevas criaturas. La señal misma no logra eso; simplemente apunta a lo que sí lo logra: el Espíritu Santo. Así como somos bautizados con agua, Dios promete bautizar con su Espíritu Santo a quienes están en Cristo. Además, el bautismo indica nuestra participación en la muerte y la resurrección de Cristo. En un sentido muy real morimos con Cristo en la cruz porque fueron nuestros pecados los que él llevó ahí.

Pablo enfatiza que somos llamados a participar en el sufrimiento de Cristo, no para ganar méritos sino para identificarnos con nuestro Señor crucificado al participar voluntariamente en su humillación. Eso también se simboliza en el bautismo. Pablo escribió que a menos que estemos dispuestos a participar en las aflicciones de Cristo no participaremos en su exaltación. Cristo prometió que sus discípulos fieles serían perseguidos (Lucas 21:16,17). Su pueblo tendrá que sufrir de esa forma, pero esas aflicciones no son comparables con la gloria que Dios tiene preparada para su pueblo en el cielo (Romanos 8:18). El bautismo significa nuestra participación en la muerte de Cristo, en su resurrección, en su sufrimiento, en su humillación y en su exaltación.

UNA PROMESA SIGNIFICATIVA

Algunas iglesias argumentan que solo los adultos que hacen una profesión consciente de fe pueden ser bautizados. Sin embargo, históricamente, la mayoría ha creído que, así como la promesa del pacto del Antiguo Testamento le fue dada a Abraham y a su descendencia, la promesa del pacto del Nuevo Testamento les ha sido dada a los creyentes y a su descendencia; y así como la señal del antiguo pacto les fue dada a los creyentes y a sus hijos, la señal del nuevo pacto les es dada a los creyentes y a sus hijos. Así como el bautismo es una señal de fe, también la circuncisión era una señal de fe, y no podemos argumentar que una señal de fe no puede darse a nuestros hijos. El punto principal es que ni la circuncisión ni el bautismo confieren la fe. Lo que confieren es la promesa de Dios a todo aquel que cree.

Juan Calvino sostenía que la eficacia del sacramento nunca está atada al momento en que es dado; la salvación puede venir antes, durante o después de la administración de la señal, como también así fue en el caso de la circuncisión. La validez del bautismo no reside ni en quien lo recibe ni en quien lo administra. Reside más bien en el carácter de Aquel cuya promesa es significada por el bautismo.

Capítulo 52

LA CENA DEL SEÑOR

uando estudiamos el libro de Hechos y la vida de la antigua comunidad cristiana descubrimos que la gente daba mucho valor al hecho de reunirse a celebrar la Cena del Señor. A lo largo de la historia de la iglesia este ha sido el sacramento central. Tiene sus raíces en el Nuevo Testamento, pero vemos un precursor en la ordenanza de la Pascua en el Antiguo Testamento.

PASCUA CAMBIADA

Poco antes de su muerte, Jesús les pidió a sus discípulos que hicieran los arreglos para celebrar la Pascua por última vez en un lugar prestado, un aposento alto. Cuando se reunieron les dijo que había deseado mucho celebrar la Pascua con ellos una última vez (Lucas 22:7-15). Ahí, al celebrar la Pascua, Jesús cambió las palabras de la liturgia y les dijo a sus discípulos que el pan era su cuerpo, que iba a ser partido por ellos (v. 19). Al hacer esto estaba cambiando el significado de la Pascua del Antiguo Testamento. Luego tomó el vino de la cena de la Pascua y declaró que era su sangre (v. 20). Así instituyó una nueva dimensión de la historia de la redención. Ahí en ese aposento alto nació el Nuevo Testamento.

A veces pensamos que la era del Nuevo Testamento comenzó donde comienzan los escritos del Nuevo Testamento: con el anuncio de la venida de Juan el Bautista. Pero el período histórico del Nuevo Testamento en realidad comenzó cuando fue establecido el nuevo

pacto. Comenzó en el aposento alto, cuando Jesús instituyó la Cena del Señor. Del mismo modo que Dios había usado la Pascua del Antiguo Testamento como un recordatorio de la liberación del pueblo de la plaga de la muerte de los primogénitos en Egipto, así Cristo instituyó la Cena del Señor como un recordatorio de su muerte redentora para la iglesia.

PRINCIPALES POSTURAS

Debido a que la muerte de Cristo es central para la fe cristiana, la celebración de la Cena del Señor es de importancia extrema, y por esa razón ha sido otra fuente de controversia a lo largo de la historia de la iglesia. Una tragedia del siglo XVI fue que los reformadores no pudieron llegar a un acuerdo sobre el significado de la Cena del Señor. Aunque Juan Calvino y Martín Lutero estaban muy cerca el uno del otro en su teología, tenían posturas diferentes en aspectos críticos de la Cena.

Modo de la presencia

El debate central en ese tiempo y ahora tiene que ver con el modo de la presencia de Cristo en el sacramento. Las posturas principales sobre la naturaleza de la Cena del Señor son las de los católicos romanos, los luteranos y los calvinistas.

La postura católica romana se llama "transustanciación". En términos simples, la iglesia romana cree que cuando el sacerdote consagra el pan y el vino durante la misa ocurre un milagro. Los elementos ordinarios de pan y vino son transformados realmente en el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Esta doctrina fue formada usando la filosofía de Aristóteles. En sus intentos por definir la realidad, Aristóteles hacía la distinción entre las propiedades *esenciales* y *accidentales* de un objeto. Yo puedo identificar un libro por su apariencia, pero no puedo penetrar en el centro más esencial de su ser. Según Aristóteles, el centro esencial de un libro es su sustancia; sus cualidades externas son meramente sus *accidentia,* las propiedades físicas del libro (papel, electrónico, etc.).

Aplicando este marco de referencia a la Cena del Señor en la fórmula de la transustanciación, la Iglesia Católica Romana ha dicho que el centro esencial del pan y del vino cambia al cuerpo y la sangre

de Cristo aunque los *accidentia* del pan y del vino, su apariencia y demás, siguen siendo iguales. Entonces, siguiendo el lenguaje de Aristóteles, hay un milagro doble, porque los *accidentia* de un objeto están relacionados con su sustancia. El libro parece libro porque tiene los *accidentia* del libro. Siempre hay una relación perfecta entre la sustancia de una cosa y sus cualidades externas. Sin embargo, en el milagro de la misa, encontramos los *accidentia* del pan sin su sustancia y la sustancia del cuerpo de Jesús sin sus *accidentia,* un doble milagro.

Lutero refutó esta teoría diciendo que la presencia de Cristo no suplanta el lugar de los elementos sino que, más bien, se añade al pan y al vino aunque de manera invisible. En otras palabras, Cristo está físicamente presente en, con y bajo los elementos. Esta postura se llama la "unión sacramental" y a veces se conoce como "consustantiación". El prefijo *con-* indica la manera en que el cuerpo y la sangre de Jesús acompañan a los elementos físicos del pan y el vino. De modo que Lutero insistía en que el cuerpo de Cristo está presente físicamente en la Cena, convicción que fundamentó literalmente en las palabras de Jesús al instituir el sacramento: "Esto es mi cuerpo". Lutero argumentaba que Jesús nunca habría dicho que el pan era su cuerpo si de hecho no lo era.

Calvino sostenía que un cuerpo físico, como el que tiene Jesús, no puede estar en más de un lugar a la vez, y ya que el cuerpo de Jesús está en el cielo, él no puede estar físicamente presente en los sacramentos. Sin embargo, la naturaleza divina de Jesús puede estar en todas partes al mismo tiempo; por tanto, él está realmente presente en la Cena del Señor, aunque espiritualmente.

Resumiendo, los católicos romanos, los luteranos y los calvinistas todos concuerdan en que Cristo está realmente presente en la Cena del Señor; el debate tiene que ver con el *cómo* se hace presente, sea física o espiritualmente.

EL FACTOR TIEMPO

El factor tiempo es triple en cuanto a la Cena del Señor. Con respecto al pasado, la Cena del Señor es un recordatorio de la muerte del Señor por los pecadores. El apóstol Pablo recuerda las palabras de Jesús cuando fue instituida la Cena del Señor:

> Porque yo recibí del Señor la enseñanza que también les he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió y dijo; "Tomen, coman. Esto es mi cuerpo que por ustedes es partido. Hagan esto en memoria de mí".
> Asimismo tomó también la copa después de haber cenado, y dijo; "Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre: Hagan esto todas las veces que la beban en memoria de mí" (1 Corintios 11:23-25).

Cuando Jesús instituyó la Cena, también dijo: "...no beberé más del fruto de la vid hasta que venga el reino de Dios" (Lucas 22:18). Ahí vemos que la Cena del Señor también nos hace pensar en el futuro, cuando nos sentaremos a la mesa del Señor en la fiesta de bodas del Cordero. Hay una orientación futura en la Cena del Señor.

Al mismo tiempo está el beneficio presente de encontrar a Cristo resucitado en persona en su mesa cada vez que participamos de la Cena. Así que hay una realidad presente, un recuerdo de eventos pasados y la expectativa del futuro bendito que Dios ha prometido para su pueblo.

Octava parte

ESCATOLOGÍA

Capítulo 53

LA MUERTE Y EL ESTADO INTERMEDIO

on este capítulo comenzamos nuestro estudio de la rama de la teología sistemática conocida como "escatología". Este término viene de la palabra griega *escaton,* que se refiere a las últimas cosas. Uno de los aspectos iniciales de la escatología es la vida más allá y ese temido suceso que nos lleva hacia allá: la muerte.

La muerte es el mayor problema que enfrenta el ser humano. Podemos tratar de replegar a un rincón de nuestra mente esos pensamientos sobre la muerte pero no podemos borrar totalmente el darnos cuenta de nuestra mortalidad. Sabemos que nos espera el espectro de la muerte.

ORIGEN DE LA MUERTE

El apóstol Pablo escribe: "Por esta razón, así como el pecado entró en el mundo por medio de un solo hombre, y la muerte por medio del pecado, así también la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron. Antes de la ley, el pecado estaba en el mundo pero, como no había ley, el pecado no era tenido en cuenta. No obstante, la muerte reinó desde Adán hasta Moisés..." (Romanos 5:12-14). Vemos que había pecado antes de que la ley fuera dada por medio de Moisés, y esto se muestra por el hecho de que la muerte ocurría antes que la ley fuese dada. El hecho de la muerte prueba la presencia del pecado, y el hecho del pecado prueba la presencia de la ley, que ha sido revelada internamente al ser humano desde el principio. De manera

que la muerte vino al mundo como resultado directo del pecado.

El mundo secular piensa que la muerte es parte del orden natural, mientras que el cristiano ve a la muerte como parte del orden caído; no era el estado original del ser humano. La muerte vino como juicio de Dios por el pecado. Desde el principio, todo pecado era una ofensa capital. Dios dijo a Adán y Eva: "Puedes comer de todos los árboles del jardín; pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que comas de él, ciertamente morirás" (Génesis 2:16,17). La muerte que Dios advirtió no era solo espiritual sino también física. Adán y Eva no murieron físicamente el día que pecaron; Dios les dio la gracia de vivir por un tiempo antes de recibir el castigo. Sin embargo, sin falta perecieron y murieron.

ESPERANZA EN LA MUERTE

Todo ser humano es pecador y, por tanto, ha sido sentenciado a muerte. Todos estamos esperando que la sentencia se ejecute. Sin embargo, para los creyentes el castigo ha sido pagado por Cristo. Los cristianos miran a la muerte como el momento de transición de este mundo al siguiente. Pablo estaba en prisión cuando escribió:

> ...pues sé que mediante la oración de ustedes y el apoyo del Espíritu de Jesucristo, esto resultará en mi liberación, conforme a mi anhelo y esperanza: que en nada seré avergonzado sino que con toda confianza, tanto ahora como siempre, Cristo será exaltado en mi cuerpo, sea por la vida o por la muerte.
> Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia, pero si el vivir en la carne me sirve para una obra fructífera, ¿cuál escogeré? No lo sé. Me siento presionado por ambas partes. Tengo el deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; pero quedarme en la carne es más necesario por causa de ustedes (Filipenses 1:19-24).

Muchos de nosotros quedamos sorprendidos por estas palabras de Pablo. Aunque nos gozamos en la victoria de Cristo sobre la tumba, de todas formas tenemos miedo a la muerte. Hasta donde yo sé, no temo a la muerte, pero sí al proceso de morir. Los cristianos no tenemos garantizada la exención de una muerte dolorosa; nuestra

garantía es la presencia de Dios con nosotros en medio del proceso y también saber a dónde vamos después de la muerte. A la luz de esto, Pablo escribió: "Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia". Él vivió una vida extraordinaria y fue capaz de soportar grandes sufrimientos porque estaba apasionadamente convencido de la verdad de su vida eterna. Con gusto arriesgaba su vida y su seguridad porque cada minuto de su vida se trataba de Cristo. Para él, la vida sobre la tierra era un medio para servir a Cristo, y la muerte era el medio para estar con Cristo. La muerte para el cristiano cae en el lado positivo de la balanza.

Pablo refuerza su convicción sobre la vida y la muerte: "Me siento presionado por ambas partes. Tengo el deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; pero quedarme en la carne es más necesario por causa de ustedes". Pablo deseaba continuar su ministerio terrenal pero su corazón ya estaba en el cielo. Amaba a aquellos a quien ministraba pero estaba dispuesto a ir a casa, "partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor".

Tendemos a mirar la diferencia entre la vida y la muerte como la diferencia entre lo bueno y lo malo, pero el Apóstol no la veía así. Él veía esa diferencia como la diferencia entre lo bueno y lo mejor. Vivir es bueno. Sí, hay mucho dolor en la vida, y algunos están tan reducidos a tal nivel de sufrimiento que quisieran morir; pero la mayoría —a pesar de los dolores, de los quebrantos, de las desilusiones— queremos vivir. Hay gozo en la vida, así que nos abrazamos a la vida con pasión. Pero, para los cristianos, la muerte es todavía algo mejor porque vamos inmediatamente a estar con Cristo, esperanza verificada por la resurrección de Cristo.

La Biblia enseña que hay tanto muerte como resurrección final. Cuando recitamos el Credo de los Apóstoles y decimos: "Creo en la resurrección del cuerpo" estamos expresando nuestra confianza de que nuestro cuerpo será levantado. Algún día nuestros huesos se levantarán, así como Cristo salió de la tumba con el mismo cuerpo con el que entró, aunque su cuerpo había sido alterado de manera dramática. El cuerpo de Jesús había sido glorificado, cambiado de mortal a inmortal. Pablo escribe:

> Pero ahora, Cristo sí ha resucitado de entre los muertos,
> como primicias de los que durmieron. Puesto que la muerte

> entró por medio de un hombre, también por medio de un hombre ha venido la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida (1 Corintios 15:20-23).

No sabemos cómo va a ser nuestra apariencia en el cielo, pero nos vamos a reconocer. Tendremos un cuerpo reconocible. El mejor estado en el futuro es el cuerpo glorificado. Vivir en el cuerpo aquí en la tierra es bueno, pero lo mejor está por llegar.

ENTRE EL HOYY EL MAÑANA

Los teólogos se refieren al "estado intermedio", el tiempo entre nuestra muerte y la resurrección final. Cuando morimos, nuestro cuerpo va a la tumba, pero nuestra alma va directamente al cielo a estar inmediatamente en la presencia de Cristo Jesús. En el estado intermedio, cada uno de nosotros será un alma sin un cuerpo, pero lo mejor de todo ocurrirá después, en la consumación del reino de Cristo, cuando nuestra alma tomará un cuerpo incorruptible y glorificado.

No es como lo que han enseñado algunos herejes, que al morir entramos en una especie de sueño del alma, existiendo en un estado de inconsciencia personal, separados de Cristo. La postura bíblica es que experimentamos una continuidad inquebrantable de existencia consciente y personal, y que al morir inmediatamente estamos activamente en la presencia de Cristo y de Dios. Es común que no nos demos cuenta del proceso de envejecimiento que se lleva a cabo en nuestro cuerpo, porque en realidad vivimos dentro de nosotros mismos: en nuestra mente, espíritu y alma. Es esta continuidad de consciencia personal lo que vivirá, solo que en estado mucho mayor porque estaremos viviendo en la presencia de Cristo.

El dilema de Pablo se resolvió con la victoria de su muerte, cuando fue a su hogar celestial a experimentar la ganancia de estar con Cristo.

Capítulo 54

LA RESURRECCIÓN

La palabra griega que traducimos "resurrección" es *anastasis,* que literalmente significa "estar de pie otra vez" o "levantarse otra vez". Tendemos a pensar que nuestra resurrección futura será simplemente la continuidad de la existencia personal, del alma continuando en un estado consciente en la presencia de Dios en el cielo, mientras el cuerpo se desintegra en la tumba. Sin embargo, la resurrección será realmente en el cuerpo físico, el cual experimenta la descomposición en la tumba antes de levantarse de nuevo a la vida.

LAS PRIMICIAS

Desde el primer siglo, la iglesia ha afirmado la resurrección del cuerpo *(resurrectionis carnis),* que incluye la resurrección corporal no solo de Cristo sino también de su pueblo. Esta verdad se menciona en muchos lugares de las Escrituras. Pablo escribió:

> Sin embargo, ustedes no viven según la carne sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en ustedes. Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Pero si Cristo está en ustedes, aunque el cuerpo esté muerto a causa del pecado, no obstante el espíritu vive a causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos mora en ustedes, el que resucitó a Cristo de entre los muertos también les dará vida a sus cuerpos mortales mediante su Espíritu que mora en ustedes (Romanos 8:9-11).

Algunos dicen que este pasaje se refiere solo a la renovación o regeneración de nuestro ser interior, de ser levantado de la muerte espiritual a la vida espiritual. Ese concepto ciertamente está incluido en el pensamiento de Pablo, pero él añade que el mismo Espíritu que levantó el cuerpo mortal de Jesús de entre los muertos también levantará nuestro cuerpo mortal de los muertos. Pablo enseña este principio en repetidas ocasiones, particularmente cuando hace un contraste entre Adán y Cristo, el último Adán. Al entrar la muerte en el mundo por medio del primer Adán, también la victoria sobre la muerte viene como resultado del ministerio del último Adán. Pablo considera que la resurrección física de Cristo no es un evento aislado sino que es el primero de muchos más que vendrán. Cristo se convirtió así en las primicias de los que serán levantados de entre los muertos (1 Corintios 15:20).

La Biblia narra las resucitaciones de varias personas antes de la resurrección de Cristo. En el Antiguo Testamento el hijo de la viuda de Sarepta (1 Reyes 17:17-24). En el Nuevo Testamento el hijo de la viuda de Naín (Lucas 7:11-15), la hija de Jairo (Lucas 8:41, 42, 49-56) y Lázaro (Juan 11:1-44); sin embargo, cada una de estas personas volvieron a morir después. La resurrección de Jesús fue distinta. Fue más que un simple retorno a la vida; también involucró una transformación importante de su cuerpo. Había continuidad entre el cuerpo que fue puesto en la tumba y el cuerpo que salió de esa tumba; el mismo cuerpo que fue sepultado es el que resucitó. Así fue también con las resucitaciones de los ejemplos anteriores. Sin embargo, en la resurrección de Jesús había también un elemento de discontinuidad. Su cuerpo experimentó un cambio dramático. Él era la misma persona con el mismo cuerpo, pero su cuerpo había sido glorificado.

UNA DOCTRINA ESENCIAL

En 1 Corintios Pablo da una extensa explicación y defensa de la resurrección de Cristo. Se dirige a aquellos que son escépticos sobre la resurrección en general y utiliza un argumento *reductio ad absurdum* que, como ya notamos anteriormente, es la técnica que tomar la premisa del oponente y llevarla hasta su conclusión lógica para probar que es absurda. En esta epístola, Pablo desarrolla la premisa de que no hay resurrección; llega a la conclusión de que si no hay resurrección, entonces Cristo no resucitó (1 Corintios 15:13).

Ahí donde se establece un negativo universal, no puede haber un afirmativo particular.

Pablo entonces continúa diciendo que si Cristo no resucitó, entonces todavía estamos en nuestros pecados (v. 17). Así que sin resurrección no hay fe cristiana. El concepto de resurrección es absolutamente esencial para la totalidad de la fe apostólica.

Muchos teólogos contemporáneos han llegado a la conclusión de que podemos tener un cristianismo vibrante sin los aspectos sobrenaturales que lo asisten, tales como la muerte y la resurrección de Cristo. Por ejemplo, Rudolf Bultmann, quien hizo una exégesis muy precisa y profunda de 1 Corintios 15, pone en claro lo que dijo el Apóstol, pero luego dice que Pablo se equivocó. La conclusión de Bultmann, como la de muchos en la iglesia contemporánea, es que el testimonio apostólico sobre la importancia central de la resurrección es falso.

La gente puede tener una religión sin creer en la resurrección, y puede incluso llamarla religión cristiana, pero no tiene nada que ver con el mensaje bíblico de Cristo y la fe cristiana original. Pablo dijo que no hay fe cristiana si no hay resurrección y, si no hay resurrección, los cristianos son los más dignos de conmiseración de entre toda la gente por poner su esperanza en algo que es falso (v. 19).

Habiendo dicho esto, Pablo hace que su caso sobre la verdad de la resurrección de Cristo no dependa solo de estas implicaciones negativas. Señala los múltiples testigos de la resurrección: el testimonio de los apóstoles, incluyendo el suyo propio, y los quinientos que vieron a Cristo después de resucitar (w. 3-8).

Pablo continúa diciendo que Cristo fue levantado y que se le dio un cuerpo glorificado, y que lo que Dios ha hecho por él ha prometido hacerlo también por todos los creyentes: "Porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida. Después el fin, cuando él entregue el reino al Dios y Padre, cuando ya haya anulado todo principado, autoridad y poder" (w. 22-24).

CUERPO RESUCITADO

Luego Pablo se refiere a la naturaleza de nuestro cuerpo resucitado: "Pero dirá alguno: ¿Cómo resucitan los muertos? ¿Con qué clase de cuerpo vienen?'" (v. 35). En otras palabras: ¿Cómo será nuestro

cuerpo resucitado? ¿Vamos a vernos como estábamos en el momento de morir? Así es como responde Pablo: "Necio, lo que tú siembras no llega a tener vida a menos que muera. Y lo que siembras, no es el cuerpo que ha de salir, sino el mero grano, ya sea de trigo o de otra cosa. Pero Dios le da un cuerpo como quiere, a cada semilla su propio cuerpo" (w. 36-38). Pablo apela a la naturaleza para hacer una analogía, usando un argumento de Platón. Para que crezca fruto se debe plantar una semilla, y antes que la semilla pueda dar vida tiene que experimentar una cierta descomposición. Cuando finalmente surge el fruto, no se parece nada a la semilla. En términos de la resurrección, el cuerpo que va a la tumba es como la semilla; tenemos que morir. Pero en la muerte el cuerpo es transformado. Habrá continuidad, así como hay continuidad entre la semilla y el fruto, pero también habrá una discontinuidad significativa entre la semilla de nuestro cuerpo terrenal y el fruto de nuestro cuerpo glorificado.

Nuestro cuerpo resucitado será humano y será reconocible. En las apariciones de Jesús resucitado ocurrieron cosas misteriosas. No siempre fue reconocido inmediatamente; lo vemos en el ejemplo de los que iban caminando a Emaús (Lucas 24:13-31). No sabemos si no reconocieron a Jesús porque había cambios en él o porque Dios les escondió temporalmente la identidad de Jesús. Del mismo modo, María Magdalena no reconoció a Jesús hasta que él le habló (Juan 20:11-16). Pero cuando apareció a los discípulos en el aposento alto todos lo reconocieron al instante. Así que habrá cambios, pero no sabemos la extensión de esos cambios. De hecho no sabemos si el cuerpo en el que Jesús apareció en el aposento alto ya estaba en su etapa final de glorificación o si todavía estaban ocurriendo cambios. Le había dicho a María: "Suéltame porque aún no he subido al Padre" (Juan 20:17), y algunos ven esto como una indicación de que Jesús estaba todavía en proceso de ser reconstituido en su cuerpo glorificado. Pero todo eso es solo especulación.

En cuanto a nuestro cuerpo resucitado, podemos asumir que nuestras facultades humanas básicas estarán presentes; tendremos mente, voluntad y afectos. La diferencia básica será que el nuevo cuerpo no podrá morir; somos sembrados mortales y resucitaremos inmortales (1 Corintios 15:53), pero no porque vayamos a ser inherentemente inmortales. Los griegos creían que las almas son eternas y, por lo tanto, indestructibles, mientras que los cristianos

creemos que las almas son creadas, no eternas. Viviremos eternamente con Dios, no porque tengamos una existencia inherentemente indestructible sino porque seremos declarados inmortales por decreto de Dios. Dios no permitirá que perezcamos. Lo que garantiza nuestra inmortalidad es la gracia y el amor de Dios que nos preservan y nos dan vida.

En su tratado sobre la resurrección, Pablo usa analogías de la naturaleza:

> No toda carne es la misma carne; sino que una es la carne de los hombres, otra es la carne de los animales, otra la de las aves y otra la de los peces. También hay cuerpos celestiales y cuerpos terrenales. Pero de una clase es la gloria de los celestiales; y de otra, la de los terrenales. Una es la gloria del sol, otra es la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas; porque una estrella es diferente de otra en gloria (w. 39-41).

Pablo está diciéndonos que miremos a nuestro derredor y observemos la vida en toda su variedad de formas para que podamos darnos cuenta de que hay mucho más por venir:

> Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción; se resucita en incorrupción. Se siembra en deshonra; se resucita con gloria. Se siembra en debilidad; se resucita con poder. Se siembra cuerpo natural; se resucita cuerpo espiritual. Hay cuerpo natural; también hay cuerpo espiritual. Así también está escrito: *el* primer *hombre* Adán *llegó a ser un alma viviente;* y el postrer Adán, espíritu vivificante. Pero lo espiritual no es primero, sino lo natural; luego lo espiritual. El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre es celestial. Como es el terrenal, así son también los terrenales; y como es el celestial, así son también los celestiales (w. 42-48).

Luego Pablo establece este punto clave: "Y así como hemos llevado la imagen del terrenal, llevaremos también la imagen del celestial" (v. 49). Esa es la esperanza de la resurrección final: seremos como Cristo porque él nos otorgará la misma gloria de la resurrección que él recibió.

Capítulo 55

EL REINO DE DIOS

Cuando los discípulos de Jesús le pidieron que les enseñara a orar, él les dio una oración modelo: el Padre Nuestro (Mateo 6:9-13). Como parte de esa oración les instruyó a pedir: "Venga tu reino, sea hecha tu voluntad, como en el cielo así también en la tierra" (v. 10). Jesús estableció como una prioridad para el pueblo de Dios el orar por la venida del reino.

La cuestión es si el reino por el que oramos ya se está manifestando o si todavía no se ha revelado. Este es un asunto de debate en la comunidad cristiana, y es importante porque en las Escrituras el concepto de reino es de importancia central. En su libro *El reino de Dios,* el profesor del Antiguo Testamento John Bright dijo que el reino es el tema que enlaza el Antiguo Testamento con el Nuevo Testamento. Desde los inicios del Antiguo Testamento, Dios comenzó a prometer un reino futuro en el que su soberanía sería universal y eterna. Sin embargo, esta promesa no era una negación del reino soberano de Dios en todo el universo hoy mismo. Dios ha reinado desde el momento en que creó el universo. Más bien, la promesa tiene que ver con la sumisión voluntaria de todas las criaturas al señorío de Dios. En el momento presente, el reino de este mundo, sobre el cual Dios ha reinado desde el momento de la creación, está fundamentalmente en rebelión contra su Rey.

De modo que la promesa en el Antiguo Testamento era de un reino universal y eterno. Es universal no en el sentido de que todos

serán redimidos, sino que todos obedecerán. Algunos obedecerán voluntariamente; doblarán sus rodillas en devoción sincera. Otros serán sometidos por fuerza. Vendrá el día en que las personas de todas las naciones se someterán al Rey ungido de Dios, el Mesías.

Los autores del Nuevo Testamento se refieren tanto al reino de Dios como al reino de los cielos. La frase "reino de los cielos" se encuentra en el Evangelio de Mateo, mientras que los otros autores, particularmente Lucas, se refieren al "reino de Dios". La diferencia se debe al hecho de que Mateo estaba escribiendo como judío para lectores judíos. Los judíos protegían el nombre sagrado de Dios y por eso usaban *perífrasis,* que es el uso de una forma de expresión alternativa para parafrasear. Como ya lo hemos comentado antes, los judíos en el tiempo del Antiguo Testamento usaban el título *Adonai* (Señor) como sustituto o referencia perifrástica a Dios. Mateo hace lo mismo en sus referencias al reino; "cielos" era simplemente un sustituto judío para la palabra "Dios".

YA Y TODAVÍA NO

Muchos evangélicos hoy en día creen que el reino de Dios está estrictamente en el futuro, aunque no hay fundamento bíblico para eso. Esta postura le roba a la iglesia sus importantes enseñanzas sobre el reino que están claramente en el Nuevo Testamento. De hecho, el Nuevo Testamento comienza con Juan el Bautista anunciando el reino: "¡Arrepiéntanse, porque el reino de los cielos se ha acercado!" (Mateo 3:2). Los profetas del Antiguo Testamento hablaron del reino que vendría en el futuro, pero en el tiempo de Juan el Bautista estaba a punto de entrar en escena. Se había "acercado". Si examinamos el mensaje de Juan con cuidado, vemos que su anuncio del reino contenía advertencias urgentes: "El hacha ya está puesta a la raíz de los árboles" (Mateo 3:10) y: "Su aventador está en su mano para limpiar su era..." (Lucas 3:17). El tiempo se estaba agotando y la gente no estaba lista.

Cristo entró en escena solo un poco de tiempo después con el mismo mensaje: "El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado. ¡Arrepiéntanse y crean en el evangelio!" (Marcos 1:15). Sin embargo, había diferencias entre el comportamiento de Juan el Bautista y el de Jesús. Juan era un asceta; vivía una vida

radical, con muchas privaciones. Comía insectos y miel silvestre, y se vestía como los profetas del Antiguo Testamento. Jesús, por otro lado, era acusado de ser "comilón y bebedor de vino" (Mateo 11:19). Fue a una boda en Caná y comió en un banquete con recaudadores de impuestos, lo cual hizo que algunos discípulos de Juan le preguntaran: "¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos frecuentemente pero tus discípulos no ayunan?" (Mateo 9:14). Jesús respondió: "¿Pueden tener luto los que están de bodas mientras el novio está con ellos? Pero vendrán días cuando el novio les será quitado, y entonces ayunarán" (v. 15).

En otra ocasión los fariseos le preguntaron cuándo vendría el reino de Dios, y Jesús respondió: "...el reino de Dios está en medio de ustedes" (Lucas 17:21). El reino estaba en medio de ellos porque el Rey estaba ahí. En otra ocasión, Jesús dijo: "Pero si por el dedo de Dios yo echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a ustedes el reino de Dios" (Lucas 11:20).

Así que Juan vino primero con su advertencia de la cercanía radical del reino. Luego Jesús vino anunciando la presencia del reino. A esto le siguió el apogeo de su obra redentora en la ascensión, cuando Jesús dejó la tierra para ir a su coronación, donde Dios lo declaró Rey. Cuando Jesús estaba en el monte de los Olivos, listo para partir, sus discípulos le preguntaron: "Señor, ¿restituirás el reino a Israel en este tiempo?" (Hechos 1:6). Ellos habían estado esperando que Jesús hiciera su jugada, que sacara a los romanos y estableciera el reino, pero Jesús les contestó: "A ustedes no les toca saber ni los tiempos ni las ocasiones que el Padre dispuso por su propia autoridad. Pero recibirán poder cuando el Espíritu Santo haya venido sobre ustedes, y me serán testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta lo último de la tierra" (w. 7, 8).

Como respuesta a la pregunta sobre el reino, Jesús dio la misión fundamental de la iglesia. La gente sería ciega a su reinado, así que sus discípulos tenían la tarea de hacerlo visible. La tarea fundamental de la iglesia es dar testimonio del reino de Dios. Nuestro Rey ya está reinando, así que si colocamos el reino de Dios completamente en el futuro perdemos de vista uno de los puntos más importantes del Nuevo Testamento. Nuestro Rey ha venido y ha inaugurado el reino de Dios. El aspecto futuro del reino es su consumación final.

PARÁBOLAS DEL REINO

Jesús enseñó frecuentemente usando parábolas, y el tema principal de las parábolas era el reino de Dios. Muchas parábolas comienzan: "El reino de Dios es como..." Las parábolas aclaran que el reino tiene un carácter progresivo. El reino comenzó pequeño, pero con el tiempo se expandió y continuará creciendo hasta que lo llene todo. Jesús dijo que el reino es como una semilla de mostaza, la más pequeña de todas las semillas (Mateo 13:31, 32; Marcos 4:30-32; Lucas 13:18, 19). También comparó el reino con la levadura, que se dispersa por la masa y la leuda (Mateo 13:33, Lucas 13:20, 21). El Antiguo Testamento predijo que el reino sería una piedra cortada no con mano, que llegaría a ser una gran montaña (Daniel 2:35).

Jesús también dejó claro que, como sus discípulos, debemos buscar el reino. Dijo: "Más bien, busquen primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas les serán añadidas" (Mateo 6:33). La prioridad de la vida cristiana, según Jesús, es buscar el reino. La palabra griega traducida "primeramente" es *protos.* Significa más que solo el primero en una serie; significa primero en orden de importancia. Según Jesús, buscar el reino es la tarea más importante de la vida cristiana.

CRISTO REINA

Cristo reina ahora como el Cordero que es digno de recibir el reino de Dios. Ese reino ha comenzado y está creciendo, pero no será consumado hasta que Cristo venga al final de la historia humana para someter a todos los reinos. En ese tiempo el reino, que ahora es invisible, se hará visible. Pero aunque el reino ahora es invisible, no es irreal. En la consumación habrá una renovación completa del orden creado como lo conocemos ahora, y Cristo establecerá su reino en toda su gloria por siempre.

Capítulo 56

EL MILENIO

El concepto del milenio es un aspecto de la escatología que se discute mucho debido a la naturaleza de la literatura escatológica. La primera referencia al milenio —un período de tiempo que se extiende por mil años— ocurre en Apocalipsis 20, y se menciona con respecto al encadenamiento de Satanás:

> Vi a un ángel que descendía del cielo y que tenía en su mano la llave del abismo y una gran cadena. Él prendió al dragón, aquella serpiente antigua quien es el diablo y Satanás, y le ató por mil años. Lo arrojó al abismo y lo cerró, y lo selló sobre él para que no engañase más a las naciones, hasta que se cumpliesen los mil años. Después de esto, es necesario que sea desatado por un poco de tiempo.
>
> Y vi tronos; y se sentaron sobre ellos, y se les concedió hacer juicio. Y vi las almas de los degollados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios. Ellos no habían adorado a la bestia ni a su imagen, ni tampoco recibieron su marca en sus frentes ni en sus manos. Ellos volvieron a vivir y reinaron con Cristo por mil años. Pero los demás muertos no volvieron a vivir, sino hasta que se cumplieran los mil años. Esta es la primera resurrección. Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección. Sobre estos la segunda muerte no tiene ningún poder; sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él por

> los mil años. Cuando se cumplan los mil años, Satanás será soltado de su prisión y saldrá para engañar a las naciones que están sobre los cuatro puntos cardinales de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de congregarlos para la batalla. El número de ellos es como la arena del mar (Apocalipsis 20:1-8).

INTERPRETACIÓN DE LA LITERATURA ESCATOLÓGICA

Al considerar el milenio, los teólogos se ocupan de ver su naturaleza y su relación cronológica con la consumación del reino de Dios. Dependiendo de la forma en que esas preguntas se respondan, serán las posturas premilenarista, amilenarista, posmilenarista y otras acerca del fin. Los prefijos en estos nombres reflejan lo que sus adherentes creen respecto a cuándo ocurre el milenio.

Apocalipsis 20 es el único lugar en las Escrituras donde se menciona el milenio. El hecho de que sea mencionado en un solo lugar de la Biblia no disminuye su importancia. Lo que lo hace problemático es que ocurre en un libro de la Biblia que es altamente simbólico. La literatura de este género necesita reglas de interpretación que son diferentes a las que se usan en otros tipos de literatura.

El principio básico de interpretación bíblica establecido por los reformadores fue la interpretación literal, *sensus literalis* (sentido literal), que significa que la interpretación responsable de las Escrituras siempre interpretará la Biblia en el sentido en que fue escrita. La literatura poética debe interpretarse como poesía, la literatura didáctica debe interpretarse como didáctica, y así por el estilo. Un verbo siempre es un verbo, un sustantivo siempre es un sustantivo, un símil es un símil y una metáfora es una metáfora.

En cambio, el estilo de interpretación llamado "literalismo" involucra la aplicación de interpretaciones rígidas, lo cual no funciona para la literatura poética. Por ejemplo, cuando el salmista dice que los ríos baten sus manos (98:8), no significa que a los ríos de alguna forma les salen manos y comienzan a aplaudir. No interpretamos esas imágenes poéticas de forma tan exageradamente literal.

Cuando se trata de la interpretación de literatura profética, la cuestión es si el lenguaje es figurativo o prosa ordinaria, y hay muchos desacuerdos en cuanto a esto. Algunos creen que debemos

interpretar las profecías sobre el futuro de manera literal para poder ser fieles a la Biblia, pero eso nos puede llevar a solo andar en círculos.

POSTURAS SOBRE EL MILENIO

Veamos brevemente las características principales de las diversas posturas sobre el milenio[1].

Premilenarismo

El premilenarismo enseña que habrá un reino literal y terrenal de mil años. El prefijo *pre-* indica la convicción de que Cristo regresará antes que el milenio sea establecido. Hay dos formas de premilenarismo: el premilenarismo dispensacional y el premilenarismo histórico.

La teología dispensacional es un sistema completo de doctrina. Se conoce más por su esquema particular de entender las profecías bíblicas. Los premilenaristas dispensacionales creen que las profecías del reino dadas a Israel en el Antiguo Testamento serán cumplidas de manera literal en el estado judío contemporáneo. Esperan una reconstrucción literal del templo y que se reinstituya el sistema de sacrificios.

Para la postura escatológica de los dispensacionalistas es fundamental la creencia de que Dios tiene dos planes separados de redención: uno para Israel y otro para la iglesia. El premilenarismo dispensacional tradicional enseña que Cristo ofreció a los judíos el reino de David, pero los judíos lo rechazaron, así que la venida del reino de David, un reino judío, se pospuso hasta algún momento en el futuro. También creen que la iglesia como la conocemos existe en "la era de la iglesia", una de varias etapas principales o dispensaciones de la historia bíblica. La era de la iglesia es un *paréntesis* entre la venida de Cristo y la venida futura del reino. Esta doctrina dice que la iglesia acabará perdiendo su influencia en el mundo y se hará apóstata al llegar el fin de la era de la iglesia, y que no será restaurada sino hasta después del regreso de Cristo. Finalmente, Cristo volverá para arrebatar a sus santos antes de la gran tribulación.

Este regreso de Cristo para arrebatar a su pueblo se ve como

[1] **Para un tratamiento más completo de este tema ver R. C. Sproul,** *The Last Days accoiding to Jesús When Did Jesús Say He Would Return?* **(Los últimos días según Jesús: ¿cuándo dijo Jesús que regresaría?) (Grand Rapids, MI: Baker;** 2000).

el primero de dos regresos. En su primer regreso, Cristo llevará a su pueblo a las nubes y los librará del dolor y la persecución de la tribulación. Luego Cristo volverá otra vez para establecer su reino. Él administrará un reino político judío que tendrá su capital en Jerusalén, y ese reino durará exactamente mil años. Durante ese tiempo, Satanás estará atado, se reconstruirá el templo y se restaurará el sistema de sacrificios del Antiguo Testamento. Cerca del final del milenio, Satanás será liberado y Cristo y sus seguidores serán atacados en Jerusalén. En ese punto, Cristo hará traer juicio desde el cielo y destruirá a sus enemigos, ocurrirá el juicio de los malvados y se iniciará el orden eterno final.

Esta versión del premilenarismo dispensacional, en la que la iglesia es arrebatada antes de la tribulación, es la versión más popular entre muchos evangélicos. Hay otras versiones que colocan el arrebatamiento en otros momentos en relación con la tribulación, pero mantienen el resto del esquema esencialmente igual. Pero aunque el rapto antes de la tribulación es muy popular porque provee a los cristianos la esperanza de evitar la gran tribulación al final de la era, yo no encuentro ni un pequeño trazo de evidencia en las Escrituras para apoyar esta postura.

El premilenarismo histórico es un poco diferente. Enseña que la iglesia es la fase inicial del reino de Cristo, como fue profetizado en el Antiguo Testamento. La iglesia gana victorias ocasionales en la historia pero al final fallará en el cumplimiento de su misión. Perderá influencia y se hará corrupta mientras la maldad a nivel global irá creciendo hacia el fin de la era de la iglesia. La iglesia finalmente pasará por un tiempo sin precedentes a nivel mundial, conocido como "la gran tribulación", que marcará el final de la historia según la conocemos hoy. Al final de la tribulación, Cristo regresará para arrebatar a su iglesia, para resucitar a los santos fallecidos y para llevar a cabo el juicio de los justos, todo en un abrir y cerrar de ojos. Cristo luego descenderá a la tierra con sus santos glorificados, peleará la batalla de Armagedón, atará a Satanás y establecerá un reino político a nivel mundial en el que Cristo reinará desde Jerusalén por mil años. Al final del milenio, Satanás será liberado y ocurrirá una rebelión masiva contra el reino de Cristo. Finalmente, Dios intervendrá con juicio de fuego para rescatar a Jesús y a los santos, y a eso le seguirán la resurrección y el juicio de los malvados.

Amilenarismo

La posición amilenarista, que tiene algunos puntos en común con las dos posiciones premilenaristas, cree que la era de la iglesia es el reino profetizado en el Antiguo Testamento. La iglesia del Nuevo Testamento se ha convertido en el Israel de Dios. Los amilenaristas creen que el encadenamiento de Satanás ocurrió durante el ministerio terrenal de Jesús; Satanás estaba atado mientras el evangelio se predicaba en el mundo, y esta atadura continúa el día de hoy. En la medida en que Cristo reina hoy en el corazón de los creyentes, estos tienen algo de influencia en la cultura en la cual viven, pero no transformarán la cultura. Cerca del fin el incremento del mal se acelerará, lo cual resultará en la gran tribulación y un Anticristo personal. Cristo regresará para poner fin a la historia, resucitar y juzgar a toda la humanidad, y establecer el orden eterno. En la eternidad, los redimidos estarán ya sea en el cielo o en una tierra totalmente renovada.

Posmilenarismo

El posmilenarismo tiene varias características distintivas. En primer lugar, sostiene que el reino mesiánico de Cristo fue fundado en la tierra durante su ministerio terrenal en cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento: la iglesia es Israel. En segundo lugar, el reino es esencialmente redentor y espiritual en lugar de político y físico. En tercer lugar, el reino ejercerá una influencia de transformación en la historia, una creencia que algunos han considerado como la característica más distintiva de la escatología posmilenaria. Es optimista en cuanto a la influencia de la iglesia en la cultura y en el mundo a lo largo de la historia. A pesar de tiempos de debilidad y corrupción, finalmente la iglesia triunfará sobre la maldad de este mundo, de tal manera que el reino gradualmente se expandirá por toda la tierra. Esto se logrará con el poder real de Cristo pero sin su presencia física en el mundo. Finalmente, los posmilenaristas creen que la Gran Comisión triunfará. Lo que distingue al posmilenarismo del amilenarismo y el premilenarismo es la creencia de que las Escrituras enseñan el éxito de la Gran Comisión en la era de la iglesia.

Hay diferencias entre los posmilenaristas, así como las hay entre

los proponentes de las otras posturas. También hay debate sobre una postura llamada *preterismo,* que tiene dos formas: preterismo total y preterismo parcial.

Preterismo

El preterismo parcial sostiene que muchas de las profecías del futuro fueron cumplidas en el primer siglo, principalmente en los eventos alrededor de la destrucción de Jerusalén en el año 70 d. de J.C. La mayoría de los preteristas parciales dicen que los primeros veinte capítulos del Apocalipsis ya ocurrieron, pero que los últimos dos todavía tienen que cumplirse. Los preteristas parciales tienden a ser posmilenaristas en su doctrina, sosteniendo que el milenio (no literal) comenzó con la primera venida de Cristo.

En cambio, los preteristas totales enseñan que *todas* las profecías acerca de la venida de Cristo —incluyendo el milenio y el juicio final— se cumplieron en el primer siglo. El preterismo total se considera herético, porque niega una verdad esencial de las Escrituras: el regreso del Rey.

Cualquiera que sea la postura escatológica que tengamos, debemos tenerla con humildad porque no conocemos el futuro. Todos podemos mirar hacia atrás, pero no conocemos la agenda de Dios sobre lo que viene delante. Debemos ser humildes y reconocer que nuestra postura escatológica puede no ser exactamente correcta. Al mismo tiempo, buena parte de la enseñanza doctrinal del Nuevo Testamento tiene que ver con cosas futuras, así que la forma en la que entendamos las promesas de Dios sobre el futuro tiene un impacto dramático sobre nuestra confianza personal y sobre nuestro compromiso en la misión que Cristo dio a la iglesia.

Capítulo 57

EL REGRESO DE CRISTO

Después de la creación del estado de Israel en 1948, muchos cristianos comenzaron a seguir el consejo del teólogo suizo Karl Barth en cuanto a tener la Biblia en una mano y el periódico en la otra. La restauración del estado judío y la recuperación judía de Jerusalén en 1967 provocaron mucho interés en el tema del fin de los tiempos y especialmente del regreso de Cristo. La razón de esto es por la predicción de Jesús en su discurso profético sobre la destrucción del templo y la ciudad de Jerusalén, que concluyó de esta manera: "Jerusalén será pisoteada por los gentiles hasta que se cumplan los tiempos de los gentiles" (Lucas 21:24).

LA ENSEÑANZA BÍBLICA

Ese texto es el único lugar en los Evangelios donde encontramos la frase "los tiempos de los gentiles". Sin embargo, una frase similar en la epístola a los Romanos estimula mucho el interés por las cosas futuras: ".. .que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles" (Romanos 11:25). Aquí Pablo está escribiendo acerca del pueblo judío que ha rechazado al Mesías, y de los gentiles que han sido injertados en la raíz santa que es Israel. Luego continúa diciendo que Dios no ha rechazado a los judíos para siempre sino que hará un trabajo futuro con ellos cuando se cumplan los tiempos de los gentiles.

A la luz de estos pasajes bíblicos, los eventos en la zona del Medio Oriente en 1948 y 1967 llevaron a muchos a concluir que estamos en el umbral de los últimos días de la historia de la redención, y que el regreso de Cristo está cerca. Para complicar la especulación, se acercaba el año 2000. La expectación del regreso de Cristo alcanzó a convertirse en una fiebre en los años antes del nuevo milenio, y todavía hoy sigue siendo un tema de intenso interés.

Ya hemos mencionado que mucho material doctrinal en el Nuevo Testamento se relaciona con aspectos futuros del reino de Dios, y no hay elemento de la profecía más importante para el pueblo de Dios que el regreso de Cristo. El retorno prometido del Señor es la esperanza bendita del cristiano, aunque el tiempo del regreso de Cristo y la manera en la que vendrá son temas de mucho debate.

Al principio del libro de Hechos, leemos sobre la partida de Jesús de este mundo:

> Después de decir esto, y mientras ellos le veían, él fue elevado; y una nube le recibió ocultándole de sus ojos. Y como ellos estaban fijando la vista en el cielo mientras él se iba, he aquí dos varones vestidos de blanco se presentaron junto a ellos, y les dijeron:
>
> —Hombres galileos, ¿por qué se quedan de pie mirando al cielo? Este Jesús, quien fue tomado de ustedes arriba al cielo, vendrá de la misma manera como le han visto ir al cielo (Hechos 1:9-11).

En el Nuevo Testamento hay muchas predicciones acerca del regreso de Jesús y hay elementos particulares que acompañan estas predicciones. En primer lugar, se nos asegura que el retorno de Cristo será personal; en otras palabras, él regresará en persona. En segundo lugar, su regreso será visible. En tercer lugar, su regreso será en gloria; será acompañado de fanfarrias majestuosas. Vemos esos tres elementos aquí en el libro de Hechos capítulo 1. El versículo 11 afirma "este Jesús" —el mismo cuya salida han visto los apóstoles— vendrá otra vez "de la misma manera". En otras palabras, el modo del regreso de Jesús será paralelo al modo de su partida. Su partida fue visible y ascendió en las nubes de gloria; por lo tanto, su regreso al fin de los tiempos será así de visible y así de glorioso.

TEORÍAS DEL REGRESO DE CRISTO

Sin embargo, a pesar de estas profecías tan claras, el tema del regreso personal, visible y glorioso de Cristo es todavía un asunto controversial, lo cual se debe especialmente a la influencia de la alta crítica. En mi libro *The Last Days according to Jesús: When Did Jesús Say He Would Return?* (Los últimos días según Jesús: ¿Cuándo dijo Jesús que regresaría?), escribo un resumen de las teorías críticas que han surgido acompañando el asalto sin precedentes contra la confiabilidad de los documentos del Nuevo Testamento y de la enseñanza de Jesús[1]. Por ejemplo, Albert Schweitzer, en su búsqueda del Jesús histórico, dijo que Jesús esperaba que la consumación del reino ocurriera durante su vida, y por eso envió a setenta discípulos en misión (Lucas 10), y sufrió una gran desilusión porque no sucedió. Según Schweitzer, en la mente de Jesús, el momento crucial para la venida del reino debió ser su entrada triunfal a Jerusalén. Como el reino no llegó, entonces Jesús se dejó llevar a la cruz. Ahí en la cruz clamó: *"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"* (Mateo 27:46), indicando así su desilusión.

Otros eruditos han dicho que los escritores del Nuevo Testamento y Jesús mismo esperaban y enseñaban el regreso personal de Jesús en el tiempo de la primera generación de cristianos. Como esto no sucedió, dicen ellos, entonces podemos descartar los documentos del Nuevo Testamento porque no son confiables y debemos entender a Jesús meramente como un modelo de amor. En respuesta a esa teoría crítica, C. H. Dodd enseñaba lo que se conoce como la "escatología realizada", que significa que todas las profecías del Nuevo Testamento sobre el futuro y el regreso de Cristo se cumplieron de hecho en el primer siglo. Sobre algunos dichos de Jesús, como el de Mateo 16:28: "De cierto, de cierto les digo que hay algunos que están aquí que no gustarán la muerte hasta que hayan visto al Hijo del Hombre viniendo en su reino", Dodd dijo que Jesús no se refería a un retorno futuro sino a las manifestaciones visibles de su gloria que ocurrieron en la transfiguración, la resurrección y la ascensión.

El texto más discutido se encuentra en el discurso profético de Jesús, en su versión de Mateo, en donde Jesús describe eventos

[1] **R. C. Sproul,** *The Last Days according to Jesús: When Did Jesús Say He Would Return?* **(Los últimos días según Jesús: ¿cuándo dijo Jesús que regresaría?) (Grand Rapids, MI: Baker; 2000).**

futuros, incluyendo la destrucción del templo y de Jerusalén, así como también su regreso. Los discípulos le preguntaron: "Dinos, ¿cuándo sucederán estas cosas? ¿Y qué señal habrá de tu venida y del fin del mundo?" (Mateo 24:3). En respuesta directa a la pregunta de los discípulos, Jesús dijo: "De cierto les digo que no pasará esta generación hasta que todas estas cosas sucedan" (v. 34). Aparentemente, Cristo había estado diciendo claramente que estas cosas ocurrirían dentro del tiempo de una generación humana, que en términos judíos era aproximadamente cuarenta años. Si la crucifixión de Cristo ocurrió alrededor del año 30 d. de J.C., uno esperaría el cumplimiento de esa profecía alrededor del año 70 d. de J.C., que es justo la fecha de la destrucción del templo y la destrucción de la ciudad de Jerusalén a manos de los romanos.

Los críticos argumentan que aunque el templo y la ciudad fueron destruidos Jesús no regresó, y eso hace que Jesús sea un falso profeta. Pero no hay nada que pruebe más claramente la identidad e integridad de Jesucristo que estas profecías específicas. Los eventos que predijo eran totalmente impensables para los judíos, que asumían que el templo y la ciudad santa de Dios eran indestructibles. Y Jesús específicamente predijo estos eventos antes de que sucedieran. Es irónico que el mismo texto, que debe funcionar como prueba irrefutable de la confiabilidad de Cristo y de los documentos bíblicos, se haya convertido en el que utilizan los críticos para repudiar la confiabilidad del Nuevo Testamento y la integridad de Jesús.

Acerca de este pasaje bíblico, los evangélicos dicen que *generación* no se refiere a un lapso de tiempo o a un marco particular de tiempo, sino a un tipo de personas. En otras palabras, *generación* en este contexto significa que el mismo tipo de personas que estaban viviendo en Jerusalén en el tiempo de Jesús estarían también cuando sucedieran todos estos eventos futuros. Esa es una interpretación posible del texto, porque el término *generación* se usa consistentemente en los Evangelios para referirse específicamente a un grupo particular de gente.

Otros argumentan que la frase "todas estas cosas" incluía solo los primeros dos elementos, la destrucción del templo y de Jerusalén. El preterismo total enseña que Jesús sí regresó en el año 70 d. de J.C., y que todas las profecías relacionadas con la venida de Cristo ocurrieron de manera invisible cuando ejecutó su juicio sobre

Jerusalén. Los preteristas totales argumentan que el lenguaje bíblico de la profecía hace uso frecuente de imágenes catastróficas. En el Antiguo Testamento, por ejemplo, los profetas describen a Dios visitando con su justicia a las ciudades malvadas usando términos como la luna volviéndose sangre (Joel 2:31), y el mismo tipo de lenguaje se usa con respecto al regreso de Jesús (Mateo 24:2). Los preteristas totales creen que Jesús vino en juicio sobre la nación judía en el año 70 d. de J.C., y ese fúe el fin del judaismo. Ese fue el juicio final. Fue el final, no de la historia sino de la era judía, y fue el comienzo de la era de los gentiles.

El problema con el preterismo total es que hay otros textos en el Nuevo Testamento que indican que tenemos razón para esperar una venida futura, visible y personal de Cristo. Sin embargo, creo que el preterismo parcial debe ser tomado en serio: sí ocurrió un evento significativo en el año 70 d. d. J.C. Estoy convencido de que en su discurso profético, Jesús de hecho estaba hablando sobre la venida de su juicio sobre Israel, pero no creo que se estaba refiriendo a la consumación final de su reino.

A fin de cuentas, nadie sabe con certeza cuándo va a venir Jesús. Sin embargo, como pueblo de Dios tenemos una bendita esperanza y mucha razón para creer en la integridad de la palabra de Jesús. Sus promesas son sin falla, y esperamos su regreso personal, visible y glorioso.

Capítulo 58

EL JUICIO FINAL

En el siglo XIX, el filósofo alemán Friedrich Nietzsche anunció la muerte de Dios. Cuando lo hizo surgió un espíritu de optimismo sin precedentes en el mundo intelectual, el cual tuvo un impacto tremendo en la cultura europea y americana. Mucha gente recibió con beneplácito el anuncio de Nietzsche. Las noticias proclamaban una gran victoria del humanismo, liberando a la humanidad —así se pensaba— de su dependencia de una deidad sobrenatural, y permitiendo que en su lugar se colocara la confianza en la tecnología y la educación. La gente imaginaba que podía hacer que el mundo se deshiciera de enfermedades, guerras, ignorancia y todas las cosas que afligen a la civilización humana.

Augusto Comte, filósofo francés del mismo siglo, dijo que la historia se dividía en tres etapas: infancia, adolescencia y adultez. Al describir el desarrollo de la civilización occidental, dijo que en su infancia la gente definía su vida en términos de religión, pero al ir creciendo a la adolescencia la civilización reemplazaba la religión con la filosofía metafísica. La adultez no comenzaba, según él, hasta la era de la ciencia. En el mundo había mucho optimismo por lo que la ciencia podía producir y eso producía mucha alegría en la gente. La Primera Guerra Mundial llegó como una tremenda piedra de tropiezo para este optimismo evolutivo, pero incluso los desilusionados por el estallido de la guerra sostuvieron su esperanza en el ser humano, y declararon que ese conflicto sería "la guerra

que acabaría con todas las guerras". Por supuesto, no esperaban que ocurrieran el holocausto de la Segunda Guerra Mundial ni las filosofías pesimistas del ateísmo existencialista de Jean-Paul Sartre, Albert Camus y otros más. En el corazón del optimismo del siglo XIX estaba la aparente buena noticia de que, ya que Dios no existe, no hay necesidad de temer un juicio final y, ya que no hay juicio, no hay que rendir cuentas morales a nadie.

UNA ERA ARROGANTE

Al considerar el pesimismo de nuestros días reconocemos que ha habido un cambio radical desde el optimismo del siglo XIX. El ser humano ahora se considera como un accidente cósmico que se mueve inexorablemente hacia el fondo de la nada. El nihilismo del pensamiento existencialista de hoy en día es que si el ser humano no puede ser llamado a cuentas por su vida, eso solo puede significar que a fin de cuentas su vida no importa. El optimismo ha sido cambiado a una amarga penumbra, de modo que la cultura se ha movido hacia las drogas y otros medios de escape para evitar la horrible idea de que nuestra vida no es más que un ejercicio de futilidad.

En gran contraste con estos dos extremos está la clara enseñanza del Nuevo Testamento y de Jesús, que nuestra vida sí cuenta y que tenemos que rendir cuentas, verdades que todo ser humano conoce sin tener que hacer investigación ni reflexión filosófica. La gente tiene un sentido de Dios en su corazón. El Creador nos ha dado a todos la conciencia y todos sabemos que hemos de rendir cuentas por nuestra manera de vivir. El día vendrá cuando Dios juzgará a todo hombre y toda mujer con la medida de su ley sagrada.

En Atenas, el apóstol Pablo notó que había un templo dedicado a un dios no conocido, así que, en presencia de los filósofos de su tiempo, él dijo: "A aquel, pues, que ustedes honran sin conocerle, a este yo les anuncio. ... aunque antes Dios pasó por alto los tiempos de la ignorancia, en este tiempo manda a todos los hombres, en todos los lugares, que se arrepientan..." (Hechos 17:23, 30). El llamado de Pablo era universal en su alcance. Dios había sido muy paciente con la desobediencia del ser humano, pero había ocurrido un momento crítico en la historia de la redención y la necesidad de arrepentirse era urgente. Pablo continuó: ".. .por cuanto ha establecido un día en el que ha de juzgar al mundo con justicia por medio del Hombre a

quien ha designado, dando fe de ello a todos, al resucitarle de entre los muertos" (v. 31).

Esta fue la respuesta que Pablo recibió:

> Cuando le oyeron mencionar la resurrección de los muertos, unos se burlaban, pero otros decían:
> —Te oiremos acerca de esto en otra ocasión.
> Así fue que Pablo salió de en medio de ellos, pero algunos hombres se juntaron con él y creyeron. Entre ellos estaba Dionisio, quien era miembro del Areópago, y una mujer llamada Dámaris, y otros con ellos" (w. 32-34).

Las cosas no han cambiado. Cuando les decimos a las personas que Dios ha establecido un día en el que va a juzgar al mundo con justicia, se ríen de nosotros. Ahí en Atenas solo unos pocos tomaron en serio a Pablo, así como en el día de hoy son pocos los que creen.

En este testimonio apostólico, la declaración de que Dios ha establecido un día de juicio era una parte fundamental. Ese día no fue iniciativa de los apóstoles; de hecho, ni siquiera fue iniciativa de Jesús, aunque él habló frecuentemente del tema. Tiene sus raíces en lo profundo del Antiguo Testamento, en las advertencias que anuncian que vendrá un día cuando el Juez del cielo y la tierra pedirá cuentas al mundo entero.

Hace años, mientras estaba enseñando filosofía en una universidad, di una conferencia sobre la crítica que Emmanuel Kant hizo de los argumentos tradicionales de la existencia de Dios junto con su argumento alternativo, que estaba basado en su entendimiento del "imperativo categórico". Kant decía que todo ser humano tiene un sentido del deber integrado en su conciencia, que es lo que gobierna la ética. Kant formuló la cuestión sobre si eso tiene o no sentido. Si no hay un fundamento para el sentido moral del deber, entonces perecerá cualquier intento de construir una ética que tenga sentido, y sin una ética que tenga sentido no se puede preservar la civilización. Para que este sentido de lo bueno y lo malo sea significativo, decía Kant, tiene que haber justicia; en otras palabras, la rectitud debe ser recompensada y la maldad debe ser castigada. Sin embargo, es claro que la justicia no siempre prevalece, y eso llevó a Kant a preguntarse por qué prospera el malvado y sufre el justo. Él concluyó

que debido a que la justicia no ocurre en esta vida, debe haber algún tipo de sobrevivencia más allá de la tumba para que la justicia pueda ejecutarse. Para mi sorpresa, algún tiempo después supe que uno de los estudiantes en esa clase se convirtió al cristianismo solo por escuchar la especulación de Kant sobre el juicio final.

Sin embargo, para Jesús el juicio final no era asunto de especulación sino de declaración divina, y él a menudo advertía a la gente sobre esta realidad cierta diciendo, por ejemplo: "Pero yo les digo que en el día del juicio los hombres darán cuenta de toda palabra ociosa que hablen" (Mateo 12:36). Esto nos recuerda al profeta Isaías que, cuando estuvo frente a frente con la santidad de Dios, inmediatamente quedó abrumado por su indignidad y dijo: "¡Ay de mí, pues soy muerto! Porque siendo un hombre de labios impuros y habitando en medio de un pueblo de labios impuros..." (Isaías 6:5). Si nuestras palabras ociosas serán juzgadas, ¿cuánto más todas nuestras palabras intencionales?

Años después, me encontré a un estudiante que había estado en esa clase que yo había enseñado. Él ahora estaba estudiando neurociencia. Durante nuestro encuentro, él recordó la conferencia que yo había dado sobre Kant y el juicio final. Me comenzó a explicar cómo funciona el cerebro desde el punto de vista científico. Me explicó que cada experiencia que tenemos está registrada en el cerebro. De hecho, me dijo, se necesitaría una computadora del tamaño de un edificio para poder guardar toda la información que puede registrarse en un cerebro humano. Luego él ligó su entendimiento científico con el juicio final y me dijo que se imagina a Dios en el juicio final repasando todas las experiencias registradas en el cerebro humano —cada pensamiento, palabra y acción— de manera que la claridad de la evidencia hará al ser humano incapaz de argumentar una defensa. El punto de la metáfora de ese estudiante es que, sea que tengamos o no conciencia registrada en el cerebro, Dios sí está al tanto de todo lo que hemos pensado, dicho y hecho.

LA ENSEÑANZA DE JESÚS

La mayoría de los sermones se construyen con un punto climático, y así también lo hace el Sermón del monte. Al final de ese sermón, Jesús dijo:

> Guárdense de los falsos profetas, que vienen a ustedes vestidos de ovejas, pero que por dentro son lobos rapaces.
> Por sus frutos los conocerán. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos o higos de los abrojos? Así también, todo árbol sano da buenos frutos, pero el árbol podrido da malos frutos. El árbol sano no puede dar malos frutos, ni tampoco puede el árbol podrido dar buenos frutos. Todo árbol que no lleva buen fruto es cortado y echado en el fuego. Así que, por sus frutos los conocerán (Mateo 7:15-20).

Muchos evangélicos no se dan cuenta de que Jesús habló del juicio final. Sí habló claramente, y dijo que toda persona será juzgada según sus obras. Nosotros enfatizamos mucho la doctrina bíblica de la justificación solo por la fe, pero algunas veces nuestra emoción por la redención por fe y no por obras nos lleva a pensar que las obras no importan para Dios. Pero aquí leemos que el juicio será según las obras. Las recompensas que Dios dará a su pueblo en el día del juicio final serán según las obras. Como cristianos sabemos que las recompensas serán distribuidas según nuestro grado de obediencia. De modo que las obras, tanto las buenas como las malas, son extremadamente importantes porque todas serán juzgadas.

Jesús siguió diciendo:

> No todo el que me dice "Señor, Señor" entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: "¡Señor, Señor!
> ¿No profetizamos en tu nombre? ¿En tu nombre no echamos demonios? ¿Y en tu nombre no hicimos muchas obras poderosas?". Entonces yo les declararé: "Nunca les he conocido. ¡Apártense de mí, obradores de maldad!" (w. 21-23).

En el día del juicio, la gente dirá que conoce a Jesús, dirigiéndose a él enfáticamente como "Señor". Dirán que han realizado buenas obras y se han comprometido en actividades de la iglesia, pero Jesús declarará categóricamente que él nunca los conoció.

Más delante en el Evangelio de Mateo Jesús contó una parábola sobre el reino de los cielos:

> Entonces, el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que tomaron sus lámparas y salieron a recibir al novio. Cinco de ellas eran insensatas, y cinco prudentes. Cuando las insensatas tomaron sus lámparas, no tomaron consigo aceite; pero las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas. Y como tardaba el novio, todas cabecearon y se quedaron dormidas. A la medianoche se oyó gritar: "¡He aquí el novio! ¡Salgan a recibirle!". Entonces, todas aquellas vírgenes se levantaron y alistaron sus lámparas. Y las insensatas dijeron a las prudentes: "Dennos de su aceite, porque nuestras lámparas se apagan". Pero las prudentes respondieron diciendo: "No, no sea que nos falte a nosotras y a ustedes; vayan, más bien, a los vendedores y compren para ustedes mismas". Mientras ellas iban para comprar, llegó el novio; y las preparadas entraron con él a la boda, y se cerró la puerta. Después vinieron también las otras vírgenes diciendo; "¡Señor, señor, ábrenos!". Pero él respondiendo dijo: "De cierto les digo que no las conozco". Velen, pues, porque no saben ni el día ni la hora (Mateo 25:1-13).

Nuestro Señor nos da a nosotros y al mundo entero estas serias advertencias. Dios ha establecido un día y ha designado a un Juez, y el Juez es el Señor mismo. Cuando estemos frente a ese juicio, debemos estar preparados.

Capítulo 59

EL CASTIGO ETERNO

En el capítulo anterior examinamos la enseñanza del juicio final según aparece en el Nuevo Testamento, específicamente en labios del Señor Jesús mismo. El juicio final no será una evaluación casual de la gente; más bien, será en el contexto de un tribunal celestial, donde el Juez de todos tomará en cuenta todo lo que hayamos hecho. Al final del juicio, habrá un veredicto de "culpable" o "no culpable" que dependerá de si la persona juzgada está cubierta por la justicia de Cristo. Para quienes pertenecen a Cristo habrá recompensa, pero para quienes no, habrá castigo.

El juicio final será administrado por un juez perfectamente justo y recto, así que no habrá nada arbitrario o injusto. Enfrentaremos el juicio de Dios ya sea sobre la base de nuestras obras o de la obra de Cristo. Si hemos cometido aunque sea un pecado, una ofensa contra la santidad de Dios —lo cual todos hemos hecho— entonces necesitamos a Cristo desesperadamente. Como el salmista oraba hace muchos siglos: "Oh, SEÑOR, si tienes presente los pecados, ¿quién podrá, oh Señor, mantenerse en pie?" (Salmo 130:3). La respuesta es obvia: nadie. La mala noticia es que el Señor *sí tiene presente* los pecados. La persona bendecida es aquella en quien el Señor no declara culpa. Este es el corazón del evangelio.

SEGÚN LA REVELACIÓN

Ya que el juicio será perfectamente justo, las Escrituras nos dicen

claramente que se realizará según la luz que hayamos tenido. ¿Qué pasa, entonces, con la persona inocente que nunca ha escuchado el evangelio de Cristo Jesús? La respuesta es que Dios no castiga a gente inocente. Los que son inocentes no tienen que preocuparse por el juicio de Dios. Pero de acuerdo al Nuevo Testamento, no hay gente inocente. Nadie puede venir ante el juicio de Dios y decir: "Yo no tenía la luz de la revelación"; ese es el punto importante de Romanos 1. Allí Pablo escribe sobre la ira de Dios derramada sobre los malhechores porque han suprimido el conocimiento de Dios que está disponible claramente en la naturaleza. Han dado la espalda y se han rehusado a honrar a Dios como Dios. Por lo tanto, nadie puede estar frente al tribunal de Dios y decir que no sabía que había un Dios.

En el juicio final, la gente que nunca ha oído de Jesús no será castigada por rechazar a Jesús. Dios juzga de acuerdo con la luz que cada uno tiene, según la revelación que le ha llegado, y sería injusto que él responsabilizara a la gente por rechazar a Jesús si nunca han oído de él. Habiendo dicho eso, Jesús vino a gente que ya estaba bajo acusación de Dios; no por rechazar a Jesús, a quien no conocían, sino por rechazar al Padre, a quien sí conocían por la revelación que Dios había dado en la naturaleza. Incluso si no tuviéramos la Biblia, los cielos cuentan la gloria de Dios (Salmo 19:1; Romanos 1:20). De hecho, nuestra conciencia da testimonio de que sabemos quién es Dios y de que hemos violado su ley (Romanos 2:15).

El destino al que seremos sometidos en el juicio final es inalterable. Muchos esperan tener una segunda oportunidad después de la muerte, aunque fuera un purgatorio mitológico donde se puedan pagar las deudas y luego entrar al cielo, pero en las Escrituras no hay nada que sugiera ni la más mínima esperanza de eso. La Biblia nos dice que "está establecido que los hombres mueran una sola vez, y después el juicio" (Hebreos 9:27).

EL INFIERNO

Lo que nos hace ser más aprensivos en cuanto al juicio final es la doctrina del infierno. Cuando estaba en el seminario, otro estudiante preguntó a nuestro profesor, John Gerstner, cómo podríamos regocijarnos en el cielo si llegamos ahí y nos damos cuenta de que nuestros seres queridos están en el infierno. El doctor

Gerstner contestó que no vamos a estar tristes por eso, sino que nos regocijaremos porque eso traerá gloria a Dios y vindicará su santidad. Hubo un silencio colectivo entre los estudiantes. Pero al reflexionar hoy sobre sus palabras, entiendo lo que estaba diciendo. Mientras estamos en nuestra carne mortal, aunque tenemos algún afecto por Cristo, nuestros afectos básicos están enraizados en este mundo. Nos interesa más el bienestar de nuestra familia y nuestros amigos que la vindicación de la justicia de Dios, pero esto no será así cuando lleguemos al cielo.

Si nos imagináramos a Jesús en un extremo de un salón, representando la rectitud total, y a Adolfo Hitler en el otro extremo, representando la maldad total, ¿dónde colocaríamos en la escala entre uno y otro a un amigo al que consideramos justo? Tendríamos que colocar a nuestro amigo justo al lado de Hitler, tan lejos de Cristo como sea posible; de hecho, en esta ilustración, el salón tendría que ser infinitamente grande. Dado que Jesús no tiene pecado, el abismo entre Cristo y los pecadores es inconmensurable. Ya que tenemos un marco de referencia caído, podemos entender a Hitler, pero Jesús confunde nuestra imaginación por su perfecta justicia. Por eso nos cuesta trabajo considerar que Dios, ejecutando su justicia, pudiera enviar a nuestros seres queridos al infierno.

El Nuevo Testamento habla del infierno como oscuridad, lago de fuego y prisión. Por ejemplo:

> Y subieron sobre lo ancho delatierray rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada, y descendió fuego del cielo y los devoró. Y el diablo que los engañaba fue lanzado al lago de fuego y azufre, donde también están la bestia y el falso profeta, y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.
> Vi un gran trono blanco y al que estaba sentado sobre él, de cuya presencia huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar fue hallado para ellos. Vi también a los muertos, grandes y pequeños, que estaban de pie delante del trono, y los libros fueron abiertos. Y otro libro fue abierto, que es el libro de la vida. Y los muertos fueron juzgados a base de las cosas escritas en los libros, de acuerdo a sus obras. Y el mar entregó los muertos que estaban en él, y la Muerte y el Hades entregaron los muertos que estaban en ellos; y fueron juzgados, cada uno

> según sus obras. Y la Muerte y el Hades fueron lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda, el lago de fuego. Y el que no fue hallado inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego (Apocalipsis 20:9-15).

Dudo que el infierno sea un lago de fuego en sentido literal pero, sea lo que sea, quienes están allí darían todo lo que tienen y harían todo lo que pudieran para no estar ahí. Un símbolo siempre es excedido en intensidad por la realidad que apunta, y por esa razón no podemos consolarnos pensando que el lenguaje del Nuevo Testamento sobre el infierno es simbólico. Si es simbólico, entonces la realidad debe ser peor que el símbolo.

Hay gente que dice: "Mi vida es un infierno", pero eso es solo hipérbole, exageración, porque aunque la vida pueda llegar a ser terrible no se acerca nada a lo que es el infierno. Si una persona está en un estado de sufrimiento de lo más abismal, todavía puede disfrutar muchos beneficios de la gracia común del Dios todopoderoso, mientras que para quienes están en el infierno ya les han sido quitados por completo. El infierno es la separación de Dios en cierto sentido pero no en sentido absoluto. Es separación de la gracia, cuidado y amor de Dios, pero no de Dios mismo. El principal problema de quienes están en el infierno no es el diablo; es Dios. Dios está en el infierno castigando activamente a los malvados. Cuando somos salvos, somos salvados de Dios. Somos salvados de la exposición a su ira feroz y de su castigo.

El Nuevo Testamento también enseña que hay grados de castigo en el infierno, así como hay grados de recompensa en el cielo. En cierta ocasión alguien dijo que en el cielo todos van a tener su copa rebosando, pero no todos van a tener una copa del mismo tamaño. Jesús frecuentemente hizo distinción entre aquellos cuya recompensa será grande y aquellos cuya recompensa será pequeña.

Cuando un asesino es sentenciado a cadenas perpetuas múltiples nos parece redundante. Después de todo, la gente no tiene más que una sola vida. Sin embargo, en términos legales, cada cuenta es una ofensa separada y, por lo tanto, debe recibir castigo separado; y ese principio se aplica en la eternidad también. Puede ser que nosotros no podamos castigar a un criminal siete veces por siete asesinatos, pero Dios sí puede, y la persona que asesina a una persona recibirá

un castigo siete veces menor que la persona que asesina a siete. La justicia punitiva y retributiva de Dios será perfecta, de modo que el castigo será siempre adecuado al crimen. Por eso Pablo advierte de no acumular ira para el día de la ira (Romanos 2:5). Jesús nos llama a acumular tesoros en el cielo; en cambio, Pablo dice que la gente que no está acumulando tesoros celestiales está acumulando castigos en el infierno, aumentando el grado de juicio que recibirá.

En años recientes, se ha reavivado en círculos evangélicos la doctrina herética llamada aniquilacionismo, que sostiene que en el juicio final los creyentes serán levantados de entre los muertos y recompensados, mientras que los malvados serán simplemente aniquilados. En otras palabras, cesarán de existir, y ese es su castigo: la pérdida de la vida. La tradición cristiana ha sostenido que, según las Escrituras, el castigo del infierno será consciente y sin fin. Los pecadores en el infierno quieren ser aniquilados, dejar de existir, porque cualquier cosa es mejor que estar diariamente frente al castigo de Dios.

A fin de cuentas, no sabemos los detalles del infierno y, si somos honestos, debemos admitir que *no queremos* saber. Sin embargo, si tomamos en serio las palabras de Jesús y de los apóstoles, hemos de tomar en serio el infierno. Si realmente creyéramos el testimonio bíblico sobre el infierno cambiaría no solamente nuestra forma de vivir sino también nuestra forma de trabajar en la misión de la iglesia.

Capítulo 60

EL CIELO NUEVO Y LA TIERRA NUEVA

Hoy en día muchos dudan de la existencia de la vida después de la muerte. Se burlan de quienes creen en la vida eterna, diciendo que nuestra esperanza del cielo es meramente la proyección de nuestros deseos. Cuestionan la base de nuestra confianza en que el mundo que viene será mejor que este.

Nuestra respuesta como cristianos es el testimonio de Cristo, tanto el de su resurrección como el de su enseñanza. Jesús dijo: "Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá" (Juan 11:25). En su discurso del aposento alto, la noche en que fue traicionado, Jesús dijo: "No se turbe el corazón de ustedes. Creen en Dios; crean también en mí" (Juan 14:1). Comenzó su discurso con un imperativo, y un imperativo implica una obligación. Se nos manda no tener corazones atribulados por nuestro futuro en el cielo. Jesús también dijo:

> En la casa de mi Padre muchas moradas hay. De otra manera, se lo hubiera dicho. Voy, pues, a preparar lugar para ustedes. Y si voy y les preparo lugar, vendré otra vez y los tomaré conmigo para que donde yo esté ustedes también estén. Y saben a dónde voy, y saben el camino (w. 2-4).

Jesús estaba con sus discípulos pero a punto de ser quitado de entre ellos; y ellos estaban ansiosos. Jesús les ofreció consuelo,

respaldando sus afirmaciones con estas palabras: "De otra manera, se lo hubiera dicho. Voy, pues, a preparar lugar para ustedes". En otras palabras, si el cielo fuera una falsa esperanza a la cual los discípulos estaban aferrándose, Jesús les habría corregido su error. Sin embargo, todo es verdad y Jesús iba a adelantarse a preparar lugar allá. Esa es la promesa de Cristo para su pueblo: para todo aquel que confía en Cristo está preparado un lugar en la casa del Padre. Por lo tanto, tenemos buenas razones para estar confiados de la realidad del cielo.

GOZO PROMETIDO

En la primera epístola de Juan tenemos un vistazo de nuestro estado futuro:

> Miren cuán grande amor nos ha dado el Padre para que seamos llamados hijos de Dios. ¡Y lo somos! Por esto el mundo no nos conoce, porque no lo conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Pero sabemos que, cuando él sea manifestado, seremos semejantes a él porque lo veremos tal como él es.
> Y todo aquel que tiene esta esperanza en él se purifica a sí mismo, como él también es puro (1 Juan 3:1-3).

Este es uno de los textos escatológicos más importantes, si no el más importante, en el Nuevo Testamento. Promete a los creyentes que vamos a disfrutar el punto más alto de felicidad en el cielo, "la visión beatífica" o la *visio Dei* (visión de Dios). La palabra *beatífica* proviene de la misma raíz que *beatitud* o bienaventuranza. Las Bienaventuranzas del Sermón del monte son oráculos de bendición (Mateo 5:3-12). Son promesas de bendición; un grado de felicidad que trasciende cualquier placer o felicidad terrenal. Cuando Dios da bendición al alma, es un gozo y una plenitud supremos. Esa bendición es lo que se contempla aquí en 1 Juan en la visión beatífica. Es tan maravilloso que la visión misma trae consigo la plenitud de la bendición.

La visión beatífica es la visión de Dios. Juan afirma que no sabemos todavía lo que vamos a ser en el cielo, pero una cosa sí sabemos y es que vamos a ser como él, porque le veremos *como él es.* Lo veremos

como él es en sí mismo. Vamos a ser capaces de ver no solamente una manifestación indirecta de Dios —una zarza ardiendo o una columna de fuego— sino su ser develado. A Moisés se le permitió dar un vistazo a la gloria de Dios pasando, pero no pudo ver el rostro de Dios (Éxodo 34:5-7). Está absolutamente prohibido para todo mortal en este mundo ver de cerca y cara a cara a Dios. Se nos llama a dedicarnos en santidad a un Dios que nunca hemos visto. Servimos a un Maestro que es invisible para nosotros. Pero se nos ha prometido que un día lo vamos a ver. En las Bienaventuranzas, no es a los misericordiosos, ni a los pobres, ni a los pacificadores que se les promete que verán a Dios. Jesús dice: "Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios" (Mateo 5:8). La razón por la que no podemos ver a Dios no tiene nada que ver con nuestros ojos. Tiene que ver con nuestro corazón. Pero cuando entremos en la gloria y recibamos la plenitud de nuestra santificación, la barrera será quitada y podremos percibir directa e inmediatamente a Dios.

Cuando miro un partido de básquetbol en la televisión, ¿estoy viendo en realidad el juego de básquetbol? No estoy ahí presente en el evento; el juego está ocurriendo a kilómetros de distancia. Estoy observando una transmisión electrónica, una reproducción. Hay un medio entre el juego y yo, de modo que me entero de las jugadas del partido a través del medio. Un medio es un intermediario; en este caso, comunica imágenes de algo de un lugar a otro. Cuando miro el juego en la televisión, veo solo imágenes del juego. Si estuviera realmente ahí en el partido, la luz del estadio comunicaría esas imágenes a mis ojos. Pero incluso si tuviera visión perfecta, si estuviera encerrado en un cuarto sin luz, no vería nada. Para poder ver necesitamos tanto la luz como las imágenes.

Incluso nuestra vista actual es a través de un medio. Jonathan Edwards dijo que en la gloria nuestra alma tendrá una aprehensión directa del Dios invisible. ¿Cómo ocurrirá eso? No lo sabemos, pero sí sabemos por la Palabra de Dios que el deleite de nuestra alma en el cielo será poder verle como él es.

LA NATURALEZA DEL CIELO

En el libro de Apocalipsis, el apóstol Juan registra la visión que recibió en la isla de Patmos. En esa visión, Cristo le mostró a Juan muchas cosas, incluyendo el nuevo cielo y la nueva tierra:

> Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existe más. Y yo vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén que descendía del cielo de parte de Dios, preparada como una novia adornada para su esposo. Oí una gran voz que procedía del trono diciendo:
> "He aquí el tabernáculo de Dios está con los hombres, y él habitará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos. No habrá más muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas ya pasaron" (Apocalipsis 21:1-4).

Leemos que en el cielo no habrá mar; eso, si se toma literalmente, puede desilusionar a quienes aman la playa. Sin embargo, para el hebreo el mar era símbolo de violencia. La costa de Israel era ruda y rocosa. Además, era un punto de entrada de ataques enemigos y de las tormentas violentas del Mediterráneo. En toda la poesía hebrea, el mar es un símbolo negativo; el río, la fuente y el manantial sirven como imágenes positivas. De modo que entendemos la visión de Juan como algo que indica que no habrá más catástrofes naturales violentas.

Tampoco habrá lágrimas. Asociamos las lágrimas con el dolor y el duelo. Muchos de nosotros recordamos que, cuando éramos niños, nuestra madre nos consolaba si estábamos tristes, secando nuestras lágrimas con su delantal. Usualmente al día siguiente también llorábamos, y necesitábamos el consuelo otra vez. Sin embargo, cuando Dios seca nuestras lágrimas, no volverán nunca más porque las cosas que ahora nos hacen llorar ya no existirán. No habrá más muerte, ni dolor, ni pena. Estas primeras cosas habrán pasado.

Mientras Juan continúa con la descripción, encontramos algunas dimensiones sorprendentes sobre lo que será y lo que no será el cielo (w. 18-21). Se nos dice lo que sí estará ahí y lo que no. Encontramos calles de un oro que es tan fino y puro que es traslúcido. Se mencionan puertas construidas de perlas gigantescas y cimientos adornados con piedras preciosas. La literatura apocalíptica es imaginativa, así que asumimos que estas son representaciones simbólicas del cielo, pero no hay dudas de que Dios sí construirá una ciudad como la que se describe aquí.

Juan nos dice más: "No vi en ella templo, porque el Señor Dios Todopoderoso, y el Cordero, es el templo de ella. La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna, para que resplandezcan en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lámpara" (w. 22,23). No habrá templo, ni sol ni luna. En esta tierra, un templo es el símbolo visible de la presencia de Dios, pero en la nueva Jerusalén no habrá necesidad de templo porque estaremos en la presencia misma de Dios. Tampoco habrá necesidad de las fuentes creadas de luz: el sol, la luna o las estrellas. El brillo de la gloria de Dios y del Cordero iluminarán a la ciudad entera, y nunca habrá noche porque la gloria de Dios —brillante y radiante— nunca se agota. Habrá luz brillante y radiante cuya fuente es Dios mismo.

¿Para qué vivimos? Como ilustración, Jonathan Edwards describió a alguien que ahorra dinero por años para poder ir de vacaciones. Para llegar a su destino debe viajar, así que la primera noche se queda en una hostería al lado de la carretera. Sin embargo, al día siguiente, en lugar de continuar su viaje hasta su destino deseado, decide renunciar a todo y quedarse en la hostería. Así vivimos nuestra vida. Nos aferramos tenazmente a la vida en este mundo porque no estamos realmente convencidos de la gloria que el Padre ha establecido para su pueblo en el cielo. Toda la esperanza y el gozo que anhelamos —y hasta más— abundarán en este maravilloso lugar. Nuestro momento más grandioso será cuando pasemos por esa puerta y dejemos este mundo de lágrimas y dolor, este valle de muerte, para entrar en la presencia del Cordero.

Apéndice

LOS CREDOS

CREDO DE LOS APÓSTOLES

Creo en Dios, Padre Todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra.
Creo en Jesucristo su único Hijo Nuestro Señor,
que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo.
Nació de Santa María Virgen,
padeció bajo el poder de Pondo Pilato,
fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos,
al tercer día resucitó de entre los muertos,
subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios Padre, todopoderoso.
Desde allí va a venir a juzgar a vivos y muertos.
Creo en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia católica
la comunión de los santos, el perdón de los pecados,
la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén

(De Aciprensa: www.adprensa.com/Oradon/credo.htm)

CREDO NICENO

Creemos en un solo Dios, Padre omnipotente, creador del cielo y de la tierra, autor de todas las cosas visibles e invisibles.

Y en un solo Señor Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, y engendrado del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero; engendrado, no creado; consubstancial al Padre; por quien todas las cosas fueron hechas, tanto en el cielo como en la tierra: el cual por nosotros los hombres y por nuestra salud, descendió de los cielos; y por el Espíritu Santo se encarnó de María Virgen, y se hizo hombre; padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue sepultado, y resucitó al tercer día; subió a los cielos; está sentado a la diestra de Dios Padre omnipotente; de allí vendrá para juzgar a los vivos y a los muertos: y su reino no tendrá fin.

Y en el Espíritu Santo, Señor vivificador, y procedente del Padre y del Hijo; que con el Padre y el Hijo debe ser adorado y juntamente glorificado; que habló por los Profetas. Y en una sola Iglesia, santa, católica y apostólica.

Reconocemos un solo Bautismo para la remisión de pecados; y esperamos la Resurrección de los muertos, y la vida del mundo venidero. Amén.

(De la "Liturgia de la Iglesia Española Reformada Episcopal", 1975)

CREDO DE CALCEDONIA

Nosotros, entonces, siguiendo a los santos Padres, todos de común consentimiento, enseñamos a los hombres a confesar a Uno y el mismo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, el mismo perfecto en Deidad y también perfecto en humanidad; verdadero Dios y verdadero hombre, de cuerpo y alma racional; consustancial con el Padre de acuerdo a la Deidad, y consustancial con nosotros de acuerdo a la Humanidad; en todas las cosas como nosotros, sin pecado; engendrado del Padre antes de todas las edades, de acuerdo a la Deidad; y en estos postreros días, para nosotros, y por nuestra salvación, nacido de la

virgen María, de acuerdo a la Humanidad; uno y el mismo, Cristo, Hijo, Señor, Unigénito, para ser reconocido en dos naturalezas, inconfundibles, incambiables, indivisibles, inseparables; por ningún medio de distinción de naturalezas desaparece por la unión, más bien es preservada la propiedad de cada naturaleza y concurrentes en una Persona y una Sustancia, no partida ni dividida en dos personas, sino uno y el mismo Hijo, y Unigénito, Dios, la Palabra, el Señor Jesucristo; como los profetas desde el principio lo han declarado con respecto a Él, y como el Señor Jesucristo mismo nos lo ha enseñado, y el Credo de los Santos Padres que nos ha sido dado. AMÉN.

(De http://www.iglesiareformada.com/Credos.html)